

LUIS DE LOS LLANOS ÁLVAREZ

BALAS

PAJA

DE

UN DRAMA RURAL

The logo for Bresca, featuring a large, stylized letter 'B' with the word 'Bresca' written in a decorative, cursive font above it. Below the 'B' is the word 'BRESCA' in a bold, sans-serif font, followed by 'EDITORIAL DE CUBA' and 'WILSON ALFARO VILLAR' in smaller, sans-serif fonts.

BRESCA
EDITORIAL DE CUBA
WILSON ALFARO VILLAR

BALAS DE PAJA

Un drama rural

Luis de los Llanos Álvarez

© Luis de los Llanos Álvarez

© De esta edición: Ediciones Rubeo-Bresca Editores 2019

© Diseño de portada: DG Angélica McHarrell

www.mcharrell.com

Queda terminantemente prohibida, salvo las excepciones previstas en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y cualquier transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual según el Código Penal.

Las moscas descubrieron la pitanza mucho antes que los chiquillos.

—¿Qué opina teniente? —el balbuceo del boticario traslucía todo el horror que le embargaba.

—Estos borricos se han matado por unas balas de paja, hace falta ser... —respondió el cura y chasqueó la lengua con desprecio. Le flanqueaban dos monaguillos espantados y aburridos.

El teniente alzó la vista del cadáver que examinaba hasta el sacerdote que en ese momento liaba un cigarrillo con absoluta indiferencia y repulsa hacia sus feligreses finados, y nulo respeto por la estola que pendía de su cogote. Iba a preguntarle por la caridad cristiana pero se abstuvo.

—Esto no ha sido una pelea. A estos los han asesinado —murmuró el teniente.

El alguacil se volvió hacia sus hombres con un gesto burlesco y socarrón que fue causa de risas contenidas. Los guardias civiles le ignoraron, aunque el sargento afeó el gesto al municipal.

Uno de los cuerpos presentaba la garganta seccionada por un tajo profundo, de oreja a oreja, yacía de espaldas sobre la paca, los ojos vidriosos observaban el brillante cielo de un julio castellano; y al otro le habían destripado desde el gaznate al ombligo. La masa intestinal estaba junto a él sobre el rastrojo. Las tripas avivadas de moscas apenas hedían. Y la sangre negra, seca y escasa hizo pensar al teniente que el crimen no se cometió allí.

—Ese es Rufino el *Boina*, de la cuadrilla de don Eugenio —explicó el cura tras dar la primera calada a su pitillo—, y ese de ahí es Celedón *Comuniones*, un alma cándida, de la casa de don Melitón. Mira que matarse por un puñado de paja, hace falta ser cenutrio.

—Yo apostarí por un lío de faldas, padre —afirmó el alguacil. Los suyos secundaron la propuesta.

—¿Qué le lleva a pensar que esto ha sido una reyerta, mosén Braulio? —preguntó el teniente al tiempo que se erguía con cierta expresión de desaliento.

—¿Qué si no? Cada uno ha venido a recolectar la paja, ambos han pretendido esta bala que justamente cayó en el lindero —y señaló un mojón con el pitillo—, y de las palabras pasaron a las navajas.

—No están —le cortó el teniente.

—¿El qué? —al cura le salió un sobresalto que le enojó.

—Las navajas, no se ven por ningún lado —el teniente Gastón de la Guardia Civil abrió los brazos para señalar el entorno.

—Las habrán cogido esos bribones —y el cura señaló a los chiquillos al tiempo que se encogía de hombros.

Ponciano, el alguacil, bravucón, dio unos pasos hasta los críos, silenciosos aunque excitados por la novedad, a la sombra de los bigotes de la pareja de la Guardia Civil, máuser al hombro.

—¿Habéis tocado algo? —de sobras conocía la respuesta. En efecto los chicos negaron con vehemencia. Ni siquiera intercambiaron miradas de complicidad entre ellos.

—¿Habéis cogido algo, una navaja, un mechero, lo que sea? —insistió señalando a los muertos.

De nuevo una rotunda negación.

El alguacil les amenazó levantando la mano en actitud agresiva pero el teniente cortó la acción:

—Está bien. Sargento tómeles la filiación y que vuelvan a sus casas —ordenó severo.

—Vamos niños, largo de aquí —mandó el sargento, palmeándose el bolsillo de la guerrera en el que guardaba una libreta, ya había cumplido la diligencia y además los conocía. Los niños

echaron a correr alegres por tener un chisme con el que espantar a sus madres.

—Yo ya he acabado teniente —manifestó don Honorato, el juez de paz—, en cuanto tenga su atestado mandaré la documentación al juzgado de Primera Instancia —y se volvió hacia el pueblo seguido por Felisa, su hija y secretaria, tan sobrecogida por el horror del suceso que debieron ayudarla a caminar.

—¿Qué pondrá en su atestado? —quiso saber don Braulio.

—Esto no ha sido una reyerta a navajazos...

—¿Por la ausencia de las navajas? Cualquiera se las puede haber llevado —sugirió el alguacil.

—Cuando dos hombres se pelean acostumbran a dar y recibir tantas puñaladas como quepa, hasta que uno de los dos huye o cae. A estos los han despachado con un solo tajo, lo que me lleva a pensar que los tenían inmovilizados y... —ambos se volvieron al oír las voces de un arriero que llegaba.

—Bah, paparruchas —el cura arrojó la colilla con enojo y echó a andar. La pequeña brasa prendió en el rastrojo y el teniente hubo de pisotearla para extinguir las incipientes llamas. Iba a advertir al clérigo que se marchaba sin ofrecer la extremaunción a los difuntos pero desistió. De poco les iba a servir ya.

El cura dedicó un gesto altanero a los que se cruzó y se desprendió de la estola, la dobló y se la entregó a uno de los monaguillos que la guardó en el maletín de los santos óleos. El otro acarreaba un cirio y el acetre del agua bendita con el hisopo. Le avisaron para una extremaunción pero fueron un par de cadáveres lo que halló. “Valiente par de...”, iba renegando.

Llegó un carro tirado por un zaino del que se apeó un individuo con una cámara fotográfica.

—Buenos días, me han avisado... —y timorato mostró la cámara a modo de justificación.

—Mi teniente, es Daniel el fotógrafo —explicó el sargento—. Y él es Froilán, el ordinario del pueblo, suele prestarnos servicios con su carro.

El teniente Gastón asintió y saludó a los dos alzando la mano hasta el tricornio, luego señaló los cadáveres.

—Fotografie la escena, haga el favor.

—Hombre Daniel, ¿tienes alguna foto de tu mujer en bragas? —chinchó el alguacil.

—Jo, jo, jo —rieron la gracia de su jefe los dos municipales.

—Bonita cámara —comentó Gastón para acallar a los imbéciles.

—Es una Rolleiflex equipada con ópticas revestidas —explicó Daniel con suficiencia profesional—. La lente de enfoque es Heidosmat de 80 milímetros y la de toma es Xenostar de similar tamaño. Además cuenta con un obturador Synchro-Compur sincronizado para flash electrónico.

El teniente Gastón asintió sin comprender el alcance de los datos recibidos aunque con la impresión que aquel tipo sabía de lo que hablaba.

El fotógrafo se acercó a los muertos con reparo, sacó un exposímetro del bolsillo y lo aproximó a los cadáveres, sacudió con asco las moscas que se interesaron por su mano, destapó el objetivo y lo ajustó a la lectura del fotómetro y comenzó a fotografiar la escena desde varios enfoques. El teniente opinó que tenía experiencia y miró al sargento que adivinó su pensamiento.

—Daniel fue periodista en otra vida —susurró a su oficial.

Mientras aguardaban a que el fotógrafo concluyera, el teniente cayó en la cuenta de la falta de brazos y poco le apetecía que sus hombres se ensuciaran los uniformes. Froilán, maniobró con su caballo para dejar el culo del carro lo más cerca posible de los muertos sin estorbar a Daniel.

—Sargento, mandé que se acerquen aquellos jornaleros —señaló a donde una cuadrilla andaba echando balas de paja al remolque de un tractor con unas horcas.

El sargento hizo una seña a la pareja que partió enseguida, satisfechos de eludir tan engorrosa faena, y al momento volvieron con cuatro tipos, que enseguida se descubrieron en cuanto el teniente de la Guardia Civil les dirigió la palabra.

—Nosotros no hemos visto nada —se apresuró a manifestar el que parecía al mando de la cuadrilla estrujando la boina entre sus manos.

—Ya me lo imagino. Subid los cuerpos al carro en cuanto acabe el fotógrafo —mandó el teniente con la cabeza vuelta hacia el sordo chacoloteo de un caballo que se aproximaba a medio galope.

—Es don Melitón Semás, el dueño de estas tierras —anunció el sargento Trípodes.

Los braceros temieron la reprimenda, o peor el despido, por haber abandonado la recolección. El jinete descabalgó con soltura, uno de los municipales se apresuró a tomar las riendas y el hombre se dirigió al alguacil:

—¿Qué pasa aquí Ponciano?

—Dos paletos se han matado por unas faldas.

—Vaya, que trágico —comentó el tipo sin el menor matiz—. ¿Y quiénes son? —sin aguardar la respuesta avanzó hasta el teniente de la Guardia Civil y alargó su mano.

—Buenos días, Melitón Semás, a su servicio.

El teniente se llevó la diestra al tricornio y saludó marcialmente:

—Teniente Gastón Segura, a su servicio —y luego estrechó la mano ofrecida.

—¿Van a tardar mucho en despejar esto?

—Lo que tarde el fotógrafo; el juez ya ha ordenado el levantamiento.

—Bien —se volvió hacia el de la boina y mandó—: Que los hombres vuelvan al trabajo cuanto antes, amenaza tormenta y no quiero que se moje la paja. Y teniente, haría bien en interrogar a los Heredia, son de navaja pronta —montó y partió al galope.

El teniente se volvió a su sargento inquiriendo con la mirada.

—Son una familia de gitanos, suelen aparecer por aquí para la siega —explicó el sargento.

—¿Vienen cada año?

—Sí, mi teniente. No creo que estén relacionados con esto pero les haremos una visita.

—De acuerdo, lo que usted vea.

—Yo ya he terminado —anunció con timidez el fotógrafo.

—Cuando las haya revelado me trae los negativos —ordenó el teniente—. Hasta entonces será usted su custodio legal, queda advertido.

Daniel asintió a la vez que enfundaba su cámara.

—Valiente custodio —se burló el alguacil—, que no es capaz de guardar a su mujer, je, je, je.

—Ja, ja, ja —rieron sus adláteres.

El sargento mandó a los jornaleros que cargaran los cuerpos en el carro.

—¿Tiene usted permiso para esa arma? —preguntó Gastón, para acabar las risas, señalando el viejo fusil ametrallador que pendía del hombro de Ponciano.

La pregunta del teniente descolocó al alguacil y le ofendió, y alarmó a los dos municipales, nadie osaba encararse con ellos.

—Soy el alguacil de Villaciegos, me ocupo del orden público.

—Todas las armas largas deben ser custodiadas por la Guardia Civil, y están prohibidas las de guerra.

Furioso, con un gesto del hombro movió el subfusil pendiente y lo empuñó con denuedo.

—Yo arrebaté este naranjero a un comisario rojo en el lago Ilmen. Luche con él mano a mano, a cara descubierta, al arma blanca, y le despojé...

—Lo imagino, como Aquiles a Héctor —le cortó Gastón—. ¿Y tú quién eres su Patroclo? —preguntó a uno de los dos municipales que se acercó con expresión fiera. El otro no acertó a reaccionar.

—Soy Agapito, guardia municipal —respondió el tipo con la voz ronca por el cabreo.

Pero la pareja de guardias ya flanqueaba a su teniente con los fusiles terciados y acerrojados. El sargento Trípodes, un veterano, medió y con ambos brazos separó a los dos bandos.

—Vamos a tenerla en paz, eh —y encarándose con el alguacil—: ¿Eh?, venga Ponciano que todos somos fuerzas del orden.

—Ya —devolvió el arma a su espalda—, pero es que hay algunos que parece que no se enteran.

La pareja de guardias civiles dio un paso al frente de su teniente y empujaron con los fusiles a los municipales para que desistieran de su actitud agresiva y se alejaran de su oficial.

Froilán acabó de acomodar a los muertos, a uno le colgaban los pies, y arreó a su zaino *Ticiano* que echó a andar de vuelta al pueblo.

Echando pestes y mascullando bravuconadas, los municipales partieron tras el carro con los cadáveres, el que no reaccionó a tiempo, el más bruto, iba preguntando muy serio quién sería el tal Aquiles y los otros cuyos nombres no recordaba.

—Serán unos beneméritos que fusilaron durante la guerra por maricones —gritó el otro municipal. La pareja, cachazudos, devolvió los fusiles a su ubicación, colgados del hombro, impasibles ante la provocación. Trípodes les hizo una seña para que volvieran al pueblo.

—¿Necesita usted estas fotos pronto? —preguntó Daniel al teniente Gastón.

—Cuanto antes, ¿por qué?

—Estoy pendiente de cobrar unos encargos y hasta entonces...

—¿Qué?

—Necesitaría un adelanto para adquirir el material de revelado.

—Pase por el ayuntamiento y se le pagará.

Daniel asintió y siguió el paso de los demás, corrió un poco para alcanzar a la pareja de la Guardia Civil.

El teniente se volvió a su sargento para expresar su enojo en un tono reglamentista:

—Los civiles no pueden portar, tener, ni exhibir armas de guerra.

—Ya, ya, mi teniente, ya lo sé, pero Ponciano aquí es...

—Poco me importa quién sea, quiero ese subfusil bajo custodia.

—Pero mi teniente, Ponciano es un retornado de la División Azul. Volvió con el Semíramis hace cuatro años...

—¿Y trajo consigo ese PPSH 41?

—Sí.

—Con su cargador de tambor y todo, ¿no? Un recuerdo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y explicó cómo mantuvo ese arma escondida de los guardias soviéticos durante los catorce años de confinamiento en Siberia?

—No.

Trípodes no pudo soportar la vista fija de su teniente ni su lógica aplastante y asintió conforme,

retiraría el arma al alguacil. Pero por si acaso Gastón reiteró su orden taxativa:

—Sargento, quiero ese arma bajo custodia.

—A sus órdenes mi teniente.

La truculenta noticia llegó a Villaciegos mucho antes que el carro. *Ticiano* acompasó su paso al leve caminar de don Honorato y su hija, y municipales y guardias, y los otros formaron una procesión que llegó a la vez al pueblo.

Los deudos de los fallecidos salieron a recibir al tétrico cortejo en silencio, y es que la sorpresa y la incredulidad bregaban por ceder paso al dolor. Vecinas y curiosos acompañaban a las afectadas. La esposa de Rufino *el Boina* se abrazaba a la madre de Celedón *Comuniones*, las dos se aferraban a la esperanza de que las habladoras que las sacaron de casa, que las distrajeran de sus quehaceres, fuesen eso chismes de gente mala, que siempre la hay.

—¿Quién es, quiénes son? —preguntaban las mujeres con el corazón en un puño.

Ni don Honorato ni su compungida hija respondían; Segismundo, el boticario, hacía gestos de “apartaros” ya os lo dirán, con un secretismo impropio de las circunstancias.

Ningún mal habían causado a nadie ni uno ni otro, toda la vida trabajando como benditos para acabar así, ¿pero así cómo, quién?

—¿Quiénes son? —gritó la esposa de Rufino.

—Tu marido y el hijo de la Aquilina —soltó la voz malcarada de uno de los municipales.

—Se han acuchillado como tontos —añadió el otro inmune al dolor ajeno.

Como un dique que cediera, una avenida de dolor arrumbó toda incertidumbre y los gritos compitieron con los llantos por manifestar una aflicción que ahogaba a las mujeres. Ambas cayeron sobre los cuerpos, el carretero no tuvo la previsión de acudir con una lona, manta o algo con que cubrirlos. Lo cual disgustó al teniente que ahora bregaba con las fémias, ayudado por la pareja de guardias, para separarlas de sus fallecidos.

Algunas vecinas, atraídas por las escandalosas muestras de pena, salieron de sus casas y se sumaron al plañir colectivo.

—¡Que desgracia, Dios mío, que desgracia! —algo así no se veía desde la guerra.

El teniente mandó recado al cuartelillo con un chiquillo para que acudiera otra pareja y ayudara a restaurar el orden.

—Vuelvan a sus casas, vuelvan a sus casas —mandaba con tanta firmeza como era ignorado. En vano estiraba de las mujeres, en cuanto apartaba a una, otra caía sobre los muertos.

—Vamos Froilán, aviva el paso, cojones —mandó el sargento al carretero.

El “arre” fue tan convincente que no hubo necesidad de chasquear el cuero, *Ticiano* también deseaba alejarse de la batahola de gritos en sus ancas y en derredor.

Durante la guerra una dependencia del ayuntamiento fue habilitada como casa de socorro y tras la contienda siguió utilizándose como dispensario, bien por uno de los médicos que acudían periódicamente al pueblo o por el boticario.

—¡Los que faltaban Mirto y Flores, ya estamos salvados! —se burló Ponciano ante la llegada de la pareja de jóvenes guardias civiles, recién incorporados al servicio.

—¡Ja, ja, ja...! —se rieron los municipales.

Aquellas risas molestaron a la pareja de guardias veteranos.

Los muertos fueron depositados en dos mesas y cubiertos con sábanas. Las dos parejas de la Guardia Civil hubieron de mostrarse severos para mantener en la calle y en relativo silencio a las mujeres que bregaban por que les entregaran los cuerpos de los suyos.

—Habría que pensar en una nevera —propuso Segismundo el boticario.

—O en unas sepulturas —apuntó el sargento Trípodes.
—No podemos enterrarlos sin practicar las autopsias —recordó el teniente Gastón.
—¿Y cuándo va a llegar el forense? —preguntó por preguntar don Honorato.
—Segismundo se ocupará de eso —afirmó el teniente pasando el encargo al boticario que comenzó a sudar.
—Bueno, tampoco es que haya mucho que averiguar —y se encogió de hombros.
—Sargento, que traigan hielo, todo el que hallen.
—A sus ordenes mi teniente. Mientras, ¿qué hacemos con los de fuera?
El oficial suspiró, comprendía la tragedia para una madre, no quisiera estar en su pellejo, o para una esposa. Perder a un ser querido de una forma tan traumática.
—Que se vayan a sus casas. Yo pasaré a informales e interrogarles.
—¿Interrogarles, teniente?
—Es fundamental averiguar qué pasó, qué hicieron los interfectos en sus últimas horas de vida.
—Sí, ya, bueno, pero interrogar a las familias en estos momentos...
—Vale, pues déjelo en “hablar” con ellas y darles el pésame.

—Confesión padre, porque he pecado.
Don Braulio hizo un gesto de hastío mientras cerraba el YA y preguntaba para amagar el ruido del papel:
—¿Cuánto hace de tu última confesión, hija mía?
—Una semana.
—¿Una semana? Juraría que te oí el pasado martes, da igual... —hizo la señal de la cruz sobre la feligresa, murmuró una plegaria, y la apremió—: Cuenta, cuenta.
—He pecado de obra y de pensamiento, padre.
—¿De obra? —el cura se escandalizó—. Felisa que nos conocemos.
—Soy una pecadora, don Braulio —más desafiante que contrita.
—Bueno, bueno, deja que yo juzgue eso. Te escucho hija —se removió inquieto, le dolían las posaderas del rato que llevaba encerrado en el confesionario y tomó nota mental para proveerse de un buen cojín, su culo lo merecía.
—La otra noche me visitó el Adversario —y la mujer adoptó un tono confidencial aterrado.
“Joder, con la que está cayendo y está mujer con sus calenturas” —pensó don Braulio.
—¿Te refieres a Satanás?
—No le gusta que le llamen así.
—¿Te lo ha dicho él? —disimuló la socarronería con un halo de curiosidad que no le salía.
—Sí padre.
—Ya ves lo que me importa a mí contrariar al maligno —masculló al tiempo que se santiguaba.
—Le acompañaba un príncipe. Ambos vestían unos sayos de monje, la capucha les cubría los rostros.
—¿Y qué te dijeron?
—El Adversario me dijo que necesitaba un alma cándida —Felisa dejó escapar un gemido, ella sola se asustaba—. Un corazón puro. Mientras el Príncipe me sobaba toda.
—¿Para qué?

—¿...?

—¿Felisa?

—No lo sé padre, no me lo dijo.

—¿Y no se lo preguntaste?

—No, supuse que era simple lujuria —la confesada parecía desconcertada.

Don Braulio cabeceó con ganas de salir y arrearle una bofetada que la espabilase.

—¡Que para qué quería un corazón puro, leñe! —chilló sin alzar la voz.

—No se lo pude preguntar porque me mandó arrodillar y me metió su cetro en la boca para acallarme y que no chillara.

—¿Traía cetro y todo?

—Carnoso pero duro y olía a verraco —murmuró con un deje de excitación.

—Entiendo —don Braulio irritado más que escandalizado.

—El Príncipe me alzó las ancas y pretendió mi virginidad.

—Está bien, continua —desanimado y confuso.

—Con el cetro en la boca bastante tenía con evitar que me poseyera. Pero no crea, me resistí y me mantengo intacta.

—¿Te resististe a las pretensiones del príncipe del mal?

—Con éxito don Braulio —el orgullo resonaba grosero.

—Bien hija, eso está muy bien —el cura puso los ojos en blanco y miró al techo del confesionario.

La mujer carraspeó y adoptó un tono de voz más resuelto.

—Aquel cetro escupió en mi garganta, magia negra imagino, antes de liberarme, y pude decir que me estaba reservando para la noche de bodas y el Príncipe se avino a respetarme.

—Claro, claro, es lo que tiene el Diablo, que es muy respetuoso.

—Siempre se burla usted de mí don Braulio —Felisa afectaba un tono dolido poco convincente. Y bajando el tono de la voz hasta el susurro cómplice—: En cambio me rompió el culo, eso no lo pude evitar —y bajó la voz para susurrar—: Pero me gustó, a pesar del daño, me gustó.

—Felisa por el amor de Dios, tú has estado en el rastrojo con tu padre y has visto lo que allí...

—¿Qué tiene eso que ver con esto. ¿No creerá usted que ha sido mi Príncipe el que ha matado a esos desgraciados? —la pregunta iba cargada de espanto y emoción.

—Yo no creo nada, no ves que soy cura.

—¡Don Braulio! —Felisa se santiguó escandalizada.

—Vale ya tenemos el pecado de pensamiento, ¿cuál fue el de obra?

—No padre, se confunde, mi trato con el Adversario fue el pecado de obra, el de pensamiento aún no se lo he contado.

—Pues al grano que hay gente esperando —se hacía la hora del café y además se estaba meando.

Felisa se volvió para mirar por encima de su hombro, no le importaban las comadres que esperaban pero sí le incomodaría que la escucharan. No vio a nadie, nadie acudía a esas horas en día laborable.

—Verá el Adversario es muy guapo, y el Príncipe es un joven apuesto y galano.

—Me hago una idea.

—Acarician mis oídos con susurros obscenos que me son gratos.

—¿Ah sí, y qué te dicen? —el asombro era genuino no por el carácter de los susurros sino por

la emoción lograda con ellos, y por unos personajes presuntamente siniestros y malignos.

—Que me va a comer —el anhelo desbordaba las palabras.

—¿Qué te va a comer?

—Que me va a comer el coño —y un suspiro lúbrico se escapó de la boca pecadora—. Que me va a lamer el sudor del cuerpo...

—Eso es una guarrada.

—...que me va a chupetear los pechos, toda yo...

—Vale, ya lo he entendido. Me vas a rezar seis padrenuestros y te vas a dar una ducha fría.

—¿Una ducha?

—Sí, fría y diaria, al menos que te encuentre aseada —murmuró—. Contra la lujuria la templanza Felisa, templanza, que no sé que os pasa a la juventud de hoy en día, y contra la tentación el rechazo. ^[1]*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* —y le hizo la señal de la cruz con la absolución.

—Amén.

La idea del hielo resultó nefasta, la primera noche se fundió y empapó los cadáveres que comenzaron a chorrear jugos malolientes. El boticario Segismundo contemplaba la maleza del calor estival con impotencia.

—Y bien doctor.

—Gracias por el cumplido teniente, pero...

—Al grano, si no le importa.

—Al degollado le sangraron, no le quedaba una gota de sangre en el cuerpo. Probablemente fue sacrificado boca abajo con esa intención.

Nadie osó romper el terrible eco que dejó el dictamen forense. No era su profesión pero andaba estudiando medicina. El boticario pasó de un cuerpo al siguiente y apartó la sábana que le cubría con la única intención de molestar a los asistentes.

—Al destripado le falta el corazón.

—¿También le desangraron?

—No. Perdió la sangre de forma natural por el corte.

—Pues en el rastrojo no está.

—En efecto, teniente, trasladaron los cuerpos desde donde fueron...

—Paparruchas —interrumpió don Braulio.

—...asesinados —concluyó Segismundo impertérrito.

—Esos dos zoques se dieron de puñaladas por Dios sabe qué —repitió el cura

—Un lío de faldas —apuntó el alguacil—. Yo lo voy a averiguar.

El teniente miró a su sargento incrédulo por las tonterías que escuchaba y con la mirada preguntó qué hacían todos esos tipos ahí.

—Bueno pues si la cosa está clara, haga usted el favor de entregar su atestado y cerremos el caso. No conviene alarmar más a los vecinos —manifestó el alcalde.

—El atestado lo tendrá usted mañana sobre su mesa pero la investigación criminal se halla lejos de su conclusión. He solicitado ayuda a la capital.

—Mal hecho teniente, usted debe solucionar el suceso con sus medios —censuró el alcalde.

—Don Eugenio, los medios de la Guardia Civil en Villaciegos son escasos y usted lo sabe. Ni siquiera han adelantado un duro para el fotógrafo.

—¿A quién se le ocurre encargar a *ese* un trabajo policial? —censuró el alguacil.

—¿Acaso había otro fotógrafo a mano?

—No. Pero esa no es la cuestión. Ese tipo no es afecto al régimen.

—Bueno, bueno, la actual política de pacificación y reconciliación deja claro que todos somos hermanos y los buenos españoles...

—Eugenio, déjate de memeces —cortó don Melitón—. Y tú Ponciano, calla de una vez. Daniel es un profesional en lo suyo, eso no se le puede quitar. Miré usted teniente, usted es nuevo en este pueblo y no conoce a la gente. Déjese de investigaciones criminales y zarandajas, cierre el caso para que las familias puedan enterrar a su deudos y llorarlos en paz. ¿Qué más da el porqué se hayan matado esos dos? A nadie le importa. ¿A qué remover...?

—Digo yo que sí importara averiguar quién los ha matado, ¿no? ¿O pretende dejar libre al asesino o asesinos para que vuelvan a matar?

—Bah, paparruchas —el cura arrojó la colilla y marchó.

—¿Ya han interrogado a los Heredia, como le advertí en el rastrojo?

—Don Melitón si dispone usted de información sobre el caso está obligado a...

—Yo no estoy obligado a nada —advirtió el cacique en un tono intimidatorio que invitaba a recular.

Pero el teniente Gastón no estaba dispuesto a que ningún cacique pueblerino se le subiera a los bigotes por malos que fueran.

—En los próximos días interrogaremos a todos los implicados, usted incluido.

Desairado, el propietario hizo un gesto de “aquí te espero”, saludó a todos llevándose la mano al sombrero y se marchó.

El teniente Gastón hizo un aparte con su sargento.

—¿Qué pasa con esos gitanos?

—Añejas rencillas de pueblo. Los Heredia vienen todos los años para la cosecha pero se niegan a trabajar para los caciques por los salarios de mierda que pagan.

—De ahí la ojeriza.

—Es buena gente, tendrán sus cosas como todo el mundo, pero no se meten en líos ni roban.

—¿Y para qué vienen a Villaciegos?

—Tienen buenas manos, conocen el oficio, siegan y trillan para los propietarios menudos a cambio de una parte de la cosecha.

—Cobran en grano.

—Sí, también tratan con ganado, asnos y mulas, de aquí marchan a la vendimia.

—Está bien, hablaremos con ellos. ¿Dónde los encuentro?

—Una pareja le acompañará. No es por nada, pero quien tricornio ve tricornio respeta.

—Sea.

Tal y como sospechaba, Don Braulio halló a los que buscaba en la taberna del *Vinagres* y fue a por ellos. Su sobrino Crispín, con su amigote Víctor Salas, cortijero de don Melitón, y Ponciano el alguacil, alternaban entre ocasionales risotadas.

—Oye.

—¡Hombre, don Braulio, tómese unos chatos con nosotros! —propuso Víctor.

—No gracias, es muy temprano y además tengo misa.

—Vamos tío, no sea aguafiestas.

El cura alzó sus manazas y agarró por la pechera a su sobrino y a Víctor y los atrajo hacia sí, Ponciano quedó fuera de aquel abrazo y tardó un rato en decidir si se sentía incómodo o aliviado por ello.

—¿Vosotros no tendréis nada que ver con las visitas nocturnas que recibe Felisa, la chica de don Honorato?

—¿Esa mojigata recibe caballeros? —preguntó Víctor.

—Yo no he dicho que fuesen caballeros, más bien diría hijos de la gran puta que se aprovechan de la ingenuidad femenina y las calenturas propias de la soltería.

—Don Braulio qué le hace pensar que estos dos...

—Tú calla, Ponciano, que no te he agarrado del gznate porque sólo tengo dos manos.

—Tío, que nos están mirando —susurró Crispín, temeroso de las habladorías.

—Don Braulio, cómo puede usted pensar que nosotros...

—Que no me entere yo, ¿me oís?, que no me entere yo.

Soltó al par de rufianes y amenazó con su dedo índice al alguacil que finalmente decidió optar por el alivio, no habría soportado que el cura le humillara como a esos dos memos.

En cuanto don Braulio marchó de la taberna, el cortijero y el alguacil comenzaron a gallear ostensiblemente en cambio Crispín adujo faena pendiente y se fue.

—Oye, ¿qué es eso de la Felisa? —preguntó en tono confidencial Ponciano.

Víctor se encogió de hombros y apuró su vino:

—Y yo qué sé, delirios de la Iglesia ¿Oye, te vienes a por la Engracia?

—Vamos.

Al salir se toparon con la pareja de guardia civiles jóvenes que entraban y se pararon.

—Pero si son Mirto y Flores —se burló Ponciano.

—La pareja de moda —le secundó Víctor—. Mirto y Flores suena a pareja cómica.

—A maricones raros diría yo —galleó el alguacil.

—Sí, como Gili y Pollas —dijo una voz desde la calle.

—Ah, hola Solís —saludó Víctor la llegada de la pareja de guardias veteranos.

—O Sopla y Mocos —añadió Facundo y sacudió un culatazo con el máuser a Ponciano que le dio en el hombro merced a sus buenos reflejos y a que el guardia civil no quiso hacerle daño.

—¡Eh, eh, tranquilo hombre que solo era una broma, cojones! —se quejó el alguacil.

—Venga, largo de aquí —mandó Solís.

Los dos se fueron renegando y denostando. Solís se encaró con sus camaradas.

—Nadie, ¿me oís bien?, nadie ofende a la Benemérita.

—Este uniforme se respeta —observó Facundo muy serio, mientras golpeaba la guerrera de Flores con su dedo índice. Los dos guardias asintieron sudando bajo su tricornio.

Villaciegos era menudo y para dos zánganos de largas piernas y ánimo encrespado era sencillo cruzarlo en dos zancadas. La susodicha vivía en las afueras y se detuvieron a observar. Su marido era pastor y a esas horas ya estaría con el ganado recorriendo los campos, pero dado el motivo de su visita mejor asegurarse. La vieron salir con un cesto cargado de ropa. Víctor le dio un codazo a su compinche y ambos se relamieron. Engracia estaba de muy buen ver, las miserias de la vida consumían su juventud pero aún le quedaba mucha lozanía en esas carnes prietas para alegrar al

que se acercara a ella con buenas intenciones.

La siguieron hasta el tendedero. Un poco más allá de la casa, donde no alcanzara el polvo de la cuadra, tendía la colada en unos cordeles de encina a encina.

—Buenos días Engracia —saludó meloso el cortijero.

La mujer miró a la pareja con prevención al principio pero adivinó sus intenciones y sonrió al devolver el saludo.

—Buenos días señores.

—Hola —escueto Ponciano. Hasta ese día no había reparado en lo maja que era esa mujer. No llevaba nada bajo el vestido de verano y al trasluz del Sol la veía como si fuese desnuda.

—¿Qué, hoy no trabajamos? —comentó ella en tono socarrón.

—Sí, la verdad es que me están esperando...

—Y a mí —se sumó el alguacil.

—...pero le he dicho a mi amigo —y le dio un palmetazo en el hombro a Ponciano— vamos a ver a la Engracia que estará muy sola e igual necesita algo.

—Hombre pues sí, la ayuda de dos mozos tan galanos siempre es de agradecer.

Acabó de tender la última prenda y caminó hacia una vaguada llena de maleza frondosa por la cercanía de un arroyo al que vertían las aguas sucias de Villaciegos. Ellos la siguieron recelosos cual perros olisqueando perra movida.

Engracia se tumbó sobre la hierba con el vestido remangado hasta la cintura y Víctor se acomodó entre sus piernas y la poseyó sin más preámbulo. Ponciano tumbado a su lado acariciaba los soberbios pechos de la mujer mientras aguardaba su turno, que pronto llegó.

A pesar del luctuoso suceso la gente seguía dejando abiertas las puertas de sus viviendas. Más en aquella casa invadida por el luto y las vecinas entrando y saliendo en vano intento por aliviar la pena de una madre vapuleada por el estupor y vencida por la pena.

—¿Se puede? —aventuró el teniente.

Una docena de ojos femeninos se volvieron hacia él al tiempo que callaban varias voces.

—Necesito hablar con usted, Aquilina —y antes que ninguna objetara, añadió—: es imperativo.

Aquella palabra impresionó casi tanto como el tricornio y el bigote subrayando aquel rictus tan severo. Para colmo el cuadernillo y el lápiz que sostenían sus manos inducían a la obediencia.

—¿Estás bien? —quiso saber una de ellas.

La afectada asintió, se enjugó los ojos con un trapo de cocina y luego se sonó la nariz. Esbozó una sonrisa de cerrado por derribo y volvió a asentir al tiempo que con un gesto las invitaba a irse.

—Voy a mi casa a por un caldo que tengo en el fuego, y enseguida vuelvo —dijo mirando con expresión marimandona al guardia civil.

—Crea que lamento profundamente... —el uniformado intuyó que perdía compostura oficial y de todas formas sus palabras en nada aliviaban el dolor de la buena mujer—. Necesito que me cuente los movimientos de su hijo hasta... Sus últimas acciones, sus palabras, necesito saberlo todo para hacerme una composición de lugar.

La mujer suspiró de puro atribulada, “una composición de lugar”, ¿qué querría decir ese

hombre, por qué se empeñaban en expresarse así?

—Usted quiere saber porqué han matado a mi hijo —susurró derrotada.

—E imagino que usted también —abrió la libreta y apuntó la fecha con el lapicero.

—Eso no me lo va a devolver, ya tanto me da, pero confío que Dios encierre a ese canalla en lo más profundo del infierno y que se quemé por toda la eternidad.

—Si averiguamos el porqué sabremos quién ha sido y pagará por ello.

—Mi hijo era un buen chico. Un poco... Era especial, en el pueblo le llamaban *Comuniones* porque las confundía con las bodas, o al revés —esbozó una sonrisa que devino en llanto—. Era un buen chico, respetaba a su madre, y me ayudaba mucho en la casa —afirmó entre pucheros.

—¿Qué hay del padre de Celedón? —sin alzar la vista de su cuadernillo.

Los ojos de la mujer fulminaron al interrogador.

—¿Qué pasa con él? Claro, usted es nuevo en el pueblo. Yo he criado sola a mi chico. Me quedé embarazada durante la guerra. Un miliciano guapo como un San Luis; zalamero como el arrope, me cautivó y preñó, y yo, tonta de mí, en vez de marcharme con él me quedé en este pueblo de víboras y buitres a penar mi pecado. Mi hijo salió como salió y el cura...

—¿Don Braulio?

—El hideputa ese. Dijo que mi hijo era retrasado por el pecado de su madre. Me trató de ramera. Tuvo los redaños de acusar al mismo Dios por haber castigado a mi hijo por mi pecado. ¿Qué sabrá él? —alzando la voz—. Qué sabrá él —musitó con los ojos anegados en lágrimas de nuevo—. Qué sabrá nadie lo que es el querer.

Gastón dudó entre proseguir la diligencia o volver otro día.

—Mis padres no me repudiaron, conocían mi enamoramiento. Kevin juró que volvería, debió caer en el Ebro, allí cayeron muchos.

—No crea, antes de la batalla la república repatrió a todos los milicianos extranjeros. Es posible que en estos años no haya obtenido el pasaporte para volver a España y...

—Si mi Kevin estuviera vivo habría venido a buscarme, me lo juró.

—¿Qué hizo Celedón ese día?

—Se levantó como siempre, con las sábanas pegadas, no le gustaba madrugar, era trasnochador y más en verano. Estaba en la taberna o en la calle con sus amigotes hasta las tantas armando jaleo.

—Puede darme sus nombres.

—Mi chico era buena gente y se llevaba bien con todos, pregunte a cualquiera de los mozos de su quinta.

—¿Alguno en particular?

—Cipriano, Colmenares, Agapito...

—Agapito, el municipal.

—Sí, siempre estaban juntos ideando malezas.

—¿Bromas pesadas?

La mujer asintió. Él anotó los nombres.

—Le pagaban el vino para que se emborrachara y reírse luego de él —se sonó y enjugó las lágrimas—. Ese día se vistió y salió escopeteado como todos los días.

—¿Le dijo adónde iba o con quién se...?

—No necesitaba decírmelo, estamos en plena cosecha, yo sabía que iba a trabajar en los campos.

—¿Para quién trabajaba?

—En este pueblo, los que trabajan, lo hacen para don Melitón o para el alcalde, no hay más.

—Son los dueños de todo —afirmó Gastón más que preguntó.

—De todo —y añade con acritud—: Se aprovecharon de que los rojos quemaron los registros de la propiedad para quedarse con todas las tierras buenas después de la guerra.

Se miran con ojos vencidos por la impotencia y la desesperanza.

—Vaya usted a saber quién prendió la cerilla —remató ella.

—¿Qué cree usted que ha pasado?

—Que sé yo. Se habrá peleado con alguien.

—¿Celedón era pendenciero?

—Tenía su genio como todos.

De reojo el teniente captó una sombra en la ventana, alguien espiaba su conversación. Si eran comadres vale, en los pueblos ya se sabía, pero podía ser alguien cercano al asesino, un cómplice, o el mismo criminal. De modo que sigiloso se levantó de la silla para acercarse a la ventana mientras preguntaba:

—¿No vino a comer ese día? —hizo una seña a la mujer para que respondiera como si nada. Y apartó los visillos de un manotazo. Clavó su mirada en los ojos de dos vecinas que no supieron reaccionar ni qué decir.

—Buenos días señoras, ahora pasaré por sus casas para ver qué me cuentan. ¡Guardias!

La pareja que custodiaba la puerta oyó la voz y dio la vuelta con los fusiles terciados.

—Venga, vamos, fuera de aquí —las increpó el cabo Facundo.

Renegando y manoteando con alarde de protestas de querer ayudar las mujeres marcharon a sus casas.

El teniente Gastón volvió a sentarse frente a la mujer, admiraba su entereza pero le ocultaba algo. Ella se sonó con el pañuelito y le miró con los ojos arrasados en dolor.

—En tiempo de cosecha comen y seestean en la era.

—E imagino que pasaría más tiempo con sus amigotes.

La mujer se sonó una vez más, enjugó los ojos e inició sus quehaceres. Ambos dieron la entrevista por concluida.

Gastón y la pareja siguió calle adelante hacia el siguiente domicilio.

—Teniente, oiga, disculpe que le asalte así en medio de la calle.

La pareja que seguía al teniente les alcanzó y Facundo reconvino con la mirada al fotógrafo pero no le detuvieron.

—¿Qué quiere Daniel?

—He ido al ayuntamiento, tal y como usted me...

—Al grano, tengo mucho que hacer.

—No me han dado el dinero. El alcalde me ha dicho que me pague quien me haya encargado el trabajo, que el ayuntamiento nada encargó.

—Entiendo —Gastón parecía desalentado por la falta de colaboración.

En ese momento una pareja de chuchos callejeros enganchados por los genitales pasó ante ellos, gañendo aturullados, huyendo de la cuadrilla de zagales que les perseguía alegres y bárbaros a pedradas y con palos en las manos.

—¡Niños, *me caguen to lo que se menea!* —les regañó el cabo Solís cuando una de las piedras por poco no le descalabra. Su compañero aún tuvo ocasión de acertar con un puntapié en el culo a uno de los pilluelos.

—¡Salvajes, así va España! —se lamentó Daniel.

Los críos acorralaron a los canes y les dieron de palos y patadas hasta que los animales deshicieron el coito y cada uno salió despavorido por entre las piernas infantiles a todo correr.

Sin dejar de gritar y reír los críos marcharon por el camino del río en pos de alguna maldad divertida con la que ocupar las largas horas estivales de asueto.

Los guardias reanudaron su camino y Daniel retomó su demanda.

—Tengo que adquirir material de revelado y yo no dispongo de posibles para ese desembolso. Tanto el revelado como el positivado son muy onerosos para mis escasos recursos.

—Pero usted es el fotógrafo del pueblo.

—Sí, pero actuó en bodas, bautizos, y comuniones por mi cuenta. Nadie me encarga nada. Hago unas fotos y las expongo y de vez en cuando me compran algunas.

—Nadie le encarga nada, ¿por qué? —quiso saber el teniente.

—Cosas de los pueblos.

—¡...!

—Cosas que vienen de atrás.

—De cuando la guerra.

—Sí. Yo estuve preso y los vecinos...

—Entiendo. ¿Qué hizo usted, luchó con los rojos?

—No, no, que va. Yo era periodista en Madrid, trabajaba para el ABC, no me llegaron a reclutar.

—¿Y eso?

—Era más útil en la retaguardia y yo no creo en la violencia como solución —y Daniel sostuvo la mirada del teniente que intuyó una oscura razón tras aquella declaración.

—Es decir que desertó del llamamiento a filas.

—Ya le he dicho que no me reclutaron.

—¿Ninguno de los dos bandos?

—Ninguno.

—Si usted lo dice —Gastón no le creyó—. Acompáñeme hasta la casa de la viuda de Rufino *el Boina* y de paso me cuenta qué le llevó a presidio.

Ambos echaron a andar a buen paso seguidos por la pareja. Facundo y Solís intercambiaron miradas de suspicacia pero no comentaron nada.

—¿Necesita saberlo?

—¿Prefiere que me entere por terceros? Le garantizo que lo averiguaré.

—Reproduje el sermón de un arzobispo, eso es todo. Bueno también lo comenté en un editorial.

—¡...!

—No me mire así. En 1940 el cardenal arzobispo de Sevilla don Pedro Segura y Sáez, sermoneó a los feligreses que el término “caudillo”, en la literatura clásica, significaba jefe de una banda de ladrones.

—Vaya, ¿qué diría hoy en día, a la vista de...?

—Falleció en abril del año pasado.

—Vaya no estaba al tanto.

—En ese sermón añadió que Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios Espirituales* igualaba caudillo a demonio.

—Y a usted no se le ocurrió otra que recordar ese discurso con motivo del óbito.

—No. Lo mío sucedió en 1949, con motivo de las celebraciones de los diez años del fin de *la*

contienda entre hermanos.

—Vaya. ¿Cómo hizo para pasar la censura de prensa?

—Lo colé ya con las rotativas en marcha.

—Que osadía.

—No se burle usted. Me costó el empleo, tres años de cárcel y el destierro a este pueblo de mala muerte. La casa de Rufino es aquella —señaló con el dedo—, la de las persianas verdes.

—Pase por la casa cuartel, firme un recibo y le darán el dinero que necesite.

—Gracias teniente.

De la pareja Daniel se despidió con un gesto que ellos ignoraron.

—Buenos días, ¿es usted María...? —preguntó Gastón con la vista puesta en su libreta.

—Sí —le cortó ella, y se dio la vuelta hacia el interior de la casa.

—...la mujer de Rufino... —se quedó diciendo él en la calle.

Aunque la puerta estaba abierta, como todas las del pueblo, prefirió llamar, pero la mujer entró sin invitarle a pasar y Gastón dudaba de qué hacer. Había tenido bastante desconsuelo para...

—No se quede en la calle llamando la atención de las vecinas, son unas chismosas —dijo una voz desde el interior de la vivienda.

El teniente Gastón entró y la pareja se quedó de plantón en la puerta. La vivienda compartía nivel de riqueza con la que visitó antes, nimio. Halló a María en la cocina, le aguardaba de pie y su evidente preñez le golpeó donde más dolía: en la añoranza de su esposa también embarazada.

—¿De cuánto está?

—Siete meses.

—Confío que el disgusto no...

—Tranquilo, las mujeres somos más fuertes de lo que parece.

—¿Por qué lo dice? —enseguida se arrepintió de sus palabras, el rostro magullado de María certificaba malos tratos. A buen seguro que tenía el cuerpo cubierto de moretones.

Cada vez que interrogaba a un marido maltratador sentía deseos de desenfundar su *Star* y pegarle dos tiros en esa cara de asombro que ponían cuando él les preguntaba el porqué y ellos se limitaban a encogerse de hombros y afirmar que su mujer era *suya*, como si hablaran de un perro de caza, y por tanto podían hacer con ella lo que les saliera de los cojones.

—¿De cuánto está su mujer? —preguntó ella para llamar su atención.

—Del mismo tiempo, más o menos, pero cómo lo ha adivinado.

—Por cómo me mira usted, eso o es que es de esos tipos raros.

—No, no, no soy raro en absoluto —hacía mucho que Gastón no se ruborizaba y le entró la risa tonta, lo cual acrecentó su incomodidad y la severidad en la mirada de la mujer.

—Esos golpes... —trató de recomponer su fachada oficial—. ¿Su marido le pegaba?

—Sí.

—¿Le denunció alguna vez?

—¿Para qué? —musitó ella con un suspiro de impaciencia.

La mujer se volvió hacia una alacena sacó una botella de chinchón y un vasito y los puso sobre la mesa al tiempo que señalaba una silla con un gesto.

—¿Va a ser el primero? —Gastón señaló la tripa de la mujer.

—Tenemos..., tengo otro zagalillo de tres añitos.

El teniente tomó asiento pero no se sirvió de beber, volvió a refugiarse en su libreta, se preguntaba porque no había nadie con esta mujer y en cambio con la madre de...

—Seguro que se está usted preguntando dónde están mis vecinas.

—Vengo de casa de la señora Aquilina y...

—Todas las chismosas estaban procurándole alivio o cuando menos compañía, en cambio a mí que me zurzan. Que me muera de pena, sola. No me importa, no crea —y tomó asiento en otra silla frente a él.

Vista de cerca, María era una mujer guapa, le recordaba a la suya, no tendría más allá de veintitrés o veinticinco años, pero la vida la maltrataba y se notaba en ese ceño permanentemente fruncido. En el ceño y en el ojo tumefacto y morado, los labios partidos, los moretones en el cuello y en ese leve quejido cada vez que se movía como si tuviese las costillas doloridas; que seguro que era así.

—¿No le apetece un aguardiente?, no tengo otra cosa, ¿vino?

—No gracias, estoy de servicio.

No le debían quedar lágrimas, tenía los ojos secos, como las manos que mantenía juntas sobre la mesa y los labios agrietados. De repente Gastón sintió deseo de besar esos labios rojos, carnosos, reseco y heridos y humedecerlos con su lengua. Acudió a la botella, se sirvió apenas un dedo y se lo echó a la boca, el licor casero le quemó la garganta y le hizo toser. Ella no se inmutó, aguardaba paciente.

—¿Qué hizo Rufino aquella mañana? —logró balbucir sin escupir fuego.

—Lo de cada día, imagino.

—¿Imagina?

—No durmió en casa aquella noche.

—¿Y eso?

—En esta época del año, en plena cosecha, no bastan las horas que echan y con frecuencia se quedan a dormir en la era.

—¿Le llevó usted la cena?

—No, por la mañana le preparé el hatillo.

—Pero ha dicho que no durmió en casa.

—Se lo preparé el día antes.

—Hacía dos días que no veía a su esposo.

—Alguno más.

—¿Podría ser más precisa?

—No le veía desde que comenzó la siega.

Gastón observó los golpes, ninguno era reciente, la siega ya duraba algunas semanas.

—¿Con quién se juntaba su marido?

—Con Celedón, Cipriano, Colmenares, Agapito.

—El municipal.

—El mismo.

—¿Qué cree usted que ha pasado?

La pregunta colmó de inquietud a la mujer. No la esperaba y se encogió de hombros confusa.

—No sé, no sé qué decirle.

—Usted sabrá si su marido tenía enemigos, rencillas con alguien, ¿quién podría querer matarle con esa inquina?

—No sé —las manos comenzaron a retorcerse, toda ella estaba inquieta.

—¿Era pendenciero Rufino?

—Tenía muy mal beber.

El teniente captó el estremecimiento de la mujer, lo identificó, lo ha visto antes en otras mujeres maltratadas por sus esposos.

—¿Rufino le pegaba? —Gastón no se percató que repetía la cuestión.

—Ese bastardo se pasaba la vida fuera de casa. Se bebía el jornal y volvía a casa a dormir la mona, pero antes me pegaba una paliza y me forzaba.

—Que ricura de hombre. Pero le advierto que sus palabras la incriminan.

Ella hizo un gesto de hastío e indiferencia.

—¿Le denunció en alguna ocasión?

—Ya me lo ha preguntado antes y le he dicho que no, ¿para qué?, las leyes las hacen los hombres para defender a los hombres. Una vecina acudió al cuartelillo en busca de amparo y los guardias avisaron al marido para que la fuera a buscar. Allí mismo, delante de los tricornios, la baldó a palos, sin que ninguno moviera un dedo por ayudarla.

La vergüenza ajena acaloró a Gastón. Actitudes así, execrables, debían ser ajenas a la Benemérita, pero se abstuvo de criticar al cuerpo o a sus camaradas.

—¿De qué va a vivir usted ahora, quién la va a mantener?

—Hasta el día de hoy he criado yo sola a mi hijo, con otra boca me costará un poco más pero ya me apañaré. Van a abrir una cooperativa en el pueblo y don Eugenio me ha prometido un empleo fijo.

—¿El alcalde?

Ella asintió. El teniente tomó cumplida nota de todo. El instinto le advertía que alguien cuidaba de aquella mujer.

En cuanto salió de la casa Gastón se encaró con su escolta. Facundo y Solís se cuadraron cuando su teniente les dirigió la palabra.

—A partir de hoy vamos a prestar atención a las denuncias de las mujeres por malos tratos.

—A sus órdenes mi teniente —prorrumpió Solís.

—¿Se refiere a malos tratos de sus maridos, mi teniente? —quiso saber Facundo.

—Sí, cabo.

—Pero mi teniente lo que pasa en un matrimonio no incumbe a nadie.

—Desde el momento en que denuncien ya nos incumbe.

El cabo pareció perplejo pero no objetó.

Los tres regresaron al cuartelillo donde Gastón buscó al sargento Trípodes.

—Sargento, me gustaría que me acompañase en las siguientes diligencias.

—A sus órdenes mi teniente —se cuadró el interpelado.

El oficial hizo un gesto de “descanse” y se explicó.

—Usted conoce el pueblo y a su gente. Con la madre y la viuda nada he aclarado, necesitamos conocer los últimos movimientos de los finados. Me acompañará a interrogar a sus patrones. Por lo visto en tiempo de cosecha vivían en la era.

—Lo que usted mande mi teniente. A don Eugenio podemos hallarle en el Ayuntamiento y a Víctor...

—¿Quién es ese?

—El cortijero, el encargado de don Melitón. Él hace y deshace con los peones. Podemos dar con él en la tasca del *Vinagres* a la hora del café. Acude a echar un tute.

—¿Está usted seguro de eso?

—Seguro del todo. Como que yo soy su pareja —afirmó el suboficial sin el menor rubor.

El teniente se acercó al sargento y adoptó un tono confidencial.

—Oiga una cosa sargento, usted sabía que Rufino pegaba a su mujer —afirmó más que preguntar.

—Sí —en un tono que reflejaba extrañeza—. Aquí la gente es muy burra y por menos de nada le sacuden un par de hostias a la parienta. No me mire usted así, mi teniente, no sé cómo será en la capital pero en los pueblos... También hemos llevado a la casa de socorro a más de un marido escalabrado por un garrotazo de la mujer. Ya le digo, aquí la gente es *mu* burra. Llegas borracho a casa y la parienta te sacude sin miramientos.

El teniente hizo un gesto indefinido de hastío, seguro que pensaba que en general en España la gente era *mu* burra porque no le quedaba otra, por la influencia retrógrada de la Iglesia y la oligarquía que ganó la guerra, que mantenía a la mitad de la población analfabeta.

—Otra cosa, si me lo permite mi teniente, con todo respeto...

—Trípodes, además de compañeros y camaradas aspiro a que seamos amigos.

—Y yo que se lo agradezco mi... Gastón. Déjeme a mí el asunto de Víctor. Esta gente reacciona mal a los interrogatorios pero bien a los chismes. Acudiremos por separado a la taberna y cuando le tenga a punto le haré una seña para que se una a la charla.

—De acuerdo tú preparas a ese cortijero y yo iré a hablar con el alcalde a primera hora.

Llamaron a la puerta y Daniel acudió a abrir. Debía ser el único del pueblo que echaba el cerrojo. A la fuerza ahorcaban, las visitas intempestivas de esos cafres municipales que rompían todo lo que tocaban, y lo tocaban todo, le tenían sumido en la ruina. Para colmo era noche cerrada, ¿quién sería?

—¿Quién llama? —preguntó asomando por la pequeña cancela de un ventanuco junto a la puerta.

—Soy yo, tengo que hablar con usted —dijo una voz rasposa.

Daniel conocía a muchos que eran, pero no reconoció al dueño de la voz.

—¿Qué quiere a estas horas? —imaginó que para un retrato no sería y desconfiaba.

—Si no me abre me voy —amenazó el desconocido.

La curiosidad pudo más y corrió el cerrojo. Enseguida un hombre se coló al interior y empujó a Daniel para desplazarle del ventanuco, quería comprobar si alguien le había visto entrar. A la casa del fotógrafo sólo se venía para cosas concretas y necesarias: retratos para documentos oficiales, bodas, bautizos, etc. Y no era el caso. En el pueblo todos conocían la vida y cuitas de todos.

—¿Quién es usted, qué quiere? —preguntó Daniel preocupado.

—Soy Antolín, uno de los pastores de don Eugenio. Y quiero dejar de serlo.

—Conciso y confuso a la par.

—¿Mande?

—¿En qué puedo ayudarle yo?

—Mi primo está colocado en la SEAT, necesitan mano de obra, y me quiero ir. Allí ganaría el triple que aquí; mi mujer no tendría que fregar suelos, ni lavar la ropa sucia de nadie, y mis

chiquillos, cuando los tenga, irían a la escuela.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —la confusión se acrecentaba en el ánimo del fotógrafo—. Si necesita fotos para el Documento Nacional de Identidad, para poder viajar, se las puedo...

—Además de las fotos, necesito tres mil pesetas para el viaje a Barcelona.

—¡Tres mil pesetas! Acaso pretende viajar en taxi. Vaya usted en tren como todo el mundo.

Aquella salida desconcertó al pastor, y a Daniel le inquietó la mira aviesa del tipo.

—Mire yo le hago las fotos, pero para el dinero tendrá que llamar a otra puerta.

—Yo lo vi todo, lo sé todo —dijo el pastor a la vez que guiñaba un ojo.

La confusión de Daniel dio paso a la perplejidad más negra, no entendía nada, abrió los brazos pidiendo explicaciones. Antolín se acercó a él y bajó la voz.

—Yo sé que las autoridades ofrecen recompensas por atrapar a los asesinos. Quiero tres mil pesetas. ¡Mejor cinco mil a repartir entre yo, usted y la Guardia Civil!

—A ver, vamos a ver. ¿Me está diciendo que usted conoce la identidad del asesino del rastrojo y que pretende tres mil pesetas por revelarla?

Antolín se entretuvo en repasar mentalmente la cuestión planteada por el fotógrafo que incluso vio como sus labios repetían sus palabras para mejor entenderlas.

—Sí —y en tono confidencial añadió—: Pero ya le digo que podemos pedir cinco mil, tres mil para mí, y mil para usted y otras mil para los tricornios.

—¿Ha estado usted en la tasca del *Vinagres* antes de venir aquí?

—Sí, haciendo tiempo.

—Pues se ha excedido con el vino.

—¿Qué? —ahora la perplejidad cambió de individuo.

—Si busca una recompensa diríjase a las autoridades, vaya al cuartelillo. Yo no llevo la investigación, ni tengo poder alguno.

—Yo salgo muy temprano con el ganado y vi lo que pasó en el rastrojo.

—¿Y a mí qué me explica?

—Le vi sacando fotos, tratando con los guardias, hablando con el juez y con el alcalde. Tres mil pesetas no son nada para esa gente. ¿Sabe cuánto se van a gastar en la cooperativa? ¡Cientos de miles, una fortuna!

Daniel puso su mano derecha en el codo del pastor y le empujó hacia la puerta.

—Antolín, recapacite su postura, váyase a casa, háblelo con su mujer o consúltelo con la almohada, pero olvídense de mí, yo no soy nadie en este asunto —y abrió la puerta.

Antes de salir Antolín miró a derecha e izquierda para comprobar la soledad de la calle o el anonimato de la noche, luego se volvió a Daniel con gesto hosco.

—Sólo trataré con usted —advirtió alzando su dedo índice y marchó de forma furtiva.

Una hora de espera enojó al teniente Gastón lo suficiente como para decidirle a empezar a enviar citaciones a todos los que deseara interrogar. Y los que no acudiesen al cuartelillo en forma serían traídos por la pareja, con grilletes si fuese menester.

—Buenos días teniente —saludó el alcalde—, disculpe la espera —alargó su mano que el guardia civil estrechó después del saludo marcial—. Es que me ha surgido un compromiso de última hora.

“Valiente excusa”, pensó Gastón, “qué coño de última hora si son las nueve de la mañana”.

—Pase, pase y acomódese —ofreció el alcalde. El oficial entró en el despacho pero observó que el otro no le siguió, más espera.

—¿Felisa, ha llamado el subsecretario de Gobernación?

—No don Eugenio —respondió sin alzar la vista de su máquina de escribir. Una magnífica Olivetti, *Lexikon 80*, provocadora de envidia en el ánimo del teniente. ¡Que bien les vendría una de esas máquinas en el cuartelillo!

—Pues me lo pasa enseguida que llame —advirtió. Y en ese momento Gastón supo que era una treta entre jefe y secretaria para interrumpir la reunión y despedirle pronto.

—Disculpe de nuevo teniente —mientras tomaba asiento—, es que estamos pendientes de unas gestiones de mucho interés para Villaciegos y nos falta un papel, je, je, je... Usted dirá.

—Estoy tratando de reconstruir las últimas horas de vida de los dos finados y...

—Menuda desgracia, quién lo iba a decir, pero en fin es ley de vida... —nervioso.

—¿Qué es ley de vida? —preguntó Gastón alzando la vista de su cuaderno de notas y escamado por los repentinos nervios del alcalde.

—No sé, la vida, la muerte, que sé yo... —el alcalde no sabía por dónde salir.

El teniente optó por sostenerle la mirada y aguardar una respuesta coherente. En esas entró Felisa.

—Disculpen los señores, don Eugenio, el subsecretario al teléfono —al alcalde le brillaron los ojos de alivio.

—Pues que espere —cortó categórico Gastón.

La secretaria quedó impresionada por la orden tajante y el alcalde no tuvo valor para contradecirle.

—Dígale que enseguida le llamo —e hizo una seña a la mujer que se retiró compungida.

Don Eugenio se revolvió inquieto en su sillón, manifiestamente molesto por el menoscabo de su autoridad, se iba a enterar ese *tenientucho* en cuanto él hablara con Gobernación. Él tenía mucha mano en el ministerio, se iba a enterar ese *tenientucho*.

—Y bien, señor alcalde. Me iba a hablar de las cosas de la vida y la muerte —no pudo amagar cierto punto de recochineo en su entonación.

—Poco puedo aportar yo a su investigación. Esos dos eran como eran, ni siquiera trabajaban para mí.

—¿Cómo eran?

—Celedón, un alma cándida, un pobre retrasado pero con la mala leche de un verdugo novato. Y no es que pretenda hablar mal de los muertos, sé que no está bien —el alcalde se santiguó con un gesto santurrón que causó grima a su interlocutor—. Y Rufino un borracho empedernido, se bebía el jornal y lo único que llevaba a su casa eran golpes. Un desecho humano.

—Pues menos mal que no quería denigrar a los muertos —anotando a toda prisa.

—A ver, las cosas como son, si junta en una era a un retrasado, un borracho y una bota de peleón o una botella de aguardiente, la cosa no acabará bien.

—En la era no se halló nada de todo eso.

—Bueno, ese es su trabajo, yo sólo especulo —y el alcalde se levantó y alargó la mano hacia el guardia civil dando por concluida la entrevista. Pero Gastón no se movió, se hizo el despistado con la vista atenta a la punta de su lapicero que garabateaba en la libreta.

—Póngame un ejemplo de esa mala leche.

—¿Qué? —el alcalde comenzó a sudar.

—Ha dicho que Celedón gastaba la mala leche de un... —se demoró a propósito en buscar la nota—: “verdugo novato”.

—Aunque retrasado, Celedón conocía la aversión del cura y su querencia, y actuaba en consecuencia.

Gastón no hizo comentario alguno para que el alcalde se explayara; pero el hombre consideró que ya había hablado demasiado y cambió el rumbo de la conversación.

—Mire teniente, durante la guerra la gente de Villaciegos sufrió las tropelías de los rojos.

—Eso pasó hace veinte años.

—Usted ya sabrá que el padre de Celedón fue uno de esos milicianos extranjeros que vinieron a saquear España. En mala hora dejó su semilla y se marchó. El diablo le lleve.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que nos ocupa hoy?

—Usted es el guardia, averígüelo. Las lacras del pasado se hacen presentes. Hay excesos que ni se perdonan ni se olvidan y los rencores añejos matan.

Gastón tomó buena nota: interrogar a don Braulio acerca de sus aversiones y querencias. Aunque dudaba cómo enfrentarse a un tipo tan correoso y encima amparado por una sotana. Lo consultaría con Trípodes, él sabría cómo tratar.

El cuartelillo disponía de una cuadra con varios animales para el servicio, dos caballos y tres mulas de las que se ocupaba el cabo Emérito. Gastón regresó regañándose a sí mismo por haber incurrido en tamaño fallo, ¡no había registrado el habitáculo provisorio de los finados en la era!

De paso interrogaría a los gitanos si daba con su campamento.

Con cierto reparo se asomó a la cuadra y sus ojos repasaron el ganado con la suspicacia de todo urbanita. Aquellas bestias parecían harto amenazadoras comparadas con las mansas bicicletas que aguardaban en el patio.

—A sus ordenes mi teniente, ¿qué se le ofrece? —saludó el cabo con las manos ocupadas en una bala de paja.

—Hola Emérito. Tengo que hacer una correría en descampado y no sé...

—Duda entre montar esa bici o un semoviente.

Gastón asintió avergonzado.

—En la capital nos desplazamos en automóvil, pero aquí.

—Lo dice usted, si me permite, se lo digo con todo el respeto que me merecen sus galones, como si eso fuese un adelanto y no. Hágame caso, suelte esa bicicleta y monte a *Ojeroso*. Le llevará donde sea menester y le traerá de vuelta sano y salvo. El cabo arriero entró en la cuadra y salió con un hermoso caballo blanco sucio, del ronزال.

—Es que tengo la monta algo oxidada —la bicicleta ganaba estima en el ánimo del teniente. Aquel bicho piafaba amenazador, sin duda contento de ver la luz del Sol.

Emérito acariciaba el pescuezo del caballo al tiempo que le susurraba palabras cariñosas. Era blanco casi inmaculado todo él, salvo dos círculos negros en torno a los ojos.

—Por eso no se preocupe, *Ojeroso* es un profesional, sabe lo que tiene que hacer. Yo se lo ensillo mientras usted se pone las botas altas y ya verá que bien irá y volverá —señaló con el mentón la bicicleta y advirtió—: Piense que si va por las eras y pincha una rueda tendrá que volver con la máquina a cuestras, y con el calor que hace, no le rindo la ganancia.

Gastón asintió aunque de mala gana y se fue murmurando: “y si pincho y dejo allí la bici y te mando a ti que vayas a buscarla, ¿qué, eh?”. Mirto, de guardia en la puerta, quebró sus cavilaciones.

—Mi teniente, un paisano, el fotógrafo, pregunta por usted.

—Lo que me faltaba —murmuró—. Está bien que espere, enseguida le atiendo.

Refunfuñando se vistió ropa cómoda para la monta, aunque con aquel calor las botas altas le estorbaban, peor sería el roce con el cuerpo sudoroso del caballo. Dudó de calzarse las espuelas, regalo de su suegro, las sostuvo y las valoró antes de devolverlas a su estuche. Le gustaban tanto como el talante del “regalador”: nada.

Mientras acudía al encuentro con Daniel se sintió como los toreros en capilla, temeroso, confuso, animado y ebrio de anticipación y ansiedad. Difusos en la neblina de los años quedaban las tardes de equitación en el club de...

—Buenos días teniente Gastón —saludó Daniel con una sonrisa, buscando la disposición más favorecedora a su propósito, que no era otro que llevarse algo de contante.

—Así los tenga, ¿qué se le ofrece? No, no me lo diga, viene a cobrar.

—Pues sí.

—Pasemos a mi despacho. Solís, ¿está el pagador en la casa?

—Ahora mismo le aviso mi teniente.

Daniel dudaba de si revelar al uniformado la visita del pastor, temía una reacción que le rebotara en la cara. Por otra parte, toda la noche estuvo dándole vueltas al asunto y pillar unos miles de pesetas le vendría de perlas. Andaba un tanto harto de sufrir estrecheces por causas ajenas a...

—Pase y aguarde —la orden del guardia civil le sacó de su ensimismamiento; el teniente abrió una puerta y marchó a atender la algarabía que venía del fondo de la casa.

El instante que tardó Daniel en reaccionar fue el que tardó la puerta del despacho de Pagaduría en ir y volver, y para cuando quiso entrar no pudo por lo que optó por aguardar en el pasillo.

El jaleo que atrajo la atención del teniente Gastón era la voz de Luis Mariano cantando *Violetera*, en la radio a todo grito. Alargó la mano para bajar el volumen pero lo pensó mejor y lo dejó como estaba, ¿a qué incomodar a las mujeres de los guardias?

—¿Qué hace usted aquí fuera?, le he dicho que aguardara dentro —le regañó Gastón, a los guardias les incomodaba la presencia de paisanos deambulando por su casa.

Daniel no quiso quedar como un memo y calló. Por otra parte decidió callar la historia pastoril en tanto no la tuviese más madura.

—A sus ordenes mi teniente —saludó el cabo Emérito, que para sorpresa de Gastón resultó además de arriero y albéitar, pagador, contable y tesorero del puesto.

Gastón devolvió el saludo, el cabo abrió la puerta del despacho con su llave y entraron los tres.

—Adelante usted a este hombre doscientas pesetas, ¿será suficiente? —preguntó vuelto hacia Daniel. El fotógrafo asintió—. Que le firme un recibo.

El cabo sacó una pequeña caja metálica de un cajón, la abrió con una de las llaves del manajo que sacó de otro cajón y extrajo la cantidad indicada en monedas.

—¿No tiene usted billetes? —quiso saber el teniente.

Emérito le miró con un viso de perplejidad.

—Da igual, ya me apañaré —zanjó Daniel, acostumbrado a manejar más calderilla que billetes.

Cobró, firmó, y se despidió pensando en Natalia. Al día siguiente acudiría a visitarla. En cuanto a lo de Antolín..., ya se vería, para empezar tenía que enterarse de dónde dar con él.

Con un gesto el teniente pidió la fusta pero Emérito le dijo que no la necesitaría y el otro se conformó, tampoco tenía intención de usarla, era más por cuestión de imagen.

Ojeroso demostró pericia en lo suyo y destreza para dejarse conducir por un primerizo en el arte de la monta. En cuanto el culo del teniente estuvo bien aposentado en la silla y le chasqueó la lengua el animal echó a andar con paso elegante para salir del patio, para enseguida cruzar el pueblo con un trote gallardo. Daba la impresión de que su jinete sabía adónde iba y que era él quien mandaba. Ya en los rastros el caballo se arrancó a un vigoroso galope.

—¡Confío que sepas adónde vamos! —gritó el jinete a su montura, acobardado por la carrera. Ignoraba las interminables jornadas de encierro que consumían a *Ojeroso* y ahora que se veía a rienda suelta corría feliz por aquel terreno tan propicio.

Unas encinas en lontananza y el cambio de terreno, de rastrojo a más duro, le dijeron que llegaba a las eras. Sin necesidad de tirar de las riendas el caballo aminoró el paso, variaba del galope al trote tal que adecuándolo al terreno, *Ojeroso* disfrutaba del paseo. Gastón vislumbró a dos mujeres que trajinaban alrededor de un chamizo y resolvió hacer un alto, ignorando que su montura ya lo había decidido antes que él. Sin duda olfateó el agua fresca que afluía de un pozo que allí había.

—Buenos días —saludó Gastón, ufano a lomos de *Ojeroso*, incluso se permitió una pose intrépida, mano izquierda con las riendas y derecha en jarras, ¡ahí le habría venido bien la fusta para componer estampa bizarra!

Ellas le ignoraron, apenas una de ellas le saludó con un gesto de la cabeza, y prosiguieron con su trajín. *Ojeroso* dio unos pasos hasta el agua que arruinaron la pose garbosa de Gastón: el caballo se metió bajo la encina y si el jinete no se agacha se deja los morros contra una rama baja, el golpe se lo llevó el tricornio que quedó a su espalda ahogándole con el barboquejo. Del mismo susto desmontó maldiciendo al jamelgo que sorbía agua del abrevadero por no reírse.

Gastón recompuso su tocado, correajes y figura y acudió a la entrada del chamizo.

—¿Es aquí donde duermen los peones? —preguntó a la entrada de la choza. No obtuvo respuesta.

En el interior una de las mujeres aventaba la paja de las yacijas con una horca, mientras la otra removía una olla de callos con garbanzos puesta sobre el fuego.

—Eso huele de maravilla —alabó en vano intento de congraciarse con ellas.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó la de la horca.

—¿Dónde dormía Rufino?

La mujer señaló un rincón con el mentón y siguió con lo suyo. Gastón entró a mirar. El interior olía a paja fresca. Colgado de unos clavos en la pared, además de una bota de vino mediada que aguardaba algo de atención, vio unos recortes de revistas con fotos de las mujeres de moda: Carmen de Lirio, Sara Montiel, Carmen Sevilla y Paquita Rico, todas muy guapas, ligeras de ropa y con expresiones insinuantes. No le escandalizó. Ellas nada aguardaban. Un botijo seco, unas abarcas, unos calzones, unas prendas de ropa astrosa. La mujer soltó la horca y salió a sacudir unas mantas, cuando entró doblándolas le preguntó:

—¿Busca algo?

—Sí, busco.

—Pues si no lo halla, mejor que deje de buscarlo y pregunte.

Gastón se percató que estaba en medio y se apartó para que ella pudiese proseguir.

—Los hombres no tardarán en volver, a mediodía paran a comer.

—¿Usted sabe si Rufino y Celedón...?

—Yo no sé nada —le cortó ella.

—Ya, ¿y su compañera? —hizo una seña hacia el exterior.

La mujer se encogió de hombros y no respondió. Pero desde fuera llegó la voz de la otra.

—Pregúnteles a ellos.

Gastón salió, el polvo de la paja removida le incomodaba y le hacía estornudar.

—¿Ustedes son familia de los peones? —preguntó a la cocinera.

La mujer le miró como si hubiese ladrado, con extrañeza y prevención antes de responder.

—Don Melitón nos paga para que cuidemos de los peones —dio la comida por hecha, tapó la olla y echó un puñado de tierra sobre las llamas—. Les hacemos la comida y le damos un baldeo a la yacija. Nada más —zanjó con energía.

A Gastón le llamó la atención la contundencia del “nada más” y no supo a qué achacarlo.

—Y nada menos, seguro que les facilita su...

—¿Qué es lo que busca? —preguntó desde el interior la otra.

—Investigo la muerte de Rufino y Celedón.

—¿Ya ha hablado con el cura?

Gastón observó a la cocinera, de pie en jarras frente a él, era una muchacha joven y agraciada y con un desparpajo que le resultó familiar.

—¿Cree usted que debería hacerlo?

Ella se encogió de hombros.

—Yo no creo nada, pero los curas están al cabo de las bajezas de sus vecinos, lo saben todo.

—Lo tendré en cuenta —otro parecer que le empujaba hacia don Braulio, ¿qué pintaba el cura en esto?

Gastón comenzó a sentirse incómodo, le jodía esa sensación de que todos iban por delante de él. Sí, acababa de llegar a esa mierda de pueblo pero él era un profesional en lo suyo y daría con ese asesino rural de mierda.

—Me pueden indicar el paradero del campamento gitano —preguntó mientras devolvía libreta y lápiz al bolsillo.

—Siga el curso del arroyo, tras de aquella loma los hallará —indicó la cocinera.

—Gracias —y se dirigió hacia su montura, pero se volvió para preguntar—: ¿Qué ha querido decir antes con ese “nada más” tan tajante?

—Don Melitón paga el alojamiento, la comida y el vino. No tolera las peleas ni las pelanduscas en la era. El que quiera lío que acuda a *Casa Franca* por su cuenta.

Gastón asintió conforme. De la rienda sacó al caballo de entre los árboles, lo montó y arreó. Hubiera preferido que las mujeres le viesan partir con un viril galope en vez del cansino paso que adoptó *Ojeroso* pero no pudo ser. La solana que caía a esas horas, en esos parajes recalentados, ya no invitaba a la galopada.

A las dos horas reconoció que se había perdido. Culpa suya por permitir, por confiar en la profesionalidad de un jamelgo.

—Te has perdido, ¿verdad? —le espetó a *Ojeroso*, el animal movió las orejas para espantarse las moscas pero no respondió.

Caminaron una hora más bajo un sol cada vez más abusivo, hasta que Gastón estalló:

—Tampoco es tan difícil seguir el curso de un arroyo, ¡cojones!

El sonido de unos disparos llamaron su atención. Hasta octubre no se levantaba la veda pero

los furtivos aprovechaban la limpieza de los campos para cazar a los conejos, aunque a esas horas los roedores debían estar en sus frescas madrigueras durmiendo, hasta él lo sospechaba.

Encaminó al caballo hacia la procedencia de las detonaciones.

—Sólo podían ser esos tres paletos —se lamentó.

En una vaguada habían apilado tres pacas de paja y contra ellas disparaban sus armas los municipales: Ponciano, Agapito y Tomás. Gastón se enojó al ver al alguacil disparando con aquel subfusil prohibido, ¡Trípodes le iba a oír!, los otros dos se turnaban en disparar con un viejo fusil Mosin-Nagant, un arma muy fiable que equipó a la Benemérita en el pasado.

Su intención inicial fue dar media vuelta pero quería interrogar a Agapito, no en vano salía en todas las conversaciones, y aunque sabía que delante de sus compinches no hablaría no pudo evitar que *Ojeroso* iniciara el descenso y no logró detenerle.

Con el estampido de los disparos y sus risotadas los municipales no se percataron de la llegada del teniente Gastón. El guardia civil aprovechó el silencio de la recarga para llamar su atención.

—Buenos días.

Los tres se volvieron hacia él aunque Ponciano metió un cargador en su naranjero y le miró amenazador y chulesco. Los otros observaron atentos en derredor, sin duda admirados y espantados a la vez por el valor de ese teniente de venir sólo hasta la boca del lobo.

—Agapito, tengo que hacerte unas preguntas.

El interpelado no se movió y sus compañeros tampoco.

—Podemos hablar aquí o en el cuartelillo.

—¿Por qué no se larga de una vez? —propuso Tomás y disparó su arma como al descuido.

El repentino estruendo, ampliado en la vaguada, y el impacto en una piedra entre los pies del caballo le encabritaron. Nada que un jinete avezado no hubiese contenido, pero Gastón estaba distraído y no esperaba el brinco del animal y cayó a tierra.

Agapito y Ponciano rompieron en risas y burlas pero Tomás corrió hasta el caído con el fusil alzado a modo de porra con intención de golpearlo. Al tercer paso sufrió un impacto en la cabeza, su boina salió volando, que le mató en el acto. Los otros dos enmudecieron y alzaron la vista, espantados, atraídos por el inconfundible y amenazante sonido del cerrojo de un máuser al accionarse con un nuevo proyectil; en lo alto de la loma los dos miembros de una pareja de la guardia civil les apuntaban impertérritos, el fusil de Facundo humeaba ligeramente.

—¡Han matado al Tomás! —chilló incrédulo y aterrado Ponciano en cuanto reaccionó.

—Han matado al Tomás —repitió Agapito aterrado.

El teniente Gastón se levantó con el culo dolorido por el trastazo aunque más le dolía el ego. No debería haberse caído, en cuanto al muerto, él se lo buscó. Fue hasta los dos y les arrebató las armas de las manos. Hizo una seña a la pareja que bajó hasta ellos, sin dejar de apuntarlos.

—¡Habéis matado al Tomás! —les acusó Ponciano. La pareja le ignoró.

—A sus ordenes mi teniente —saludaron ambos.

—¿De dónde salen ustedes? —preguntó Gastón a Facundo en un aparte.

—Emérito nos ha mandado que cuidáramos de usted, mi teniente.

—¿Y cómo han llegado hasta aquí?

—Ahí arriba hemos dejado las bicicletas —explicó Solís.

Mientras Facundo fue hasta el yacente y le propinó una patada en la entrepierna que le hizo rebullir.

—Vamos Tomás, que no ha sido para tanto. Si te hubiese querido liquidar no necesitarías

hacerte el muerto, cabrón —y le obsequió con otra patada.

Sus compinches suspiraron aliviados. Tomás se levantó aturdido y dolorido, la bala le arañó el cráneo y ahí perduraría el tremendo escorchón que le quemó el cabello, sangraba ligeramente. La boina sí, la boina estaba muerta. Trastabillando se agachó, la recogió con pena y se la caló.

Les pusieron los grilletos y los condujeron de vuelta hasta el pueblo. Gastón aprovechó para ir con ellos. Los guardias montados en sus bicis, y los detenidos a pie atados al rabo de *Ojeroso*. El teniente se sintió como un cazarrecompensas decimonónico trayendo bandoleros y forajidos a la horca y no le gustó.

La entrada al pueblo resultó tan humillante para el captor como para los cautivos aunque por diferentes motivos. El teniente Gastón era firme partidario de una Benemérita transformada en una fuerza policial moderna, adaptada y equipada para lo que fue creada: el ámbito rural. Con la aniquilación de los últimos maquis emboscados en las breñas de los montes asturianos no había mantener a la Guardia Civil como una fuerza represora en el campo.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber el sargento Trípodes, atónito por la filiación de los detenidos.

—Estos han atentado contra el teniente —respondió Facundo mientras empujaba a Agapito al interior del cuarto que cumplía las funciones de calabozo.

—¿Es eso cierto? —el sargento agarró por las solapas a Ponciano que hizo un gesto de desprecio. De un empujón le metió en el cuarto.

—Os estáis equivocando, esto no va a quedar así —amenazó el alguacil.

—Desde luego que no —musitó el sargento, furioso.

—¡Sargento! —llamó Gastón.

Trípodes acudió y el teniente le entregó las dos armas de guerra requisadas, no hicieron falta más comentarios de sobras comprendía el oficial el disgusto de su sargento, que las encerró en el armero.

—Tenemos que interrogar a don Braulio —propuso Gastón.

Trípodes le miró pero no abrió la boca, no después de la cagada con los municipales, ¡se iban a enterar esos desgraciados!

Un par de vinos en la tasca del *Vinagres*, con los que acompañar una charla informal sobre lo achuchada que estaba la vida para los ganaderos independientes, le bastaron a Daniel para averiguar el paradero del pastor Antolín. Vivía en las afueras en un corral con su mujer y media docena de cabras. Don Eugenio prohibía a sus pastores medrar con rebaños propios. El que quiera establecerse por su cuenta que lo haga pero no trabajando con su ganado. De sobras sabían todos que un pastor ajeno goza de rebaño propio en dos o tres años bien aprovechados y a don Eugenio le reventaban los aprovechados.

Daniel ignoraba si la esposa de Antolín estaría al tanto de sus tejemanejes pero conociendo el percal lo dudaba. Espió los alrededores para evitar la atención de vecinos fisgones y chistó al pastor cuando le vio salir de la vivienda.

El hombre le reconoció a la primera, sin sobresaltos, y le señaló que acudiera a un rincón del corral, allí arrojó los magros restos de la cena a una pareja de gorrinos afanosos y aburridos.

—¿Trae usted el dinero? —preguntó mientras arrancaba unas mazorcas de maíz de la cuerda de

la que colgaban de la cubierta para echárselas a los cerdos.

—Tienes una idea muy optimista de la vida y de tus semejantes.

—¿Qué? —Antolín parecía desconcertado por la respuesta de Daniel.

—No es tan sencillo sacarle el dinero a la gente y mucho menos a las autoridades.

El hombre llenó un bacín de cebada y lo vació en el pesebre, los cerdos lo recibieron con amorosos gruñidos.

—¿A qué ha venido entonces?

—A que me cuentes lo que sabes?

—Entonces sabrá tanto como yo.

—¿Y qué?

—Pues que ya no me necesitará para nada y será usted el que se marchará a Barcelona.

—Bien, en ese caso, acude tú a tratar con la Guardia Civil, les encanta comprar información a los testigos de asesinatos —y Daniel hizo ademán de salir y como el pastor no hizo ni dijo nada que le detuviera se halló en la calle chascado y de mal humor. Tentado estuvo de rehacer sus pasos, agarrar al tiparraco y cantarle... Pero no, la vocecita de la suspicacia le advirtió que mejor entregar el asunto al sentido común, dejarlo correr, y a verlas venir.

Los detenidos se levantaron del suelo, apoyando la espalda en la pared, en cuanto oyeron que alguien descorría el cerrojo, en la creencia que eran liberados.

—Ya era hora, joder, que me estoy meando —protestó Ponciano.

—Y a mí me duelen las muñecas y la cabeza —se quejó Tomás, pues seguían engrilletados y nadie le curó la herida de la cabeza.

Había anochecido tres horas antes y la luz de la luna se colaba por el ventanuco alto y enrejado que iluminaba el cuarto. Ni camas, ni una silla, ni siquiera un triste bacín.

Pero en vez de la libertad lo que entró en el calabozo fueron cuatro energúmenos armados de porras y con unas ganas tremendas de repartir leña.

Los detenidos apenas pudieron mostrar su asombro cuando un turbión de garrotazos los menguó hasta reducirlos a doloridas piltrafas sangrantes, tumefactas y gimientes. La paliza duró poco pero fue vigorosa, intensa, contundente.

Cuando salieron los cuatro de las porras, entró el sargento Trípodes se agachó, agarró por los cabellos la cabeza de Ponciano y la sacudió para despabilar al desvanecido, cuando abrió los ojos le dijo a la oreja de la que manaba un hilillo sanguinolento:

—Nadie, me oyes, nadie alza su mano contra un miembro de la Benemérita y queda impune —y arrojó la cabeza contra el suelo con violencia, la nariz de Ponciano paró el golpe.

En cuanto amaneció, Emérito acudió como cada día a la cuadra, almohazó a los animales, los sacó al patio para que bebieran y les diera el sol incipiente, y les repartió su ración de cebada.

Luego acudió al calabozo y liberó a los presos.

—¡Venga, vamos, largo de aquí! —gritó a modo de ufano despertador.

Claro que ninguno dormía, demasiado dolor para conciliar el sueño.

—¡Joder Tomás te has cagado! —acusó a la vez que le ayudaba a erguirse.

—Y qué quieres —balbució el apaleado—. Con la que nos cayó anoche...

—Esto no va a quedar así —amenazó Ponciano.

El guardia soltó el grillete que tenía en las manos y mostró la llave al tiempo que preguntaba:

—¿Acaso quieres pasar otra noche con nosotros? Por mí no hay inconveniente. Ya sabes los agasajos que gastamos aquí.

Y soltó las manos de Agapito que salió renqueando pero con prisas. Tomás le siguió y juntos, apoyándose el uno en el otro, marcharon calle abajo.

Ponciano se volvió para facilitar la tarea de Emérito. Mientras le soltaba los grilletes le advirtió:

—Abandona esa brega Ponciano, haz caso, no puedes ganar.

—Eso ya lo veremos —masculló más para sí que para ser oído.

—Venga, largo de aquí —mandó mientras arrojaba los grilletes a un cajón de la mesa.

—¿Y mi naranjero?

—Se queda aquí, de momento.

—Emérito, no me toquéis los cojones —amenazó a la vez que alzaba su dedo índice—. No me marcharé de aquí sin mi arma.

El arriero dio un paso hacia él, sacó una petaca, un papelillo y lió un pito. Hizo lumbre con un mechero y prendió el cigarrillo, dio una profunda calada y su voz sonó serena entre el humo de la picadura.

—Mira Ponciano, tú y yo nos conocemos desde hace algún tiempo, pamplinas las justas —de repente agarró al otro por una solapa y de un tirón le dobló hasta tener la oreja del sorprendido alguacil a la altura de su boca.

—Ni cojones ni pollas, si yo te digo que se queda aquí, no hay más que tratar —y con otro tirón le echó a la calle.

—Esto no va a quedar así —protestó Ponciano volviéndose airado desde la calle.

La respuesta que obtuvo fue la absoluta indiferencia de Emérito que le cerró la puerta en sus narices y ello le enojó más si cabía.

—¿Y qué dices que celebramos? —consiguió preguntar Clara, tras apartar la boca de Crispín de sus labios carnosos.

Crispín era besucón y además le gustaba entretenerse con las incipientes tetillas de la muchacha cual lactante hambriento.

—Me han ordenado diácono —masculló con la boca llena de pezón.

—Quita, aparta —protestó ella sin mucha convicción, ello le valió un mordisco—. ¡Ay, quita, me haces daño! —dio un respingo enojada y se cubrió los pechitos con la camisa.

—Anda mujer, ven.

—No, que me muerdes y si me dejas señal luego mi madre...

El muchacho la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí, para consolarla con un abrazo.

—Le enseñas las tetas a tu madre, eso es pecado mortal —manifestó severo.

Ella le miró con escándalo en los ojos.

—Cómo va a ser pecado si es mi madre.

El adoptó docta expresión, caviló una respuesta con el ceño fruncido y sentenció:

—El maligno acecha y nos tienta con la gula. El más ignominioso de los pecados.

—¿Pero la gula no es del comer?

—Pues eso —y de un brazado la tumbó y mientras ella reía por las cosquillas que recibía de esas manos convertidas en tentáculos hundía su cara entre su tetillas para chupetearlas.

—¡Quita tonto!

—No chilles que nos van a oír...

—¿Qué haces?

—Anda abre un poquito las piernas.

—Sí hombre, que más quisieras tú.

—Anda mujer, si te va a gustar.

—No se hizo la miel para la boca del asno —y le apartó de un respingo pero no se levantó.

Andaban tonteando en el desván de la casa familiar de la chica aprovechando que estaban solos en casa. Tumbados sobre unas alfombras.

Crispín, apoyado en el codo se sujetaba la cabeza con la misma mano y la observaba mostrando un embeleso que a ella la cautivaba, pero se resistía a la desfloración por el temor atávico a la deshonra, con el primer sinvergüenza que se lo propusiera, aunque fuese tan tremendamente guapo como ese curilla.

Ella adoptó la misma postura frente a él consciente que de la camisa abierta dejaba a la vista sus apetecibles tetillas.

—¿Y dónde dices que te han ordenado qué?

—Diacono —y su mano acarició las areolas rosadas que le tentaban.

—¿Y qué es eso?

—Significa que ya puedo cantar el Evangelio y asistir en misa. En el siguiente pasó podré confesarte y darte la comunión en tu boda —las pertinaces caricias obtuvieron un suspiro de ella.

—¿Y eso dónde lo haces?

—En el Colegio Mayor, en el Seminario no había plazas, es un sitio donde los curas ascienden de grado conforme van abonando los plazos de la carrera. Ser cura cuesta un dineral.

Las bocas se acercaron y fue como juntar el hambre con el jamón serrano. Pero abrazados y mudos se quedaron al sentir unos pasos pausados subiendo las escaleras.

—¿Hay otra salida? —preguntó Crispín contrariado.

Ella negó asustada con la cabeza.

—No, no hay otra salida —advirtió una voz enojada.

—¡Papá! —exclamó Clara arrebuñándose en su camisa.

—¡Don Eugenio, no es...! —Crispín se puso en pie con los ojos desorbitados de pavor a la vista del revolver que empuñaba el alcalde.

—¿Qué no es? Bastardo —y le golpeó en la cabeza con el arma. Crispín cayó de rodillas—. ¿Qué no es? ¿Acaso ignoras que sí es una menor? —y le volvió a golpear.

—¡No papá! —ella intentó detener la agresión pero el padre la empujó.

—Tú vete abajo que luego hablaremos tú y yo —y le arreó un bofetón más aparatoso que dañino.

Don Eugenio se acercó a Crispín que se tentaba el corte en la cabeza y miraba la sangre de su mano, le puso el cañón del revolver en la sien, lo amartilló, y le advirtió muy serio:

—Si te vuelvo a ver rondando a mi hija te mato. ¿Me has entendido?

Crispín alzó la vista hasta la cara del hombre y comprendió la veracidad de su afirmación y

asintió atemorizado.

—Venga, largo de aquí.

La Polonesa, su proveedor habitual, no quedaba lejos de la estación y la mañana, a esas horas tempranas, invitaba al paseo. Daniel iba repasando mentalmente sus necesidades de material fotográfico, el precio de los mismos y el trato que ofrecería a Natalia, para conseguir que le fiara.

Aquella joven amilanada que llegó de la devastada Europa Central, huyendo de la ocupación soviética de su patria, había madurado y endurecido su carácter. Con la mayoría de edad tomó las riendas del negocio familiar, por aquellos días la conoció Daniel, ella le fió la Rolleiflex en contra de la opinión de sus progenitores, poco dados a la caridad, nadie la había tenido con ellos, pero Natalia opinaba diferente, quizás por aquello de que siembras lo que recoges, o al revés, o por una mayor altura de miras. Daniel se convirtió en un cliente fijo y la venta a plazos se supo y atrajo a otros fotógrafos.

Le extrañó hallar la puerta de la tienda cerrada, quizás era pronto, pero en vez de llamar, temía encontrarse con los padres de Natalia pues había vencido un plazo de la cámara y no traía suficiente dinero para cumplir con el pago y encima pretendía llevarse material. Optó por dar la vuelta conector de la existencia de una entrada trasera.

En efecto halló entornados los portones de un gran patio, empujó la pesada puerta y entró. Un amplio espacio, equipado con abrevadero y pesebre, no en vano en el viejo rotulo de la tienda ofrecía entre toda la posibilidad de fotografías: familiares, académicas, carnet, etcétera, las ecuestres. No eran pocos los oficiales y jefes militares que en tiempos acudieron a immortalizar su bizarra estampa, sable al cinto, a lomos de una fogosa montura. Algunos fotógrafos disponían de bellos ejemplares de cartón piedra pero en *Hermanos Grillo*, que era el anterior nombre de *La Polonesa*, era el único establecimiento de fotografía con caballo “vivo” propio, un hermoso zaino, profesional del posado, con su silla de montar y todo, y eso se notaba en la veracidad de la foto. Y si algún cliente prefería traer a su animal, disponían de alojamiento seguro y a resguardo del creciente bullicio urbano en aquel patio.

Y ese día era el caso, sólo que en vez del acostumbrado cuadrúpedo inquieto y rispo, era un reluciente SEAT 600 de un desenfadado color azul régimen el que aguardaba para ser immortalizado. Un chiquillo se afanaba con una gamuza en sacar brillo a los cromados, mientras su gozoso propietario, de reluciente peinado, dudaba en algo con la puerta del vehículo abierta.

—Mire usted, es que ahora las ventanillas suben y bajan, ya no son correderas —el hombre giró con extrema reverencia la manivela que subía y bajaba el cristal.

—Ya, y a usted le gustaría que ese detalle se apreciara en la foto —comentó Natalia pensativa.

—Evidentemente —para el tipo resultaba lógico que en una instantánea se apreciara semejante logro técnico.

—Déjela a medio abrir y así se comprenderá la acción —opinó Daniel.

El propietario, con expresión arrogante, volvió la vista hacia el recién llegado.

—Señor Bustos, le presento a Daniel Sánchez, eminente fotógrafo —presentó Natalia.

—Mucho gusto —saludó Daniel, el otro alargó su mano y las entrechocaron sin excesivo afán.

A Daniel le reventaba la gente que te daba la mano floja, como si fuese un trapo húmedo, y ese fue el caso; el tipo engominado enseguida le cayó mal. Por principio cualquiera con capacidad

para desembolsar las setenta mil pesetas que costaba aquel vehículo, en los tiempos de hambre y penuria que vivía la mayoría de la población en 1958, le caería mal.

El SEAT 600 apareció en el mercado el año anterior con todo el éxito augurado por sus creadores. Con las ciudades cada vez más atiborradas de familias en busca de un futuro, huyendo de la miseria rural, hacía falta poner en las calles un vehículo accesible a la débil economía de la emergente clase media. Al contrario que la pléyade de motocarros y motocicletas en circulación el 600 era y parecía un coche de verdad, con sus puertas metálicas que se podían cerrar lo que permitía aparcarlo en la vía pública; ventanillas con cristales que subían y bajaban; asientos para cuatro viajeros; calefacción, e incluso podía instalarse una radio, ¡el colmo del refinamiento y la modernidad! La demanda fue tan grande que se creó una lista de espera de cuatro años, los pedidos superaban las cien mil unidades, para unas cifras de producción de ochenta coches al día en 1958. Ni que decir tiene que apareció la picaresca propia de toda oferta limitada y demanda exacerbada por la necesidad. Cualquier necesidad, incluso la de aparentar tan propia del español.

—Y también quiero que aparezca la radio en la foto —el dedo índice del engominado señalaba el interior del vehículo, donde un receptor *Blaupunkt*, del tamaño de una caja de zapatos, separaba al conductor de su acompañante. Aquel aparato costaba lo que Daniel podía ganar en un año.

—Verá usted, vamos a realizar una foto de conjunto, usted y su vehículo, y es posible que esos detalles no se aprecien —se excusó Natalia, algo desconcertada.

—Un álbum sería lo ideal —sugirió Daniel. El tipo le miró como si fuese verde—. Un evento así merece ser immortalizado con semejante mimo que si de un natalicio se tratase —añadió Daniel.

—¿Un álbum? —preguntó receloso el moderno jinete.

—Una serie de fotos recogidas en unas páginas, con todos los detalles de su adquisición. Yo creo que la ocasión lo merece. ¿No cree usted Natalia?

—Creo, creo.

—Pero yo quería una grande para enmarcar y...

—Desde luego. Mire usted, se tira un carrete o dos, y usted elige las que desea ampliar para enmarcar y las demás conforman el álbum. Un pequeño encuadrado para mostrar a la familia, amigos y vecinos. Podemos incluir fechas, comentarios, pie de foto... Usted pida.

El tipo fantaseó un grueso tomo ilustrado con sus logros, pasando de mano en mano ante los ojos desorbitados de sus envidiosos parientes y sonrió al imaginar sus caras verdes de envidia.

—¿Puede ser en color?

—Voy a por la cámara —anunció Natalia abrumada.

Daniel la siguió al interior. A su espalda oyó al tipo increpar al chiquillo para que frotara con más garbo.

—Natalia, Natalia —logró que la mujer se volviera—, hola, qué tal.

—Daniel, te esperaba a primeros de mes.

—Sí, verás, es que...

—Por favor, que somos adultos, excusas no. Las excusas son la antesala de la mentira. Si no puedes pagar tus plazos dime la verdad y punto.

—Tengo un par de encargos pendientes de cobro, en cuanto...

Ella mientras instalaba un carrete de película de formato 120, para doce exposiciones de 6x6, en el interior de una cámara Agfa Isolette III.

—Permite que haga yo este trabajo.

Natalia alzó la vista hasta él.

—Será una manera de pagarte parte de los intereses que te debo. Voy a necesitar un par de cosas.

—No cumples tus vencimientos y pretendes llevarte material —afirmó más que preguntar.

—Sí —manifestó sosteniéndole la mirada.

—Que cara más dura, ¿qué te has creído que es esto, Auxilio Social?

—Sí, para fotografías de pueblo arruinados —y esbozó una tímida sonrisa dudando de si su encanto bastaría para ganarse la bonhomía de Natalia.

—Desconfía chiquilla, te va a engañar —dijo una voz femenina con fuerte acento eslavo a su espalda.

—Buenos días señora Vera —saludó Daniel a la madre de Natalia.

—Así los tenga usted —y vuelta a su hija advirtió—: Si fías a todos los muertos de hambre que se cuelan por detrás no saldrás de pobre —de nuevo aquel acento desgarrador.

Daniel sabía que madre e hija solían hablar en polaco entre ellas por lo que supuso que la bruja deseaba que él comprendiese el mensaje.

Natalia le entregó la cámara al tiempo que censuraba a su madre con un vistazo.

—Toma, te he puesto película ASA 100, creo que se está nublando el día, tú mismo. ¿Llevas el exposímetro?

—Sí.

Daniel salió al patio animoso y contento. Una cámara entre las manos le mudaba el carácter, le emocionaba, y alegraba el día. La fotografía era su vida y tan sólo anhelaba poder vivir de su pasión.

—Caballero, póngase junto a su coche —mandó a la vez que apuntaba al tipo y al coche con el exposímetro. Mientras consultaba la lectura del fotómetro el hombre se asomó receloso, ¿qué sería aquel aparato tan menudo surgido del bolsillo de aquel desharrapado?

Daniel hizo un par de fotos y luego mandó:

—Póngase al volante, no así, con la puerta cerrada; baje la ventanilla y saque el codo por ella.

El tipo adoptó un aire garboso al volante.

—Mire al frente —el hombre expresó concentración—. Ahora mire a la cámara como si fuese a girar en una rotonda —el tipo esbozo una expresión atareada—. Muy bien, abra la puerta presto a apearse. No, alto, quédese ahí—. Daniel dio la vuelta al vehículo y abrió la puerta del copiloto —. Alargue la mano como si buscara una emisora de radio—. El tipo lo hizo y el fotógrafo immortalizó la acción.

—¿Qué le parece si hacemos una con su hijo montado detrás?

—¿Por qué? —el hombre no quería que nada ni nadie restara protagonismo al coche nuevo o a su propietario: su augusto comprador.

—Es una referencia. Con un pasajero se aprecia mejor el volumen interior, el tamaño del coche.

—Ah, si es por eso... ¡Niño monta detrás! —el crío se apresuró a subir.

Daniel calculó la luz del interior con el exposímetro, reguló el diafragma y disparó un par de instantáneas.

—Ya está immortalizado cual moderno caballero —halagó Daniel y el tipo se hinchó como un sapo.

—¿Cuándo estarán?

—La semana que viene —y los dos echaron a andar—. Pase y Natalia le dará un recibo por el

adelanto.

—¿Qué adelanto? —preguntó el cliente camino de la tienda.

—Una cantidad a cuenta que vaya usted a dejar en depósito.

—A mí nadie me dijo nada y no...

—Bueno se avecina una subida del material de revelado, todo son productos de importación y usted se la ahorraría si abona por adelantado el trabajo.

El tipo le miró como si estuvieran en una feria de ganado examinando los dientes de una mula vieja. A Daniel le repateaba la gente así, mucho presumir de su coche nuevo, ¡que costaba el salario medio de cinco años! y racaneaba a la hora de abonar un servicio que él había contratado libremente y no era más que para aparentar. Al final todo brillo era pura apariencia, superficial.

—Está bien —anunció el tipo con gesto altanero a la vez que sacaba una abultada billetera y la mostraba como si fuese el santo grial recién arrancado de manos infieles.

Con veneración sacó, uno a uno, dos billetes nuevecitos de quinientas pesetas y los dejó sobre el mostrador ante los ojos atónitos de Natalia y Daniel.

—Natalia, hazle un recibo al caballero por el anticipo —interrumpió Daniel la ensoñación.

—Sí, claro, como no —sacó un talonario y se apresuró a escribir—. Aquí tiene señor Bustos su encargo estará la semana próxima, sin falta.

El hombre dobló cuidadosamente el resguardo, lo guardó en aquella cueva de Alí Babá de cuero e hizo un gesto de despedida. Natalia salió detrás de él.

—Aguarde que le abro el portón del patio.

Al cabo de un rato regresó y halló a Daniel mirando uno de aquellos billetes con devoción. Ella tomó el que quedaba y lo alzó para comprobar su autenticidad con la marca de agua.

—¿No te fías? —quiso saber él socarrón.

—Qué quieres, es la primera vez que veo uno de estos.

—Anda escóndelos antes de que entren y te atraquen.

—Yo los guardaré —de nuevo aquella voz de ventisca y nieves.

La madre de Natalia salió de una sombra y su hija le entregó el dinero.

—Voy a revelar esto —anunció y cogió la cámara de fotografiar.

—Te ayudo —se ofreció él, sin apartar los ojos de la anciana que le observaba fiera.

Ambos entraron en el cuarto de positivado. La luz roja confería a la estancia un ambiente extraño aunque los dos estaban a gusto sus movimientos eran profesionales y precisos.

—Tu madre me mira mal.

—No te puede ver ni en pintura —Natalia desenrolló el carrete y lo sumergió en el fijador.

—Si me viese con una cartera repleta, como la de ese tipo, otro gallo nos cantara.

—Desde luego. Aparta —el cuarto oscuro era muy pequeño para los dos.

Daniel no tenía otra cosa que hacer y aprovechando que ella tenía las manos mojadas se puso detrás de ella y con la excusa de no estorbar se pegó a su espalda y comenzó a acariciarla. Sus manos hicieron presa de sus pechos y los apretaron a la vez que le susurraba requiebros.

—Deja, quita, suelta —protestaba ella sin convicción.

Pero Daniel hizo buena presa y no tenía intención de aflojar. Entonces llamaron a la puerta y a él se le heló el gesto.

—¡Qué quieres mamá! Ya salgo —alargó la mano hacia el interruptor y lo accionó varias veces para que su madre viese parpadear la luz que prohibía el paso al cuarto de positivado. Para ello hubo de inclinarse y Daniel cobró confianza por la postura encorvada de la mujer. Una de sus manos bajó a rebuscar bajo la falda, soslayó las bragas y cuando creía alcanzado su objetivo ella

le dejó helado con la noticia.

—Daniel, estoy embarazada.

El hombre quedó inmóvil, ni siquiera respiraba en la nuca femenina, las manos quietas, todo él como en trance.

—¿Te ha dado un pasmo? —y Natalia se volvió genuinamente preocupada.

—No, bueno sí, es que... No, claro que no, es de la misma alegría —balbuceó él.

—Ya, claro. Bueno esto ya está positivado, podemos salir. Luego haré las copias menudas.

—¿Qué hacíais ahí dentro los dos? —preguntó malcarada la madre de Natalia.

—Madre, no se meta por favor. Ande, vaya a la tienda que ha entrado alguien.

La esclava se fue pero no sin dedicar una mirada de reproche envenenado al atónito Daniel: rostro demudado, boca seca y respiración agitada, estado que malinterpretó Natalia.

—No te preocupes, sé de una partera que malogra las barrigas no deseadas —explicó en voz baja con cierta congoja.

—Pero Natalia, mi amor, ¿qué estás diciendo? —le agarró las manos—. Tendrás ese niño y será muy querido.

—Ya, claro, ¿y quién lo va a criar?, yo sola, ¿tú tienes idea de cómo tratan a las madres solteras en Polonia?

—Imagino que no será peor que en España. Y ya te advierto que no lo vas a criar sola, aquí estoy yo para lo...

—Tú estás casado —y ella se soltó desolada.

—¡Natalia, hay clientes! —apremió la voz que daba frío.

En el viaje de vuelta, en el tren, Daniel repasaba el catálogo de fotografía que se llevó de *La Polonesa* por no pensar en el atolladero que agobiaba su vida, casado sí, pero su matrimonio carecía de futuro. Puede que no amara a Natalia, pero sí la quería y sobre todo quería a ese niño, porque seguro que iba a ser un niño, lo quería sin siquiera haberlo pretendido, le bastaba conocer su existencia para desear criarlo. Claro que lo primero era deshacerse de Dorotea, su esposa, pero cómo. Natalia, católica polaca, no se avendría a formar una familia a la sombra de semejante amenaza. Una denuncia de la esposa ultrajada, aunque Doro no era de esas, y acabaría entre rejas por bigamo. Y de repente tuvo una idea que juzgó genial aunque irrealizable, pero que si la llevaba a cabo sería una solución o cuando menos aliviaría la complicada ecuación que pesaba sobre su cabeza. Tenía que simplificar su vida. Necesitaba tocar dinero y eliminar lastre y hacerlo pronto, Natalia le había concedido un mes escaso para hallar una solución antes de abortar.

—Te lo repito Trípodes, como ese mamarracho...

—¡Eh!, no te lo consiento Ponciano. Ojo con faltar a un jefe de la Guardia Civil.

—¡Qué jefe ni qué niño muerto si es un teniente de mierda!

—Pero es el jefe de puesto y no te consiento que le faltes.

El alguacil, aún con la cara señalada por la paliza, bebió un trago de vino y lo mismo hizo el sargento. El tabernero, atento, se acercó con la frasca y rellenó los chatos.

—¿No tienes nada para picar *Vinagres?*, esto, a palo seco, mata.

—Ahora mismo saca mi Clotilde unas bravas que os vais a chupar los dedos —en la oferta del tabernero era evidente la ausencia de alegría. Marchó a atender a los parroquianos.

—Tú sabes que ese naranjero me lo gané en buena lid.

—Que sí hombre que sí. No te lo tomes tan a pecho, cojones. El hombre es nuevo y tiene que hacer valer sus galones. Pero tal y como nos vayamos conociendo se irá haciendo al cargo.

—No comprendo como es que no te dieron a ti la plaza, con la de años que llevas en Villaciegos.

—Desde la guerra, calcula, va para veinte años ya.

—Pues eso.

—Pues sí.

—Una cosa me intriga Ponciano, si te apresaron en el 42 o el 43 y te liberaron en el 54 donde escondiste el naranjero mientras tanto.

Ponciano le miró con sus ojos tumefactos sin saber qué responder.

—Aquí tienen los *señores* —a ellos les disgustó el retintín de Clotilde cuando dejó el plato.

—¡Que maravilla, alimentan sólo con verlas! —alabó el sargento las patatas, por congraciarse. Pasaba el mediodía y cayeron sobre las bravas como lobos en febrero.

—Que ricas están. *Vinagres*... —Ponciano le mostró el vaso vacío.

El tabernero murmuró algo en la mesa que atendía y los parroquianos miraron a la pareja con censura en la mirada y rezongos en los labios.

—Si alguno tiene algo que decir, que hable —alzó la voz el alguacil en tono amenazante.

—Déjalos, no tienen otra cosa que hacer —le disuadió el sargento y bebió un trago.

El tabernero rellenó los vasos en silencioso encono.

—Buenos días señores —saludó el teniente Gastón al entrar en la taberna.

—El que faltaba —rezongó el alguacil.

—*Vinagres*, otro vaso —pidió el sargento señalando a su jefe.

—Yo me voy que tengo que hacer —dijo el alguacil poco amistoso.

El teniente le miró pero no dijo nada. El sargento llamó su atención conciliador.

—Venga teniente, tómese un chato conmigo—. Le gustan las bravas —y sin aguardar respuesta —: *Vinagres*, sácate otra de patatas.

Bebieron y comieron en silencio, el teniente parecía incómodo, se descubrió y dejó el tricornio sobre la barra. Ese gesto bastó, fue la señal, para que se reanudaran las conversaciones y de nuevo el rumor de platos y vasos animase el ambiente.

—¿Cuándo se trae a la familia? —preguntó el sargento con la boca llena.

—En cuanto esté instalado. La casa cuartel está un poco dejada de la mano de Dios, quiero poner agua caliente en el baño y arreglar cuatro cosas.

—Claro con chiquillos en casa, ya se sabe...

—Muy ricas estas patatas —alabó el teniente una de las veces que el tabernero se acercó a llenarles los vasos—. ¿Oiga hacen comidas también?

El teniente percibió como el tabernero demudaba el rostro y le extrañó. Enseguida forzó un remedo de sonrisa y asintió.

—Es que yo para la cocina soy un desastre —se justificó Gastón.

—No se preocupe por eso, yo como aquí muchos días, la Clotilde tiene unas manos divinas —alabó Trípodes—. ¿Qué tenéis para hoy?

—Gazpacho y conejo con cebolla —respondió la mujer.

—Que sean dos. Vamos a aquella mesa —el sargento señaló una vacía junto a la pared.

El teniente percibió la escasa alegría en Clotilde ante la petición de las consumiciones sin comprender la causa. Lo atribuyó a rarezas de la gente de pueblo.

—Pues que sean tres —anunció la voz de un recién llegado.

—Hombre señor alcalde. ¿Nos acompañará?

—Si no les importa.

—Por favor —pidió el teniente al tiempo que ofrecía una silla con un gesto.

—Es que estoy solo en casa, la parienta se ha ido a casa de sus padres con mi hija por no sé qué tripa rota.

En esos momentos don Melitón entró en la taberna y los presentes se levantaron silenciosos para saludar la llegada del cacique, deferencia que incomodó a don Eugenio, aunque por supuesto nada expresó, al contrario se mostró obsequioso con el recién llegado.

—¡Amigo Melitón, ven a sentarte con nosotros!

El hombre estrechó las manos a los tres y se sentó quejándose del calor. Trípodas anunció lluvia al atardecer y Clotilde se acercó a tomar nota de las consumiciones.

Los cuatro iban a comer, y Gastón tuvo la leve impresión de haber mordido el queso de una ratonera.

—¿Y bien, cómo va la investigación? —apremió don Melitón—. ¿Ya han detenido a los gitanos?

—Estamos en ello.

Aunque la respuesta del sargento fue de puro trámite a Gastón no le gustó el tono sumiso que él interpretó, aunque la sonrisa mostachuda de Trípodas reflejara socarronería.

Vinagres trajo los tazones de gazpacho, con el pan aparte para que cada uno se sirviera al gusto.

—¿De dónde saca la culpabilidad de los gitanos?

Don Melitón probó el suyo y lo alabó para dar tiempo a que el tabernero marchase.

—Me importar tres pares de cojones si han sido los gitanos o la madre que parió a esos dos cenutrios, lo que quiero, lo que Villaciegos necesita, es que este asunto acabe.

—Tenemos pendiente una inversión muy elevada que sacará al pueblo de la Edad Media para situarlo en el siglo XX —adujo el alcalde.

—Esa cooperativa dará muchos empleos y el molino elevará la renta de los agricultores. No es lo mismo vender el trigo al precio que quieren los comisionistas que transformarlo en harina.

—Todo eso me parece muy bonito pero nada tiene que ver con la investigación —cortó Gastón.

—Esto tiene que acabar —insistió el cacique con la vista fija en Trípodas.

—El modo más rápido para concluir la investigación es que todos colaboren y aporten...

Don Melitón se limpió los labios con la servilleta, la arrojó sobre la mesa y apuntó con su dedo índice al teniente para interrumpir su frase.

—Detenga a esos gitanos.

—¿No le parece muy casual que esos crímenes se hayan producido justo cuando los Heredia andan por el pueblo? —el tono del alcalde era más conciliador—. En Villaciegos no han matado a nadie en veinte años.

Los uniformados se miraron, Trípodas adivinó las ganas de su teniente de enviar a los dos mandamases a la mierda y le contuvo con la mirada. Cosa harto difícil.

Acabaron de comer en silencio y sin aguardar a los postres, había melón o sandía, muy ricos. Don Melitón se levantó aduciendo faena. Sacó un billete de cien pesetas de su cartera y se lo alargó al tabernero, haciendo señas de “yo convidado”, pero Trípodas interrumpió la acción.

—¡Déjelo don Melitón, estamos de servicio, y no podemos aceptar su invitación!

Vinagres le fulminó con la mirada, Clotilde hizo un puchero de pura rabia y marchó a la

cocina, pero el tabernero fue rápido y arrebató el billete de los dedos del cacique, que hizo un gesto de “anda ya”. Gastón tomó nota mental para averiguar qué coño pasaba allí.

Pidieron café y don Eugenio quiso coñac, Trípodes se abstuvo del licor por imitación de su teniente, aunque le dolió.

—Don Eugenio el otro día me comentó usted que los actuales sucesos pudieran devenir de actos luctuosos acaecidos durante la guerra, ¿puede concretar a qué se refería?

Trípodes miró con ojos desorbitados al alcalde, atragantado con el café, a su vez con la vista fija en la libreta que salió del bolsillo de Gastón y el lápiz a punto para anotar sus palabras.

—Yo no pasé la guerra en Villaciegos, en cuanto pude me escapé a Salamanca, tenía que poner a mi familia a salvo de esos canallas —apuró su café, recogió su sombrero y se despidió.

—Sargento, ¿qué pasa aquí?

—¿A qué te refieres?

Gastón devolvió el cuadernillo a su camisa mientras censuraba a su suboficial con acritud en la mirada, pero Trípodes aguantó la pose sin abrir la boca.

—Asesinan a dos vecinos de forma harto truculenta y todos pretenden echar tierra al asunto por no revelar rencores añejos.

—Los dos tiparracos muertos no eran nadie, ni siquiera para despertar el odio de alguien, y ninguno de los dos había nacido cuando la guerra. Yerras el tiro teniente.

—Pues a uno le arrancaron el corazón y al otro le degollaron. Tenemos que interrogar a don Braulio.

—¿Y eso?

—Todas las pesquisas nos llevan a él. Por alguna razón está involucrado.

—¿Qué pruebas tenemos?

—De momento sospechas, indicios. La madre de Celedón...

—Esa mujer es una resentida, odia a todo el mundo. Deja el asunto del cura en mis manos.

A la salida de la taberna don Eugenio vio venir al cura y se acercó a él.

—Don Braulio amigo, como andamos.

—Ya ve usted, don Eugenio, a la taberna a refrescarnos.

—El otro día tuve un roce con su sobrino.

—¿Ah sí? Pues no sabía nada.

—Anda tonteando con mi Clarita.

El cura afeó ese proceder con un gesto de desaliento.

—Sí, entiendo que la juventud y tal, todos hemos pasado por eso, pero no lo consiento, con mi Clara no. Le advertí al chaval que no quería verle más rondando a mi chica y le amenacé.

—Hombre Eugenio que somos amigos —el cura afectó espanto y se santiguó y todo.

—Le amenacé de muerte y lo sostengo. Por esta vez lo voy a dejar pasar porque su madre llevó a la niña a la comadrona y sigue intacta, pero al que me la mancille lo mato. Y aquí paz y después gloria.

—¿Pero la niña está bien?

—La hemos mandado a casa de sus abuelos hasta que se le pase la tontería.

—Hablaré con Crispín.

—Dicho queda —dijo en tono intimidatorio y echó a andar tan pancho.

Pudo más la canícula agosteña que la continua adición de barras de hielo y el juez de paz y el buen juicio aconsejó el sepelio inmediato. En vano protestó el teniente Gastón, un exhaustivo examen de los cadáveres aún podían revelar pruebas incriminatorias para los culpables. Nada, el ayuntamiento se negó a seguir financiando el tremebundo gasto de hielo, que por otra parte acaparaba todas las existencias de Villaciegos, y el teniente no tenía medios ni autorización de la superioridad para trasladar los cuerpos a donde hubiese una cámara frigorífica.

Don Braulio tenía cosas que hacer y la canícula citada aconsejó dar avío temprano al entierro. Tras la breve ceremonia en la iglesia, los difuntos carecían de la categoría social necesaria para alargar el oficio religioso y don Braulio abrevió con lo imprescindible. Los presentes tampoco exigieron más, el que más el que menos tenía quehaceres mejores que pasar la mañana en la iglesia. Aunque amaneció nublado todo apuntaba a otro día de calor bochornoso.

Al funeral acudieron don Eugenio y don Melitón, a mostrar sus respetos a las familias, y las fuerzas vivas del municipio: el juez de paz y Felisa, el boticario y los municipales, y el teniente Gastón y la pareja de números habitual. Tras la ceremonia la gente principal dio los pésames de rigor y desfiló. Tan sólo quedó la gente menuda.

Al teniente Gastón le llamó la atención que mientras la madre de Celedón alias *Comuniones* iba rodeada de consoladoras vecinas, nadie consolaba a María la esposa del otro finado el tal *Boina*.

Cargaron los dos ataúdes en el carro de Froilán. Los municipales ayudaron en la tarea y aunque el teniente hizo una seña a la pareja para que colaborara, Facundo y Solís remolonearon su desconcierto y sorpresa por la orden hasta que la tarea estuvo concluida. De todos modos entre los tres municipales y el ordinario no hacían falta más brazos.

Daniel aguardaba en el camposanto, tenía órdenes de fotografiar el entierro, a los asistentes, sus expresiones. El teniente Gastón quería que inmortalizara las querencias de los presentes en el sepelio en la intuición de que el culpable o los culpables no eludirían la cita.

Sabedor que sólo cobraría un carrete, el teniente le advirtió que administrara correctamente las doce exposiciones, Daniel se dedicó a observar a la comitiva que seguía al carro. Caminaban sin prisas, delante de *Ticiano* iba don Braulio, musitando una plegaria, y un par de monaguillos, uno abrazaba un incensario humeante y el otro el cubo de agua bendita con el hisopo.

Daniel aprovechó para enfocar su Rolleiflex y no pudo evitar el recuerdo de Natalia y suspiró contrariado. En lo último que había pensado era en ser padre pero enfrentado al hecho consumado irradiaba alegría. Quizás la criatura acabaría con todas las dudas de ella y la empujaría definitivamente a vivir con él. Tan sólo quedaba la cuestión, no baladí, de qué hacer con “la otra”. Pasaban los días y no se decidía a dar el primer paso. Natalia fue taxativa: un mes, si en un mes él no aportaba una solución, abortaría. Y con todo lo peor no sería perder a ese niño al que ya amaba sino el grave peligro que la operación clandestina suponía para ella. Decidido, en cuanto acabara en el camposanto llamaría a Dorotea.

Para evitar suspicacias se había refugiado tras un ciprés tan añoso que le servía de cómodo parapeto. Desde allí tenía vista panorámica del cementerio y le extrañó ver junto a las tumbas a Antolín. Ignoraba que además de pastor fuese el sepulturero, eso denotaba los salarios de hambre

que pagaba don Eugenio y la codicia de ese hombre, resuelto a migrar de la miseria.

Apearon los féretros, el cura rezó, hisopó, e incensó, las vecinas que acompañaban a Aquilina ejercieron de plañideras mientras el ataúd de su hijo se lo tragaba la tierra; ningún llanto se oyó mientras ocurría lo mismo con Rufino, pero el objetivo de Daniel fijaba en el negativo a Víctor Salas, el cortijero de don Melitón, que flanqueaba a su jefe, ambos muy serios y diríase que afectados a la vez que apartados del grupo.

En cuanto los féretros estuvieron en el interior de las fosas los tres municipales desaparecieron.

El Sol se abrió paso entre las nubes, debían faltar un par de horas para el mediodía, y su tórrido mensaje aconsejó abreviar la faena. Daniel aguardó a que todos marcharan para acercarse a las tumbas.

Antolín rebufaba por el esfuerzo, apenas dedicó un vistazo al fotógrafo. Daniel se quedó mirando antes de opinar.

—Seguro que llenar el hoyo cuesta menos que abrirlo.

El sepulturero no respondió a un comentario tan sandío. Toda la noche le llevó abrir a fuerza de pico y pala las dos tumbas y aún tenía que sacar el rebaño, que don Eugenio no disculpaba las ausencias.

—No me extraña que sueñes con escapar a Barcelona y entrar en la SEAT.

—Con las mismas horas que echo aquí, allí sería rico —sentenció Antolín al tiempo que se enjugaba el sudor que le cubría el rostro con un pañuelo roñoso que más parecía trapo de fogonero.

—Te has parado a pensar que allí la vida será más onerosa que aquí.

Antolín le miró inexpresivo, quizás ignoraba el significado de “onerosa” o quizás es que le daba igual.

—¿Me ayudará? —preguntó resoplando en cuanto tuvo una de las tumbas coronada de tierra.

—Ya te dije que no es tan sencillo. Cuéntame lo que sabes y...

Antolín comenzó a arrojar paladas de tierra sobre la caja que contenía a Celedón. Al principio sonaba siniestro el sonido de la tierra contra la madera, pero una vez que fue el sordo caer de tierra sobre tierra aún resultó más tétrico. Parecía que la madre Gea acabara de engullir a uno de sus hijos emulando a su esposo Urano.

—La María salió de casa de don Eugenio pasada la media noche.

—¿María, te refieres a la viuda del *Boina*?

Antolín asintió. Acabó de colmar la tumba y se apoyó en la pala para anunciar entre resoplidos:

—Víctor e Hipólito tiraron los cadáveres de estos desgraciados al rastrojo como si fuesen una mierda.

—¡Los cortijeros de los caciques del pueblo! —exclamó Daniel para sí mismo sin alcanzar a valorar la desmesura de la noticia—. Pero el otro día me dijiste, estoy seguro, que fueron Víctor y Crispín —murmuró Daniel sumido en avarientas cavilaciones.

El crimen de los cortijeros podía salpicar a los caciques y eso sólo podía significar que la puja aumentaba y a más dinero sobre la mesa, mayor peligro. Se imponía actuar con pies de plomo.

Cuando miró al pastor sepulturero le halló sumido en el mayor de los desconciertos pero no quiso insistir en la perplejidad que compartía. Fuese quien fuese el instrumento de los asesinos para deshacerse de los cuerpos, olía a dinero.

Los tres municipales se escabulleron del cementerio a toda prisa. Ponciano en cabeza, era el único que conocía el destino, los otros le seguían como de costumbre, la única información que les dio fue “vamos a follar gratis”. Y ese dato actuó como un poderoso imán.

Por no atravesar el pueblo, el camino más corto, lo circunvalaron y Tomás y Agapito pronto comenzaron a resollar, lo suyo era disfrutar del fresco cobijo de la taberna, no corretear bajo la solana.

—¿Pero a dónde vamos?, por aquí no se va a *Casa Franca* —protestó Agapito.

—Calla y camina, joder.

—Es que hace mucho calor —se quejó Tomás.

Ponciano se detuvo, también resoplaba acalorado.

—¡Sois la leche, os ofrezco follar gratis y no paráis de quejaros, iros a casa, venga!

Echó a andar con paso vivo, en la lejanía ya vislumbraba el corral que señaló a sus compinches.

Agapito y Tomás intercambiaron vistazos de suspicacia “follar gratis” no lo acababan de creer, no imaginaban a ese tacaño pagándoles un encuentro con una de las chicas de la *Gallega*, bueno ni eso ni nada, menudo era Ponciano para rascarse el bolsillo.

Cuando arribaron a la cuadra de Antolín creyeron que hallarían a una de las mujeres que cuidaba de los peones en las eras. Los braceros alardeaban que si esto que si aquello pero a la hora de la verdad, nada, si no ibas con un par de duros por delante nada de nada.

Ponciano empujó la puerta y asomó la cabeza para decir: “se puede”.

La voz de una mujer somnolienta autorizó la entrada y el alguacil se volvió a los suyos para hacerles el gesto de pasemos.

—Hola Engracia, ¿qué, echando la siesta? —preguntó Ponciano.

—Pues sí, ¿qué se os ofrece? —dijo ella sin moverse del lecho.

Tomás y Agapito observaban alelados a la mujer tumbada en la cama y cubierta con una sábana.

—Estábamos en el cementerio, muy triste todo, y te he echado de menos, y me he dicho, ¿qué estará haciendo la Engracia?

—Es que a mí los entierros —y con un gesto apartó la sábana, estaba desnuda.

Los ojos de Tomás y Agapito se abrieron a juego con las bocas y cuando vieron a Ponciano acercarse al lecho bajándose los calzones y a Engracia encoger y abrir las piernas para recibirle aparentaron haberse convertido en estatuas de sal.

La coyunda de Ponciano resultó breve pero intensa, sonreía y rebufaba mientras se subía los pantalones y las estatuas de sal persistían en su inmovilidad.

—Venga, vámonos —mandó el alguacil y chasqueó los dedos.

Fue como despertar de una hipnosis, ambos se abalanzaron sobre la mujer, sobaban y se estorbaban, besaban sin reparar a quien pertenecía la boca o los pechos, al final Tomás empujó a Agapito por tocarle el culo y aprovechando que rodó por el suelo, se subió sobre Engracia y la montó. El caído rezongo por las risas del alguacil, que se asomó a ver si volvía el marido, y aguardó su turno. En cuanto Tomás se retiró del abrazo de las piernas femeninas Agapito le substituyó amoroso y festivo.

Gastón llamó a la puerta y aguardó, el instinto le advertía que si esclarecía las aversiones y las querencias del cura daría con el, o los, culpables de los asesinatos. Pudo observar los leves movimientos tras los visillos de las chismosas que le espían. Al fin una voz femenina autorizó la entrada.

—Sabía que era usted, sólo los forasteros llaman a las puertas —dijo María arrodillada.

—En la capital no es frecuente tener las puertas abiertas —se justificó Gastón.

Ella dejó la bayeta con la que fregaba el suelo en el cubo y se secó las manos en el mandil, él la ayudó a levantarse, observó que estaba descalza.

—No debería usted hacer eso en su estado —opinó Gastón.

—Pues mándeme usted a una pareja a que me friegue la casa —bromeó ella sin alegría.

Arrebolada por el esfuerzo, desaparecidos los rastros de los malos tratos, esos labios tan rojos, sudorosa de puro preñada, Gastón sintió un súbito...

—¿Qué se le ofrece? —la pregunta de María disipó el encantamiento.

Gastón se refugió en las notas de su libreta sin percatarse que ella le ofrecía asiento a la vez que ella se sentaba jadeante. Optó por prescindir de los paños calientes.

—¿En alguna ocasión sufrió malos tratos por parte de Celedón?

María le miró con ojos vacuos, suspiró y preguntó:

—Si no se va a asentar le importa —y alzó un pie hasta el asiento vacío ofrecido.

—Por favor, está usted en su casa —y sin comprender el motivo Gastón retiró el pie de la silla, se sentó y lo depositó sobre su rodilla, se agachó para coger el otro pie e hizo lo mismo. En vez de protestar o exclamarse María suspiró aliviada mientras murmuraba algo relativo al dolor de pies.

—Si respondo que sí, me inculparé.

—¿Lo afirma o me lo pregunta? —sin pensarlo las manos de Gastón comenzaron a masajear los pies de María. Ella gimió de placer sin poder evitarlo.

—Mi esposo solía volver a casa borracho perdido y casi siempre le traían sus amigotes, de no ser por ellos más de una noche habría dormido al raso. Una de las últimas vino con Celedón, los dos venían muy perjudicados, pero se valían uno en el otro. Yo ya estaba acostada y la emprendieron conmigo, uno me zurró y el otro me forzó.

La cotidianidad con que se ha expresado escalofrío al teniente, se aferra al pie caliente que tiene entre manos y mira a la mujer sin acertar con el comentario adecuado. Ella le mira con cierta conmiseración, comprende que cualquier hombre de bien reacciona como él ante semejante barbaridad. Suspira y retira los pies.

—Sí, mi esposo me sacudió antes de caer desvanecido por la borrachera pero el bastardo de Celedón se excitó con la violencia, mi camión desgarrado, mi llanto o mis carnes al aire, que sé yo, y cayó sobre mí. A mí sólo me asustaba que dañara a mi bebe y le dejé hacer para que acabara pronto y se fuera, pero él se recreó...

—Entiendo —Gastón desea ahorrarse los detalles.

—No, no lo entiende, puede que le horrorice la estampa de una violación pero no puede comprender, ningún hombre puede, que a una mujer le importe un comino que un bastardo de mas o de menos le ensucie las entrañas de su semilla con tal de salvar a su hijo.

—Yo, no...

—Ese *Comunion*es era malo, era una mala persona.

—¿Qué tenía don Braulio contra él?

—Nada, aparte de lo dicho.

—Pues contra su madre.

María se encogió de hombros y se levantó, Gastón comprendió que daba la entrevista, la visita, o lo que fuese aquello, por concluida. La mujer recogió el balde de agua, “también daba la casa por fregada”, pensó Gastón.

—La maldad o la bondad nada tienen que ver con la inteligencia de las personas.

—Ya pero don Braulio...

—Hable con él, yo nada añadiré —y Gastón no pudo por menos que admirar la resolución de aquella mujer.

Gastón sólo tenía que volver la esquina de la calle y caminar unos pasos para su siguiente parada. Le extrañó la ausencia de la sempiterna pareja, ¿dónde se habían metido Facundo y Solís? No es que temiera por su integridad, echó mano a la pistolera y la ajustó en el cinturón, pero le venía bien el respaldo resuelto de sus compañeros.

Se sentía observado cuando llamó a la puerta de Aquilina, le incomodaba. La madre de Celedón salió justo cuando estaba a punto de gritar.

—Pase usted, no ve que está abierto —le regañó la mujer.

—No estoy acostumbrado a entrar en casas ajenas.

—¿Nunca le ha pegado una patada a una puerta? Pues será el único de la Benemérita —murmuró ella. Gastón la oyó y se molestó pero no dijo nada.

—¿Está usted sola en casa?

Ella se volvió a mirarle al tiempo que sacaba una silla de debajo de una mesa a modo de invitación a que tomara asiento.

—No, lo preguntó porque el otro día las vecinas... —Gastón tomó asiento y sacó la libreta, la mujer clavó los ojos en ella un momento.

—Ahí anota las mentiras que le cuenta la gente.

—¿Lo pregunta o lo afirma?

Ella se volvió a una alacena, descorrió la cortina que la cubría y sacó una botella de anís y un vasito y los puso frente al teniente.

—Gracias, pero estoy de servicio.

—¿Quiere otra cosa, tengo achicoria?

—Siéntese un momento Aquilina.

—Ya le conté todo lo... —dejó la protesta en el aire, inconclusa, y se dejó caer en otra silla.

—¿De qué va a vivir usted ahora?

La pregunta descolocó a la mujer, miró al uniformado tratando de averiguar qué motivaba aquel interés pero al final le dio grima el velo de compasión que captó, sacó un pañuelo y se sonó.

—Con la cosa de la cortedad de mi hijo don Melitón le pagaba menos que a los demás, y yo sé que trabajaba como una mula, pobrecillo mío, y lo poco que cobraba se lo sacaban sus amigos.

—Pero antes ha dicho que ellos le pagaban el vino.

—Ya sé lo que he dicho, no hace falta que me busque las vueltas.

—Disculpe.

¿Disculpe? Aquel guardia civil era diferente y la tenía despistada.

—Desde que puedo recordar me he ganado la vida, mis padres sufrieron mucho cuando la

guerra, nos las vimos y las deseamos para..., para salir con bien de aquella salvajada. Estos días las vecinas me han ayudado, me traen de comer, pero tengo buenas manos para la costura y no me falta trabajo.

—Es usted modista, lo tendré en cuenta.

La mujer le miró con aprensión y Gastón tuvo que explicarse.

—Mi mujer vendrá dentro de pocos días a vivir a Villaciegos.

—Pobre mujer —masculló ella a su pañuelo.

—Necesito saber qué tiene don Braulio contra usted y de rebote contra su hijo.

—¿Quién le ha ido con el cuento?

Gastón volvió algunas hojas de su cuadernillo, innecesariamente pues lo recordaba, antes de contestar.

—Usted misma me dijo que cuando Celedón nació...

—Ese bastardo achacó el retraso de mi hijo al pecado de la madre y a la mala sangre de su padre. Mala liendre le lleve.

—¿Pero a qué esa inquina?

—Pregúnteselo a él.

La mujer se levantó y colocó su silla lo que indicó a Gastón que daba la entrevista por concluida. Tenía que pensar el modo de que aquella gente respetaran su tricornio y comprendiesen que él era la autoridad y que él decidía cuando finalizaba un interrogatorio.

Para cuando formuló la queja/idea ya estaba en la calle pensando en el siguiente paso.

Vio venir a la pareja corriendo hacia él. Una mano en el tricornio y la otra sujetando el fusil al hombro. Patético.

—¿Dónde estaban ustedes? —les increpó con enojo.

—A sus ordenes mi teniente —saludó Flores.

—Disculpe mi teniente, nos hemos perdido —dijo Mirto y se sonrojó de su propia afirmación.

—Se han perdido en las calles de Villaciegos —afirmó con sorna.

Los jóvenes no respondieron de puro atribulados y el teniente Gastón suspiró pero no ahondó en la herida.

Pasado el mediodía la taberna estaba de bote en bote.

—Interesado por la marcha del mundo —afirmó Daniel para llamar la atención del boticario que hojeaba un diario atrasado.

—Pues ya ves, esos americanos la han vuelto a cagar. Su cohete Vanguard no cesa de reventarles en la cara y en vez de parar y diseñar uno nuevo, ponen un parche aquí y allá, le añaden una letra a la designación y ale a reventar en los cielos. Cinco fracasos llevan ya.

—Que digo yo que para qué cojones querrán mandar esos satélite al espacio —intervino Tomás.

—Ya verás el día que empiecen a caer artefactos de esos en las cabezas.

—Dios nos libre.

—Que no hombre, que no. Cómo se van a caer, no seáis brutos hombre —afirmó Daniel.

—Ya salió el listo del fotógrafo.

—Antes que llegar a tierra —explicó paciente—, tienen que atravesar la atmosfera y ahí se

calcinan.

—Pero si no se “calcinan” a la ida porqué se van a “calcinar” a la vuelta —insistió el municipal.

—Porque cuando los mandan van protegidos por un cohete que los libera en su órbita.

A la hora de comer el teniente Gastón entró en la taberna y pidió si podía almorzar. Clotilde le señaló una de las mesas contra la pared, con la suspicacia de si lo del otro día sería flor de un día o si se repetiría la “hazaña”. Estaba hasta la peineta de tanto privilegio como se tomaban las fuerzas del orden en Villaciegos.

Gastón saludó a don Honorato subiendo su diestra hasta el tricornio, el notario alzó su copa para devolver el saludo y volvió su atención al Ya.

—Oye Tomás, ¿has visto a Agapito?

El interpelado miró al teniente de arriba abajo mientras pensaba una inconveniencia como respuesta pero le impresionó más la planta del guardia civil que no corrió su mente y balbuceó:

—No tardará en acudir. No hay jornada que no empecemos o acabemos con un aguardiente.

—Por lo que pueda ser —se burló el teniente.

—Eh, sí, eso, eso — y bebió su copa. Tomás se sentía perdido sin sus compinches.

Casi a la vez llegaron el cura y el cortijero, tras ellos acompañando al grupo con risotadas entró el sargento Trípodas. Don Honorato se apartó de la barra y fue a ocupar su lugar en una mesa del fondo con toda la trascendencia que merecía el evento. Enseguida se acercó el tabernero y extendió un tapete verde y dejó en el centro una baraja española.

—¿Qué va a ser señores?

—Yo tomaré un café, pero ojo *Vinagres*, café, si vas a poner achicoria...

—Yo lo que me venden los mayoristas, que ya sabe usted sargento como van las cosas hoy en día.

—Ya, ya, mucho cuento tienes tú, yo tomaré un cortado —pidió el cura.

—Y yo un carajillo —pidió Víctor.

—Yo estoy servido, gracias —anunció don Honorato al tiempo que comenzaba a barajar concienzudo en la tarea.

El teniente Gastón intercambió un leve gesto con su sargento y ocupó una mesa contigua a los jugadores desde la que podría escuchar. Enseguida se acercó *Vinagres* con una frasca de vino, un vaso, y unas olivas de Aragón.

—¿Qué va a ser?

—Tráeme lo que tengáis para comer.

—Gazpacho y pollo en pepitoria.

—Venga.

—Teniente, ¿me permite que le acompañe?

El interpelado soltó la frasca extrañado por la petición de Daniel y asintió al tiempo que retiraba el tricornio de la silla de su izquierda y lo depositaba en la contraria.

Los jugadores habían iniciado la partida de tute en silencio. Las primeras manos fueron para don Braulio y don Honorato que formaban pareja contra el guardia civil y el cortijero.

—Tranquilos señores, estamos calentando —alentó el sargento Trípodes a su compañero de juego y pidió un coñac al tabernero cuando trajo los gazpachos para la otra mesa.

—Usted dirá.

—¿Qué le hace pensar que tengo algo que decirle, teniente? —dudó Daniel.

—A menos que haya venido a pedirme más dinero no creo que se haya sentado para disfrutar de mi compañía.

—Quién sabe —Daniel tragó saliva y se lanzó al descabello—: ¿El Ministerio de Gobernación dispone de un fondo de recompensas para estos casos?

—¿Estos casos? —el teniente miró con suspicacia al fotógrafo, dedujo que sabía algo o creía saberlo y si no le hacía partícipe tendría que encerrarle.

—Estos dramas rurales con muertos y tal.

—¿Qué sabe usted Daniel?

—No, nada, yo preguntaba por curiosidad propia de periodista.

—Ya. Si alguien aportara un dato o información que condujera a la detención de un culpable sin duda sería recompensado.

—¿De cuánta recompensa hablamos?

—¿Depende de la enjundia de la información? —el teniente hizo un alto para beber un trago de vino—. ¿Acaso conoce la identidad del asesino?

La respuesta de Daniel fue tomarse el gazpacho, fresquito, con tropezones de pepino, muy rico. Mientras en la mesa contigua:

—¿Y qué Trípodes, todavía no habéis detenido a los Heredia? —preguntó el cortijero.

Su compañero le miró y movió una ceja al tiempo que respondía:

—Estamos en ello.

—Señores, si empezamos con las señas, acabáramos —protestó el cura que llevaba un buen rato señalando las cartas a don Honorato con los dedos y carraspeando.

Víctor arrojó un triunfo en el tapete y se tocó la nariz con el meñique antes de afirmar:

—Pues he oído que mañana se van a la vendimia, andan recogiendo el ganado.

—No sé que tirria les habéis cogido a esos gitanos —alegó el cura enojado que veía como los rivales cantaban las cuarenta—. Dejad en paz a esa gente, hombre.

—El *Boina* y sus compadres anduvieron molestando a la Carmela —reveló el cortijero.

—Bueno, es que la Carmela es mucha hembra —comentó el sargento para dar pie a la conversación.

Víctor bajo la voz y la cabeza y la metió en el círculo para cuchichear.

—Cuentan que esos dos la pillaron en el río y le dieron lo suyo.

—¿Y qué hacía esa moza en el río, sola? —muy serio don Honorato.

—Lavando ropa, o abrevando un borrico, qué sé yo.

—¿Y cuándo dices sus compadres a quién te refieres?

—Joder, pues a los habituales, ya los conoces Trípodes, hostias, ¡tute! —y Víctor arrojó sobre el tapete los cuatro caballos.

—Así no hay quien juegue —don Braulio se levantó enojado, tenía muy mal perder—. Entre que no estamos por el juego y que estos dos tramposos no paran de hacerse señas... —dejó unas monedas sobre la mesa para abonar las consumiciones que le tocaba pagar y se fue renegando.

Don Honorato le siguió al poco, dejó su parte de calderilla sin renegar, unos días perdían y otros ganaban, los naipes eran así.

—A ver Víctor, ¿qué es eso de los Heredia? —inquirió muy serio el sargento.

—El *Boina* era un bastardo —musitó—, joder Trípodes, está mal hablar de los muertos pero, joder... No hay para menos. Tú ya me entiendes.

—¿Son ciertos los rumores sobre su mujer? —susurró también el sargento. Parecían una pareja de conspiradores frustrados.

Víctor asintió,apuró su copa y se puso en pie, pero el sargento le retuvo agarrándole de una manga y le preguntó en el mismo tono intrigante:

—¿Qué hay de cierto en esa agresión que has comentado?

—Tú eres el guardia, averígualo, yo sólo sé lo que cuentan los peones en los corrillos —y marchó.

En la mesa del teniente la conversación declinó hacia la actualidad.

—No me negará que la situación económica está mejorando a la par que la seguridad en las calles.

—Cualquier trabajador le dirá que sí, en efecto han subido los jornales. Antes de la guerra un albañil ganaba 9,20 pesetas al día y hoy gana 36 pesetas. Pero entonces un kilo de pan costaba 65 céntimos y hoy 7,50; un kilo de carbón que costaba 25 céntimos hoy cuesta 2,75; el kilo de azúcar ha pasado de 1,65 a 11 pesetas, y el de patatas de 25 céntimos a 2,20 pesetas; un litro de aceite costaba 1,60 y hoy no lo encuentra por menos de 16 pesetas, ¿quiere que siga?

—Es evidente que el coste de la vida sube tal y como lo hacen los salarios.

—No crea teniente. Antes de la guerra ganando mucho menos las familias sobrevivían y criaban a los hijos más o menos saludables; hoy no se puede vivir ganando menos de 92 pesetas al día y ya apunté que el salario medio es de 36, con que ya me dirá. El poder adquisitivo del español medio se quedó entre los escombros de la guerra.

El teniente apuró sus natillas con una delectación mal fingida y pidió café. Tanto él como Daniel necesitaban cavilar sobre lo escuchado en la otra mesa y se despidieron. El sargento acudió a sentarse con su oficial en cuanto el fotógrafo marchó.

—¿Ha oído usted mi teniente?

—Sí, estaría bien tirar de esa hebra a ver a dónde nos lleva. En sucesos tan truculentos como el que nos ocupa siempre suele estar involucrada una mujer y la Iglesia.

—¿La Iglesia?

—Donde dije Iglesia digamos clero. Gracias Clotilde —la mujer dejó dos cafés en la mesa—, estaba todo muy rico, toma cóbrate —y le dio cinco duros que la mujer recibió con la misma devoción que si fuese la eucaristía.

—Teniente, no hace falta que haga usted eso.

—¿El qué?

—Aquí lo tenemos todo pagado.

—Esas prácticas rozan el delito y son claramente abusivas sargento —manifestó severo—. En adelante cada miembro de la Benemérita abonará sus consumiciones.

—Esos dos no son afectos al régimen —trató de excusarse el sargento—. Durante la guerra convirtieron esta taberna en un comedor social, mientras todos pasábamos hambre a esos no les faltó de nada, el Auxilio Rojo...

—Ya me ha oído sargento. Que ya no estamos en los años treinta, cojones. La guerra acabó hace veinte años, el futuro es nuestro.

—A sus órdenes mi teniente —asintió el sargento con la vista nublada por una expresión de resentimiento y desesperanza.

—Mire de localizar a esa tal Carmela, yo buscaré a los Heredia —mandó mientras se ponía en pie.

—Pregunte por Salvador, no es el patriarca pero es el que manda.

—Aquí tiene usted —Clotilde dejó sobre la mesa un platito con el cambio. Y su expresión afable desconcertó al sargento Trípodas pero lo peor fue observar que encima su oficial dejaba una peseta de propina! “Se acabó la buena vida”, pensó con desaliento.

—Confesión padre porque he pecado.

—Otra vez tú —exclamó don Braulio con un ligero tono de exaspero. Aún le duraba el cabreo por la partida de cartas, tenía un mal perder.

—¡...!

—Perdona hija, pero no creo que en este pueblo, ni en la comarca entera, te gane nadie a contrita.

—Padre yo...

—Ni padre ni porras, quizás si evitases ciertos encuentros.

—No soy yo padre, es él.

—¿Él?

—Ese monstruo, el Adversario, me visita sin que yo le llame, ¿qué quiere usted que yo haga, acaso me niega ayuda, me expulsa de la salvación?

Don Braulio hizo un gesto hacia el techo del confesionario de “otra vez con ese cuento”.

—No hija, no —el cura se resignó—, cuenta, cuenta —se santiguó y besó la estola—. Estamos aquí para eso, para ayudar a los buenos cristianos como tú —y el retintín desconcertó a Felisa.

—Estaba yo tan tranquila en mi casa...

—Era de noche —afirmó más que preguntar el cura.

—Sí, siempre me visita de noche, ¿no es raro?

—Es lo que tiene el Maligno —se burló él—. Y seguro que ya habías cenado.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Mira, eso que te ahorras, que si encima le tuvieras que dar de cenar...

—Hacia una noche fresca, yo estaba asomada a la ventana, en camisón, mirando las estrellas disfrutando de la quietud nocturna.

—Sí y del fresquito, ya me hago la idea, ¿y qué, le viste trepar por el canalón, llegó volando con su capa negra, o se encarnó de un espíritu?

—¿Puede hacer todo eso? —y en la pregunta había más expectación y anhelo que pavor.

—Al grano Felisa —el cura se censuró por excitar la imaginación femenina.

Esa mujer no entendía nada ni atendía a regaños ni reconvención alguna. Demasiado guardada

por su padre, pasó de inocente a tonta de remate. “Al final nos va dar un disgusto a todos”, pensó el cura contrariado. “Tanta piedad no puede ser buena, está en edad casadera, a qué espera el pánfilo de don Honorato, a saber quién es el sinvergüenza que la visita”.

—Padre, ¿está usted ahí?

—Sí hija, disculpa, se me ha ido el santo al cielo.

—El frescor de la noche me iluminaba la cara pero yo sentía un calor, una presencia, una fuerza detrás de mí pero temía volverme. Entonces él se pegó a mi espalda y sentí sus manos en mi cuerpo, contra mis pechos, sobándome toda. Yo quise pedir favor pero un suspiro me acalló, mi cabeza cayó hacia atrás y se apoyó en su hombro, su boca comenzó a volcar procacidades en mi oreja que ardía con su aliento. Creo que me la mordió.

—¿Y qué te decía hija?

—Que me haría suya, que me tomaría como la perra que era, que me montaría como un macho cabrío, ¡que me rompería el culo! —Felisa suspira anhelante y el cura sospecha que anda muy necesitada de un buen achuchón que la enfriase y se santiguó—. Mientras me estrujaba los pechos me anunció que yo me comería el cetro del mundo.

—Hija mía, ¿has pensado en echarte novio?

—¿Novio?

—Sí hija, vas teniendo una edad y en el matrimonio hallarías alivio y consuelo a tus necesidades.

—¿Cree usted que me lo estoy inventando, que mis cuitas son calenturas de mojjigata?

—No hija no —en tono paciente—. ¿Qué hiciste tú en semejante lance?

—Me volví, sentía contra mis nalgas una cosa dura y temí por la integridad de mi culo.

—Bien hecho hija. ¿Le viste la cara?

—Pero él no se apartó y aquella cosa dura ahora amenazaba mi otra integridad. Él adivinó mi temor y me empujó por los hombros hasta que estuve arrodillada frente a él.

—¡Adoraste al Maligno! —don Braulio afectaba un escándalo que no sentía.

—No le adoré pero sí caté su cetro y no era el Adversario sino mi Príncipe, huelen diferente.

—Vaya por Dios.

—Era cálido y firme y mi boca se adaptó a él como una corona sobre la testa de una reina. Él calló y tal y como mi lengua le homenajeara ronroneaba como un gato al sol. Sus manos sujetaron mi cabeza e impidieron que me apartara cuando su semilla cálida y untuosa inundó mi garganta.

—Joder que asco —masculló don Braulio.

—¿Qué dice padre?

—¿Que si le viste la cara en algún momento?

—No padre, se la cubre con la capucha del sayal, dice que es por no abrasarme con su visión.

—Ya, como pille yo a ese desgraciado le abraso a garrotazos —murmuró con enojo.

—No le oigo padre.

—Felisa, hija, la última vez y la anterior te recomendé templanza, ahora te aconsejo un novio, ya hablaré yo con tu padre. Búscate un buen chico que te quiera. Eres una chica joven y guapa y no han de faltarte los pretendientes. Mientras, ¿que tal si pruebas a cerrar la ventana?

—Pero padre, Dios nos envía la canícula agosteña para que ventilemos las casas.

—Ya te daría yo canícula, ya.

Una vez más la absolución cayó sobre Felisa como la lluvia en el mar.

Cuando los guardias civiles irrumpieron en el campamento gitano resultó evidente que andaban recogiendo. El teniente pensó que hubiese preferido una llegada más marcial, entre un asalto lorquiano al sable y verse desmontando de *Ojeroso*, mientras los cabos Facundo y Solís aparcaban sus bicicletas a la sombra de una higuera, mediaba un buen trecho.

Le tocaba a Mirto y Flores salir de correría pero el cabo Emérito, visto el objetivo de la misma, cambio la guardia de puerta a Facundo y Solís, por lo que pudiera ser. Con los gitanos mejor prevenir.

La pareja se colgó al hombro los fusiles que llevaban en bandolera y se mostraron alerta. Con los gitanos nunca se sabía.

Enseguida fueron rodeados por una turba ruidosa de niños de todas las edad. Los cabos los mantenían a ralla sin aspavientos, con su sola presencia y el rictus severo de sus bigotes, pero al teniente le estiraban de la guerrera, le metían las manos en los bolsillos, ignoraban sus regaños y no le dejaban andar ni le escuchaban, hasta que sonó una voz y los críos corrieron lejos de allí. En el suelo quedaron: un pañuelo, la cartera, la libreta con su lápiz y una navaja.

—Buenos días, buscamos a Salvador Heredia —manifestó el teniente al hombre que espantó a la chiquillería, mientras recogía sus cosas pasmado por la audacia y desvergüenza infantil.

—No está —respondió muy serio el otro—. ¿Qué quieren de él?

—Venga Salvador, tonterías las justas —advirtió el cabo Facundo.

Hombres y mujeres trajinaban de aquí para allá, les miraban con aprensión al pasar pero ninguno dijo nada. Una mujer gritó un nombre y uno de los chicos mayores acudió de inmediato seguido de dos más menudos.

—¿Acaso tienes miedo? —preguntó el teniente al gitano.

—¿Yo miedo, de qué?

Aunque desafiante el hombre no conseguía esconder el atávico recelo del nómada ante un tricornio.

—¿Conoces a un payo llamado Rufino *el Boina*?

—Yo no sé nada.

—No te pregunto por lo que sabes, te pregunto a quién conoces. El tal Rufino trabajaba con vosotros en la cosecha y un tardo: Celedón *Comunionos*.

El gitano se encogió de hombros. El teniente volvió la vista a sus guardias que le guardaban las espaldas expectantes aunque su expresión era de puro trámite. De aquella gente no obtendrían nada, no por las buenas. Se reafirmó en su idea de que habría sido buena idea que le acompañaran los jóvenes para que fuesen ganando soltura y confianza en el servicio.

—¿Puedo ver esa navaja? —el teniente señaló el utensilio que asomaba de la faja de Salvador, eso desconcertó al gitano.

—Yo no he hecho nada.

—Todavía no te he acusado de nada —el énfasis en el “todavía” intimidó al gitano.

Salvador sacó la navaja con cautela porque el cabo Solís se descolgó el máuser y lo acerrojó. El cabo Facundo le señaló con el índice a la vez que le mandaba con expresión inequívoca “ojo con lo que haces”. Pero lo que de verdad acojonó al gitano fue ver al teniente sacar aquel pañuelo del bolsillo y envolver su navaja con él.

—¿Qué pasa? —quiso saber perplejo.

—Ah, no te apures —dijo conciliador—. Tardaremos unos días en devolverte la navaja.

—¿Por qué?

—En el laboratorio de la Guardia Civil investigarán lo que ha cortado en los últimos días y si no has seccionado ningún gajnate humano, tranquilo, te la devolveremos afilada y limpia —y esbozó una sonrisa que colmó de pavor al gitano—. Si no has hecho nada no tienes de qué preocuparte —se volvió e hizo una seña a los suyos—: Cabo, custodie esta prueba hasta el laboratorio, que le den prioridad a los análisis.

—A sus ordenes mi teniente —el cabo Facundo se guardó la navaja envuelta en el bolsillo.

—Bueno esa navaja no es mía —balbució, esa palabra “prioridad” le sonaba terrorífica.

—¿A no?

—No, me la he encontrado, es decir un paisano mío se la encontró en el rastrojo y me la dio.

El teniente sacó su libreta y un lápiz y sin dejar de sonreír preguntó la filiación del fulano lo que acabó de demoler la entereza del gitano.

—No sé, ya se marchó, sí, se marchó.

—¿A dónde, quién era?

—No sé, no sabría decirle.

—¿No sabes si el paisano que te dio la navaja era un amigo, un conocido o un pariente?

—No, no sabría decirle, a lo mejor me confundo y sí, creo que me confundo.

—Pues vas a tener que acompañarnos al cuartelillo para una declaración completa.

—¡Yo, yo no sé nada!

—No paras de repetir eso y así no vamos a ninguna parte.

Salvador dio unos pasos hacia atrás, el teniente temió que saliera corriendo y le agarró por un brazo.

—Ven aquí. Cabo ponga los grilletes a este hombre —Facundo asomó las esposas y Solís apuntó al gitano con su fusil.

—No sé nada, yo no sé nada, debería preguntar al cura, él está al cabo de todo.

—¿El cura, don Braulio? —preguntó extrañado el teniente.

Facundo engrilltó al compungido gitano, maniatado, asintió cabizbajo. El teniente Gastón se volvió a los suyos inquiriendo con expresión de perplejidad y los dos cabos se encogieron de hombros tan confusos como él.

—¿Qué tiene que ver don Braulio en todo esto?

La actitud de cerrazón del gitano expresaba que no le sacarían ni una palabra más. Con frecuencia los gitanos, gentes muy devotas, se amparaban en la intercesión de los curas para librarse o aminorar las consecuencias de alguna falta, una reyerta, un pequeño robo.

—¿Podemos hablar con Carmela?

Salvador hizo una seña con la cabeza indicando la parte de atrás de un carromato con el toldo puesto. El teniente fue seguido por el cabo Facundo mientras el cabo Solís se quedaba custodiando al detenido al que obligó a sentarse en el suelo. Los chiquillos habían parado de chillar y correr y miraban desde prudente distancia. Cuando los tricornios engrilltaban a uno de los suyos la cosa pintaba mal.

—¿Tú eres Carmela?

En cuanto los ojos negros de la mujer se fijaron en los suyos cayó en ellos y a punto estuvo de naufragar. Ni siquiera percibió su asentimiento.

Vestía una camisa oscura muy ligera y una falda muy amplia de un color impreciso. Se secaba las manos en un delantal ajado por el uso y de la tina de la colada emanaba un fuerte olor a lejía y

jabón de sosa envolviendo el vaho del agua caliente.

—Usted dirá —dijo ella para llamar su atención, su expresión seria dominada por un brillo pícaro denotaba su completo dominio de la situación y del hombre.

“Desde luego a esta no hay quien tenga cojones a forzarla a nada”, pensó el teniente. “Mucha mujer para esos zánganos”.

—¿Conoces a Rufino *el Boina*?, es un payo que cosechaba con vosotros.

Carmela sonrió, se apartó un mechón moreno de la frente y siguió restregando la ropa contra la tabla de lavar.

—Siempre iba con otro de nombre Celedón alias *Comunion*es, un retrasado.

Carmela sacó un puñado de ropa lo retorció y sacudió y lo aclaró en un barreño contiguo. Lo volvió a retorcer y lo tendió de una cuerda atada entre una higuera y su carromato. El teniente aguardó una respuesta. La mujer se volvió hacia él con expresión de “no ves lo atareada que estoy”, a la que el uniformado respondió con un gesto de “y yo también” y mostró su libreta.

—Los tenía vistos de ir y venir con la cuadrilla.

—¿Cuántos componen esa cuadrilla?

La pregunta descolocó a la mujer que se puso en jarras suspicaz. El mechón había vuelto a caer sobre esos ojazos infinitamente oscuros. A través de la camisa, pegada al cuerpo sudoroso en algunos puntos, se adivinaba un cuerpo de hembra cabal.

—¿Ocho hombres, doce, quizás veinte? —apremió el teniente.

—Qué sé yo, sí, puede que entre doce y veinte —respondió malhumorada.

—¿Y qué te llevó a fijarte precisamente en esos dos?

—Yo qué sé, alborotaban, casi siempre iban borrachos... Yo no sé nada —y volvió a la colada.

—¿Te hicieron algo, esos dos?

—¿A mí? —no consiguió reprimir cierto tonillo desafiante y ni se molestó en alzar la vista.

—¿Salvador es tu pareja, tu marido?

—Yo no tengo marido —una vez más ese tono retador.

—Antes nos ha dicho que preguntemos a don Braulio...

—Él sabrá —y aunque se encogió de hombros cierto temor ensombreció su talante.

—...que está al cabo de todo.

—Pues pregúntele.

El teniente le hizo una seña a su cabo, nada obtendrían de esa mujer, no interrogándola en descampado, otra cosa sería en el cuartelillo. Quizás sometida a la presión del encierro le sacarían algo. El instinto le advertía que aquella gente sabía algo.

—Nos vas a tener que acompañar —manifestó el teniente mientras se guardaba la libreta.

—¿Yo, por qué? Yo no...

—Sí, ya lo sé, tú no sabes nada —atajó el teniente las protestas femeninas, hizo una seña al cabo Facundo que, atento, mostró unos grilletos.

—No, iba a decir que yo no he hecho nada.

—Pero obra en nuestro poder una denuncia.

—¿Contra mí? —aquellos ojazos desbordados de desazón desazonaban.

—No mujer, la denuncia dice que esos dos te violentaron.

—¿A mí? —no se lo creía nadie.

—Y tenemos que investigarlo en forma —afirmó Gastón formalista pero sin convicción.

—¿Qué quiere decir eso?

—Cabo —el teniente mandó con una seña que pusiera los grilletes a la mujer.

—No hace falta, vendré voluntariamente.

—Son las normas —dijo el cabo mientras cerraba el hierro sobre la muñeca húmeda con un deje de complacencia.

El cabo Solís ya tenía amarrado al gitano a la cola de *Ojeroso*, el teniente montó y se puso en marcha. Lo primero que haría en cuanto llegara al cuartelillo sería pedir a la Comandancia un vehículo motorizado de los que sabía que ya se estaban equipando algunas agrupaciones. Aborrecía la estampa decimonónica en la que participaba trayendo preso a un sospechoso atado a su caballo.

El cabo Solís sujetó el grillete de Carmela al manillar de su bicicleta y, tras advertir a la mujer que estaba dispuesto a ir tirando de ella, echó a andar detrás del caballo, el cabo Facundo cerraba la marcha.

La entrada al pueblo fue aún más lamentable de lo imaginado por el teniente Gastón. Algunos vecinos, mujeres yendo y viniendo, y los ociosos de costumbre, a los que se sumó la inevitable y omnipresente chiquillería, se entretuvieron en afrentar con silenciosas miradas de rencor a los detenidos. El desprecio que emanaban era tan soez que molestaba a los guardias. Demasiado reciente la captura de rojos y maquis en los campos.

—¡Aquí no hay nada que ver! —gritó Gastón caballero sobre el cansino *Ojeroso*.

—¡Venga, cada uno a lo suyo! —mandó el cabo Facundo para dispersar a los curiosos.

—¡El que se quede mirando les hará compañía en el calabozo! —arguyó su compañero Solís.

La entrada a la casa cuartel fue un tanto incómoda pues hallaron el portón cerrado y hubieron de esperar a que una de las mujeres volviera de comprar el pan. Por suerte no se demoró.

El teniente Gastón tomó buena nota para arrestar a la pareja de novatos que le tocaba vigilar la puerta aquella mañana. Luego lo dejó correr. Fue un penoso malentendido: Emérito mandó a Mirto a un recado y Flores le acompañó.

Llamó la atención del cabo Facundo y le mandó en tono confidencial:

—Encierren separados a estos dos. Yo voy a hablar con don Braulio.

—¿Qué hago con esto? —se tocó el bolsillo donde guardó la navaja del gitano.

—Déjela en cualquier cajón —mandó el teniente con un gesto de indiferencia.

—Lo del laboratorio era un camelo —comentó Facundo jocoso con un guiño.

Su teniente pensó que con el montón de años que llevaba en el cuerpo, un veterano conocedor de los medios policiales de que disponía la bendita Benemérita ya debería haberlo adivinado en el rastrojo pero en vez de censurar a su subordinado le pidió que buscara al sargento Trípodes. Él encauzaría mejor la conversación con el cura, sería menos tensa.

Gastón no consiguió una explicación coherente de dónde se había metido Trípodes y lo dejó por imposible, a cambio el sargento no consiguió disuadirle de visitar e interrogar al cura. Juntos acudieron a la casa parroquial.

—Don Braulio, unos guardias le buscan.

El cura se volvió hacia el monaguillo y le despidió con un gesto de la mano. Asomó por la puerta de la sacristía, daba a un patio cerrado por un claustro. En el huerto trabajaban dos mujeres. El teniente reconoció a María, la viuda de Rufino el *Boina*, pero no a su compañera.

Tomó nota mental para luego preguntar a Trípodas.

—A la paz de Dios, hermanos —saludó el cura con una sonrisa tan forzada como falsa.

—Buenos días padre —respondió el sargento.

El teniente se llevó la mano al tricornio.

—Hermoso huerto tiene usted aquí y bien surtido —alabó el teniente.

—Todo el mérito es de las hortelanas —manifestó una voz demasiado jovial.

Las mujeres ignoraron el piropo, el cura suspiró, y los guardias se volvieron hacia Crispín al que saludaron llevándose las manos al gorro. Bueno el teniente, el sargento fue por imitación.

—Esto era un convento de los jerónimos —don Braulio comenzó a liar un pitillo—. El claustro era precioso, románico tardío. Durante la guerra los rojos levantaron las losas que cubrían el patio para profanar las tumbas de los frailes, buscaban joyas, objetos de valor, anillos, crucifijos de oro, que sé yo.

—Los dineros de la Iglesia siempre han estado de obispo para arriba, el clero de a pie a sufrir necesidad y desamparo —apuntó Crispín.

Don Braulio ofreció su petaca a los guardias que la rechazaron con gesto cortés.

—Y usted aprovechó para hacerse una huerta, bien pensado —alabó una vez más el teniente que captaba cierta tensión entre los dos curas.

—Muy buenas hortalizas, todo el mundo lo dice, las gentes lo achacan al agua del pozo, dicen que si está bendita —apuntó Trípodas.

—Las únicas benditas son esas dos, tienen buenas manos para la huerta —Crispín volvía a insistir en lo mismo.

—Eso y que las paredes elevadas del claustro protegen la parcela de las inclemencias.

Los cuatro observaban el trabajo femenino, mientras una sacaba agua del pozo que centraba el espacio y lo vertía en la reguera la otra conducía el agua por los caballones con una azada. Ambas descalzas y con las faldas arremangadas por encima de las rodillas.

—Engracia, preparad una cesta surtida para estos señores —mandó el cura con el pitillo humeante en los labios. La mujer que sacaba cubos de agua asintió, la otra ni se inmutó.

—Yo las ayudaré, que estos señores tendrán cosas que hacer, crímenes que resolver y tal —Crispín se alejó pero de la manera que caminaba entre los caballones procurando no llenarse las abarcas de tierra poca ayuda prestaría.

—No hace falta don Braulio —cortó el teniente—, muchas gracias, pero no es necesario.

La presencia de las dos mujeres y sobre todo la de Crispín malograron sus intenciones de interrogar al cura.

—Ah, pues si no han venido ustedes a buscar verdura...

—Hemos interrogado a los gitanos —inició el teniente Gastón.

—Salvador Heredia le ha citado a usted como garante —soltó de sopetón el sargento.

Pilló descolocado a su teniente y tampoco aquello respondía exactamente a la verdad. Le censuró con la mirada pero el otro no le prestó atención.

—Bah, gitanos —el cura escupió una brizna de tabaco.

Pero el instinto advirtió al teniente Gastón que estaba pinchando en hueso y se arriesgó.

—¿Tendría inconveniente en acudir a un careo con ese hombre?

—Vamos ahora —ofreció, casi retó, el cura. El sudor perlaba su frente y delataba su inquietud.

Pero Gastón adivinó que era un envite huero. Don Braulio jugaba de farol.

—Ya le citaremos, primero tomaremos declaración formal a los dos.

—¿Dos, qué dos? —arrojó la colilla al suelo con evidente malestar.

Los guardias intercambiaron miradas de triunfo uno e inquietud el otro.

—Salvador y Carmela —aclaró el sargento.

Pero don Braulio tenía muchas conchas y se encogió de hombros.

—No hace falta que me citen, uno de estos días pasaré voluntariamente por la Casa Cuartel.

—Entonces le esperamos, don Braulio.

Los guardias se despidieron del cura, y de las mujeres, y se marcharon.

—Ese hombre oculta algo —comentó el teniente.

—Algo muy gordo y feo —abonó el sargento por seguir la corriente.

—¿Nos lo dirá el detenido?

El sargento volvió la vista hacia su oficial, le vio ensimismado en la respuesta a la pregunta que sin duda hizo en voz alta por pura retórica. Si el detenido hablaba avanzarían en la investigación de los crímenes. El principal escollo era ese: que nadie contaba nada útil para esclarecer los hechos. Y las pistas eran nulas.

—Trípodes, ¿quién era la que sacaba agua del pozo? —y se detuvo a la sombra de la calle.

—Engracia, la mujer de Antolín, un pastor.

—¿Esas dos siempre han hecho eso?

—¿Eso, de hortelanas?

—Hortelanas del cura.

El sargento recapacitó un instante pero no en la respuesta sino en el punto al que quería llegar su oficial antes de responder.

—Sí, siempre.

—¿Y el curita?

—¿Crispín? Pasa por ser el sobrino del cura.

—¿Pasa? Entiendo —Gastón puso expresión traviesa para preguntar en voz baja—: ¿Sería posible espiar a esa gente?

—Sí, claro, ¿cuándo?

—Ahora, en este preciso instante.

El sargento dedicó un rápido vistazo a derecha e izquierda, era mediodía y la gente en las calles era escasa o nula, atrajo con un gesto a su oficial hacia un callejón, treparon por un montón de escombros y se asomaron por una grieta en los muros del claustro. No hizo falta mandar silencio, ambos enmudecieron de asombro. Arrodillado frente a María, don Braulio le lavaba los pies vertiendo buchets de agua que previamente sorbía de un cubo de zinc, formaba con los labios un chorrillo harto gracioso a juzgar por las juguetonas risas que profería ella. Chorrillo a chorrillo el agua arrastraba la tierra pegada a una piel blanca y suave que las manos clericales se afanaban en sobar.

Los guardias se retiraron de su observatorio, aunque revelador ambos hubiesen preferido ahorrarse el espectáculo. Ninguno sabía como encajar lo visto en el caso pero era evidente que deberían buscar el encaje. El sargento fue el primero en hablar.

—La viuda no parece demasiado afligida.

—Ni el cura peca de piadoso —añadió el teniente.

Unos gemidos llamaron su atención y temiendo que cura y viuda hubiesen iniciado la coyunda volvieron a asomarse.

Oculto por el brocal del pozo Crispín coitaba con Engracia, se alzó la sotana mientras ella se agachaba para arrancar unas zanahorias y lograda la cópula y medio cubierta ella por el hábito, la pareja más parecía monstruo mitológico que dúo enamorado.

Una de las veces que Crispín alzó la vista, quizás para agradecer al Creador los beneficios de la clerecía, detectó los ojos indiscretos en la grieta y ello le cortó el ánimo. Detuvo su cabalgar, aguardó indeciso, ella se impacientó, tenía que preparar el almuerzo, movió las caderas impaciente, “sigue o apéate”. Los ojos desaparecieron del muro y aunque agobiado Crispín reanudó su tarea pero ya no fue lo mismo, falló la prestancia, desaparecieron las ganas, ella rebulló inquieta y todo se fue al carajo.

Deshecho el vínculo carnal, ella acabó de llenar su cesta de hortalizas y se marchó. Él se arregló las vestiduras y acudió a la fuente de risas femeninas que no menguaban. Halló al cura saboreando uno de aquellos pies recién lavados y a ella protestando por las cosquillas que recibía.

Un grito llamó la atención de todos, incluyendo los espías. Y es que Víctor andaba tumbando a Engracia sobre el reguero y el choque de la espalda sudorosa con el agua fresca causó impresión a la mujer. El cortijero intentó colocarse entre las piernas femeninas pero el anterior fracaso, lo tarde que era, y sentirse empapada malogró el coito.

Crispín se agachó junto a don Braulio y le dijo en la oreja:

—Nos han estado espiando.

—¡Ay! —chilló el cura. En un lance el pie de María le arañó la mejilla—. Hija mía el próximo día va a ver que recortar esas uñas, ¡so gavilán! —besó el pie que ella se apresuró a calzar y la despidió—. Recuerda que esta tarde te espero para arreglar el altar de San Judas.

—Sí padre —respondió ella modosita.

Crispín le ayudó a levantarse.

—Habrán sido zagales traviesos —opinó don Braulio mientras se sacudía la tierra de la sotana.

—O los guardias curiosos —comentó Víctor que se acercó a ellos arreglándose los calzones—. Los he visto ahí detrás cuando he llegado.

—Ya me enteraré, no es el estilo de Trípodes, somos amigos joder. Otra cosa, ahora que os tengo a mano a los dos: dejad en paz a Felisa, la vais a volver más loca de lo que ya está —y les dio una colleja a cada uno.

—¿Qué te ha contado?

—Secreto de confesión. Ale, vamos a comer.

Entre Facundo y Solís trajeron a Salvador Heredia engrilletado. En el despacho aguardaban el teniente Gastón y el sargento Trípodes y sentado a la mesa el cabo Emérito pluma en ristre presto a levantar el consiguiente atestado. El despliegue de medios impresionó al gitano pero su navaja abierta, pulida y reluciente sobre aquella mesa le acusaba a gritos. Salvador tragó saliva y antes de que resonara la primera pregunta ya estaba cerrado en banda.

El teniente hizo un gesto a la pareja para que sentaran al interfecto en una silla frente a la mesa, delante de él a un palmo de distancia su navaja abierta le incitaba a empuñarla, pero mientras esa idea cruzaba fugazmente por su minerva: agarrar la navaja, herir y correr. Alzó la vista hasta el sargento Trípodes y en sus ojos pícaros leyó la invitación a hacerlo, su mano apoyada en la cadera, cerca de la pistolera, aguardaba para desenfundar y freírle a tiros.

—Libere al sospechoso —mandó el teniente a Facundo—, y comencemos. Pueden esperar

fuera.

La pareja salió agradecida de ahorrarse el aburrido trámite y ya en el patio liaron unos pitillos.

Gastón tomó asiento frente a Salvador mientras que Trípodes se apoyó contra la pared de la derecha. El gitano tuvo la impresión de que dándole espacio le incitaba a coger la navaja. Resolvió no volver a mirar ni al sargento cabrón ni a la insidiosa navaja.

El teniente Gastón leyó la filiación del gitano que Emérito ya tenía anotada y luego los cargos de asesinato de los que era sospechoso, con fechas y detalles. En resumen le acusaban de haber apuñalado a Rufino *el Boina*.

—¿Mataste a ese payo? —preguntó Gastón sin acritud.

Salvador bajó la vista a sus zapatos.

—Carmela nos ha dicho que te contó que la habían forzado en el río y que tú te cabreaste con esos cabrones —comentó Trípodes como si fuese un chisme.

El gitano le miró pero no dijo nada, la puta navaja le llamaba y él comenzó a sudar.

—En el Laboratorio han hallado restos humanos en esa navaja —soltó el teniente. Lo que llamó la atención del escribidor que detuvo la acción de su pluma, aguardó una seña de su oficial pero como no la recibió optó por no anotar aquella aseveración.

Los ojos de Salvador tornaron a sus zapatos. Los guardias intercambiaron miradas de impaciencia. Al sargento le bastó un paso para arrear un tremendo puntapié en la cara gacha del interrogado. Salvador no lo esperaba, no tan pronto, y el crac de la nariz escalofrió a los presentes, bueno, menos al sargento que volvió a su pared con una sonrisa sádica iluminando su faz. A Gastón se le descompuso el gesto pero no censuró a Trípodes.

Pero el gitano no se quejó, se llevó las manos a la cara con el papel que le dio Emérito para contener la hemorragia nasal, aunque no fue suficiente y tuvo que usar el faldón de su camisa.

—¿Por qué citaste a don Braulio en tu campamento? —probó Gastón.

—¿Va a venir? —preguntó con voz de gangoso derrotado.

—¿Qué sabe él?

—Todo —ahora con los ojos, que comenzaban a hincharse, fijos en la navaja.

—¿Se confesó Carmela con él? —preguntó Trípodes.

—Sí.

Teniente y sargento tuvieron el mismo impulso de correr al calabozo y sacarle la verdad a la gitana pero se contuvieron.

—¿Qué le dijo? —Trípodes volvió a acercarse puesto en jarras.

Salvador miró al sargento con rencor, le dolía la nariz, notaba la cara inflamada y los ojos se cerraban.

—Le contó que unos payos la habían forzado en el río.

—¿Y entonces tú fuiste a por ellos?

—No, yo no he hecho nada —el tipo no aceptaba inculparse. La sombra del garrote o el presidio le atemorizaba.

Temiendo una nueva agresión el teniente fue hasta la puerta la abrió y mandó a la pareja que se llevaran al detenido y trajeran a su paisana.

Carmela fue recibida con una expectación que la intimidó. La sonrisa viciosa del sargento y la expresión de pasmo del oficial contrastaban con el gesto hastiado del escribano. La gitana se arrebujo en su camisa y cerró en banda.

—Yo no se nada —afirmó y se sentó.

—Salvador nos ha contado que le dijiste que esos payos te violentaron en el río —dijo

Trípodes.

—Si él lo dice, será verdad.

—¿Y tú qué dices? —quiso saber el teniente.

—Yo no sé nada.

—¿Si tú no sabes si te han violado, quién lo va a saber entonces? —preguntó Trípodes impaciente y con la mano alzada.

Carmela gimió temiendo el golpe, se puso en pie de un brinco y corrió a refugiarse junto al teniente. No cabía detrás de él.

—Yo no sé nada, yo no sé nada —insistía ella mientras el sargento intentaba agarrarla por una muñeca para atraerla hacia él.

—¡Guardias! —llamó Gastón. La pareja entró y mandó que se llevaran a la mujer.

Trípodes le lanzó una patada que ella, atenta, esquivó con agilidad. Así como un amago de pescozón. Al final Facundo reprobó la actitud de su jefe y sacó a la muchacha del despacho.

—Ya te pillaré yo —amenazó Trípodes con expresión sátira mientras Solís cerraba la puerta.

—Tenemos que hablar con don Braulio, esto cada vez está más embrollado.

—Yo me ocupo teniente —proclamó Trípodes.

Es bien cierto que una cosa es la teoría y otra muy distinta la práctica. Las ideas propias siempre parecen tan geniales que diluyen los problemas en la nada; falso, en realidad había substituido un problema por otro, mayor si cabe. Sí, Dorotea ya no se interpondría entre Natalia y él, sus bellos ojos claros le mirarían con una confianza que anhelaba y sus abrazos ya no serían provisionales. Pero a cambio tenía que deshacerse del cadáver sin dejar pistas. Lo primero que se le ocurrió fue avisar a Antolín, el pastor sepulturero, entre los dos y en un par de horas darían sepultura a Dorotea. Pero desconfiaba del tipo y sobre todo de su codicia. Le vendería por unas pesetas. ¿Qué hacer? Por otra parte la sepultura anónima contrariaba su plan, su coartada perfecta, su genial idea, que no era otra que achacar el crimen de Dorotea al asesino de Villaciegos. Una víctima más y que los guardias civiles se rompieran los cuernos averiguando. Total al desgraciado que pillaran igual le darían garrote por dos que por tres muertos.

La mujer rompió su ensimismamiento, rebulló en sus ataduras y gimió. Daniel se agachó y le pasó la mano por la frente para apartarle un mechón que le caía en el ojo.

—Dani, ¿por qué me haces esto? —murmuró perpleja “el cadáver”.

Otra cosa igual, nadie le llamaba Dani salvo ella. Natalia siempre le llamó Daniel. ¡Dani y Doro, por Dios, los payasos del Circo Price!

Dorotea era guapa, carecía de la preciosidad de Natalia y sus ojos claros, pero era muy guapa. Cuando la conoció los dos eran tan jóvenes, jóvenes y tontos, sobre todo él, la vida iba a ser un cuento de hadas, hasta que ella le anunció, muerta de miedo, su preñez. Se casaron, qué otra cosa cabía, pero el anuncio resultó una falsa alarma, y la enmienda imposible, y entonces la vida comenzó con sus vueltas inexorables y arrumbó con todo: esperanzas, proyectos, ilusiones.

Él ingresó en la cárcel por una *tontá*, por pasarse de listo, tres años de lo mejor de su vida perdidos, y luego el destierro a ese poblacho. Ella no le siguió, claro, y la relación ya resentida por tan mal inicio, y deteriorada por la reclusión, se rompió y ya no hubo quien la recompusiera, ni voluntad ni ganas por ninguno de los dos.

—¡Socorro, auxilio! —gritó Dorotea.

—¡Calla, jodía! —Daniel buscó en su entorno con qué amordazarla. Si alertaba a las vecinas, le habían tocado las más chismosas del pueblo, estaba perdido.

—¡¡Socorro, socorro, que me mata!! —gritó a voz en cuello al tiempo que forcejeaba con todas sus fuerzas acrecentadas por el pánico y la rabia.

Los nudos provisionales y timoratos que hizo Daniel, quería matarla sin lastimarla, amenazaban con soltarse. Y lo cierto es que matarla tampoco, sólo que desapareciera, que le dejara el camino libre hacia los brazos de la cálida Natalia y su bebe. Y ahí estaba berreando, gritando auxilio, fuera de sí, y si llegaba a soltarse... El silletazo la acalló y le abrió una brecha en la cabeza de la que manó un hilillo de sangre.

Daniel respiró hondo buscando el sosiego tan necesario para ordenar sus pensamientos y actuar con eficacia. Dorotea tenía que convertirse en cadáver sin dilación, estaba decidido, luego ya vería como deshacerse del cuerpo. Con lo fácil que resultó atraerla a Villaciegos, un simple “tenemos que hablar” y ella tomó el primer tren.

Dio una leve patada a la cabeza femenina que bamboleó ligeramente ¿estaría muerta? Le entró el mismo pánico irracional que un momento antes, cuando ella le anunció que le dejaba, que no quería verle más, que había conocido a alguien, y que esperaba un hijo de ese alguien. Ese anuncio fue el que le cegó y motivó el primer golpe que la desvaneció, luego la ató con lo primero que pilló: los cordones de sus zapatos.

Matarla, tenía que matarla. Acudió a su estudio y comenzó a revolver entre los productos de revelado: acetatos, cloruros, nitratos, yoduros, cianuros, emulsiones y fijadores varios, algunos caducados. Cualquiera de esos productos le libraría de Dorotea, pero una muerte así no se ajustaba a su plan, y cuando le asaltó la idea de la truculencia que debería perpetrar para que semejara asesinada por el demente del rastrojo tuvo una arcada, no sería capaz, no. Por esta vez el asesino de Villaciegos prescindiría de eviscerar a su víctima. Pasó frente a un espejo y se vio tan lívido que enfermó.

Un ruido llamó su atención y le obligó a regresar azorado. Dorotea intentaba erguirse, ya libre de ataduras, con una mano se tentaba la cabeza y con la otra se apoyaba en la silla que la descalabró. Le miró con furia y miedo pero no dijo nada, seguía aturdida.

Daniel la ayudó a levantarse, enderezó la silla y la sentó, recuperó los cordones y la ató a la silla, ella, muy tocada, se dejó hacer sin pronunciar palabra, apenas gemía.

Más sereno y decidido marchó al estudio y volvió enseguida con un frasco del que diluyó una pequeña porción en un vaso, en el que previamente vertió un dedo de aguardiente, y lo acercó a los labios de la mujer.

—Toma, bébetelo.

Con no poco esfuerzo lo tragó e hizo muecas de asco.

—¿Por qué...? —las arcadas le impidieron concluir la frase.

Daniel intentó distraerla para evitar el vómito.

—Dorotea, eh cariño —se arrodilló frente a ella y la vio tan desvalida y pálida que le causó pena.

Pero la vomitona fue imparable y el escaso contenido del estómago femenino fue a parar a su cara.

—¡Joder, mierda, que asco, por Dios! —clamó fuera de sí asqueado.

Acudió al aguamanil a lavarse y cuando regresó halló a Dorotea exánime.

La mujer entró en el confesionario y cerró con estrépito de tan alterada que venía. El portazo despertó a don Braulio, era la hora de la siesta y pensaba descabezar un sueño al fresco de la iglesia, a esas horas no acudía nadie y mira por donde la pesada esa...

—Confesión padre porque he pecado.

—Felisa hija mía, ¿cuánto hace de tu última confesión?

—Diez días padre —al cura le parecía menos.

—¿Y has pecado desde entonces? —el tono era cansino, aburrido.

—De pensamiento padre. ¡Él no ha vuelto, me ha dejado, ya no viene a verme! —gimió.

—Tranquila hija, sin aspavientos, es el Señor quien te juzga amoroso. ¿Quién dices?

—Mi Príncipe, el Adversario, ni uno ni otro, ya no acuden a mí —soltó un sentido sollozo—. Desde que se lo conté a usted, padre.

—No me lo contaste, te beneficiaste del sacramento de la confesión y eso liberó tu alma pecadora y obtuviste la absolución.

—Quiero revertir esa confesión, quiero que vuelva mi Príncipe, que venga a verme, si hace falta sacrificaré otra alma pura.

—¿Qué?

—¡Que quiero que vuelva y me sobe, leñe!

—Oye, si te pones burra te largas de aquí con viento fresco.

—Perdón padre.

—Mira Felisa... —don Braulio hizo un intermedio para calibrar sus palabras, demasiado tiempo consintiendo aquella tontería y ahora no sabía cómo abordar la cuestión—: Mira hija, en ocasiones el Maligno nos pone a prueba —ella comenzó a sollozar—. No lloriques mujer. Debes apartar de ti esos pensamientos impuros, esos deseos malsanos, venir más a la iglesia, rezar a la Dolorosa... ¡Que no llores, leches!

—Perdón padre —se sonó con un pañuelo y se enjugó las lágrimas—. Ya está, ya no lloro más, no volveré a llorar ni por él ni por nadie. Estoy segura que ha sido esa guarra, pero se va a enterar, no sabe con quién se juega los cuartos —y abandonó el confesionario dejando al cura muy mosqueado.

Anocheció en la taberna del *Vinagres* y los últimos parroquianos eran los tres municipales.

—Esta noche nos vamos de putas —anunció Ponciano en tono chismoso.

—¿Vamos a volver con la Engracia? —en tono precavido Tomás.

—Me parece que la otra vez nos pegó ladillas —y Agapito se rascó la entrepierna.

Los otros le miraron con asco y prevención.

—A saber dónde mojas tú, guarro —censuró Tomás.

—No hombre no, nos vamos a *Casa Franca*.

El anuncio de Ponciano cogió por sorpresa a sus dos compinches, que se miraron extrañados al principio para estallar en gozosas exclamaciones después.

—Eh, cada uno se paga lo suyo —se apresuró a aclarar el alguacil, lo que aminoró el entusiasmo previo de los otros dos.

—Venga Ponciano, estamos a final de mes y yo al menos estoy más seco que la mojama.

—Pues ya sabes Agapito, mirar y no tocar.

—Hombre jefe, a ti qué más te da...

Al alguacil le gustaba dejarse querer, si esos dos querían mojar tendrán que lamerle el culo a base de bien y durante toda la jornada, vaya si no. De todas formas estaba tan entusiasmado consigo mismo, con su diligencia, y buen hacer, que necesitaba contar su hazaña y que le escuchasen, y esos dos por la cuenta que les tenía, lo hacían y lo hacían bien, muy bien y sin escamotear alabanzas, tan gratas para el ego de un idiota.

Poncianoapuró su vaso para crear expectación y con el tono de chismoso que tan logrado tenía les explicó sus gestiones que tan bien habían resultado.

—Supe, por medio de una compleja investigación que ahora no viene al caso, que el teniente Gastón tuvo sus más y sus menos con una putilla...

—Ya ves, tan formal que parece.

Agapito se disculpó con un gesto, a su jefe le incomodaba toda interrupción.

—Hasta el punto que su parienta le obligó a pedir el traslado —y subrayó con un gesto de “qué os parece”.

Ellos, cautos, sin comprender adónde llegaban las consecuencias de la historia asintieron perplejos con gestos de “vaya, vaya” y “uh, sí, menudo cabrón”.

Ponciano prosiguió su exposición:

—Pues éste, que esto os cuenta, ha movido sus hilos, he llamado a mis contactos, he cobrado favores y aquí la tenemos —una vez más se repiten las tonterías gestuales anteriores.

Ponciano comprendió al fin que ellos no entendían nada y concluyó triunfante aunque de mala leche:

—La fulana, la putilla, está aquí.

—¿En Villaciegos? —inquirió Agapito asombrado.

—¿Aquí en casa del *Vinagres*? —añadió Tomás atónito.

—No cenutrios, en *Casa Franca*. ¡Cojones, cómo la voy a traer al pueblo. Estáis tontos!

Ponciano mostró las llaves del vehículo municipal, que lo mismo usaban de ambulancia que para llevar al alcalde a una reunión en la Diputación Provincial o a las Cortes, que también iba mucho para llorar al diputado tal o cual, o entrevistarse con un subsecretario de gobernación o con un alto funcionario del ministerio de Agricultura.

Entre expresiones de regocijo abandonaron la taberna, su salida fue acompañada por las maldiciones musitadas de Clotilde, se fueron sin pagar, y montaron en el coche.

—No te hagas mala sangre mujer, no vale la pena —la consoló *Vinagres*, mientras recogía los vasos y pasaba un trapo por la mesa.

—Me tienen harta, cualquier día, cualquier día, me pillan de mala luna y se lo suelto. Seguro que de *Casa Franca* no se van sin pagar.

Vinagres suspiró mientras lavaba los vasos en la pila de fregar.

En el coche Ponciano relataba sus averiguaciones:

—Al parecer, hace dos años, cuando el decreto de prohibición de la prostitución, se obligó al cierre de todos los burdeles de la capital y la Guardia Civil dio varias redadas. Pues en una de esas pillaron a la putilla del teniente Gastón.

—Ya ves, tan formal que parece —interrumpió Agapito.

Pero está vez Ponciano conducía y no prestó atención y siguió con su historia.

—A lo visto en aquella época era menor de edad y en Auxilio Social no la admitieron dado su

oficio.

—Menudas son las monjitas.

—Total que el benemérito se la llevó a su casa.

—¡No jodas!

—Y su parienta le montó el cristo. El enojo mujeril acrecentado por la malevolencia cuartelera...

—¡Qué bien hablas Ponciano! —alabó Agapito sin comprender nada.

—Te expresas como un arzobispo —elogió con sorna Tomás.

—Degeneró en un traslado. Y aquí nos cayó el gordo.

—Si es lo que yo digo siempre, si va a degenerar para qué lo acrecientas —subrayó Agapito.

—La malevolencia cuartelera y mujeril que es *mu* mala —sentenció su compadre.

Ponciano los miró por el rabillo del ojo y comprendió que se burlaban de él, pisó el freno y los dos se estrellaron contra el salpicadero, llevándose un buen susto además de un golpazo.

Volvió a arrancar y continuaron en un rencoroso silencio.

El alguacil entró en el burdel como si fuese el amo de la comarca, seguido por los dos majaderos aún doloridas sus jetas.

La afluencia correspondía a la de un día laborable veraniego: escasa. Los clientes, más despistados que necesitados, bebían en la barra tristes, desengañados y solos, mientras las chicas deambulaban dudando entre salir a tomar la fresca y fumar o acostarse, la noche no tardaría en refrescar y el canto de los grillos acompañaba el sueño.

La llegada del trío pareció animar la noche. Pidieron de beber algo fresquito y la camarera se tomó su tiempo para dar ocasión a que las chicas asaltaran a los recién llegados. Puso tres vasos largos frente a cada caballero, vertió un par de cubitos de hielo en cada vaso, el tintineo resultaba más incitante que las caricias saludadoras de las muchachas, media rodajita de limón...

—¿Dónde está la nueva? —preguntó Ponciano.

—¿Es que yo no te gusto, mi amor? —inquirió una de las chicas.

—Sí, pero he preguntado por la nueva.

—¿Si te lo digo me invitas a beber? —sugirió y su mano bajó hasta la bragueta del alguacil.

—Prueba a ver.

Tomás y Agapito prestaban más atención a las burbujas que la bebida de cola dejaba escapar de los vasos largos y sentían que la boca se les hacía agua al imaginar su sabor chispeante. La camarera vertió sólo la mitad de las Coca-Colas en los vasos y los acabó de rellenar con ron.

—Pon lo mismo para las chicas —mandó Tomás, agarrado al culo de una con las tetas al aire, dirigiendo una mirada suplicante a su jefe.

—Si lo pagas tú —y Ponciano se encogió de hombros. Bebió un trago de su vaso y preguntó una vez más—: ¿Dónde está la nueva?

—En su cuarto, hoy libra.

—Ni libra ni acuario, la quiero a ella.

—Es que acaba de llegar y...

—Yo te puedo dar lo mismo que ella o...

—Aparta, joder —empujó a la chica y bebió otro trago.

Visto los malos humos, las chicas se fueron alejando para decepción de los otros dos.

—Hombre Ponciano, no seas así, las chicas son cariñosas —clamó Agapito con la vista fija en el bamboleo de las tetas de la que se alejaba malhumorada.

—He dicho que la quiero a ella —sacó tres billetes de cien pesetas y los dejó sobre el

mostrador.

—Un momento, voy a ver —la camarera marchó sin tocar el dinero.

Al poco regresó acompañado de una mujer mayor.

—Buenas noches señores —saludó cortés con su cerrado acento gallego, cogió los billetes, comprobó que eran buenos y los escondió en su escote—. ¿Qué se les ofrece?

—La nueva, queremos estar con ella, los tres —anunció Ponciano. Sus compañeros sorprendidos bebieron atolondrados, suerte que el ron ya corría por sus venas y eso les confería cierto brío.

—¿A la vez o por separado? —preguntó la *Gallega*.

—No, no, de uno en uno —se apresuró Agapito algo confuso y avergonzado también.

Ponciano se encogió de hombros, antes de aseverar:

—Juntos o por separado, qué más da, es una puta ¿no?

—Será puta pero sigue siendo una mujer, ¿no te enseñó tu madre a respetar a las mujeres?

El regaño molestó a Ponciano pero mantuvo el tipo, apuró su bebida y al dejar el vaso golpeó el mostrador y eructó con fuerza para dar por acabados los preámbulos o la negociación.

—¿Quién va primero?

Aquella pregunta también molestó a Ponciano y no lo pudo ocultar, acaso no estaba claro que él era el jefe y el que había pagado. *La Gallega* sonrió satisfecha de haber incordiado a ese imbécil, si por ella fuera le echaría de allí a patadas, pero el negocio iba a menos, las chicas se marchaban de la casa, ganaban más haciendo la calle en la capital que allí encerradas curando gañanes, y lo primero es lo primero.

—Elpidia, avisa a Clementina, cuando esté lista que suban estos *señores* —puso expresión de asco.

—¡*Gallega*, no te pases que te cierro el garito! —estalló Ponciano y golpeó el mostrador con el puño.

Pero la aludida se fue sin prestar atención a la amenaza por fuera, y la camarera subió a avisar a la interesada.

Al poco hizo una seña al alguacil para que subiera.

—Es la puerta que verás abierta a la derecha.

Ponciano hizo el gesto de subirse los pantalones, guiño el ojo a los suyos y allá que fue todo machote.

—Yo me estoy meando —dijo Tomás a Agapito, ahora vuelvo.

Cruzó a la trastienda y entró en la primera puerta que vio.

—¡Felisa!, ¿qué haces tú aquí? —la perplejidad de Tomás competía con la de la aludida al verse descubierta. Charlaba en un reservado con la camarera y ambas parecían ofuscadas.

—Buscaba el retrete y... —el hombre no sabía qué decir.

—Dos puertas más allá —informó la otra severa.

Ponciano cruzó la puerta que halló abierta y la cerró tras él. Se quedó mirando a la muchacha que yacía somnolienta iluminada por la lamparita de la mesilla.

—¿No sabes que hay que llamar antes de entrar? —protestó ella con la voz turbada de sueño.

—La puerta estaba abierta.

La chica renegó y se removió bajo la sábana.

—¿Tú eres Clementina?

—Tengo sueño.

—¿Si quieres volvemos a empezar?

—¿Qué?

—Salgo, llamo a la puerta y...

—¿Qué es lo que no entiendes de “tengo sueño”? Está bien, sal y llama.

Ponciano salió de la habitación, le gustaba la chica, y eso que apenas le había visto las facciones medio dormidas, pero había en ella algo que emanaba una calidez que le conmovía.

Cerró la puerta, miró a derecha e izquierda para comprobar que nadie le veía y con suavidad golpeó la puerta con sus nudillos. Clementina no respondió a su llamada y a la tercera volvió a abrir y entró, se veía como un majadero llamando a la puerta de una puta en un burdel.

La chica dormía profundamente y la lamparita estaba apagada. Ponciano cerró la puerta con cuidado para no despertarla y encendió la lamparilla. Dudó qué hacer.

Clementina se había vuelto sobre lado izquierdo y su faz arropada por la penumbra exhalaba la respiración tranquila del sueño de los justos y los dormidos. Ponciano escrutó la espalda que mostraba su camisón, blanca sin mácula, estuvo tentado de acariciarla. Sus ojos resiguieron la menuda figura femenina bajo la sábana, el cuarto carecía de una ventana y el calor del día permanecía prendido en las cuatro paredes. Vio que asomaban los pies y se agachó, no lo pudo evitar, tampoco fue dueño de su mano cuando acarició aquel pie ceroso y suave, ni de su nariz que insistió en olerlo, olía a cama deshecha, y de su boca cuando dejó un beso en el empeine y en el tobillo y en... Clementina rebulló, Ponciano temió que despertara y le viera allí, arrodillado a sus pies, con expresión alelada y sin saber qué decir o hacer. Sí, sí, sabía qué hacer, o mejor dicho lo que le gustaría hacer en aquel momento, en aquella situación, las tripas le pedían que se desnudara y encamara junto aquella criatura que le había hechizado, y como nada le impedía hacerlo, lo hizo. Enseguida se durmió.

La noche silenció al fin la casa, cosa frecuente por lo demás en un día de entre semana, los habituales marchaban temprano a casa, igual de borrachos pero más temprano que si fuese sábado. Los parroquianos no gustaban de jugarse las perras, ni catar a las chicas o el aguardiente los días laborales, cosa de los pueblos y los pueblerinos a decir de los cosmopolitas, conocedores de las costumbres capitalinas, pocos y falsos.

Con la premura de quien tiene prisa y miedo, a la vez y malamente revuelto, la mujer hizo su maleta, no le ocupó mucho tiempo: descolgó del tendedero un vestido de diario aún húmedo, el de vestir lo vestía; de la cuerda rescató un par de bragas y unas medias remendadas, las buenas cubrían sus piernas, al igual que el camisón bueno. Pensó en quitárselas por el calor pero temía el relente de la noche y dudó. La tentación le llevó a recorrer su entorno con un rápido vistazo y con furtiva celeridad vació el tendedero de bragas, camisas, y un par de toallas, ajenas. Sus compañeras comprenderían su necesidad de robar “y si no que las zurzan”, se dijo con desdén.

Sacó un sobre de debajo del colchón y comprobó los billetes que contenía: suficiente para sus propósitos. Se calzó los zapatos buenos y envolvió los de diario y unas zapatillas en papel periódico y a la maleta, la cerró, repasó su cuarto con un último vistazo, apagó la luz y marchó.

Ya en la calle el reloj de la iglesia dio las once de la noche, se apresuró calle abajo hasta la plaza. Allí a la sombra de los soportales aguardaba *Ticiano* en su tartana. La muchacha saludó al hombre con un gesto y subió al carro que arrancó de inmediato.

En media hora llegaron a la estación, la chica se apeó y le dio un duro al carretero que se

volvió al pueblo. Entró en el andén y se asomó a las vías que se unían en una negrura infinita en ambas direcciones. El expreso de medianoche no tardaría en llegar. Un mal presentimiento la escalofrió, como si la estuviesen observando, se volvió sobre sí misma agitada, nadie, decidió apartarse de la luz y esperar al cobijo de una sombra.

Agradeció su buen tino a la hora de vestirse para el viaje, las medias y el camisón no estorbaban en aquel andén desolado y frío.

A los pocos minutos un rumor lejano y un punto de luz iluminó la línea formada a lo lejos por las vías. El tren pitó repetidamente, la chica observó que el semáforo lucía verde, no era su expreso sino un mercancías que pasaría a toda velocidad, sin detenerse.

La luz parecía no moverse pero el pitido denotaba su rápida aproximación. Ahora sí percibió el temblor del suelo, el traqueteo de la gran máquina acercándose por las vías, hierro sobre hierro, instintivamente dio un paso atrás en el andén. Ya veía el tren iluminado por sus luces de posición cuando un súbito empujón la arrojó al vacío de las vías. El encontronazo resultó fatal y desmembró a la muchacha. El maquinista no percibió el impacto y prosiguió su marcha hasta la siguiente estación donde pararía para dejar paso al expreso que le seguía.

Tras cerciorarse que ninguna mirada crítica observaba su acto don Braulio abrió la puerta, ya cerrada a esas horas, con su propia llave, y entró. Era frecuente que las gentes apuraran las primeras horas de la noche tomando el fresco frente a sus casas, pero el tiempo había refrescado con las últimas tormentas y permitía el descanso.

—¿María? —llamó para evitar un susto a la mujer.

—Aquí —anunció una voz femenina.

—¿Qué haces? —preguntó él a modo de saludo.

—Me iba a bañar, ¿has cenado?

—Sí, comí algo en lo del *Vinagres*.

—Ha sobrado pollo si te apetece.

—Deja que te ayude —y agarró un puchero de agua hirviente y lo vació en un gran barreño de zinc que ocupaba el centro de la cocina.

Llenó otra vez el puchero de agua y lo devolvió al fuego. Ella marchó al retrete. Él metió la mano en el agua para comprobar la temperatura y le pareció demasiado caliente, y añadió dos cubos de agua fría. Ella volvió enseguida y desnuda.

—Te estas quedando en la barriga. Comes muy poco.

—No tengo apetito y las nauseas no me dejan.

María tentó la superficie del agua con la punta del pie, don Braulio acudió a ayudarla para que no se resbalara. La cogió de un brazo y ella sumergió un pie y luego el otro en el barreño.

—Enseguida habrá más agua caliente.

María se acuclilló y él comenzó a verter cazos de agua sobre ella.

—¿Cómo estás? —susurró él mientras la mojaba.

—Agotada —y estiró las piernas lo que el barreño daba de sí, muy poco.

Él se levantó a por el siguiente puchero de agua caliente y ella suspiró con la espalda apoyada en la chapa y los dedos de los pies asomando por el borde opuesto.

—Cómo me gustaría tener una bañera que cupiese entera.

Separó las rodillas para que el cura vertiera el agua caliente sin quemarla y enseguida añadió agua fría. Volvió a llenar el puchero pero esta vez vertió un puñado de flores de camomila.

—¡Oh, que bien, así!

María cerró los ojos y don Braulio retomó el cazo para seguir esparciendo agua caliente por todo el cuerpo femenino. También le mojó el cabello.

—Dicen que los pisos que están construyendo en las afueras de Madrid, los aseos ya vienen equipados con bañeras y duchas. ¿Te imaginas abrir un grifo y que salga toda el agua caliente que desees?

—Desear es pecado, hija mía —y el cura se levantó a buscar un champú.

—Vale, pues todo el agua que quieras.

—Querer es un desengaño —volcó un buche de producto en su mano y la aplicó a la cabeza de María.

—¿Todo el agua que necesites? —susurró ella deleitándose con la friega en su cabeza.

—Necesitar resulta oneroso.

Don Braulio disfrutaba de lavar a María, le embriagaba el olor a manzanilla que ya dominaba en la estancia. Olía a mujer aseada, a deseo puro.

—¿Ha venido a verte el teniente Gastón?

—Sí.

—¿Qué le has dicho?

Se levantó para acudir a por el puchero en el que hervía la camomila. Vertió el agua en un balde mediado de agua fría y la tentó, estaba caliente pero no quemaba. La acercó hasta la mujer y con dicha agua le aclaró los cabellos.

—Que el retrasado me violó —la violencia de la respuesta hirió a ambos.

Don Braulio besó a María en la mejilla. Ella le miró y él a ella. Durante un rato se quedan así, con su dolor velando el silencio. Él la volvió a besar, cogió una toalla y envolvió la cabeza con ella. Metió un estropajo en el agua jabonosa y comenzó a restregar concienzudo la espalda femenina.

—¿Y que ha dicho él?

—Lo ha lamentado.

—¿Ha usado esas palabras?

—No, lo he visto en sus ojos.

—Ya, levántate anda —y la ayudó a ponerse en pie para poder enjabonarla mejor.

Con amorosa dedicación el cura fregó el cuerpo de la mujer. Levantó los brazos e insistió en su delgadez, la besó en los labios y luego le restregó la cara con el estropajo jabonoso, ella protestó como una cría y le pringó la cara con espuma.

—Cómo te estás poniendo, condenada —alabó con ojos golosos cuando sus manos repasaron los crecidos senos.

Rechupeteó sus pezones antes de enjabonarlos, ella le susurró que era un vicioso y las manos de él bajaron hasta el centro de gravedad de la mujer; de rodillas don Braulio besó la prominente barriga y preguntó si había alguien ahí. La enjabonó bien pero su otra mano se quedó explorando el culo de la mujer que renegó un “quita” flojito y respingó para liberarse.

María se apoyó en los hombros del hombre para sacar un pie del agua para que él se lo lavase, lo mismo sucedió con el otro. Luego el cura cogió el cazo de antes y la aclaró a base de verter sobre ella muchos buches de agua tibia.

Luego la envolvió en una toalla y la ayudó a salir del barreño. Frotó su cuerpo con energía

para mejor secarla y la llevó hasta el cuarto de aseo, donde ella acabaría de secarse mientras él le frotaba los cabellos con una solución concentrada de camomila contra la caspa.

María se puso el camisón, la acompañó a la cama y la acostó, luego recogió las toallas.

Llegó el turno de don Braulio en el aseo, volvió a donde el barreño y aprovechó el agua para lavarse como mejor pudo. Sí, una ducha habría sido lo apropiado, María tenía razón, lavarse como los gatos no era de recibo con las modernidades que se estaban viviendo. Don Braulio había leído que pronto en sus hogares la gente podría ver y entretenerse con lo que hacen otros a miles de kilómetros, televisión la llaman; de tele: lejos, y visión: de ver. La pasada Navidad tuvo ocasión de ver uno de esos aparatos en el obispado y no le pareció cosa del otro mundo.

Mientras se secaba con la misma toalla que ella observó el montón de agua que había tirado e imaginó la bronca mujeril que le caería si no la fregaba.

Vació el barreño en el retrete y pasó las toallas por el suelo, no pudo evitar volverse por si ella le veía, le gritaría de todo y con razón: “¿Friegas el suelo con las mismas toallas que luego te vas a secar la cara, so guarro?”, o alguna imprecación peor.

Apagó las luces camino de la alcoba, no era la primera vez que dormían juntos, pero sí la primera vez que lo hacían con esa tranquilidad; con la familiaridad cotidiana de una pareja y ello le emocionaba y consternaba por igual. Ojala las cosas fuesen diferentes.

María le recibió afectuosa, a través de la ventana abierta entraba el frescor de la noche y agitaba levemente los visillos.

—Espero que los mosquitos me dejen en paz esta noche —se quejó él.

Ella le besó y abrazó, musitó algo parecido a “estás engordando”. Él devolvió cada beso multiplicado y acarició aquel cuerpo deformado por la preñez y sin embargo tan querido. La despojó del camisón y se abrazaron ambos desnudos. Volvieron a los besos y las caricias.

Susurrando requiebros entre beso y beso, don Braulio topó con los pechos y goloso se recreó en ellos.

—No me aprietes —susurró ella y acrecentó el deseo del hombre y el propio.

Cubrió la barriga de besos y caricias hasta dar con la suave mata de vello púbico, hundió la cara en ella con fruición y su lengua traspasó el umbral y exploró hasta arrancar un sentido gemido de la mujer cuya espalda se arqueó como un arco en manos expertas. Y ya fue un no parar, suspiros placenteros alternados con gemidos de deseo, causados por una lengua experta y deseosa de dar placer elevaron el ánimo de María hasta un gozoso culmen que la venció.

Don Braulio ascendió nuevamente besando cada poro amado, María se dio la vuelta y él se agarró a ella cual naufrago a su tabla, ambos con la respiración agitada ella de placer y él insatisfecho de deseo frustrado. Al poco ella dormía el sueño de los satisfechos y los cansados y él, desvelado, maldecía su sino.

Salvador juzgó que sería pasada media noche por lo alta que estaba la luna, no tenía sueño, allí encerrado sin nada que hacer se pasaba el bochorno del día adormilado y el frescor nocturno le revivía. Un ruido de pasos le alertó, la llave en su puerta y cuatro tipos que entraron en tromba y la emprendieron a palos. Apenas le dio tiempo a levantarse del catre e intentar devolver un par de golpes. La lluvia de garrotazos pronto le tuvo rendido, sangrante y desmayado.

La vigilia también afectaba a Carmela. Ella, nadie, estaba hecho para el encierro. Le dio en

pensar en esas mujeres que consagraban su vida a la oración encerradas a perpetuidad tras los muros de un convento, ella antes se mataba. La vida errante, ver nuevos paisajes, tratar con gentes variopintas.

El ruido de pelea la espantó, los guardias estaban sacudiendo a Salvador, luego vendrían a por ella y esa certeza la asustó. Confesaría, lo contaría todo, a fin de cuentas qué podía pasar, que nunca podrían volver a Villaciegos... La puerta se abrió y el pánico nubló su juicio. Cuatro tipos malcarados entraron en el cuarto que la encerraba. No conseguía distinguir sus facciones pero ella dedujo que debían ser feos y malcarados para asustar así y de noche a una mujer indefensa.

—Mira que caramelito nos ha dejado el gato —rió uno de ellos.

—Que pedazo de jaca —añadió otro a la vez que alargaba su mano y le pellizcaba una teta.

Ella le apartó de un manotazo que fue causa de risa.

—Entre cuatro ya podréis cabrones, hijos de mala madre —puesta en pie, desafiante, agarró un taburete presta a defenderse, no temía tanto los golpes como la afrenta que auguraba, ¡antes muerta que forzada!

—Dulce y peleona, como a mí me gustan.

Los hombres la fueron rodeando. Carmela se halló de espaldas a la pared y blandió el taburete.

—Quietos ahí, no podré con los cuatro pero uno de vosotros saldrá mal parado —alzó su arma.

Pero de repente una mano rauda agarró el asiento y tiró de él para arrebatarárselo, ella hizo fuerza en sentido contrario y entonces el hombre soltó, Carmela se golpeó ella sola en toda la cara, no fue tanto el daño como el desconcierto que aprovecharon los hombres para caer sobre ella y entre los cuatro la agarraron de brazos y piernas y por mucho que bregó y pataleó la tendieron sobre el camastro y a manotazos le arrancaron la ropa.

Desnuda, bien sujeta de brazos y piernas, y acostada, rompió en sollozos de pura rabia.

—Dejadme, dejadme por lo que más queráis, yo no os he hecho nada.

Pero cuatro pares de manos sobaban su indefensa desnudez, abrieron sus piernas de par en par y sintió unos dedos dentro de ella. Entonces la misma mano le agarró por la mata de vello púbico y estiró con mala leche. Carmela chilló de dolor y ellos se burlaron.

—Estás a nuestra merced —dijo una voz en su oreja, y volvió a tirar de los pelos, ella hizo esfuerzos por no llorar para que ellos no se rieran—. Más te vale hablar, cuenta todo lo que sepas, todo, o mañana volveremos y te violaremos los cuatro. ¿Lo has entendido? —y aquella mano estiró con tanta fuerza de los pelos que tenía agarrados que alguno arrancó —ella gritó dolorida y ellos se rieron.

—¡Sí, sí, hablaré, hablaré! —sollozó Carmela aterrada y dolorida.

La mano soltó su presa pilosa. Otra boca se pegó a su otra oreja y le advirtió:

—Tu compadre está a punto de confesar, luego tu testimonio de nada nos valdrá y no serás más que puro recreo —y la mano que debía hacer juego con aquella boca sobó sus pechos con afán.

Carmela rompió a llorar rabiosa de su propia impotencia. Ellos la soltaron y se fueron.

—Cabrones, hijos de la gran puta —lloriqueaba a la vez que intentaba cubrir su desnudez con su ropa desgarrada.

El susto la impidió conciliar el sueño, temía que aquellos matones volvieran a por ella, quería escapar de allí y no volver jamás a este pueblo de mierda.

Ponciano se vistió sin prisas, malhumorado, cansado, apenas descabezó un sueño en toda la noche; entumecido, permaneció abrazado a la chica temiendo despertarla, sudoroso, incapaz de confesarse, de admitir el aluvión de sentimientos que le trastornaba.

—¿Te vas?

Se volvió hacia la suave pregunta, ella le miraba con esa carita de ángel apoyada en la almohada. La claridad de la albada se filtraba por la infinidad de resquicios de las paredes mal acabadas. Ni siquiera era una alcoba, sino un cuartucho, un cerrado de tablas para aprovechar el espacio.

—Sí.

—No quieres quedarte un ratito más —y se despezó con un derroche de sensualidad inabarcable para un cazurro como Ponciano. La miró de nuevo mudo e indeciso. Alargó su mano y acarició su mejilla sonrosada, pronunció su nombre: “Clementina”. Ella bostezó y se arrebujó en la sábana.

—Ven, anda, debe ser muy temprano —y tiró de su mano hacia ella, se hizo un ovillo y apretó la mano contra su seno, cerró los ojos dispuesta a volver a conciliar el sueño.

Ponciano la miró con reverencia: “que criatura tan...”, no supo calificarla.

—Deja —pidió él con suavidad—, tengo que irme —y estiró de su mano. Ella le dejó ir.

Ponciano se agachó y la besó en la frente, la notó agradable, ¿cómo sería besar sus labios?

Bajó y halló a la dueña con una cafetera en la mano, el aroma a café revivía a los difuntos.

—Buenos días —saludó turbado Ponciano.

—Así los tengas. Si esa es la cara que ponéis los hombres tras una noche de disfrute, me alegro de seguir soltera.

—*Gallega* tú mataste a tu marido.

—¿Y esos, todavía aguardan la vez? —señaló a Tomás y Agapito que dormían, uno sobre otro, en el banco de madera de la entrada.

—Anda ponme un café y seamos amigos.

La mujer llenó un vaso de café y acercó el azucarero y una jarrita con leche caliente.

—Has metido a Clementina en un cuartucho, sin ventilación ni nada.

La mujer fue hasta la cocina y regresó con unas rebanadas de pan, las dejó al alcance de su huésped y ella comenzó a echarse sopas en su tazón de café con leche.

—Quiero que mejores sus condiciones de vida —pidió el alguacil.

—Y yo quiero que mejoren las mías.

—Hablo en serio.

—No si yo también, no ves que no me río.

Entre el fuerte acento gallego y que hablaba con la boca llena de sopas Ponciano apenas la entendía. De repente tuvo una inspiración y soltó en voz alta:

—Oye.

—¿Qué?

—Te la compro —y su puño golpeó el mostrador.

—¿El qué?

—A Clementina.

—Tú estás tonto.

—Fija un precio.

La *Gallega* acabó su café con leche, se limpió los morros, eructó satisfecha, miró al alguacil y repitió:

—Tú estás tonto.

La mano de Ponciano agarró con fuerza la muñeca de la mujer, que le miró con hostilidad, para repetir lo en serio que hablaba, hasta que la soltó intimidado por su adusta mirada, pero lo único que obtuvo de ella fue una amenaza.

—No vuelvas a tocarme jamás.

Desapareció en la cocina y Ponciano la siguió.

—*Gallega*, vamos, hazme caso yo... —un cuchillo de buen tamaño le frenó.

Ella lo empuñaba y lo apoyaba contra su garganta con resolución. Ponciano vio en sus ojos la firme determinación de acabar con él si seguía.

—Estoy decidido a tener a Clementina —dijo con arrojo suicida.

—Una noche ha bastado para encoñarte, cómo sois los hombres, os regís por la polla.

—Es más que eso. Ni siquiera la he tocado, pero cuando estoy con ella, a su lado, verla, tocarla, olerla, me ha hechizado.

Las palabras de un encoñado no impresionaron a la veterana, no era la primera vez que un iluso se ilusionaba con una chica, lo que de verdad la estremeció fue el hilo de sangre cuello abajo, aquel gañán no se percató que con su vehemencia se lastimaba con la punta del cuchillo, su encoñamiento era tal que no percibía cómo se hería a sí mismo.

—Hagamos una cosa —aún no apartó el cuchillo—. Te vas a tu casa, rompes la hucha, cuentas el dinero, vuelves, y me haces una oferta por la chica.

—Está bien, una oferta, ¿cuánto quieres por ella?

—Tú eres el que la desea, yo ya la tengo, fija tú el precio.

—Vale, está bien —ahora los nervios se apoderaron de Ponciano.

La mujer apartó el cuchillo del cuello del encoñado y lo sacudió frente a su cara para advertir:

—Pero te advierto que si no me convences a la primera, no lo vuelvas a intentar.

—Vale, está bien, ¿cuánto quieres?

—Ya me has oído, lo que valga para ti, esto no es una feria de ganado.

—Vale, está bien, está bien, pero no quiero que esté con nadie más. Nadie se acostará con ella.

Y vació el contenido de sus bolsillos en la mesa de la cocina. A la *Gallega* le bastó un breve vistazo para evaluar el escaso numerario.

—Te la guardo tres días —y alzó tres dedos ante los ojos desorbitados del encoñado—. Ni uno más.

Ponciano asintió, fue hasta sus compinches y los sacudió sin miramiento.

—Venga, que nos vamos.

Tomás y Agapito despertaron huraños, pensando que ya les tocaba a ellos, pero el amanecer los acabó de trastocar.

Volvieron al pueblo en silencio, los tres doloridos, fríos, con sueño y mal cuerpo pero además Ponciano calculó de cabeza de cuánto dinero podría disponer de inmediato y la cifra resultó decepcionante: “con eso no compraba ni una burra”.

¿A quién acudir? ¿A quién podía pedir dinero? Se le ocurrió pedir prestado, pagar a la *Gallega* y dos noches después robarle el dinero y devolverlo. Ella no le denunciaría y él se veía capaz de enfrentarse a los sicarios que esa zorra enviara en su contra. Pero Clementina correría peligro. No, así no.

Un gallo cercano cantó a la aurora y ello la inundó de alivio, el instinto le decía que aquellos bestias no osarían atacarla a la luz del día, “animales nocturnos, cobardes”, pensó rabiosa. Carmela sintió rebullir en la casa cuartel, puertas que se abrían y cerraban, protestas infantiles por un rato más de cama, pasos apresurados a las letrinas, aroma a jabón de afeitar, alguien silbó una melodía a la nueva jornada veraniega.

En su campamento estarían almohazando los animales, alimentando a mulas y ordeñando a las ovejas; desperezándose y recogiendo las cosas para marchar a la vendimia. Eso si era una faena agradecida, bien pagada, poco sufrida.

El familiar trajinar de las mujeres preparando desayunos, deshaciendo camas, ordenando la casa, la tranquilizó. Por alguna razón donde rondan hembras nada malo puede acontecer, es como si se creara un halo de vida, de seguridad, a su alrededor.

Carmela dio una cabezada y se quedó dormida, ni siquiera el golpe del cerrojo en la puerta la despertó. Una mano brusca la zarandó, Carmela abrió los ojos atascados de sueño y pavor y miraron al cabo Emérito sin acabar de situarse.

—Arriba zángana, van a tomarte declaración en unos instantes —apremió sin acritud.

—Puedo asearme, esta noche he sufrido un percance —mostró su vestido roto.

—Bonitas tetas —alabó el cabo mientras repasaba las redondeces femeninas hasta que ella se cubrió cruzando los brazos pudorosa y enojada. El guardia hizo un gesto hacia fuera y salió, ella le siguió. En el patio Emérito señaló un pilón.

—Ahí te puedes lavar y allí hay una letrina —indicó una puerta estrecha.

Un rato después la vino a buscar y ella le pidió un peine. Emérito suspiró e hizo ademán de conducirla a la cuadra, allí tenía de todo, pero su esposa que cruzaba el patio en ese instante, percibió la cuestión y le arrebató a la muchacha.

—Ven conmigo hija, este cabestro es capaz de peinarte con el cepillo de las mulas.

El cabo Emérito calló prudente.

Las dos mujeres entraron en una de las viviendas y Carmela pudo peinarse y asearse con jabón. La mujer le preparó un tazón de leche caliente con sopas.

—Muchas gracias señora —murmuró Carmela, raramente recibían cortesías de los payos y menos en una casa cuartel de la Guardia Civil.

—Anda siéntate y desayuna antes de que se enfríe.

Emérito llamó con los nudillos a la puerta, la entreabrió y dijo sin alzar la voz:

—La están esperando para el atestado.

—Pues que esperen —espetó su mujer—. Bien tendrá que desayunar, ¿no?

Emérito optó por una discreta retirada.

—Señora, ¿no tendría usted hilo y aguja? —preguntó Carmela con la boca llena de sopas y mostró su vestido desgarrado. La imaginación de la otra relleno el silencio.

—Esos salvajes —musitó la mujer—. Sí, anda trae, yo te lo coso mientras acabas de comer.

Carmela se quitó el vestido y la mujer lo remendó sin dejar de maldecir, cuando pillara a su marido le iba a poner de vuelta y media, ellas jamás se inmiscuían en asuntos policiales pero aquello no eran modos.

Emérito asomó la cabeza para advertir muy serio:

—Yo me tengo que ir, que no salga de aquí hasta que vengan a buscarla.

Las dos le ignoraron, su mujer le fulminó con la mirada, y el hombre marchó cariacontecido: ¡mujeres, no respetan *na*, ni uniformes ni pantalones ni bigotes!

Al cabo de un rato un número, fusil al hombro, llamó a la puerta y las dos mujeres salieron.

—Buenos días señora Eufemia —saludó Mirto—. Vamos —mandó a la otra al tiempo que alargaba su mano y la agarraba por el brazo.

Carmela agradeció de corazón a su valedora el favor, ella le advirtió que tuviera cuidado y que fuera lista. Aquellas palabras dieron que pensar a la gitana: “sí, tenía que ser lista”.

El despacho del teniente Gastón era la dependencia oficial más amplia del cuartelillo y lo acondicionaron como sala de atestados. Toda la reforma de acondicionamiento consistió en apartar la mesa contra la pared, substituir dos sillones grandes y pesados por unas sillas más funcionales y livianas, abrir la ventana para que circulara el aire y distribuir unos ceniceros, los fumadores no tardarían en iniciar la quema de tabaco.

Además de una pareja de guardias civiles armados como custodios, Mirto y Flores, el teniente Gastón interrogaría, apoyado por el sargento Trípodes, y el cabo Emérito redactaría el atestado.

El teniente pidió prestada al ayuntamiento la máquina de escribir pero si no llegaba antes de comenzar lo redactarían a mano.

El juez de paz estaba convocado así como el boticario que daría fe del correcto estado físico de los detenidos. La impresión era que en aquella jornada podían esclarecer los truculentos crímenes que habían alterado la rutina estival en Villaciegos.

—¿Qué cojones hace aquí el cura? —protestó por lo bajini el teniente a su sargento, que se encogió de hombros.

El teniente Gastón se acercó a saludar a don Braulio, que sonreía a diestro y siniestro con la expresión arrogante de un perdonavidas.

—Buenos días don Braulio.

—Así los tenga teniente.

—¿No tiene usted misa a estas horas?

—Ya ve, los trabajos del buen pastor no conocen horarios.

—Creo que su presencia aquí, hoy, es superflua.

—Yo, como garante de las almas de esos desgraciados, juzgaré eso, amigo Gastón.

Tanta familiaridad: “amigo Gastón”, sentó como una patada al teniente, ¿cuándo un simple y cotidiano atestado se había transformado en aquella romería? Allí sobraba la mitad de la gente y temía que su trabajo policial se resintiera.

Vio a su sargento discutir con el boticario y acudió a ver. En cuanto se acercó los dos se volvieron a él. Uno pidiendo respaldo, el otro exigiendo una explicación.

—Teniente, han aporreado al detenido, tengo que hacerlo constar en el acta.

—¿Qué?

—Le han dado una paliza de muerte a Salvador Heredia —repitió Segismundo en tono docente.

El teniente miró severo a su sargento que no perdió la calma cuando manifestó con indiferencia:

—Se habrá caído por las escaleras.

El teniente aliviado y con expresión de “ahí lo tiene” volvió la vista hacia el boticario que desorbitó los ojos y alzó las manos al cielo para exclamar con incredulidad:

—Pero si este cuartel carece de escaleras.

—Pues le habrá coceado una mula —soltó el sargento sin inmutarse—. Segismundo, pon lo que quieras, la Benemérita no maltrata a los detenidos.

—No, ni aplica la ley de fugas —replicó el boticario masticando las palabras.

Los guardias no le contestaron, el sargento agarró por el brazo a su teniente, que iba a

recriminar algo, y le alejó de allí señalando al alcalde que acababa de llegar.

El boticario marchó cabeceando, en su acta escribiría que: “Salvador Heredia presentaba lesiones de diversa gravedad, y de origen incierto, cuya causa el propio detenido no supo aclarar”.

—Buenos días, hoy vamos a hacer justicia —manifestó jovial don Eugenio mientras estrechaba la mano de los guardias civiles.

—No perdamos de vista que aquí no vamos a juzgar a nadie —aclaró el teniente Gastón.

—Bueno, bueno, eso ya se verá —el alcalde exultaba.

—Habría que retomar la antigua costumbre de ajusticiar a los delincuentes en el municipio donde perpetraron sus fechorías —opinó con autoridad un recién llegado.

Todos se volvieron hacia don Melitón.

—Si usted quiere voy en busca de una sogá y ahorcamos al gitano ahí mismo —don Braulio señaló un gancho fijado en una de las vigas del techo.

—El escarmiento público siempre es disuasorio padre —afirmó el cacique—. Correría la voz por esos andurriales y los canallas se abstendrían de visitar Villaciegos.

Alargó su mano y estrechó la de los demás con mayor o menor júbilo.

Con el alcalde vino don Honorato, en funciones de juez de paz, y su hija Felisa que levantaría acta. Y donde iba el alcalde allá le seguía su escolta de ineludibles guardias municipales Ponciano, Tomás y Agapito que acarrearón la pesada Olivetti y ahora la acondicionaban sobre una mesita atendiendo las instrucciones de Felisa bajo la ávida mirada de Emérito.

El tremendo guirigay llamó la atención del teniente Gastón, ¡menudo jaleo! Las tripas le demandaban que desalojara para mejor centrarse en su ardua labor, no esperaba colaboración de los gitanos y también dudaba de su culpabilidad, pero el instinto le advertía que por ahí iba bien, los Heredia eran el hilo del que tirar para alcanzar la madeja clerical.

En cuanto la pareja de guardias trajo al detenido engrilletado y le sentaron en un taburete todos comenzaron a tomar asiento donde el cabo Emérito les iba señalando.

Los ojos de todos los presentes examinaron la deplorable presencia de Salvador con diferentes ánimos, desde el que se decía “lo tiene bien merecido”, al indiferente que planeaba lo que haría en cuanto aquello finalizara, o el escalofriado por los golpes que desfiguraban aquel rostro que una vez debió ser agraciado. Apenas podía abrir los ojos tumefactos y morados, la nariz taponada por algodones ensangrentados, los labios partidos, la herida de una ceja cerrada con esparadrapo y las numerosas contusiones por todo el cuerpo que delataban los leves quejidos cada vez que se movía.

En cuanto el silencio dominó la estancia el juez de paz explicó los motivos de la reunión y cedió la palabra al teniente Gastón que se puso en pie, señaló al acusado, y explicó a todos las razones que tenían para encausarle como reo de la muerte de Rufino el *Boina* y Celedón *Comunion*. Pidió a Felisa, que mecanografiaba cuanto allí se decía con notable destreza, que apuntara la filiación de los fenecidos en vez o además de los apodos, cosa que ella hizo con diligencia, copiando la nota que Emérito, atento, le facilitó.

—Los hechos son que las dos víctimas citadas abusaron de Carmela Heredia y que este hombre los acuchilló en descampado como venganza. Salvador, ¿es cierto lo que acabo de decir?

El interfecto guardó silencio. El teniente lo tomó como quien calla otorga y prosiguió:

—Es sabido que el honor de sus mujeres es fundamental para los gitanos y su defensa...

—¿No tendría que hablar alguien en defensa del acusado?

Todos se volvieron hacia el cura.

—Es que no estamos juzgando a nadie, esto no es más que la redacción del atestado preliminar de las diligencias de averiguación.

—Entonces sobramos la mitad —el cura se puso en pie presto a marcharse.

—Que me defienda él —farfulló Salvador y escupió un cuajaron de sangre.

Todos volvieron la vista hacia el gitano cuyos ojos transformados a golpes en unas rendijas moradas e hinchadas fulminaban al cura.

De repente don Braulio sintió caer sobre él una responsabilidad no buscada, “eso le pasa por bocazas”, pensó más de uno. La responsabilidad de la culpa se reflejó en su expresión contrariada, pero no cedió. Nunca, jamás, nadie en esta vida le tacharía de pusilánime, a él que pasó la guerra entre los rojos y sobrevivió a fuerza de cojones. Nunca mejor dicho.

—Sea. Veamos, teniente, exponga los hechos con claridad.

El teniente Gastón tomó el borrador que se pasó la noche redactando donde apuntó fechas, nombres, y todos los datos recopilados sobre el terreno. Hizo una exposición brillante aunque aburrida para los presentes que ya conocían los datos expuestos.

—Bah, ninguna novedad —apuntó el cura—. ¿Qué pruebas tiene contra Salvador?

El teniente mostró una navaja a los presentes, algo innecesario y que le hizo sentirse como un idiota, aquellos actos policiales no debían ser públicos. Fue hasta Salvador y se la puso frente a la cara para preguntarle si era suya. El gitano negó con la cabeza.

—Pues hemos hallado tus huellas en ella —mintió el teniente.

Salvador se encogió de hombros y gimió dolorido por el gesto.

—¿Algo más? —quiso saber el cura, despectivo.

—El testimonio de Carmela Heredia —volvió a mentir el teniente.

Entonces sí que todos percibieron un dejo de inquietud en la expresión apaleada del detenido, pero el teniente que tenía la vista fija en el cura percibió una mella en su máscara, una miga de pan en la senda, un nuevo indicio de que ese era el camino.

—Bah, cuentos de gitanos. ¿Quién se los va a creer? —murmuró don Braulio y volvió a su asiento.

—Llévense al detenido y traigan a su cómplice —mandó Gastón a la pareja.

Emérito, detuvo la mecanografía de Felisa y llamó al oficial que se acercó enseguida a la mesa.

—Disculpe mi teniente ¿cuando dijo usted “cómplice” quiso decir “compadre”?

Gastón percibió entonces que con sus palabras daba por sentada la culpabilidad de ambos y así constaría en acta.

—Tiene usted razón cabo, gracias por enmendarme —susurró Gastón e hizo una seña a Felisa —: Compadre está mejor.

Mientras, Mirto y Flores agarraron cada uno de un brazo a Salvador y le alzaron del taburete. Los municipales les dedicaron gestos burlones. El gitano no dijo nada y se dejó conducir mansamente. Al cabo de un rato volvieron con Carmela que fue sentada en el mismo sitio que su compadre. Su llegada fue saludada con un silencio pegajoso que la envolvió como la lengua de un sapo a una mosca.

Gastón comenzó leyendo la filiación de la moza para que constará pero ella le interrumpió con un desparpajo que algunos calificaron de extemporáneo.

—Para empezar quiero denunciar que esta noche en el calabozo he sido afrentada.

Hasta la Olivetti enmudeció por las palabras de Carmela. Todos los ojos fijos en su persona.

—¿No lo anotas? —preguntó a Felisa que mantenía los diez dedos en alto reticentes a golpear

el teclado. La interpelada miró a su jefe, luego a su padre, al teniente, y finalmente a Emérito. Los cuatro observaban a la morena impertinente y bravucona.

—Ningún guardia civil mancillaría su polla por follarse a una gitana —masculló Trípodes.

—Pues bien que se follan a tu madre —murmuró Carmela.

El sargento se levantó de un salto fue hasta ella y con el mismo impulso la abofeteó con saña. Carmela cayó al suelo.

—¡Sargento! —gritó el teniente puesto en pie.

—Quien se pica ajos come —desafió ella aún caída y con la mano en la mejilla.

—Habla sólo cuando te pregunten —mandó el sargento a la mujer que le miraba con odio.

Flores levantó a la mujer de un tirón del brazo y la sentó. Ella no dejaba de tocarse la mejilla enrojecida y provocar.

—Tan valiente con ese uniforme, rodeado de los suyos, y todos armados...

—Calla de una vez —amenazó el sargento.

Carmela era lista, sabía cuánto daba de sí una situación y calló. El teniente se acercó a ella presto a interrogarla, hizo una seña a Felisa para que tomara nota de sus preguntas y las respuestas de la encausada. La secretaria quiso saber si debía anotar lo declarado por Carmela antes pero no hubo respuesta clara y decidió obviarlo, siempre estaba a tiempo de añadirlo antes de las firmas de los comparecientes.

—¿Conocías a Rufino el *Boina* y a Celedón *Comuniones*?

—Sí, como todo el mundo en este pueblo.

—¿Te molestaron en el río?

—Esos molestaban a todas las mozas.

—¿Pasaron a mayores?

—¿Mande?

—¿Que si se sobrepasaron contigo?

—Como todos los hombres de este pueblo, si no les paras los pies se te meten entre las bragas. Aquella respuesta motivó murmullos de indignación.

—Carmela, ¿Rufino y Celedón te forzaron?

—...

—¿No respondes?

—¿Y si así hubiera sido, qué? Le acabo de decir que está noche casi me violan y no me hace usted el menor caso.

Gastón observó que cuando la muchacha bajaba la vista no era humildad sino para mirar a don Braulio, con disimulo. ¡Esperaba ayuda del cura!

—¿Se lo contaste a Salvador?

—Se lo cuento todo —mintió Carmela y todos supieron que mentía.

—Así no vamos a ninguna parte —alegó el cura—. Yo me marchó.

—¿Mató Salvador a los citados Rufino y Celedón?

—Pregúnteselo a él, qué me sé yo —y Carmela se encogió de hombros.

—Te lo preguntó a ti —el teniente comenzaba a impacientarse.

—Cómo me levante vas a ver cómo te dejás de tonterías —amenazó entre dientes el sargento.

El pavor volvió a encoger el corazón de Carmela, sintió las manos de aquellos cabrones sobando su cuerpo y tuvo un escalofrío de repugnancia.

Llamaron a la puerta y Facundo asomó la cabeza para decir:

—Mi teniente, han avisado de la estación, alguien se ha tirado a la vía.

—Sargento, yo acabaré con esto, vaya usted a ver.

—Bueno yo aquí no pinto nada —opinó el alcalde y vuelto a sus municipales señaló la Olivetti y no hicieron falta más palabras, Agapito asintió al cabo de todo. Ponciano salió tras el alcalde.

—Yo también tengo quehaceres pendientes —se despidió don Honorato.

Lo mismo hizo don Melitón.

—Yo tengo que abrir la farmacia —alegó Segismundo, el teniente hizo un gesto de asentimiento a su marcha.

Salvo don Braulio, todos fueron desfilando tras la sombra del sargento Trípodes, aquella permanencia significó para el teniente otra miga de pan en el camino: ¿qué interés podía tener la declaración de aquella gitana para el cura?

—Padre, confesión —pidió de repente Carmela, para pasmo de los presentes.

El cura se puso en pie presuroso, pero el teniente Gastón atajó la intención piadosa.

—Luego.

—No puede usted oponerse a los deseos de contrición de...

—No me opongo, sólo lo aplazo. Usted no debería estar aquí, por tanto ella confesará cuando hayamos acabado el atestado.

—No hablaré hasta que no me haya confesado —retó la mujer.

El teniente no iba a dejarse intimidar por aquellos dos, ahora tenía la certeza de que tramaban algo, quizás un pacto. Dio un paso hasta ella y acercó su boca a su oreja para amenazarla.

—O me cuentas a mí lo que sabes o se lo cuentas al sargento Trípodes en cuanto vuelva de la diligencia en la estación.

Carmela le sostuvo la mirada pero en sus ojazos negros Gastón percibió una determinación que no le gustó, aquella mujer no se dejaría avasallar, la fuerza bruta tan solo valdría para acrecentar su silencio y su rencor, pero el instinto le advertía que tenía pillado al cura y que la obstinación de la gitana era su puerta de seguridad para escapar.

El alcalde y el alguacil caminaron un rato en silencio hasta que el segundo rompió a hablar.

—Don Eugenio, puedo hablarle un instante.

—¿De qué se trata Ponciano?

—Verá, ando en un asunto y necesito algo de dinero.

El alcalde se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó la billetera y alumbró dos billetes nuevecitos de cien pesetas y se los tendió.

—No gracias, don Eugenio, se trata de algo más gordo.

El alcalde detuvo su caminar en una sombra y aguardó una explicación, a la vez que devolvía dinero y cartera a su ubicación inicial, sin la menor intención de facilitar el sablazo. Debía una cierta consideración a su subalterno, no en vano cumplía sus órdenes sin rechistar, pero nada más. Regularmente recompensaba su lealtad y dedicación.

—Necesito diez mil pesetas.

—Acaso pretendes comprar a un ministro —se burló el alcalde—. Tú estás majara —recompuso el gesto severo y echó a andar con premura.

Ponciano le siguió poco dispuesto a aceptar un “no” por respuesta.

—Pero don Eugenio, sería sólo por unos días, es que...

—Ni *esque* ni *esca*, el ayuntamiento no puede desprenderse de ese dineral.
—Yo había pensado en usted, porque...
—¿Por qué, acaso te crees que soy millonario, que imprimo los billetes en mi casa? Tú estás majara —de nuevo se detuvo—. Venga Ponciano que nos conocemos, ¿a qué esas pretensiones?
—Es que verá...
—Tú eres un hombre de gustos sencillos Ponciano, no juegas, no bebes, vas lo justo a *Casa Franca*, que lo sé yo, ¿a qué viene esa petición, para qué necesitas tanto dinero? No pagas casa, no pagas manutención, careces de mujer e hijos, tienes un buen salario.
—Me ha surgido un asunto y... —no podía confesar el destino del dinero.
—Mira Ponciano, prestar dinero a los amigos es la manera segura de perder el dinero y las amistades, y yo valoré mucho la tuya —le dio una palmada en el brazo y apretó el paso y dejó chascado a su alguacil y elucubrando.

El zumbido de las moscas señalaba la ubicación de las particiones del cuerpo dispersos en las vías, el topetazo con el mercancías hizo cuartos a la mujer.

—Facundo, haga usted el favor, que avisen al fotógrafo.

—A sus ordenes mi sargento.

—Apártense de ahí, vamos, esto es la escena de un crimen —la definición del sargento Trípodes fue la gota que colmó el horror que embargaba a los escasos viajeros, un matrimonio con dos niños, descubridores del cadáver.

Ella buscó refugio entre los brazos de él y comenzó a gimotear. El bruto de su hijo acudió a ellos con la cabeza de una mujer joven cogida por los cabellos lacios: “mira mama lo que me he encontrado”, y ahora aguardaba en el suelo a dos pasos de ellos, los ojos vidriosos fijos en su horror. Él intentaba tranquilizarla en vano, el revoltijo de tripas amenazaba con dar al traste con el planeado viaje a casa de los abuelos.

En cuanto llegó Daniel comenzó a fotografiar el suceso atendiendo las instrucciones del sargento.

—Es Renata, una de las pupilas de Casa Franca —comentó el cabo Solís a su compañero.

—¿La conocías?

—La tenía tratada.

—A lo mejor por eso se ha tirado a la vía —pinchó Facundo muy serio.

Pero Solís no se dio por aludido.

—Una chica muy apañada, limpia y sencilla, y complaciente, mucho.

—Pues que lástima que haya acabado así.

—Cabo, manden aviso a Segismundo, que vengán a recoger esto y que venga también don Honorato, habrá que levantar el cadáver y el correspondiente atestado de asesinato.

—¿Qué le lleva a pensar que esa desgraciada no se ha tirado a las vías, sargento?

—Hasta la fecha no he conocido a nadie que antes de tirarse al tren prepare la maleta y se la traiga —y con una seña indicó la maleta abandonada al borde del andén.

—Sargento, es Froilán, dice que él trajo anoche a Renata a la estación.

—Voy cabo, aparte a esos críos, —señaló al niño de la pareja que no paraba de tocar la cabeza de la muerta con un palo sólo para incordiar a su hermanita—, la madre que los parió.

—Buenos días Froilán —el sargento saludó con la mano en el tricornio.

El gesto indicó al susodicho que la conversación sería formal y ello le inquietó. Por su trabajo solía tener sus más y sus menos con la Guardia Civil. Era el ordinario de Villaciegos y en su cotidiano ir y venir con los encargos de sus vecinos primaba la oportunidad de beneficio sobre el cumplimiento de ordenanzas, leyes y reglamentos. Años atrás con el estraperlo engordando las arcas de los acaparadores y otros maleantes llegó a acumular una bonita hucha que ahora invertía en el contrabando de tabaco.

El hombre andaba descargando unos paquetes de su carro sobre la carretilla de mano que llevaba en sus viajes a la capital.

El sargento Trípodes sacó una libreta y un lápiz a la vez que hacía una seña a Froilán con el mentón para que iniciará el relato de lo sucedido.

—Recibí aviso de Renata para que tal día a tal hora pasara a recogerla por Casa Franca para traerla aquí —hizo un gesto vago señalando la estación.

—¿Te dijo los motivos?

—No.

—¿Estaba asustada?

—Yo creo que sí.

—¿Y eso?

—Si no es que se te haya muerto la abuela, nadie coge el expreso de medianoche.

—Te dijo algo.

—Hola y adiós.

—Sargento, yo ya he acabado aquí —anunció Daniel.

—Está bien, haga las copias habituales y llévelas al cuartelillo como de costumbre.

Daniel asintió y abandonó la estación. Mientras cerraba el estuche de su cámara sonreía paladeando la idea que acababa de tener.

—¿Qué le pasa a ese? —quiso saber Froilán extrañado por la expresión maligna del fotógrafo.

El sargento se encogió de hombros y acudió a recibir a las autoridades que comenzaban a llegar horrorizados por la noticia, ya todo el pueblo sabía del macabro hallazgo en las vías.

Don Honorato acompañado de Segismundo seguido de dos municipales con una camilla; don Braulio y el teniente Gastón. También se acercó el alcalde que fue directo a por Gastón.

—Teniente esto se tiene que acabar

—¿A qué se refiere?

—En Villaciegos nunca pasa nada y de repente esta ola de crímenes —espetó con espantado enojo.

Tomás y Agapito saltaban a las vías y recogían las porciones de cadáver para depositarlas en la camilla, Ponciano, desde el andén, les indicaba dónde acudir sólo para darse empaque.

—Esto se tiene que acabar, esto nos perjudica a todos. O lo solventa usted o yo tomaré cartas en el asunto —dio media vuelta y marchó, don Honorato y el cura fueron con él.

—Sargento, que lleven las pertenencia de la fallecida al cuartelillo —Gastón señaló la maleta —. ¿Tenía parientes en el pueblo?

—No que yo sepa.

—¿De qué me suena su cara? —quiso saber Gastón.

—Es Renata, una pupila de *Casa Franca*, aunque ocasionalmente trabajaba para don Melitón atendiendo a los obreros en la era en tiempo de siega.

Entonces la memoria de Gastón se iluminó con la imagen de Renata removiendo el puchero de

garbanzos y callos en la era.

—¿Y su compañera?

—Lo mismo.

—Haremos una visita a ese burdel.

—Pues menudo disgusto se va a llevar Felisa.

—¿Por qué dices eso Tomás? —quiso saber el sargento Trípodes.

—La otra noche las vi hablando en *Casa Franca* y parecían llevarse bien.

—¿Qué hacía Felisa en ese sitio y tratando con Renata?

Y en cuanto la pregunta del teniente Gastón quedó en el aire, cernida como una amenaza, Tomás supo que acababa de meter la pata. Agapito le reconvino con un despectivo “bocazas”.

—Pues también tendremos que hablar con Felisa, sargento.

—Déjelo de mi cuenta teniente.

En cuanto los ojos claros de Felisa se llenaron con la imponente figura de Víctor su ánimo titubeó indeciso entre la pasión y el desprecio.

—¿Está don Eugenio? —preguntó el cacique señalando la puerta.

—Pase usted don Melitón, le aguarda —respondió con un hilo de voz prendada por la planta del cortijero.

El cacique entró solo y Víctor, consciente de la impresión causada en la muchacha, dio un paso hasta su escritorio, apoyó ambas manos para acercarse a ella y en cuanto ella le olió, supo que se hallaba ante su Príncipe y un sofoco perló su frente.

—Me gustaría lavarte como un gato.

—¿Un gato? —murmuró ella.

—A lametones.

Felisa tragó saliva y alzó su mirada hasta los ojos oscuros del hombre. Las manos de él se posaron en sus mejillas.

—Te lamería cada uno de tus poros, cada rincón de tu piel. Seguro que sabes a canela —y la lengua de Víctor lamió los labios de Felisa. Estaba cálida y húmeda y...

—¿Qué estáis haciendo?

Sobresaltados y sorprendidos ambos se volvieron hacia la severa presencia de don Honorato.

—Le estaba soplando la pestaña que tenía en el ojo —dijo Víctor con naturalidad.

Ella no supo qué decir y señaló la puerta del despacho del alcalde. Don Honorato cabeceó intranquilo, una hija en edad casadera, menuda tentación para los vividores sinvergüenzas como *ese*, sin ir más lejos.

—Porqué no esperas fuera —mandó don Honorato al joven—, estarás más fresco.

Víctor saludó a la muchacha, aún sudorosa y desconcertada, y salió del ayuntamiento.

—Don Melitón te espera, papa —musitó agobiada—. Ignoraba tu ausencia.

En el interior los dos caciques firmaron escrituras y contratos ante don Honorato en funciones de notario y ambos entregaron una fuerte cantidad de dinero en efectivo para constituir una Cooperativa, adquirir un molino e iniciar las obras.

Al cabo de un rato el cacique salió con don Honorato, llamó la atención del cortijero y le mandó que acompañara al notario hasta su domicilio.

—No hace falta don Melitón.

—¿Acaso va a depositarlo en la Caja de Ahorros?

—No, una cantidad así prefiero tenerla a buen recaudo en mi caja fuerte. Es más seguro.

—De todas formas me quedo más tranquilo si Víctor le acompaña, que nunca se sabe. Es mucho dinero y no vayamos a tentar a la suerte.

Víctor asistía a la disquisición como convidado de piedra su mente ocupada en las bonitas tetas de Felisa.

—Tú deja de babear, a saber..., y acompaña a don Honorato a su casa —mandó don Melitón.

—¿Le llevo eso? —y echó una mano a la abultada cartera que colgaba de la mano del notario.

Para cuando don Honorato protestó y negó ya obraba en poder del joven. El cacique hizo una gesto de “ves que fácil ha sido, bobo” y el notario cedió y echó a andar hacia su casa. Aunque a los dos pasos agarró por el codo a Víctor y así fueron.

El hallazgo de un nuevo cadáver alteró los planes de la mañana. El teniente Gastón aguardaba en la cuadra a que el cabo Emérito acabara de ensillar a *Ojeroso*, para visitar *Casa Franca*, cuando llegó el aviso del sargento para que pasara por el camino de la Torrentera, a la altura de la encina abuela. Por supuesto el teniente no tenía ni idea de adónde ir y por más que miraba y remiraba el plano dibujado a lápiz, detrás de un albaran de pienso, por Emérito, no se situaba. Incluso estuvo tentado de mostrarle el dibujo a *Ojeroso* por ver si el rucio reconocía el sitio pero desistió ante la suspicaz sorna del cabo.

—Si usted quiere le acompañó —se ofreció Emérito—. Por el bien del servicio —añadió de corrido.

—Sea —aceptó Gastón. Y sin más tiró de la rienda hasta la calle.

Apenas hubo montado apareció el cabo a lomos de *Tostado*, un mulo andador y de talante pacífico, aunque hacía muchos días que no salía de la cuadra y se le notaba retador.

Faena tuvo el caballo para seguir la sombra del mulo y vergüenza ajena sintió el oficial que no lograba alcanzar a su subordinado. Al fin un grupo de gente congregada bajo la sombra de un gran árbol indicó la meta de la excursión ecuestre.

Mientras desmontaban el teniente increpó al cabo con una cuestión cargada de resquemor.

—¿Y este paraje casa con el dibujo que usted me hizo, cabo?

—Punto por punto mi teniente, traiga aquí que se lo muestro —pidió el plano/dibujo.

Por fortuna el sargento Trípodes vino hasta ellos y deshizo la bronca.

—Hombre, que bien me vas a venir Emérito —y el sargento se hizo con las riendas de *Tostado* a la vez que señalaba el velocípedo agrupado con los de la pareja.

Emérito masculló una maldición mientras se volvía en bicicleta hacia la población; siempre fue más partidario de la espuela que del pedal.

—¿Se habrá enfadado?

—No hagas caso Gastón, a estas horas un paseo le sentará de perlas. Emérito está engordando.

—¿Qué hacías aquí, no íbamos a *Casa Franca*?

—Me avisaron de esto en lo del *Vinagres* y aquí me vine —juntos se acercaron al cadáver.

—¿Quién lo descubrió? —preguntó Gastón mientras sacaba su libreta.

—Un pastor. Es una forastera mi teniente —aseveró el sargento Trípodes al tiempo que se

espantaba las moscas que venían a curiosear en su cara.

—¡El símbolo de Satán! —musitó don Braulio a la vez que se santiguaba con fervor.

El teniente Gastón le miró asombrado pero obvió comentario alguno, iba a decir que para que fuese satánico el pentagrama tenía que estar invertido, de lo contrario era signo de sabiduría, en cambio vuelto a su sargento preguntó si habían avisado al fotógrafo y aquel asintió.

En tierra yacía el cuerpo de una mujer sin rostro y destripado, avivado de moscas. Solís la cubrió con una sábana. Gastón prefirió no averiguar el origen del trapo.

Daniel llegó en ese momento, saludó y el cabo Facundo le señaló el bulto al pie de la encina. El que la había tapado la destapó causando un revuelo de insectos. Fue ver el cadáver de Dorotea y ser preso de una arcada. Los presentes lo achacaron a la visión de la muerta pero la minerva de Daniel no conseguía relacionar aquel montón de carne desfigurado y cubierto de bichos con la mujer a la que una vez amó, y lo resolvía causando náuseas.

—¿En qué ha notado que no es de aquí, sargento?

—En que le han robado los zapatos.

Los pies descalzos de Dorotea fijaron la atención de Daniel como la luz de un faro en la oscuridad. ¿Dónde estaban sus zapatos? ¡Antolín, la madre que lo parió! Preparó su réflex.

—¿Qué le lleva a pensar que no los ha perdido por el camino? Han arrastrado el cuerpo hasta...

—Pues eso precisamente, o lo han traído entre dos o llevaba los zapatos puestos, pues al arrastrarlo se habría desgarrado las medias por los talones —el sargento se agachó, cogió la pierna derecha de la muerta y la alzó, las medias estaban intactas. El revuelo de moscas alborotadas fue asqueroso.

Entre arcadas y con el prescindible incordio de las moscas Daniel fotografiaba desde diferentes ángulos la escena. Las maldiciones caían sobre la cabeza del perezoso pastor, ¡tenía que tirar el cadáver a las vías del tren, a las vías del tren!

—Procure no vomitar sobre el cuerpo. Bastante maltrecho se ve.

—Yo diría que lleva varios días muerta —anunció Segismundo tras un examen previo—. La han tenido en una cueva o semienterrada, y la han desfigurado *post mortem*.

—La han desenterrado y la han tirado ahí y luego le han borrado la cara de un escopetazo, ¿por qué tanto trabajo? —era una pregunta retórica y ninguno respondió al teniente. Tan solo el clic de la réflex del fotógrafo rompía el silencio, ni las cigarras cantaban en esa mañana de agosto.

“La madre que parió a ese zángano, en vez de arrojarla a las vías la desfigura con un escopetazo! Y la arcada resultó imparable, Daniel vomitó hasta la primera leche que mamó.

—Hágase a un lado, hombre de Dios, está contaminando la escena del crimen —censuró Trípodas.

No le ofreció agasajo alguno pero tampoco le despidió, por lo tanto Víctor siguió al notario hasta el interior de su vivienda y una vez dentro hasta su despacho. El hombre se agachó ante una caja fuerte que le llegaba al pecho, giró varias veces el pomo de los números y luego sacó un llavero de su bolsillo, escogió una llave y abrió la caja.

Víctor dedicó un disimulado vistazo a su contenido, algunos fajos de billetes y un montón de carpetas con legajos, escrituras, etc.

Don Honorato puso la cartera sobre su escritorio y comenzó a sacar fajos de billetes, “dinero de verdad”, se dijo Víctor. Y durante aquellos instantes el becerro del oro arrumbó al fetiche de la carnalidad y la lujuria. Tal y como el notario introducía los montones de billetes en la caja Víctor imaginaba una vida sin carencia alguna y le gustaba, ¡vaya si le gustaba!

El portazo metálico hizo añicos toda ensoñación.

—Víctor.

—Diga, don Honorato.

—Aunque no lo creas, yo también fui joven, una vez yo tuve tu edad y me gustaban las chicas como a ti te gustan hoy.

—... —Víctor no sabía qué decir.

—Si te gusta Felisa para un rato olvídate de ella. Si me haces enfadar hablaré con don Melitón.

—¿Me está usted amenazando? —enseguida deploró el tono más de pollo que de gallito.

—Sí, te amenazo, y muy en serio —el notario fulminó con la mirada al cortijero—. Ahora bien si tus intenciones son formales, adelante, cortéjala y que la muchacha decida. Invierte tiempo y atenciones en ella, conquistala, como siempre se hizo, y será tuya con mi bendición.

—Lo tendré en cuenta, don Honorato.

La Gallega les aguardaba, la noticia llegó antes que los interrogadores. La mujer esperaba arreglada por si se la llevaban al cuartelillo. Lucía su mejor vestido veraniego, peinada y pintada. No era su primer roce con la justicia y las fuerzas policiales, y sabía a qué atenerse.

El teniente Gastón y el sargento Trípodes acudieron caballeros en sendas monturas. Descabalgaron con harta bizarría y sí, ambos percibieron la ausencia de la espada. ¿Quién no apreciaría una carga al sable con el mítico y laureado regimiento Alcántara?

—Buenos días señora —saludó el teniente llevándose la mano al tricornio, su sargento le imitó.

El saludo oficial marcaba la línea de por donde irían los tiros: pocas bromas.

—¿Es por lo de Renata?

—Sí, también —y la respuesta del teniente turbó la seguridad de la mujer.

—¿Qué relación tiene usted con Felisa Firme? —aquella pregunta la despiató.

—¿La chica del notario?

—... —el teniente Gastón abrió su libreta y aguardó una respuesta con la vista fija en la mujer.

—Elpidia —llamó el sargento Trípodes a la camarera—, llévame al cuarto de Renata —miró a su teniente que asintió conforme.

Gastón reconoció a la susodicha como la otra fémica que halló en el vivaque de los segadores en la era.

—Nada, ninguna —dijo *la Gallega* con la mitad del aplomo perdido—, la conozco de tratar con don Honorato, de vista nada más, pero con ella nada.

—La otra noche estuvo aquí.

—¿Aquí, en mi casa?

—Tratando con la difunta.

—¡Válgame Dios!

—Me cuesta creer que a una mujer como usted se le escape algo de lo que suceda en su casa.

—¿Qué quiere decir con “una mujer como usted”? —a la defensiva tampoco era manca la *Gallega*.

Justo en ese instante entraron en *Casa Franca* Facundo y Solís que acaban de iniciar su servicio y saludaron marciales.

—A sus ordenes mi teniente.

El oficial devolvió el saludo.

—Usted —señaló a Facundo—, ayude al sargento —e indicó el piso de arriba—, y usted —a Solís—, que no salga ni entre nadie mientras dure la pesquisa —los guardias acudieron a lo mandado.

Las residentes comenzaban a desmerecerse malhumoradas por el escándalo del ir y venir apresurado, las voces, y los portazos intempestivos. Aunque casi era mediodía era temprano para ellas. No era la primera vez que los guardias registraban el garito y siempre era molesto. A las inevitables preguntas de “qué pasa” seguían los clamores de horror por el fin de Renata.

—Si no colabora tendrá que acompañarnos al cuartelillo —amenazó el teniente muy serio y respaldado por la pareja.

—Yo no he hecho nada.

—Aquí se practica la prostitución, sólo por eso...

—Hola Gastón.

Todos los ojos se volvieron hacia la voz que bajaba las escaleras intimidados por la familiaridad expresada.

—Hola Clementina —devolvió el saludo el aludido, algo cortado.

—¿Se conocen? —quiso saber la dueña, interesada por la cortedad manifestada por el tricornio.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Gastón a la chica. Los esfuerzos por esconder la sorpresa le traicionaban.

Ella se encogió de hombros por toda respuesta.

—Cabo, allí —mandó el sargento a Facundo para que se llevara a la muchacha.

Amontonaron a todas las chicas en una punta de la barra para interrogarlas una a una, carecían de medios para trasladarlas a todas hasta el cuartelillo.

—Cabo —de nuevo el sargento a Emérito recién llegado— acondicione una mesa y escribanía para levantar el atestado. ¡Y vosotras guardad silencio! —mandó al mujerío.

—¿Están todas aquí? —inquirió el teniente.

—Tenía que haber visto esto en sus años buenos, teniente —la nostalgia desbordaba en las palabras de *la Gallega*—, aquí llegaron a trabajar una veintena de chicas jóvenes y guapas. Venían de toda la comarca a tratar con ellas.

—Ya, lo imagino.

—Listo, mi teniente —advirtió el cabo Emérito.

En un rincón había dispuesto una mesa con dos sillas, papel de timbre, tinta y pluma. Elpidia dejó sobre la mesa una jarra de agua y un par de vasos, lo que el cabo agradeció con un gesto.

—Venga, será usted la primera —dijo a la dueña— a ver si a sus pupilas se les suelta la lengua con su ejemplo.

—Ahora todas se marchan, nadie quiere quedarse en el pueblo —la mujer seguía divagando sumida en la nostalgia mientras se acercaban a la mesa—. A la capital, cegadas por el becerro de oro, eso es lo que son una cegadas.

La Gallega tomó asiento en la silla que le indicaron frente al cabo Emérito y el teniente fue a

buscar un asiento para él.

—Hola *Gallega* —saludó el cabo mientras apuntaba la filiación de la mujer—, cómo nos tenemos que ver.

—Hola Emérito, pues ya ves. Una chalada se tira al tren y nos complica la vida a todos.

La mujer fue respondiendo con más o menos soltura a las diferentes cuestiones: “quién era Renata”, “cuánto tiempo llevaba en la casa”, “clientes habituales”, “popularidad”, “novios o parejas”, pero cuando surgió el tema de la relación con Felisa el carro fue por el pedregal.

—¡Felisa, la hija de don Honorato! —incluso a Emérito le extrañó.

El teniente miró con severidad al cabo pero no le reprendió, no en público.

La Gallega respondió con evasivas: “no sabía nada”, “ella no se inmiscuía en las amistades de las chicas siempre y cuando no afectaran al gobierno de la casa”, etcétera, para concluir con un desafiante “pregúntenle a ella”, referida a Felisa.

Tampoco aclaró nada a la cuestión de “qué hacían sus chicas trabajando para don Melitón”, por lo visto era común durante el tiempo de la cosecha y ellas acudían de forma voluntaria y por ganarse unos duros. Ella no obligaba a nadie a nada, eso lo repitió hasta que Emérito le mostró el renglón en que así constaba escrito. Concluyeron la declaración y la mujer la firmó.

Las demás fueron calentando la misma silla y soltando vaguedades teñidas de llanto, más o menos afectado, pero escasa información. El único indicio, algo con lo que poder trabajar, fue la opinión, interpretación? de Elpidia que afirmó que “Renata enseñaba a Felisa el arte de atraer y retener a los hombres”. Felisa era agraciada de cuerpo y hacienda pero con una edad rayana en la contumaz soltería y cabe en lo posible que eso condicionara su vida. Por otra parte en Villaciegos no sobaban los mozos casaderos de buena casa y mejor perfil. El que más el que menos emigraba a la capital o ya estaba comprometido.

Gastón y Trípodes salieron a respirar mientras los guardias recogían.

—¿Qué opinas teniente? —preguntó el sargento mientras acariciaba el pescuezo de *Tostado*.

—Me parece verosímil la idea de una frustrada asesina. Y sospecho que tras la solterona en ciernes, cegada por un apuesto galán, se halla un tiparraco culpable.

—Nuestro tiparraco.

—Nuestro tiparraco, sargento. Ya lo dijo *la Gallega*: son todas unas cegadas.

—Si tú lo dices teniente.

Los compañeros ayudaron a Emérito a recoger y luego fueron desfilando. Los últimos en marchar fueron Facundo y Solís, a su aire comentando el evento.

—Facundo, ¿qué crees que hay entre la putilla y el teniente?

—¿Qué te lleva a pensar que haya algo?

—Por el despego de él y la tranquilidad de ella.

—No sé. Ella no es más que una mocosa, ¿qué edad tendrá quince, dieciséis años?

—Diecisiete han apuntado en el atestado.

—Pues me parece que para ser tan cría ha malvivido de sobras e imagino que el teniente la habrá librado de no poco mal.

—Y se han conformado con un “yo no sé nada”.

—Acaba de llegar, ¿qué va a saber esa mocosa?

—Eso será.

Con la cabeza cubierta con el vuelo de la falda, no tenía otra cosa para esconder sus facciones a la curiosidad vecinal, aguardó tras la esquina hasta que supuso desamparada la entrada. Una mujer salió de la casa cuartel sin saludar a nadie y eso le indicó que el guardia de la puerta se habría ido a fumar, a mear o a lo que fuese.

Carmela corrió hasta el interior y se acurrucó en la sombra de la alberca, aguardó unos instantes con el corazón desbocado y rebuscó en su memoria la puerta idónea; al fondo Luis Mariano cantaba en una radio y alguna madre regañaba a su hijo para que dejase de incordiar.

Dudaba entre llamar a la puerta o entrar sin más, al fin se decidió, se plantó ante la puerta y la golpeó con los nudillos, demasiado flojo para su gusto, nadie respondió. La ansiedad la consumía.

—Eufemia no está —aquella voz la sobresaltó—, ha salido a buscar el pan —añadió una mujer joven con un cesto de ropa apoyado en la cadera y un chiquillo en la otra mano.

—¿Puedo esperarla aquí? —preguntó Carmela con temor.

La otra se encogió de hombros, sentó al niño en un poyo al pie de la alberca y ella inició la colada.

—Tú no eres de por aquí —en realidad quería decir: “no eres una de las nuestras”, “no perteneces a la Benemérita”.

—No —a pesar de la sonrisa esbozada la respuesta quedó pobre y añadió—: Sólo estoy de visita.

Carmela se esforzaba por cubrir sus facciones gitanas, si la otra la descubría la echaría o peor llamaría a los guardias.

La curiosidad pudo más que los regaños de su madre y el crío se levantó y con pasos torpes de borracho llegó hasta Carmela y se agarró a su falda.

—Hola bonito —le aupó en brazos y fue del agrado del crío—. ¿Qué, ayudando a mama con la colada?

—Me he dejado el jabón —dijo la madre señalando al niño.

—Ves tranquila, yo me ocupo de él —el crío prorrumpió en gozosas exclamaciones cuando Carmela le columpió en sus brazos.

—Se te dan bien las criaturas —afirmó Eufemia recién llegada con el pan en las manos—, deberías dedicarte a ello —y entró en su casa.

Carmela no supo reaccionar a tiempo, ella necesitaba hablar con aquella mujer pero tenía que deshacerse del crío ahora excitado por la atención recibida. En su campamento le habría dejado con los demás y arreando, pero allí, si le soltaba y rompía a llorar llamaría la atención. Por suerte volvió su madre con una pastilla grande de jabón *Lagarto*.

—Ya ha vuelto Eufemia —dijo Carmela y señaló la puerta que tanto anhelaba traspasar.

La otra la miró con expresión atareada y no hizo ademán de coger al niño ni pidió que lo dejara en el suelo, de modo que Carmela entró con él en la casa de Eufemia.

La halló atareada poniendo el puchero al fuego, apenas le dedicó un vistazo de reojo.

—Hola —fue lo único que se le ocurrió decir y se trató de tonta por ello.

—Si has venido a cuidar de los niños acabarás aburrída, te lo advierto, son de la piel de Satanás.

—No, no he venido por eso, he venido porque...

Eufemia se volvió intrigada por el repentino silencio, incluso el crío callaba expectante.

—¿Para leernos la buena ventura?

—... —Carmela persistía en su callada.

—Oye para ser una gitana te veo muy menoscabada de palabra, ¿no?

—No, que va, son los nervios. Verá usted, esta mañana nos han soltado.

—Pues que bien, ¿y qué haces todavía aquí?

—Es que nos han abierto la puerta y “ale, a la calle, sois libres”.

—Y a ti te huele a chamusquina.

—Usted dirá. A mí me huele a ley de fugas.

Aquella sospecha enojó a Eufemia, la gitana trataba de asesinos a los suyos y eso sí que no, pero no abrió la boca. Carmela, muchacha lista, tardó en percibir el enojo de su valedora pero cuando cayó fue hasta ella y la tocó en el hombro.

—Perdone usted.

Eufemia cató el caldo que recogió con una cuchara de palo, juzgó que estaba soso, añadió un puñado de sal, luego removió el cocido, tapó la olla, y se volvió hacia la gitana.

—Escucha niña, en esta casa, te diría más, en este cuartel, somos ajenos a esas prácticas que tú mencionas. No digo que en el pasado no se hayan cometido tropelías a puñados, sí, a qué engañarnos, vosotros tampoco sois angelitos.

—Nosotros, los gitanos.

—Vosotros los gitanos y gentes de malvivir.

—Por ser gitanos ya somos de malvivir.

—Eso lo has dicho tú. Yo he diferenciado...

—¿Qué pasa aquí? —Emérito irrumpió en su casa y se sorprendió de hallar a Carmela allí.

—Nada que te incumba —respondió severa Eufemia—. ¿No tienes nada que hacer?

—Sí, voy a... —el hombre marchó sin más averiguaciones.

—¡Todavía no está la comida! —le voceó su esposa.

—Por favor señora Eufemia, deje que me quede unas horas —suplicó Carmela—, le juro que en cuanto oscurezca me iré y no volverá a saber de mí.

Sin responder la mujer volvió al cocido. Al fin mandó:

—Anda, lleva a ese crío con su madre que todavía me tocará darle de comer.

Carmela fue hasta la puerta pero asaltada por la sospecha de que si salía de aquella casa no volvería a entrar se detuvo a los dos pasos. Eufemia captó la renuencia de la gitana y se acercó a ella y señaló a la criatura con un gesto un tanto hosco.

—Ese niño sabe andar solo —y vuelta al niño le hizo una carantoña—: ¿Verdad Andresito?

Carmela le dejó en el suelo y Eufemia le agarró de una manita, luego mandó:

—Anda, desconfiada, pon al menos la mesa —y salió de la casa.

Carmela miró en derredor, se preguntó si se acostumbraría a vivir así, bajo un techo, con paredes a su alrededor, controlando el frío en invierno y el calor en verano, y concluyó que no le importaría probarlo. Abandonar, al menos durante una temporada, el polvo de los caminos, la vida nómada y la servidumbre del ganado, en el camino todo giraba en torno a los animales: que comieran bien a diario, que no enfermasen, que no se extraviasen ni los robaran. Si fallaban las mulas se interrumpía el viaje, si robaban las ovejas, o enfermaban o no parían a tiempo, mermaba la hacienda del clan; si ellos no encontraban trabajo, el hambre llegaba al campamento y hacía mella en los niños. De ahí que los viajes fuesen a lo seguro y la vida dejaba de ser nómada para ser sólo viajera.

—¿Qué haces tú aquí? —la voz cargada de resabio del hombre espantó a Carmela.

Y es que a nadie gustaba llegar a su casa y toparse con una gitana registrando los cajones.

Carmela se dio la vuelta con un hule en la mano y balbució:

—Estoy poniendo la mesa.

—¿Y eso por qué? —Emérito colgó el tricornio de una percha y dio dos zancadas hacia ella y le arrebató el mantel de las manos—. ¿Dónde está mi mujer?

—Ha llevado a Andresito a su casa.

—Venga, largo de aquí antes que...

—Eufemia me deja quedarme un ratito —protestó ella en tono sumiso, reacia a irse.

Pero el cabo arrojó el mantel sobre la mesa y alzó su mano presta a golpear a la gitana.

—O te vas o te echo a patadas —mandó Emérito sin alzar la voz.

Intimidada, Eufemia tardaba mucho en volver, Carmela se dirigió hacia la puerta y justo en ese instante entró la mujer renegando.

—Todavía no has puesto la mesa, y tú, apea esa mano que te vas a hacer daño —mandó a su esposo.

—¿Qué hace *esta* en casa? —y su índice, cual arma mortal, apuntó a Carmela.

—¿Tú madre no te enseñó que no se pega a las mujeres? —murmuró Eufemia con enojo.

—No es una mujer es una gitana.

—Oiga, no le consiento...

—Calla Carmela —cortó Eufemia—, y tú —vuelta a su esposo—, lávate las manos que la comida está lista.

Cada uno marchó rezongando a lo mandado, mientras Eufemia puso la mesa, platos, cucharas y vasos para los tres.

Volvió Emérito y tomó asiento, cogió la botella de vino llenó su vaso y se quedó con la botella en alto boquiabierto al ver a Carmela tomar asiento frente a él en la mesa.

—¿Pero es que *esta* va a comer con nosotros? —preguntó asombrado.

La respuesta de Eufemia fue quitarle la botella de la mano y llenar el vaso de Carmela y el suyo. Luego llenó los tres platos de cocido y se sentó. Rezongando Emérito cogió su cuchara la metió en el plato y se puso a comer.

Cogió el pan cortó una rebanada de pan para su esposa y otra para él, iba a soltar la hogaza pero sintió la mirada de su esposa taladrándole y aunque renuente cortó otra para su invitada.

Acabó de comer, apuró el culo de vino que le quedaba y se puso en pie.

—¿Adónde vas?, te he hecho natillas.

—Tengo que hacer —recuperó su tricornio y mientras se lo calaba fulminó con un vistazo a Carmela.

—Ahora vas y lo cascás —advirtió su esposa.

—Mucho me guardaré, ¿acaso quieres que sea la risa del cuartel?

A mediodía la taberna del *Vinagres* congregaba a los habituales. Nada más entrar Ponciano vislumbró en la barra a Víctor y se acercó a él. Le saludó con una palmada en el hombro y le asaltó con un chisme.

—Tú vas mucho por casa de don Honorato, ¿verdad?

—¿Yo?, no que va.

—Sí, me he enterado que cortejas a la Felisa.

—A esa gazmoña, bah —gesto despectivo tras apurar su chato.

—¿Qué va a ser?

—*Vinagres*, eres la alegría de la huerta, ponme un vino que necesito purgarme.

De mala gana el tabernero sacó una frasca y llenó medio vaso de vino tinto para Ponciano.

—Y apúntalo en mi cuenta, je, je, je —se burló el alguacil mientras el otro acudía a servir a otro parroquiano.

Crispín se unió a ellos desde la otra punta de la barra, les sonrió y bebió un trago de su refresco de cola.

—No sé cómo podéis beber eso tan dulzón a estas horas —criticó el alguacil.

—Pues yo sé de buena tinta que *Vinagres* se mea en el vino —comentó Crispín justo cuando Ponciano se llevaba el vaso a los labios.

—Qué le vamos a hacer —no se dejó intimidar y adoptó un tono conspirativo—. Lo que yo sí sé es que a ti te vendría de perlas contar con una buena suma.

—Sí. Podrías largarte de este pueblo, no sé a Barcelona, por ejemplo.

—¿Y tú, no quieres marcharte de Villaciegos?

—No, este es mi pueblo, aquí se vive bien y con pasta larga no te falta de nada —dijo Víctor.

—Y tú sabes cómo conseguir esa “pasta larga”.

—No, pero sí sé que en la casa de don Honorato custodia dinero largo. Lo llevé yo, lo tuve en estas manos y delante de mí lo contó antes de guardarlo en su caja de caudales.

Vinagres se acercó a ellos y Víctor dejó sobre la mesa un duro, que la rauda mano del tabernero arrambló, y marchó.

—Pues a mí me iría de perla echarle la uña a ese dinero —murmuró el alguacil con el vaso en los labios para que no se le entendiera.

—Lo mismo digo —le dijo el curita al gollete de su botella.

Ponciano miró a derecha e izquierda con todo el disimulo de los conspiradores aficionados, él y el cura Crispín no eran amigos, apenas se saludaban, y por tanto llamaba la atención que estuvieran cuchicheando en la taberna, pero hasta ahí no llegaba su caletre.

—¿Cuánto crees que habrá en esa caja? —quiso saber Crispín.

—Que a Víctor le parezca “dinero largo” yo calculo que no menos de cien mil pesetas.

Aquella cifra hizo que al cura se le atragantaran las burbujas y de repente el hablar por hablar derivó en una enjundia impensable para ese par.

—Cincuenta mil pesetas fáciles, mitad y mitad —añadió Ponciano gastando su parte mentalmente.

Crispín silbó y recibió un codazo, la concurrencia detectó ambas acciones, toda la curiosidad volcada en aquellos dos.

—Define “fáciles” —Crispín sudaba de ansiedad.

—Entrar, coger el dinero, y salir, así de fácil.

—¿Entrar dónde?

—En casa del notario.

—Entonces es fácil —presumió Crispín—. Nosotros lo hacemos noche sí y noche también.

—¿Nosotros?

Ponciano se volvió a mirar y todos los ojos mal disimulados cambiaron de objetivo.

—Víctor y yo —susurró el curita con ganas de proclamarlo—. Nos beneficiamos a la Felisa —y se hinchó como un sapo—. Entramos disfrazados de... Bueno, eso ahora no importa.

—¿Estás conmigo entonces?

Crispín asintió y entrechocaron los vidrios, cosa que todos vieron, esos dos tramaban alguna

maldad, alguno cabeceó con desaliento, malo si se van y peor si se quedan, esta juventud...

—La cuestión es —soltó el vaso con gesto abatido—, ¿cómo abrimos la caja de caudales?

—En eso yo os puedo ayudar.

La propuesta de Daniel les espantó, más que nada porque alguien ajeno a sus planes supiese de ellos.

—¿En qué nos vas a ayudar tú? —y las manos del alguacil subieron hasta el fotógrafo pero no llegaron a hacer presa en sus solapas por temor a dar el espectáculo.

—Vámonos de aquí —propuso Crispín en un susurro y con un gesto señaló a la concurrencia.

—En mi casa os espero —sugirió Daniel y marchó.

Un rato después los tres conspiraban en la casa del fotógrafo. No tuvieron ni que llamar a la puerta, tal y como pasaban por la acera Daniel, atento, les abría la puerta y ellos se apresuraban a entrar para no llamar la atención de las comadres. A esas horas medio pueblo ya especulaba acerca de qué andarían tramando esos tres.

—Te advierto que si algo de esto...

—Calla Ponciano —mandó Crispín severo e hizo una seña a Daniel para que se explicara.

—Yo sé abrir esa caja. Conozco el modelo, tuve una igual cuando trabajaba en el periódico.

Ponciano alzó su dedo índice amenazador pero el cura le impuso silencio y le hizo un gesto de “es que no escuchas”.

—Vamos a respirar y a meditar unos instantes —propuso Crispín.

Daniel señaló unas sillas y fue a la cocina, volvió con una botella de *Veterano* y tres copas y las medió. Los tres bebieron un trago antes de hablar, el curita apuró la suya.

—Estamos los tres en esto. Por lo tanto debemos confiar el uno en el otro. Si uno cae, caemos todos. ¿Entendido?

Ponciano acabo su bebida y volvió a servirse, apuró su copa la dejó sobre la mesa y asintió aunque dedicó un vistazo feroz al fotógrafo.

—No sabemos cuánto dinero vamos a encontrar pero suponemos que suficiente. Lo dividiremos en tres partes iguales y aquí paz y después gloria. ¿Estamos?

—¿Quién te ha nombrado jefe?

El cura y el fotógrafo se volvieron al unísono hacia Ponciano y aunque nada dijeron éste comprendió lo imbécil de su pregunta.

—¿Qué pasa si llega el momento y la caja no se abre? —preguntó en un tono más lógico.

—Se abrirá —aseguró Daniel.

—Y si no, levantaremos de la cama al notario a punta de navaja, para que la abra —respondió Crispín con una naturalidad extemporánea que escalofrió a los otros.

Quedaron para tal día a tal hora en que juzgaron idónea a sus planes.

—Buenos días Felisa —saludó el sargento Trípodes. El teniente Gastón se llevó la mano al tricornio—. ¿Podemos charlar un momento?

La interpelada alzó su vista miope de la máquina de escribir y asintió temerosa.

—¿Aquí?

Ya lo hablaron en una ocasión, a los lugareños les entraría el sargento y el oficial se mantendría en segundo plano. No es que fuese una norma escrita pero cuando el teniente percibía

la iniciativa en su suboficial le dejaba hacer por el bien del servicio.

Felisa se levantó de su silla muda de asombro y señaló una puerta, luego la cruzó seguida por los guardias. Era la sala de plenos, una estancia amplia ocupada por una mesa alrededor de la cual se sentaban los concejales para asumir y aceptar todo lo que mandara el alcalde.

Tomaron asiento en sillas contiguas. La secretaria se sacó un pañuelito de la manga izquierda y comenzó a limpiarse las gafas inquieta por la libreta que hojeaba aquel teniente tan apuesto.

—Felisa, ¿qué hacías la otra noche en *Casa Franca*?

—¿Esto es por el suicidio de Renata? —balbuceó.

—¿Qué te lleva a pensar que se suicidó? —quiso saber el teniente.

—Nadie se tira al tren si no es para eso —respondió en un tono apresurado.

—¿De qué la conocías tú? —retomó el sargento.

—De las Esclavas.

—¿Qué esclavas? —preguntó el teniente, algo desconcertado, al sargento.

—Las Esclavas del Sagrado Sepulcro.

El teniente se puso en pie y se apartó unos pasos, el sargento le siguió.

—En cada paso que damos topamos con la Iglesia —susurró el teniente Gastón.

—Eso parece amigo Sancho —respondió su sargento.

—Pues no me gusta nada.

Volvieron junto a Felisa, por su expresión captaron su error, la mujer parecía recompuesta, evaporado todo pavor, presta a enfrentarlos, no debieron interrumpir el interrogatorio. Fallo de principiantes. Y la prueba fue que ella rompió a hablar sin que mediara pregunta alguna.

—Nos veíamos cada martes y jueves en la iglesia para preparar la liturgia del domingo, limpiar el templo, cambiar las flores, reponer los cirios, y periódicamente lavábamos la ropa de...

—¿María también es una esclava? —interrumpió el teniente.

—¿Quién? —aquella mención desconcertó a la mujer.

—La viuda de Rufino *el Boina*.

—No, *esa* no es de las nuestras —manifestó con un marcado desprecio en el “*esa*”.

—Pues le hace la colada al párroco —en el comentario del oficial de la Guardia Civil era evidente la intención de provocar y el sargento cómplice abundó:

—Y le cuida el huerto.

La provocación surtió efecto, Felisa ruborizada de rabia sollozó. Ambos hombres se miraron satisfechos ante el estruendo de la armadura de la mujer al desmoronarse frente a ellos.

—También le limpia la casa y le hace de comer —musitó ella furibunda—. ¡Esa ramera!

—¿Te refieres a Renata? —quiso saber el teniente en tono inocente.

—No, Renata era una santa, no como esa puta que tiene embelesado al buenazo de don Braulio.

—Felisa ¿quién podría desear la muerte de Renata?

—Nadie, Renata era... —se sonó con el minúsculo pañuelo—. Renata era buena gente, no hacía mal a nadie.

—Buenos días —saludó don Eugenio al entrar bruscamente en la sala—. ¿Qué pasa aquí? —quiso saber intimidado y ofendido por la presencia de los guardias en su ayuntamiento.

—Estamos charlando con Felisa.

—¿Aquí, en mi ayuntamiento?

—¿Acaso prefiere que la citemos en el cuartelillo?

—Pues si es para un trámite oficial, sí. Felisa no tiene nada que decir, no sabe nada, no tiene

que responder a ninguna cuestión.

El teniente iba a increpar al alcalde pero su sargento se le adelantó para evitar romper las relaciones siempre difíciles entre autoridad local y policial. El azoramiento del alcalde era una prueba de que estaban hurgando en la gusanera correcta, ¿o no?

—Por ahora hemos terminado pero cabe en lo posible que tengamos una nueva charla.

—Su trabajo está ahí fuera deteniendo criminales. Nunca en Villaciegos pasó algo tan tremendo, si no lo aclaran ustedes me veré obligado a tomar cartas en el asunto, ¡cojones ya! —y don Eugenio marchó más enojado que cuando llegó.

—Felisa ¿está tu padre en el ayuntamiento? —preguntó el sargento como al descuido.

—¿Mi padre?, sí, pero ¿qué quieren de él? —poseída por la perplejidad.

—Nada, charlar un rato, aclarar unas cuestiones.

—Mi padre no sabe nada de Renata.

—¿Quieres decir que ignora tu relación con ella?

—Sí.

—Pero bien sabrá que ambas erais Esclavas del Sepulcro.

—Mi padre no está al tanto de todo lo que hago.

—¿Y tú Felisa, estás al tanto de lo que haces?

—¿Qué quiere usted decir, teniente?

En ese momento don Honorato entró en la sala con expresión desencajada, no comprendía que su hija tuviese algo que ver con aquellos uniformados y los horrendos sucesos que indagaban. Con sus brazos abarcó, cual cúpula protectora, a su hija y desafió con la mirada y su silencio a los guardias. Estos intercambiaron miradas de “ya está vendido todo el pescado”, el teniente se guardó su libreta de notas en el bolsillo superior de su camisa, saludaron y marcharon.

No hizo falta ponerse de acuerdo, sin comentarlo se hallaron a las puertas de la iglesia, vacía a esas horas.

—Don Braulio estará en casa, comiendo —especuló Trípodes.

El teniente consultó la hora en su muñeca, era pasado el mediodía.

—Si te parece, Gastón, yo me ocupo de hablar con el cura después de comer.

—Vale, nos vemos luego en el cuartel o en lo del *Vinagres*.

—¿Adónde vas tú?

Al teniente le desagradó el tono preventivo en la cuestión de su sargento, si iban a ser amigos deberían limar suspicacias. El instinto le advertía que la lealtad de su sargento con respecto a sus vecinos estaba por encima de la debida a un oficial recién llegado: Él.

—Voy a hablar con María, la viuda del *Boina* —respondió con desgana.

—¿Y no quieres que te acompañe? —la expresión atribulada del sargento casi le hizo gracia a Gastón de no haber sido porque le enojó.

—¿No me crees capaz de interrogar a esa mujer?

—Gastón, cojones, que somos amigos.

—Y camaradas, no lo olvides Trípodes.

Aunque halló la puerta abierta llamó con los nudillos, eso de irrumpir en las casas ajenas no era algo a lo que llegara, ni deseara, acostumbrarse. María acudió, acabó de masticar lo que llevaba en la boca.

—Sabía que era usted —abrió la puerta de par en par— sólo los forasteros llaman. Pase, no se quede ahí, seguro que las vecinas ya andan murmurando.

Gastón la siguió hasta la cocina, llegaron en dos pasos, la casa era menuda. Ella le señaló una silla al tiempo que le preguntaba si ya había comido, cogió con los dedos una hoja de lechuga y se la comió entera. Sin aguardar su respuesta le puso delante un cuenco de cerámica lleno de gazpacho.

—No hace falta... No se moleste María.

Pero ella llenó otro y lo puso en la mesa frente a la silla que ocuparía ella. Aliñó la fuente de lechuga que había entre los dos con aceite de oliva y vinagre y un puñado de sal, sin dejar de comer.

—Tiene usted buena gana.

—Será el embarazo, pero sí, me ha dado por comer. Si no le gusta la verdura —señaló la ensalada—, tengo conejo con cebolla y patatas nuevas fritas.

—No, está bien, es que no hacía falta que se molestara.

—A comer —mandó ella mientras se sentaba a la mesa—. ¿No le estarán esperando en su casa para comer? —apreció de repente, con la boca llena.

—No se preocupe, mi mujer ya sabe que no tengo horario fijo y de todas forma no la tengo aquí.

La anfitriona le interrogó con la mirada y Gastón tuvo que explicarse.

—Quedamos que pasaría los últimos meses de embarazo con sus padres, es el primero y no queremos arriesgar.

Como explicación resultó convincente pero sus ojos esquivos restaban credibilidad al relato.

María engulló el bocado que le ocupaba toda la boca y ponderó a la abnegada esposa.

—Pobrecilla, la de horas muertas que debe pasar sola.

Gastón asintió pero no añadió nada deseoso de entrar en materia.

—¿Forma usted parte de la Esclavas del Sagrado Sepulcro?

María negó con la cabeza, seguía comiendo con gana. Partió una hogaza para los dos e hizo sopas en su gazpacho.

—Sin embargo limpia la Iglesia, cuida del huerto del cura.

—Sí, y limpio su casa, ¿y? Ah, y lavo su ropa.

—Raro, ¿no? —Gastón probó el gazpacho, estaba fuerte de vinagre y sal pero sin llegar a enmascarar el sabor del pepino, el tomate, el pimiento, muy sabroso.

—¿Qué es raro, que limpie la casa del cura? —con la boca llena.

—No, que no sea una esclava —con bigotes colorados.

—Créame, lo soy, todas lo somos.

—¿Todas? —relamiéndose el bigote con la lengua y cara de “no soy de aquí”.

—Vaya dialogo para besugos —murmuró ella mientras rebañaba su gazpacho—. ¿Conoce usted a alguna mujer que no sea una esclava de su marido, de su padre, de sus hermanos?

—Yo me refería a las del Sagrado Sepulcro.

—No soy una beata, más bien me tengo por una descomulgada.

—Vaya.

—Acábase eso o no hay conejo —mandó señalando con un dedo el tazón de gazpacho.

Gastón obedeció y lo apuró, estaba muy rico y refrescante, le sentó bien.

—Me sigue pareciendo raro que el cura la emplee en la Iglesia siendo una descreída cuando dispone de buenas cristianas prestas a limpiar lo que haga falta.

—Sí, con tal de acrecentar su parcela en el paraíso —se burló mientras llenaba dos platos con tajadas de conejo encebollado. Puso entre los dos un plato colmado de patatas fritas humeantes.

De repente Gastón se sintió asaltado por hambre lobuna y atacó al conejo con ganas y un tenedor en una mano y un trozo de pan en la otra.

—Que rico está —alabó aunque se quemaba.

Comieron en silencio, deleitándose con la vianda. El teniente apartó el asunto que le trajo a esa casa pues no veía claro por donde incidir.

—Este conejo es de caza —soltó una de las veces que bebió un trago de vino peleón.

—Sí, me lo ha dado Engracia, su marido es pastor y suele cazar mientras guarda el ganado. Tiene buena mano con la honda.

—Engracia es su compañera hortelana.

María se levantó a por una tajada más y pidió el plato del teniente pero él declinó por vergüenza.

—Traiga, esto se tiene que acabar.

—No, gracias, está muy bueno, pero no quiero más.

—Venga, no se haga de rogar, una tajadita más —y le puso más comida.

Gastón bebió un trago de vino, ella le rellenó el vaso, y reanudó la faena.

—¿Qué tal se lleva con Felisa?

—¿La de don Honorato?, no me llevo de ninguna manera, no nos tratamos.

—¿Conocía a Renata?

—¿La chica del tren? —se santiguó a la vez que murmuraba una jaculatoria—. Tampoco teníamos trato.

—¿Y con Herminia González?

—¿Quién es esa?

—*La Gallega*, la dueña de *Casa Franca*.

—Mire teniente, este es un pueblo de mierda, todos nos conocemos y no hay milagros ni secretos. Yo me casé muy joven, demasiado, ¿qué sabe una niñata con diecisiete añitos? Me creí embarazada y pringué. Rufino resultó un cabrón de mucho cuidado, bebía y me pegaba, me equivoqué. Esa es la historia de mi vida. A ver si Carmen Sevilla me hace una película.

—Se ha olvidado de Herminia.

—Era mi alternativa a la boda. Cuando me supe o me creí preñada acudí a ella o ella acudió a mí, lo mismo da. Ya dije que en este pueblo todos sabemos donde caga el vecino. Ella me solventaba la barriga y yo trabajaría para ella, hay que decir que yo de joven era un primor.

—Pero usted prefirió la boda. ¿Les casó don Braulio?

—Claro —el tono de extrañeza llamó la atención del teniente.

—El cura la convenció a usted —dedujo Gastón—. Mejor casada que prostituida.

María le miró con su mirada triste y vencida y sin embargo resistente.

“Para él resultaba más cómodo visitarla aquí, en vez de acudir al burdel” —pensó Gastón.

María se levantó a por un melón, tenía tres en una espuerta en un rincón de la cocina.

—Yo me tengo que ir ya.

—Aguarde, verá que rico está, arrope puro —tras tentar los tres puso el melón elegido sobre la mesa y buscó un cuchillo.

—Deje, traiga, yo lo haré —se ofreció Gastón, a ella le costaba rajar la fruta.

Con tajos diestros Gastón cortó dos rebanadas y ofreció una a la mujer.

—A la paz de Dios —dijo una voz masculina desde la entrada.

—En la cocina —respondió María—. Pase *don Braulio*.

Y por el tono del “don” Gastón supo que era una consigna, un aviso de que no estaba sola.

—Hombre, amigo Gastón —saludó efusivo el cura a la vez que alargaba su mano diestra.

El teniente mostró la suya pringada de melón para rehusar el saludo. El cura le palmeó el hombro sonriendo sin alegría.

—Llega usted a tiempo —Gastón cortó otra tajada de melón y la dejó sobre la mesa junto a una silla vacía.

—No gracias, yo ya he comido —rechazó sobrio— iba a lo del *Vinagres* a hacer el cafelito y...

—Y la partida —concluyó Gastón la frase.

—Je, je, bueno sí, también, hay que dar alguna oportunidad a Satanás para que cumpla su labor si no la salvación sería muy fácil, je, je...

—Sí, seguro que sí. Siéntese un rato con nosotros hombre y nos tomamos aquí el café.

María se levantó con intención de preparar la infusión, eso es al menos lo que los hombres intuyeron de las palabras que manaron de aquella boca llena de melón.

—No hace falta que te molestes hija —ofreció el cura, cada vez más incómodo.

De un armario, María, sacó un bote de café molido y una cafetera de aluminio, llenó el cuerpo de agua, puso el cacito y lo llenó de café. El teniente observaba admirado, aquellos lujos destacaban en una casa tan humilde.

—¿Y qué me cuenta teniente? —el cura se percató de los pensamientos del guardia civil e intentó atraer su atención.

María avivó el fuego de la cocina de leña y Gastón no conseguía apartar la vista hechizado por

el brillo del aluminio de la cafetera nueva. Alguien mantenía a esta mujer. Entonces volvió la mirada al rostro sudoroso del cura y leyó en sus ojos un claro reproche: “no te incumbe”.

—Hemos averiguado que la difunta pertenecía a las Esclavas del Sagrado Sepulcro.

—Sí, como la mayoría de devotas de la comarca.

—María no —el teniente sonrió a la mujer que andaba recogiendo y rebañando platos.

—María es una descreída —el cura también sonrió condescendiente— pero no es culpa de ella —bajó la voz—, la vida la ha maltratado.

—¿Conocía usted a Renata?

—De venir por la iglesia, era una buena chica a pesar de todo.

—¿A pesar de qué? —a Gastón le molestaba el tono paternalista, falso y afectado.

—De su oficio. La vida sí que es puta, cada uno se gana el pan como puede.

—¿Era de aquí?

—¿Renata? —el cura meditó la respuesta.

—¿Tenía familia, padres, hermanos? —insistió el teniente.

—Yo creo que era forastera —apuntó María—. Cuando la guerra su familia se mudó a Villaciegos.

—Una familia de refugiados, vinieron huyendo de las hordas rojas, en los pueblos vecinos cometieron tropelías sin cuento, y en la confusión ella se quedó a cargo de *la Gallega*.

“Es decir que la familia se vendió a la niña para librarse de una boca que alimentar” —pensó Gastón— “cuestión de supervivencia”.

—Esa mujer la crió como si fuese hija propia —alabó don Braulio.

—¿Acostumbra a prostituir a sus hijas? —la acusación del guardia provocó un silencio tan negro como el borboteo del café.

—Esto ya está —afirmó María sin la menor alegría.

—¿Pertenece Engracia a las Esclavas citadas?

—No.

—Me gustaría tener una lista de las componentes.

—¿Para qué?

—Para la investigación.

—¿Y si la desdichada hubiese sido pongamos socia del Real Madrid, exigiría usted una lista de los asociados?

—¿Me está usted poniendo trabas, don Braulio?

El cura se sirvió dos cucharadas de azúcar de un azucarero de cristal vistoso y removié el café.

—Lo que no les puedo ofrecer es licor —se excusó María.

—No te preocupes hija —la disculpó el cura antes de catar su café.

Gastón percibió cierta familiaridad impropia en el trato entre esos dos, pero dado el roce que imaginaba no era para menos y justo en esas tuvo una revelación, maldijo, apuró su café y se levantó apresurado.

—Me tengo que ir. Gracias por la comida María, estaba todo muy bueno. Hasta más ver don Braulio.

—Que tenga una buena tarde —le despidió el cura.

En dos zancadas el teniente Gastón llegó a la taberna, entró como una exhalación y fue derecho a por Trípodes.

—Sargento, necesito hablarte.

—Pide algo, yo convido.

—No quiero beber, no ahora y no contigo.

—¿Qué ha pasado, qué te ha dicho la viuda para que...?

—¿Se lo has dicho al cura?

—¿Yo, el qué?

Gastón se fijó en que todos estaban pendientes de ellos, incluso *Vinagres* les observaba con una botella de cazalla en la mano y un vasito a medio llenar. El teniente abandonó la taberna, con la misma premura que llegó y al poco le siguió el sargento.

—¿Qué sucede, qué ha pasado? —la expresión descompuesta.

—Sé que le has dicho a don Braulio que yo estaba con la viuda del *Boina*.

—Sí, bueno, no era ningún secreto, ¿no?

—A nadie, me oyes, a nadie compete los pasos que demos en la investigación.

Echó a andar enojado.

—Pero Gastón, no te enfades hombre, don Braulio y yo somos amigos.

—¿Y qué? A este paso tú y yo no lo seremos —murmuró.

—Mira, las cosas que pasan en los pueblos deben permanecer en los pueblos.

—No quieres que la relación entre esa mujer y el cura sea pública, pues a mí me da lo mismo.

La investigación criminal está por encima de esas componendas.

—Los líos de don Braulio nada tienen que ver con...

Gastón se detuvo y apuntó con su índice al bigote del sargento, cada vez más enojados los dos.

—Todo, tiene que ver todo, y todo tiene que ver y en cualquier caso yo lo decidiré no tú, y mucho menos él.

—Para, ¿adónde vas?

—A trabajar.

—¿Te acompaño?

—No.

El teniente Gastón siguió calle abajo y el sargento hizo una seña a la pareja para que le siguieran.

—¿Qué opinas Facundo?

—Que pintan bastos Solís?

Siguieron al teniente hasta las afueras del pueblo, llegaron enseguida. Parecía perdido, miraba a derecha e izquierda buscando a quien preguntar, al final se volvió y divisó a la pareja detenida a la sombra de una higuera y llegó hasta ellos.

—Buenas tardes —saludó marcial llevándose la mano al tricornio.

—A sus órdenes mi teniente —correspondieron ellos cruzando el brazo sobre el pecho.

—Estoy buscando la casa de un pastor llamado Antolín, su esposa es Engracia, la que cuida del huerto del cura.

Los cabos se miraron, asintieron casi imperceptiblemente, esos detalles cabreaban a Gastón por excluyentes, y Facundo alargó su mano derecha señalando la última casa.

—Es la que tiene el chamizo, allí guarda su ganado.

Hacia allí que fue el oficial seguido con desgana por la pareja, no eran horas para andar bajo aquel sol implacable, lo mismo sería hacerlo al caer la tarde, Engracia no se iba a mover.

Gastón se detuvo frente a la puerta con el puño en alto, el rumor de una pareja en plena coyunda contuvo su impulso inquisitivo. La puerta estaba abierta, como no, “ni para fornicar atrancan las puertas, joder”, pensó cabreado. Se volvió a mirar, la pareja le aguardaba cobijados

en la única sombra de aquel descampado, la que proyectaba una tapia desconchada, la inclemente solana invitaba sin dudas a la siesta con botijo.

Tentó la puerta con intención de entrar, esta cedió pero sintió reparos de colarse de ese modo, a la hora de la siesta, en una casa, a él le jodería un montón y de todas formas nada, ningún indicio tenía que justificase la acción. Se dio la vuelta con la idea de volver más tarde, pero que demonios ya estaba allí. Hizo una seña a la pareja para que aguardara, Facundo y Solís le observaban con expresión sufrida y sudorosa, sin comentarios.

En un lateral de la casa distinguió una ventana y se le ocurrió asomarse. Los cristales estaban tan sucios que no necesitaban visillos para ocultar el interior. De todas formas Gastón vislumbró a un tipo sentado y una cabeza oculta en su entrepierna. Regresó frente a la puerta y llamó con fuerza y la mano abierta, los golpes retumbaron en la solana despertando a los lagartos. Del interior tardaron unos minutos en dar señales de vida.

Facundo y Solís sonrieron bajo sus bigotes cuando Engracia asomó con el rostro desencajado y limpiándose la baba con el vuelo de la bata.

—Buenas tardes señora, ¿puedo hacerle unas preguntas? —demasiadas formalidades juntas en tan breve espacio colapsaron a Engracia. Nadie, nunca, y menos la Guardia Civil, había llamado a su puerta; nadie, en su vida, la trató de señora; y nadie, jamás, y menos autoridad alguna, le pidió permiso para interrogarla. La mujer se quedó como alelada, mirando al sonriente oficial, sin saber qué responder.

—¿Qué pasa Engracia? —preguntó un joven que apareció tras ella.

Vestía una sotana abotonada desde el cuello hasta los pies.

—Buenas tardes —Gastón saludó con la mano en el tricornio—. ¿Y usted es?

—Soy Crispín el vicario.

—Ya, el sobrino de don Braulio.

Más allá, los cabos volvieron las espaldas para que sus comentarios jocosos no llegaran hasta las orejas de su oficial que no mostraba signos de apuro por su brusca irrupción en la vida social de Villaciegos.

—Bien, me tengo que ir. Ya nos veremos en otra ocasión Engracia.

—Pues si va a salir convendría que se arreglase esos botones —Gastón señaló la hilera de botones mal abrochados desde la barriga abajo, se saltó tres y el lío de tela llamaba la atención—. Es lo que tienen las prisas —avergonzada la mujer regresó al interior.

Crispín echó mano algo azorado a la botonera a la vez que se marchaba sin más comentarios.

Gastón siguió los pasos de la mujer. El interior de la vivienda denotaba una clamorosa falta de ingresos, comparada con aquella, María vivía como una marquesa, humilde pero sin carencias. Allí en cambio faltaba de todo. La única silla era la que ocupó poco antes el tiparraco aquel.

Engracia trasteaba hacendosa aunque la faena que hacía, fuese lo que fuese, no le cundía.

—¿Pertenece usted a las Esclavas del Sagrado Sepulcro?

Engracia se volvió al oír las palabras del teniente, como sorprendida de hallarle allí.

—¿Cómo dice usted? —preguntó con la misma expresión alelada que llevó a dudar a Gastón de la integridad mental de la mujer.

—Las Esclavas del...

—No si ya le he entendido a la primera, pero es que usted no sabe que con esas no te puedes juntar a menos que tengas muchas perras —y sus dedos pulgar e índice hicieron el expresivo gesto del dinero.

—¿Conocía usted a Renata, la chica del tren?

—La tenía vista.

—¿Qué hace usted? —Gastón espantado por la mano femenina que desabrochaba botones de la bata sin venir a cuento.

—Venga hombre, por un duro le dejo, si le va a gustar —Engracia se quitó la bata.

—Haga el favor de vestirse —espantado por la inesperada desnudez.

Bajo la mugre y el hedor rancio a cuerpo sudado se vislumbraban unas formas blancas, firmes y cálidas pero la atracción sobre Gastón era nula y dio un paso atrás incómodo. Ella se apoyó sobre la mesa y se volvió para ofrecerle sus ancas.

—Venga hombretón, por un duro lo pasarás bien —y se palmeó las nalgas.

Mientras, fuera, Daniel se acercó a la casa, aprovecharía la ausencia de Antolín para registrar la casa, hallar los zapatos de Dorotea y deshacerse de ellos. Esa prueba incriminatoria le quitaba el sueño, ¡en que puta hora se fió de...!

—¿Qué, dando un paseo?

La advertencia de Facundo casi le hizo saltar. ¿Qué hacían esos ahí escondidos? Ni los había visto mimetizados en la sombra, inmóviles cual insectos palo.

—No, yo... —Daniel no sabía qué decir.

Justo en ese momento salió de la casa el teniente y a Daniel se le cayó el alma a los pies. ¡Lo habían descubierto! ¡La Guardia Civil andaba tras la pista de los zapatos de Andrea! ¡Estaba perdido!

Quiso la fortuna, esa zorra esquiva, que el teniente saliera tan escopeteado que ni reparó en el fotógrafo. Hizo una seña a su pareja y juntos los tres regresaron al cuartelillo. Gastón necesitaba serenarse y poner las ideas en claro, pero sobre todo alejarse de aquella..., alejarse de aquella.

Ahondando en su confusión Daniel vio alejarse a los guardias, aunque Facundo le reconvinó con su dedo índice en plan: “ojo con lo que haces”.

En cuanto perdió de vista a los guardias Daniel entró en la casa del pastor. Halló a Engracia abotonándose la bata y ella le miró entre sorprendida y festiva.

—¿Quién eres tú? —preguntó en un tono sugerente que la hizo parecer boba.

—¿Está Antolín? —Daniel sudaba sin ganas.

—¿Quieres pasártelo bien por un duro? —y los botones volvieron a traspasar el ojal.

—¿Qué?

—Anda ven hombretón —Engracia le agarró por una mano y le atrajo.

Daniel no hacía más que mirar en derredor imaginando dónde podrían estar escondidos los zapatos de marras: en aquel serón; dentro del armario; bajo el camastro; en una de esas... ¿Pero qué hacía esa mujer? Engracia se había agachado y mantenía apresado con su boca el pene de Daniel, que no estaba precisamente por la labor.

—Quita, quita —trató de liberarse, pero ella sujetó su presa con los dientes y no le faltaba ni uno.

Daniel temió por su integridad varonil y dejó de empujarla por los hombros. Ella se recreó en la suerte y resultó hartamente estimulante pues aquel apéndice carnoso ganó prestancia. En un momento dado Engracia se levantó y volvió, apoyó los codos sobre la mesa y Daniel la tomó. Se agarró a las ancas cual naufrago a su tabla y cabalgó resuelto a solventar, luego y sin falta, el asunto de los zapatos.

Cuando acabaron Daniel se dejó caer en un asiento, resollaba como un perro viejo, ella se arregló la bata maldiciendo.

—¿Qué reniegas mujer?

—Me estoy meando, mierda, por eso no cuaja ninguna semilla en mí —masculló ella.

Y tal y como Daniel la vio salir pitando hacia la letrina temió ser víctima de una venérea. Por suerte los zapatos ocuparon su caletre y comenzó a rebuscar aún con las manos ocupadas en ajustarse los calzones. Bajo el camastro los halló y los abrazó y presto abandonó el lugar. Por curiosidad se asomó al ventanuco del corral usado como letrina, allí seguía Engracia rezongando acucillada. Daniel no quiso entretenerse en averiguaciones y marchó apretando contra sí los zapatos acusadores.

Ponciano entró en el burdel con el corazón encogido. No esperaba gracia de la dueña pero la necesitaba y venía dispuesto a implorar favor. En cuanto Elpidia avisó de su llegada no le hizo esperar.

—*Gallega*, ya tengo el dinero.

—Ah sí, pues venga, ponlo sobre la mesa.

—Bueno —se le escapó una risita nerviosa—, lo tengo, pero todavía no está disponible, je, je.

Ponciano tonterías las justas, ayer acabó el plazo, mañana es sábado y muchos clientes acudirán atraídos por la novedad.

—*Gallega*, necesito dos días más, ¡hasta el lunes!

—Incluso esta noche vendrán los más ansiosos, esos casados que reservan sus achuchones para mis chicas.

—Te juro que pasado mañana...

—Ni siquiera se follan a sus ovejas pensando en mis niñas, y una nueva es una celebridad.

—No quiero que nadie babea a Clementina.

La mujer dejó lo que hacía intimidada por el tono tan negro de las palabras de Ponciano. Sabía que ese cabeza hueca era capaz de una barbaridad.

—Con dinero obtendrás lo que quieres, con mucho dinero, pero nada con amenazas vanas.

—Yo nunca amenazo en vano, y todavía no te he amenazado, pero si alguien le toca un pelo a Clementina la vamos a liar *Gallega* —y golpeó la barra con el puño.

—Elpidia, ponle un chato al caballero, a ver si se le enfrían los ánimos.

—No quiero vino —rechazó con desagrado—. Quiero verla.

—La verás pero no la catarás —musitó la mujer—. Lo que vale para los demás, vale para ti también.

—Pero yo...

—Elpidia, dile a Clementina que baje.

—Está detrás con la colada.

Las dos mujeres fijaron su vista en Ponciano, azorado y pudibundo, de repente se sintió invadido por un pavor atroz, un sentimiento desconocido para él con respecto a una mujer.

La dueña hizo un gesto con la cabeza señalando la puerta que daba al patio y hacia ella se dirigió el alguacil compungido y aterrado.

—¿Qué le pasa a ese? —preguntó Elpidia extrañada.

—Se ha encoñado pero de verdad. Esa niña será su perdición.

Ponciano asomó la jeta con la misma prevención que si fuese a torear un miura. Clementina restregaba una sábana contra una tabla apoyada en un pequeño lavadero. Vestía una camisa ligera,

en vez de falda un pantaloncito muy corto y unas chanclas, sudaba por el esfuerzo.

—Hola —saludó él con un apocamiento que le desconcertó.

Ella alzó la cabeza de su tarea para mirarle pero no dijo nada, agarró un puñado de polvos de un paquete de OMO y lo arrojó sobre la sábana y lo restregó con sus escasas fuerzas.

—¿Qué haces?

Ella alzó la vista una vez más con desaliento, abrió los brazos como diciendo “no lo ves”, él sonrió apocado y bobo.

—Ya, ya lo veo, quería decir que porqué tú, qué... Da igual —el nudo en la garganta le impedía toda comunicación.

Ella volvió a la faena sumergió la sábana en un barreño de agua clara como si ahogase a un bebe y con gran esfuerzo la sacó y retorció para escurrirla.

—Espera te ayudo —Ponciano quiso coger la sábana.

—Puedo yo sola —ella no lo permitió.

Vio que además del sudor por el esfuerzo las salpicaduras de agua empapaban la camisa y se le pegaba al cuerpo, los menudos pechos le atraían como la mierda a las moscas. La siguió hasta el tendedero, Clementina extendió la sábana al Sol y el aire comenzó a sacudirla. De una cesta cogió un par de pinzas y la fijó al cordel.

Se detuvo en jarras un instante ante él, desafiante, inquisidora, sobran las palabras, estaba preciosa tan acalorada y sonrojada, Ponciano se sintió privado del habla y tardó unos instantes en percatarse que la estorbaba, para cuando se apartó a un lado ella había pasado junto a él empujándole con el hombro. Hasta su nariz llegó un aroma a hembra y a detergente, a lejía y a colada, a tierra húmeda y a mujer deseable. La siguió con la mirada, Clementina se alejó unos pasos hasta un rincón del patio, se acuclilló contra un arbusto y orinó. Ponciano la miró con devoción y embeleso, como si fuese la acción más maravillosa que jamás hubiese presenciado.

—Pues ya verás cuando la veas cagar.

—Eh, ah, hola Elpidia, no es qué...

La camarera, gesto burlón, dejó un fardo de ropa en la cesta, casi vacía, de la ropa sucia

—Ahora salgo a ayudarte —dijo y marchó

Clementina asintió mientras se arreglaba los refajos, se recogió bien la falda, que no era un pantalón, para no arrastrarla por la tierra mojada, y regresó a la faena. Mostraba unas piernas delgadas como un muchacho.

—Cuando estés conmigo no tendrás que hacer faenas tan pesadas —soltó Ponciano sin pensar en lo que decía. Quería halagar a la muchacha pero le faltaba imaginación y gracia.

—Que bien, tendremos criadas —afirmó ella sin alegría.

Desconcertado por la falta de extrañeza en la chica por el anuncio de “cuando estés conmigo”, sería que *la Gallega* la puso sobre aviso, se envalentonó y desbarró:

—Criadas, coche, lujos, nada te ha de faltar.

—Ya, claro. Criadas como las que te remiendan esos bajos —señaló los dobladillos deshinchados del pantalón de Ponciano—. Coche como el que te ha traído hasta aquí —el vehículo municipal que cogía sin permiso—. Lujos como esa sortija —señaló la arandela de alambre que rodeaba el dedo anular de Ponciano.

—No, esto, no es... No, je, je, es para recordarme que luego tengo que llevar el coche del alcalde al mecánico que hace un ruido...

Pero Clementina se había acercado hasta él, tan cerca que ahora su aroma de hembra y OMO embriagan los sentidos del hombre. La tenía tan cerca que sentía el roce de sus pezones erectos.

—Tú me quieres para lo mismo que todos y cuando te hayas hartado de follarme me tirarás a la calle como si fuese...

No la dejó concluir la frase, el impulso fue irreprimible, agachó la cabeza y su boca buscó la contraria y sus labios la abarcaron en su totalidad, y apretaron hasta que los de ella se abrieron para recibir su lengua y el beso fue largo e intenso y cálido y carnal. Hasta Elpidia se quedó parada, nadie la besó así jamás, nadie besaba a una puta, y ello la entristeció.

—Pues sí que te ha dado fuerte Ponciano —y soltó la ropa que traía. A sus ojos asomaba el veneno de la envidia. No es que Ponciano fuera un gran partido, pero cualquier hombre que te sacara del burdel valía la pena.

Él abrió los brazos para soltar a Clementina, cuando deshicieron el beso, pero no había nada en ellos la besó con tanta intensidad que se olvidó de abrazarla. Ella no le rechazó y eso le colmó de amor, pasión y pavor.

—Serás mía y nada te faltará —le susurró al oído para que la otra no le oyera. Luego se fue.

Las mujeres reanudaron la colada en silencio hasta que Elpidia, era superior a sus deseos de callar y no inmiscuirse en asuntos ajenos, tuvo que soltarlo.

—No te creas ni por un momento que la vida con *ese* va a ser mejor que aquí —Clementina siguió lavando ropa—. Te follará a todas horas, tendrás que lavarle la ropa, hacerle de comer, limpiar su casa, si es que la tiene, aguantar a su madre, que es una bruja. Y cuando te cargue de hijos y te deje hecha una piltrafa de tanto criar él volverá aquí.

—¿A buscarte a ti?

Aquella pregunta hirió a Elpidia y la entristeció hasta lo enfermizo.

—O a otra cualquiera —respondió—. Eso somos, unas cualquiera, a nadie importamos.

Daniel aproximó su exposímetro al ahorcado con toda la cautela del mundo. Suponía que lo que abultaba la bragueta del muerto era una erección y le turbaba la idea de la vida pugnando con la muerte. El hedor de la mierda goteando piernas abajo tampoco aconsejaba la cercanía.

Agapito observó la renuencia del fotógrafo y no pudo evitar el tópico.

—Cuentan que todos los ahorcados mueren empalmados, y va a ser cierto.

—Y afloja el esfínter —añadió Daniel con una mueca poco piadosa.

Agapito no supo de qué hablaba el fotógrafo aunque imaginó que se refería a que el suicidado se había cagado encima.

La pareja de tricornios que custodiaban la entrada, de cháchara con los municipales, se cuadraron ante la llegada de su teniente. Gastón se llevó la mano al tricornio y entró.

—Buenos días. ¿Qué tenemos aquí? —el cuerpo pendiente enseguida llamó su atención.

—A sus ordenes mi teniente —saludó el sargento Trípodes—. Ya ve usted —con un gesto señaló al ahorcado cuya presencia ocupaba toda la estancia—. Felisa, pobre mujer, lo ha descubierto esta mañana, menudo susto se habrá llevado —musitó.

La aludida sollozaba sentada en un rincón, con un pañuelito en la mano se sonaba y se cubría el rostro. Don Braulio junto a ella pretendía reconfortarla con su sola presencia.

Ponciano entró en la casa a curiosear, iba a escarnecer al teniente de la Guardia Civil cuando le vio deambular por la habitación tomando notas pero se abstuvo ante el vistazo admonitorio de Trípodes.

—Mi teniente, ¿quién va a levantar el cadáver? —musitó el sargento a su jefe.

—Alguacil —mandó dirigido a Ponciano—, haga usted el favor de avisar al señor alcalde. Cumplirá las funciones de juez de paz.

El interpelado iba a protestar alguna sandez, no soportaba que nadie le diese órdenes, y menos aquel tricornio majadero de ciudad, pero don Eugenio entró por la puerta seguido de sus municipales, parecían su guardia de corps, y no hizo falta.

El teniente Gastón juntó en una sola mano lápiz y libreta, y le saludó marcial.

—¿Qué ha...? —enmudeció a la vista de su amigo colgado—. Dios bendito —murmuró al tiempo que se santiguaba.

—Han asesinado a don Honorato —informó desgarrador el teniente Gastón.

—No sabe usted lo que dice —fanfarroneó Ponciano—. Harían falta tres hombres por lo menos para sujetar a Honorato y ahorcarle. Es evidente que se ha quitado la vida.

Todos se volvieron a mirar al teniente, aguardaban una respuesta que justificase su presunción.

Dio unos pasos hacia atrás y señaló con su lápiz los objetos de un aguamanil, sobre la palangana una pera de goma llena aguardaba su uso. El teniente preguntó a la concurrencia:

—¿Quién se prepara un enema antes de suicidarse?

—Don Honorato sufría de estreñimiento agudo y decidió cortar por lo sano, je, je —rió Ponciano.

—¡Jo, jo, jo! —los suyos le rieron la gracia, los demás no.

El teniente hizo una seña a Daniel para que inmortalizara la pera lavativa. Al hacerlo tropezó con Agapito y tuvieron un roce e intercambio de improperios.

—Desalojen la escena del crimen, dejen trabajar al fotógrafo —mandó el sargento Trípodes.

—Y dale, que se ha suicidado —insistió Ponciano.

El teniente avisó a Daniel para que fotografiara las huellas de pisadas sobre el escritorio.

—Supongamos que ese hombre se subió aquí para ahorcarse.

Felisa emitió un gemido y rompió a llorar quedamente, don Braulio, corajudo, la atrajo hacia sí.

Todos miraron las huellas de los zapatos marcadas sobre el escritorio y asintieron.

—Pero él calza unas pantuflas. Y ya me dirán cómo una vez ahorcado pudo apartar este mueble tan pesado de debajo de sus pies —estiró de una de las extremidades citadas y en efecto no alcanzaba a posarse sobre el mueble.

—Vaya, pues sí que plantea usted misterios inexplicables —murmuró el alcalde acojonado.

—Bah, necedades de sandio —susurró el alguacil vuelto a los suyos que asintieron por vano corporativismo—, seguro que todo tiene una explicación lógica.

Gastón malhumorado por los chismorreos dejó ir el pie del ahorcado que inició un leve bamboleo, al que siguió un crujido y un desplome. Muerto y lámpara se vinieron abajo con estrépito y susto para los asistentes. Felisa chilló, el cura la achuchó, y los demás maldijeron y saltaron hacia donde les cupo, el peor parado resultó el fotógrafo que recibió al muerto sobre su persona, por pelos se libró del lamparazo.

Trípodes, raudo de reflejos se agachó para asistirle, le quitó al muerto de encima y se interesó por su estado. El primer instinto de Daniel fue comprobar la integridad de su cámara antes que la de su cabeza.

—Sí, sí, sólo ha sido el susto —afirmó limpiando su Rolleiflex del polvo desprendido del techo.

—Esa es otra, nadie se cuelga en su casa de una lámpara en precaria sujeción. Lo hacen de una

viga, si de verdad van en serio.

—Pero teniente, ¿le parece a usted una broma? —espetó el cura desde su prieto abrazo con Felisa.

Don Eugenio se acercó al oficial de la Guardia Civil y muy serio le apuntó con su índice para advertirle que aquello se tenía que acabar.

—Basta de crímenes en Villaciegos —exigió.

Gastón tragó saliva por no soltar una inconveniencia, anotó algo en su libreta y mientras escribía propuso al alcalde:

—Publique usted un bando prohibiendo todo acto delictivo.

El alcalde refunfuñó una maldición y se volvió de cara a la salida pero Gastón le contuvo:

—Un momento don Eugenio, necesito que firme la orden de levantamiento del cadáver.

—Que lo haga Segismundo.

—Él también lo hará.

El boticario, que ya andaba examinando el cadáver, alzó la vista para asentir y tal y como estaba de rodillas anunció:

—A este hombre le han torturado.

Todos los ojos se volvieron hacia él y todas las bocas enmudecieron ante tamaña revelación.

Don Braulio fue el primero en reaccionar, alzó a Felisa y se la llevó a otra habitación donde prorrumpió en una sentida llantina.

—¿Pero qué dice usted, hombre de Dios? —a don Eugenio no le llegaba la camisa al cuerpo.

El boticario mantenía la boca del difunto abierta y con unas pinzas tiró de la lengua, abrasada y negra.

—Pero si Honorato jamás tuvo ni recibió inquina por alma cristiana alguna —afirmó el alcalde.

—Le han obligado a confesar algo —opinó Segismundo mientras devolvía la lengua a su natural ubicación.

—Ya imagino qué —dijo Gastón agachado frente a la caja de caudales.

—Esa caja contenía una elevada cantidad de dinero, teniente.

Todos se volvieron hacia don Melitón, y Gastón observó el cambio de expresión que sufrió la faz del alcalde, toda la consideración que le inspiraba su amigo muerto mutó hacia el contenido de aquella caja.

—Esa caja contenía el futuro de Villaciegos —insistió don Melitón.

Gastón estuvo a punto de preguntar al cacique por el uso en pretérito de sus tiempos verbales pero lo dejó correr.

—Hay que abrirla, tenemos que abrir esa caja —repitió don Eugenio impaciente.

—Facundo, que venga el cabo Emérito —mandó el sargento Trípodes rompiendo con su orden el silencio causado por la casi histeria del alcalde.

Los murmullos llenaron la estancia, las opiniones de cada cual se dejaron oír sin recato alguno a cuál más pintoresca.

Enseguida llegó el cabo Emérito con cara de “mande usted”. El sargento le señaló la caja fuerte y no hicieron falta más palabras. Se arrodilló frente a ella y comenzó a manipularla.

Tan solo Segismundo seguía con el muerto, los demás observaban fascinados el mamotreto férreo fija su atención en los dedos del cabo de la guardia civil que manejaban la empuñadura numérica con la oreja pegada a la puerta, al cabo de unos instantes pidió la llave.

El boticario lo había previsto y por tanto registró los bolsillos del notario y cuando el cabo

reclamó la llave él tintineó un llavero. Emérito alargó la mano para cogerlo y sin prisas escrutó cada llave hasta dar con la que juzgó idónea. Apartó la chapa que cegaba la cerradura y metió la llave, dio dos vueltas y la puerta se abrió sin un lamento. En su interior no quedaba una peseta.

Don Eugenio se abalanzó, sacó pliegos, documentos, papeles, pero ni un solo billete.

—¿Cuánto se han llevado? —preguntó el teniente Gastón.

—Malditos ladrones, aquí faltan...

—Un dineral —interrumpió don Melitón al alcalde y con una seña le mandó callar.

—Necesito saber una cantidad aproximada para que conste en el atestado —apremió Gastón.

—Suficiente dinero para comprar el pueblo entero. Acabábamos de constituir la sociedad para fundar la cooperativa, construir el molino. Hay que repasar las cuentas de la Caja de Ahorros para comprobar cuánto capital ingresó el notario allí, etcétera.

Gastón comprendió que la verborrea del cacique encubría intenciones ajenas al suceso y que su mente criminal elucubraba cómo obtener un beneficio de aquel crimen.

Llamaron a la puerta y Daniel desconfió. No sólo no había adoptado la costumbre local de tener su puerta abierta a disposición de cualquiera que deseara visitarle sino que esperaba una visita de la Benemérita en cualquier momento. Preocupado acudió a abrir.

—¿Eres Daniel Sánchez, el fotógrafo?

—Sí —contestó con prevención.

Un tipo trajeado, con un sombrero en las manos, y una pequeña maleta junto a sus zapatos alargó su diestra y se presentó.

—Hola, soy Cristóbal.

Daniel estrechó su mano pero no mudó la expresión de desconcierto.

—Cristóbal —insistió aquel.

—Perdona pero no te conozco.

—Cristóbal Merino —se rindió al fin.

—Pues no sé —a Daniel no le sonaba de nada.

—Vaya veo que Doro no te habló de mí —reconoció con pesar.

—¿Doro?

—Oye si te pillo en mal momento, puedo volver más tarde. ¿Está ella en casa? —señaló el interior de la vivienda.

—¿Doro y tú...?

—Sí, Doro y yo. ¿Está ella en casa? —apremió—. Me dijo que vendría un par de días para hablarte y ha pasado casi un mes.

—¡Un mes ya! —la perplejidad se había apropiado de la minerva de Daniel hasta el punto de impedirle toda reacción.

—¿Tú es que eres así o te pasa algo o me tomas el pelo? —Cristóbal se impacientaba.

—No, no, no que va, pasa, pasa por favor.

Cristóbal agarró la maleta y entró en la casa. Antes de cerrar Daniel comprobó que nadie le hubiese visto aunque dudaba que un evento así se escapase a la acción chismosa de sus vecinas.

—¡Doro! —llamó Cristóbal en cuanto Daniel cerró la puerta.

—No, ahórrate las voces, ella no está.

—¿Cómo que no está, cuándo se marchó?

—Hace ya algunos días —Daniel no tenía preparada una historia a ese respecto y la improvisación no era lo suyo.

—¿Y cómo quedasteis?

—Bien, bien, quedamos bien.

Cristóbal rebufó inquieto, sus manos daban vueltas al sombrero con nerviosismo, volvió a llamar:

—¡Doro!

—Ya te he dicho que no está —Daniel manifestó impaciencia y ello molestó al otro.

—Pero no me dices dónde está, cuándo se fue, qué trato hicisteis.

—Tranquilo estará de vuelta en casa. Se marchó, a ver... —no sabía qué decir—, hace ya algunos días, semanas incluso, y quedamos amigos, ella hacía su vida y yo la mía. Ya está.

Cristóbal dio una vuelta inquieto, no le cuadraba, la desaparición de Dorotea le mosqueaba, ella no era así, y aquel tipo le parecía tan de fiar como un resfriado de verano.

—No, no, no lo veo claro.

—Lo mejor es que regreses, seguro que ella te está aguardando en casa, intranquila.

—Han pasado muchos días, le ha pasado algo,

—O mejor, porque no buscamos un teléfono público y la llamas. Tendrás dónde localizarla, en casa, en el trabajo, no sé.

—Le ha pasado algo malo y tú eres el responsable. Lo sospecho.

Daniel intentó mantener la compostura a pesar que ese tipo comenzaba a sacarle de quicio.

—¿Qué te lleva a pensar eso, acaso ella te habló mal de mí?

—¡Doro! —gritó Cristóbal y apartó a Daniel de un empujón y corrió al interior de la casa.

Comenzó a recorrer las habitaciones llamando a voces a Dorotea desoyendo las advertencias del otro de que no escandalizara y de la ausencia de la mujer.

Al fin en la cocina toparon, uno empujó al otro y el roce llevó al visitante a fijarse en el envoltorio de papel de periódico que acaba de rodar por el suelo desde la mesa. Se agachó y cogió un zapato de mujer, desenvolvió su pareja y los esgrimió en alto para amenazar a Daniel.

—Eres un cabrón que le ha hecho algo a mi Doro... —le agarró por las solapas fuera de sí.

Daniel se soltó y protestó.

—Estás tonto, nada le hice, yo la quería, ¿qué quieres que le haya hecho?

—Estos son sus zapatos, los que calzaba cuando salió de casa. ¿Dónde está? —y se abalanzó sobre Daniel.

—¿Y a mí qué me preguntas? —se zafó aprovechando el furor ofuscado de su rival—. ¡Yo que sé dónde se habrá metido!

—¿Te dijo que estaba embarazada, eh?

—¿Embarazada de ti? —Daniel no lo podía creer.

—Sí, íbamos a conseguir la nulidad de vuestro matrimonio. Tú sólo tenías que firmar unos papeles, hijo de puta, ¿qué le has hecho?

—Yo, nada.

—Ahora mismo te voy a denunciar a la Guardia Civil —amenazó con los zapatos en la mano.

Daniel no lo podía consentir, sería su fin. Nunca tendría al hijo de Natalia, su hijo, en brazos. Nunca tendría a Natalia, sería su fin. No, no lo podía consentir y se abalanzó a su cuello.

El forcejeo resultó arduo y doloroso. Cristóbal se defendió como rata acorralada. Daniel temió perder a su presa, que se le escapara y le denunciara, con lo que ello supondría. Pelearon con

fuerza; bracearon sin medida; se arañaron y dieron puñadas, empujones y codazos, patadas con todas sus fuerzas y todo ello sin proferir más palabras que los gruñidos propios de las bestias que luchan.

Tras la dura brega al fin lo tenía a su merced. Lo cierto es que fue un golpe fortuito en la cabeza que se dio él solito: trastabilló, cayó y ahí estaba ese canto bendito de buena piedra del poyo que sobresalía de la pared para frenar su caída.

Ahora Daniel se afanaba en atarle las manos a la espalda, resollaba por el esfuerzo pero contento por tener a su merced al cabrón que le quería joder la vida. Tan solo temía que la alegría propia de un anhelo satisfecho enturbiara su enojo. Con el dorso de la mano se limpió la sangre que le manaba de la nariz.

Intentó sentarle pero resultó demasiado para sus brazos cansados, imposible levantar aquel peso muerto.

Ató con fuerza sus tobillos y se sentó a resollar y a esperar que Cristóbal despertara. Si iba a morir que colaborara una miaja, ¿no? De repente aquella certidumbre, le inquietó: ¿daba por hecho que aquel tiparraco iba a morir y a sus manos! ¿En qué se estaba convirtiendo?

Cristóbal tardó en recuperar el conocimiento lo que Daniel en servirse dos dedos de *Veterano* en un vaso. El primer trago le supo a gloria, pero luego se le llenó la boca de bilis y tuvo una arcada.

—Así revientes, hideputa, ¿qué le has hecho a Doro? —le soltó Cristóbal aún aturdido.

El improprio alegró a Daniel pues sintió renacido su rencor.

—¿Ni una vez la llamarás por su nombre completo, ni una vez? ¡Dorotea cojones! Tanto apócope estúpido, seguro que a ti te llamaba Cristo —escarneció—. Valiente imbécil.

Cristóbal se levantó trabajosamente y descubrirse maniatado le enfadó, se abalanzó sobre su captor pero los tobillos atados estorbaron su acometida y cayó. Daniel, furioso, soltó el vaso y la emprendió a patadas sin importar si golpeaba en el estómago, el pecho, o en la cara. Ahora sí, ambos gritaban insultos con toda la fuerza del rencor añejo, pero uno estaba atado y aunque se revolvía furioso por su cautiverio, él otro, no menos furibundo, coceaba libre de ataduras y una certera patada en la nariz acabó por imponerse. Se hizo el silencio apenas perturbado por los jadeos.

Daniel jadeaba por el esfuerzo mientras miraba el creciente charco de sangre que se formaba en torno a la cara de Cristóbal tal y como manaba de su nariz. Respiró hondo y cerró los ojos para recordar el “crac” que chilló la nariz de su adversario al romperse cuando su zapato impactó de lleno. Aquella imagen, visualizada en su oscuro rencor, su pie chocando con la napia...

—Te voy a matar hijo de la gran puta, te juro que te mato —podía más su enojo que el dolor que le nublaba el juicio y bregaba por soltarse las ataduras.

Esta vez Daniel estuvo atento y tal y como Cristóbal hacía por erguirse le acercó una silla y le sentó. Inmediatamente agarró el cordel de hacer paquetes que estaba empleando y le ató, tan fuerte como pudo, el cuello, lo pasó por detrás y tiró con fuerza, lo cruzó por la atadura de los tobillos y apretó. Cristóbal apenas podía hablar, pero al menos calló, dejó de rebullir, y su nariz de sangrar.

Ya lo tenía inmovilizado y quieto, Daniel se tomó un respiro para pensar qué hacer. Otra idiotez como con Dorotea no. El recuerdo de ese pedazo de carne putrefacta le escalofrió y sobrevino una arcada, nada tenía que ver *aquello* con la persona que él una vez amó. Iría en busca de Antolín, en definitiva él era el culpable de aquella situación, y le pasaría el problema.

Con precaución salió de casa, aunque ya había anochecido la gente salía a la calle a tomar el fresco huyendo de las viviendas recalentadas, saludaban a los vecinos e intercambiaban las

últimas hablillas.

Caminó deprisa repasando mentalmente su idea y temiendo que el pastor ya se hubiese acostado. Buscando las calles oscuras y eludiendo las charlas de los vecinos no tardó en alcanzar las afueras. En casa de Antolín lucía una luz pero imaginó que estaría arreglando a los animales y dio la vuelta. En efecto allí estaba echando de comer a los cerdos.

—Antolín, tenemos...

—¿Qué tenemos?

Daniel dio un respingo al oír la voz de Engracia.

—¿Dónde está Antolín?

—Acostado. ¿Qué quieres de él que no te pueda dar yo?

Daniel no apreció el tono picarón que aderezó la pregunta.

—Dile que salga, tengo que tratar con él.

—Trata antes conmigo —y la mujer se metió al fondo de la cuadra.

Daniel no estaba para muchas flores pero tragó saliva y saltó los tablones que servían de cerca, buscando acabar cuanto antes, enseguida los gorrinos acudieron a olisquearle los zapatos y hubo de apartarlos para poder caminar, no se entretuvo en averiguar que era aquello blando que chafaban sus pies. Desde el fondo, sobre unas balas de paja, Engracia le llamaba suave e imaginó a Ulises bajo el embrujo de Circe.

La piel blanca de Engracia reflejaba la palidez de la Luna con resplandor de mortaja, pero al palparle una teta la sintió cálida y blanda.

—Vamos hombretón, a qué estás esperando —susurró ella.

Daniel sudaba angustiado, pero su otra mano buscó apretar la pareja de aquella redondez tan grata y su hombría excitada reclamó inmediata satisfacción. Los tobillos de Engracia acabaron apoyados sobre sus hombros y así la poseyó, con rudeza, con apremio, con temor, ¿y si los cerdos se chivaban a su amo? ¿Y si el esposo percibía la demora de ella? Entre dudas se pasó el embate y llegó el disfrute y toda cuita quedó aparcada y ella rechinó de placer y él también.

Deshicieron la coyunda sin prisas, bajando una pierna después de otra: “cuidado con esa azada”; intercambiaron algún beso: “guapetón”; algún requiebro: “que rica estás, pero ahora no llevo suelto encima”; incluso se recompensó con una caricia al cerdo más curioso. Engracia se arregló la bata y le dio un balde a Daniel, desconcertado pero sereno.

—Ahí está la cebada —señaló un costal detrás de un tabique antes de irse.

Daniel miró el balde con la misma curiosidad que la pareja de cerdos le dedicaban. Lo llenó de grano y se lo volcó en la comedera y desde ese momento los cerdos le juraron amor eterno.

—¿Qué haces aquí? —preguntó somnoliento Antolín.

—Disculpa que te haya despertado pero el asunto es grave.

—¿Que asunto es ese?

—El novio de Dorotea se ha presentado buscándola.

Antolín se encogió de hombros impermeable al cuento y con intención de volverse al catre.

—¿Sabes de qué te estoy hablando.

—El asunto nada tiene que ver conmigo.

—Todo tiene que ver contigo —dio un paso al frente para cogerle por las solapas, pero en esas se percató de su desnudez y le dio reparo tocarle—. Si no te hubieses quedado esos zapatos.

—Otra vez con eso.

—Pues sí. Ese tipo los descubrió en mi casa y se lió...

—¿Y qué hacían en tu casa?

—Eso es lo de menos.

—¿Te los dio mi mujer?

—No, yo vine a buscarlos, no había nadie en casa, la registré y me los llevé.

—¿Registraste mi casa?, ¡serás cabrón!

—Preferías que se los hubiese pedido a Engracia y le explicaré su procedencia.

—No, eso no.

—Pues ya está.

—¿Y qué piensas hacer con él?

—Le matamos y nos deshacemos del cadáver.

—Pues tendrás que hacerlo tú, yo no soy un asesino.

—Bueno ya veremos.

Antolín volvió a su casa, Daniel le oyó murmurar alguna explicación a su mujer y salió poniéndose una camisa, dentro se puso unos calzones.

Continuaron caminando en silencio evitando los corros de gentes que ya iban recogándose.

—Oye, ese tipo no se habrá soltado y nos estará esperando en tu casa con la Guardia Civil.

—Tranquilo, le dejé bien atado.

Subrepticamente entraron en casa del fotógrafo y fueron sin demora a donde Cristóbal permanecía atado a la silla.

—Desde luego bien atado está —Antolín acercó su oreja a la boca de Cristóbal—. Y bien muerto, diría yo.

—¿Cómo va a estar muerto?

—Pajarito del todo.

Daniel se acercó a ver, Cristóbal tenía el mismo aspecto, tez morada y expresión congestionada que el don Honorato ahorcado. El cordel que le ataba el cuello a los tobillos le estranguló.

—Faena hecha —masculló Antolín.

—¿Qué hacemos ahora? —quiso saber Daniel.

—Tú no sé, ni me importa, yo me vuelvo a mi casa que mi Engracia me estará esperando ansiosa.

—¿Ansiosa por qué?

—Para acostarnos.

—Ah sí, seguro que sí. Pero te he llamado para deshacernos de *eso* no para que lo mataras.

—Lo que tú digas, yo me voy. Ahí te apañes. Esto es garrote —y se encaminó hacia la puerta.

Daniel abrió un cajón del que sacó su billetera, de la que extrajo un billete nuevecito de 1.000 pesetas que mostró, sujeto entre ambas manos, al pastor cuando volvió a reclamar la llave de la entrada.

Antolín se dejó hechizar por la severa mirada de don Joaquín Sorolla impresa en el billete verde.

—¿Cuántos tienes como ese? —balbució.

—Si me sacas de esta alguno más caerá.

El pastor se rascó la cabeza, vaciló, alzó el índice para decir algo pero no. Y al final puso la cara del que ha visto la luz y anunció:

—Tenemos que llevarle al cementerio.

Era tarde y antes de cerrar la iglesia don Braulio fumaba el último pitillo mientras dudaba entre visitar a María o... La quietud de aquella noche estival invitaba al revolcón y el embarazo le sentaba de maravilla, tan redondita, tan llena.

—Confesión padre, porque he pecado —la voz le sobresaltó.

—¡Joder Felisa! —ella se santiguó por el taco—. Me has dado un susto de muerte.

—Disculpe don Braulio.

—Ya iba a cerrar, vuelve mañana.

—¿Consentirá que pase una noche más en pecado mortal?

—Está bien, pasa.

Ambos fueron hasta el confesionario. A esas horas el templo más parecía guarida de fantasmas, sombras largas y espesas nacidas de llamas inmóviles de velas y cirios, fragancia a incienso y cera quemada, pero ninguno de los dos temía porque peores eran sus pecados.

Don Braulio se acomodó sin prisas, buscó la estola, oró, la bendijo, la besó y se la puso, sabía a su feligresa aguardando de rodillas y le apetecía hacerla sufrir. Se le ocurrió colocar gravilla en el reclinatorio, ¡cómo no se le había ocurrido antes! Y cambiar las penitencias, ¡sí, a eso si estaba a tiempo!

—¿Cuánto hace de tu última confesión?

—No lo recuerdo Padre.

—Está bien, ¿qué has hecho hija mía?

—Creo que fue para el funeral de mi padre.

—Da igual, hija mía, abre tu corazón ante Dios, ¿que pecados has cometido?

Felisa dudó unos instantes, el cura la oyó suspirar y removerse, sí, lo de la gravilla en el reclinatorio era una idea genial para librarse de betas recalitrantes.

—Le di un empujón a esa ramera, pero eso Dios no me lo tendrá en cuenta, verdad padre.

—¿Qué estás diciendo Felisa? —horrorizado.

—Empujé a Renata a las vías —musitó con más vergüenza que remordimiento.

—¿Pero, por qué?

—Desde que ella no está mi Príncipe ha vuelto a mí.

—¿Has matado a una persona por simple lujuria?

—Es algo más que burdo deseo carnal, padre, es la pasión primigenia, el ímpetu creador que mueve el mundo.

—¡Pero tu padre está todavía de cuerpo presente, como quien dice, y tú con tus calenturas!

El horror competía con la incredulidad por hacerse con el ánimo del cura, esa mujer estaba loca de atar y la culpa era suya por no ponerle coto a tiempo. Ella seguía con su verborrea desatada hablando de amor y pasión, palabras vanas para velar la vil fornicación, mientras él intentaba dilucidar el modo de encerrar a esa chalada en un manicomio. El primer paso sería agarrar por el cuello al *príncipe* de los cojones y poner fin a tanta tontería e imponer a esa loca una penitencia que no olvidase durante unos días al menos.

En cuanto Felisa calló, el cura percibía su concupiscencia a través de la celosía, le dijo que unas oraciones no bastarían para enmendar un pecado tan grave.

—Ah no —el tono de voz expresaba curiosidad y anhelo, pero no temor, y ello enojó más si cabía al cura.

—No hija, ¿a ti te parece que estando de luto por tu padre tienes que entregarte a semejantes desvaríos carnales?

—Levántate, ve hacia la sacristía y entra, enseguida voy yo.

—¿No me absuelve, padre? Yo empujé a Renata a las vías.

—No, antes de la absolución te falta la contrición, mucha contrición. Y eso sólo puede dártelo la penitencia, una buena penitencia.

Don Braulio se santiguó y pidió auxilio celestial, en su azarosa vida jamás se topó con semejante perla. Pero se iba a enterar. Entró en la sacristía y cerró la puerta con la enorme llave de hierro que siempre estuvo en la cerradura del año catapum, quizás era la primera vez, desde la guerra, que echaba la llave.

Ella le miraba inquisitiva e inquieta aguardando qué hacer.

—Felisa tienes que entender que penitenciar es un acto de contrición. Ofrecemos a Dios nuestro dolor como una forma sublime de arrepentimiento. ¿Estás arrepentida?

—Sí, padre.

—¿Comprendes que tienes que sufrir para que nuestro Señor te perdone el crimen que has cometido?

—Sí, padre.

—Bien. Date la vuelta, súbete las faldas...

—¿Qué?

—Venga —la hizo volverse y de un manotazo le subió las faldas hasta los sobacos y con otro tirón le bajó las bragas—. Contrición, penitencia y perdón, ese es el camino hija mía. Y ese camino conlleva un necesario dolor. ¿Estás dispuesta a ofrecer tu sufrimiento a cambio del perdón?

Mientras hablaba se quitó la correa que sujetaba sus pantalones, una gruesa cincha de cuero y ahora la blandía doblada en su diestra.

Felisa volvió la cara un instante justo para ver la amenaza, cerró los ojos, apretó los dientes y asintió con fervor.

—Reza un padrenuestro —y arreó el primer correazo.

Las nalgas no esperaban aquel trallazo de fuego y Felisa dio un respingo. El cura la mandó permanecer quieta y rezar. Ella se sujetó el vestido con una mano y apoyó la otra en la vetusta cajonera que acogía la ropa talar. Y en cuanto su boca inició la salmodia una lluvia de correazos cayó sobre su culo indefenso.

—Venga otra vez —mandó el cura en cuanto ella concluyó la oración.

Con voz entrecortada por los sollozos Felisa inició un nuevo padrenuestro y él los azotes. La práctica hace al maestro y don Braulio pronto halló placer en la penitencia ajena. Azotaba con método, disfrutando de cada correazo, deleitándose con cada marca que sus azotes dejaban en las nalgas otrora tan blancas y ahora enrojecidas, aquello tenía que doler un montón.

—Otra vez.

Seis padrenuestrós rezó Felisa antes de que don Braulio detuviera su furia, se cansó pero el disfrute valió la pena. Ella apenas podía moverse, sin duda sentía calambres en las piernas a causa de la azotaina y las marcas rojas que la correa marcó en la piel así lo atestiguaban.

Don Braulio recuperó resuello, estiró la correa con ambas manos y la hizo chasquear en el aire, Felisa volvió la cabeza implorando marchar, los ojos arrasados en lágrimas y la expresión demudada de dolor, sorpresa y un placer malsano que irritó al cura. La hizo volver la cabeza, alzó la correa y con todas sus fueras azotó una vez más:

—*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* —cada palabra de la absolución fue subrayada con un correazo más fuerte que el anterior.

Aunque la penitencia le satisfizo cabía en lo posible que aquella absolución no fuese válida, dado el rencor que mostró el oficiante, pero a don Braulio le importaba un comino la salvación o condenación de aquella chalada.

—Ya puedes irte —mandó.

Felisa alargó la mano para que la ayudara a levantarse, el tembleque de piernas la impedía todo sostén. Don Braulio le subió las bragas y le bajó el vestido. Apoyada en su brazo salió de la sacristía sollozando, algunas beatas los miraron con curiosidad y atribuyeron las lágrimas de la piadosa Felisa a la pena por el horrendo fallecimiento de su padre, el bueno de don Honorato.

—Felisa, no más tonterías, ¿me has entendido?

—Sí, padre.

Don Braulio la acompañó hasta la puerta de la iglesia, allí cambio el brazo del cura por el de las otras beatas que marchaban. Su pena desgarradora conmovía a cualquiera. Felisa sentía en sus carnes la atracción primigenia por un nuevo príncipe y el universo de nuevas y salvajes sensaciones que intuía la escalofriaba.

La noche invitaba al reposo y al sueño, a cualquier cosa menos a cavar y sin embargo ahí estaban pala en mano cambiando tierra de sitio. Y la faena resultaba penosa y cansada. Y por qué no admitirlo imponía cierto repelús. Daniel no era especialmente timorato pero nunca en su vida había cavado una tumba, de noche y en un cementerio.

—Y tú haces esto por dinero —resolló Daniel.

—No, lo voy a hacer gratis —replicó Antolín si dejar de cavar—. Flojo, que eres un flojo. Esta tierra ya ha sido removida, me gustaría verte cavar en...

—Vale, ya vale —cortó malhumorado el fotógrafo.

—Además la culpa es tuya, a quién se le ocurre...

Hubieron de parar un instante, un ruido les colmó de pavor. Si los pillaban infraganti profanando una tumba y encima con un muerto no se librarían del garrote.

Al poco Antolín retomó la cava con más ganas.

—¿Qué ha sido eso? —Daniel miraba a su alrededor espantado.

—Un gato, un rezagado, qué sé yo —respondió sin dejar de palear tierra—. Cava, ya falta poco.

Una de las palas tocó madera. El pastor hizo una seña y Daniel abandonó la sepultura, acabaron de limpiar el ataúd y sacaron la tierra de los lados. Daniel creía que abrirían la caja y meterían dentro al desgraciado de Cristóbal pero cuando Antolín hizo sitio en una punta del féretro y lo levantó ya no supo que pretendía.

—Cógelo y tira de él.

—¿Pero para qué lo sacas? —rebufó Daniel, le dolía la espalda tirando de la caja.

Antolín abandonó la tumba y le ayudó a sacar el ataúd. Daniel intentó forzar la tapa con su pala pero su compañero le detuvo.

—¿Qué haces loco? No hay que perturbar la paz de los muertos. Mal, muy mal —le reconvino.

—Entonces para qué lo hemos desenterrado —murmuró Daniel exasperado.

—Venga, al hoyo —mandó Antolín.

De un salto los dos se metieron en la tumba y comenzaron a cavar, y aquello sí que dolía, la tierra estaba dura como la madre que la parió, se estorbaban uno a otro en la estrechura y las horas pasaban y apenas ganaban en hondura. Al fin Antolín, rebufando agotado, pronunció la sentencia liberadora:

—Ya está bien, yo creo que así valdrá.

Benditas palabras. Daniel le habría besado en la boca de no hallarse tan derrengado.

Ambos salieron de la tumba, a partir de ahí todo sería menos trabajoso. Entre los dos cogieron a Cristóbal y le tiraron al hoyo. Arrojaron sobre él unas paladas de tierra, suficiente para cubrirlo y bajaron el ataúd. A toda prisa volvieron a enterrarlo.

En lontananza la aurora anunciaba la llegada de un nuevo día.

Ni se despidieron, Antolín cogió las dos palas y el billete y se fue a su casa, lo mismo hizo Daniel. A esas horas tempranas las calles seguían vacías, respiró con ansia el fresco de la noche, le dolían todos los músculos del cuerpo pero la sensación de haberse librado de una buena le invadía poco a poco.

Se miró sucio, una ducha le iría de maravilla. Mientras se quitaba la camisa sudada y manchada de tierra pensó que al día siguiente las agujetas le recordarían los excesos del cementerio y sonrió: a su edad y profanando tumbas. Tomó asiento para quitarse los pantalones y mientras se desataba las abarcas de diario su mente sufrió un *flash* como si acabasen de fotografiarle: ¡los zapatos de Dorotea, los condenados zapatos de Dorotea! ¡Tenía que haberlos enterrado junto con Cristóbal y allí quedaron en medio del camposanto, entremezclados con la tierra!

De repente se sintió preso de todo el agotamiento, el cansancio cayó sobre él como una losa, cual Atlas vencido por el peso del mundo, lloró impotente y vencido. Debería levantarse, vestirse y salir en busca de los dichosos zapatos antes que amaneciera y cualquiera los descubriera, diera aviso y la justicia levantara una vez más aquella tumba y vinieran a buscarle. Allí sentado oía las burlas de Cristóbal, las mismas risas que oiría sentado en el taburete del garrote cuando le ajusticaran por asesino. La rabia y la impotencia le ahogaban.

La estación estaba a rebosar, empleados de la RENFE dándose aires ante la presencia de las autoridades locales; la Guardia Civil guardando el acto; afectos al régimen ansiosos por trepar, curiosos y ociosos que siempre los hay, y la banda de música.

Para variar el tren llegó con un retraso mínimo, apenas media hora, aminoró la velocidad y silbó antes de entrar en la estación con su marcha ponderada y se detuvo bien centrado en el andén, majestuoso y humeante. La banda se arrancó con un pasodoble.

Froilán, el ordinario de Villaciegos, observó perplejo a través de la ventanilla el despliegue y se volvió a preguntar a Eudósio:

—¿Avisaste que venías?

El hombre negó con la cabeza, andaba recogiendo su petate y un atado con sus cuatro cosas y se volvió a la ventana intrigado por el tono de voz de su vecino.

El jolgorio que vislumbraban les dejó atónitos: banda de música, niños con banderitas, el andén a rebosar de gente contenta y expectante.

—¿Quién vendrá en el tren?

—A lo menos Jorge Negrete.

—Pues no creo, a menos que haya resucitado.

—¿Qué dices, Jorge Negrete ha muerto? —Eudiosio abrió ojos como platos.

—Joder, hace un lustro ya —confirmó Froilán.

—No somos *na*.

El jefe de estación, uniformado como un almirante, estirado como un puerro, orgulloso del evento en *su* estación, se acercó al vagón y abrió la portezuela presto a posar junto al ilustre visitante, Daniel se aproximó y apuntó su Rolleiflex, previamente había consultado su exposímetro y apenas varió la exposición por la imponente masa ferroviaria, el Sol en lo alto ayudaba a iluminar la escena, la única información que le facilitaron fue que debía inmortalizar la arribada a Villaciegos de cierta autoridad de mucho renombre.

Froilán apareció en la puerta y saludó, sus convecinos le aclamaron pero para decirle que se quitara del medio, cosa que no comprendió y se dedicó a saludar a unos y otros por si acaso aquella fiesta fuese para su persona, que nunca se sabía.

Tras él asomó Eudiosio y prudente alzó la mano y saludó. La pregunta entre las autoridades fue “¿es ese?”, seguida de “¿quién es ese?”. Al parecer aguardaban a un héroe de guerra, pero como nunca habían visto o tratado con uno ignoraban qué pintas tendría, de modo que don Eugenio, mandó callar a la banda, dio un paso al frente con la diestra en ristre y una amplia sonrisa iluminando el andén y soltó un recio:

—¡Bienvenido a Villaciegos, capitán!

Eudiosio estrechó la mano del alcalde y musitó un leve “gracias”. Don Melitón alargó su mano y afirmó “que le estaban esperando” mientras estrechaba vigoroso aquella mano blanda. Eudiosio no se lo podía creer.

—¿Ah sí? —dijo trémulo.

La banda tocó un alegre pasodoble: Soldadito Español. En ese momento Ponciano se acercó al alcalde para susurrarle al oído la filiación del bien recibido lo que le borró la sonrisa de la cara.

—Es Eudiosio Ramírez, preso por rojo.

—¿Usted no es el capitán Escolano de la Guardia Civil? —quiso confirmar don Eugenio.

—No señor. Hasta hace tres días yo estaba penando en la construcción del Valle de los Caídos.

El alcalde dio un paso atrás, como si aquel fuese infectado de lepra, y con él todos los mandamases. Alguien mandó callar a la banda y otro alguien llamó al jefe de estación mientras se acercaba compungido, don Eugenio gritó a Daniel:

—Pare ya de tirar fotos, cojones, no ve que no es este.

Daniel se encogió de hombros, iba a decir que él pensaba cobrar el carrete entero fuese o no fuese ese el tipo al que esperaban, pero se calló.

—Y usted, haga el favor de circular de una vez —mandó al atónito ex recluso.

—Vamos, circula —mandó Ponciano, apoyado por sus camaradas—, venga largo de aquí.

—Es que me tengo que presentar a la Guardia Civil a mi llegada —señaló a los tricornos que ya comenzaban a marcharse de la estación.

—Pues acude al cuartelillo —aconsejó Tomás con la mano en la porra—. Ya has oído al cabo.

—¿Dónde está? —preguntó don Eugenio al atribulado jefe de estación.

El ferroviario se encogió de hombros, qué sabía él. El alcalde montó en cólera pero se contuvo, demasiada gente mirando para que él perdiera los estribos.

—Yo tengo que hacer. Venga, cada uno a lo suyo.

Froilán andaba bajando paquetes del vagón correo y una de las veces que dejó uno en su carro divisó una columna de polvo que seguía a una fila de vehículos acercándose a toda velocidad por la carretera comarcal.

—A ver si va a venir por carretera.

Su especulación llegó a las orejas con mando y don Eugenio se volvió hacia la polvareda, pero el cabreo era superior a la curiosidad y se encogió de hombros antes de afirmar:

—Pues en el ayuntamiento me hallarán —y hacia allí se encaminó decidido.

Tal y como se despejaba el andén de gente ella resultó más visible. Un mozo de la RENFE amontonaba a su vera maletas y bultos de diferentes tamaños y su aire desvalido llamaba la atención. Froilán se acercó a ella.

—¿No va a venir nadie a buscarla?

La mujer le miró con unos ojos grandes, oscuros y poco dados al llanto, sin duda ya habían agotado la reserva de lágrimas. Era muy joven y su abultada preñez conmovía a cualquiera.

—No lo sé.

—¿Conoce usted a alguien en Villaciegos? Yo puedo llevarla.

—Gracias Froilán, yo me ocupo —manifestó Gastón tras ellos.

El teniente abrazó a la mujer y la besó en la mejilla. A punto estuvo el ordinario de advertirle cuidado pues con la fuerza que la estrechaba hacía temer que la fuera a reventar como un globo.

—Me alegro que hayas venido. Pero no quedamos que aguardarías al parto.

—Quería que estuvieras presente cuando nazca tu hija.

—O hijo —sonrió él y la besó en los labios.

Gastón se volvió al ordinario que andaba embobado mirando, sin duda la llegada de su esposa coparía las hablillas, al menos durante una tarde, en casa de *Vinagres*.

—Froilán, ¿podrías llevarnos al cuartelillo? Es Adela, mi esposa.

—Mucho gusto señora —se quitó la boina para saludar. Ella le sonrió e hizo un gesto con la cabeza.

—No, deja, me vendrá bien caminar un poco, llevo muchas horas sentada.

—Vayan si quieren, yo les llevaré el equipaje.

—Gracias —dijo la mujer.

El teniente la cogió del brazo y salieron de la estación, vacía ya. La distancia a recorrer entre la estación y el pueblo constituía un paseo agradable a la sombra de los grandes plátanos. A medio camino hubieron de apartarse para dejar paso a la columna de vehículos que venían levantando polvo desde lontananza.

Cuando llegaron a la población a Gastón le inquietó verlos detenidos frente a la Casa Cuartel.

—¿Quién es toda esa gente? —quiso saber Adela.

—Parecen vehículos del Cuerpo.

Dos camiones Barreiros y tres vehículos todoterreno ocupaban toda la calle. A Gastón se le caía la baba a la vista de aquellos medios motorizados.

—¿A qué habrán venido?

—No tengo ni idea, quizás estén de paso.

—Ya, y han hecho un alto para repostar —se burló ella sin la menor alegría.

La sombra de un traslado, otro cambio de domicilio, siempre pesaba sobre las familias de los oficiales. En tanto su marido no recibiera la confirmación de jefe de puesto no estaría tranquila.

Gastón distinguió a varios números, ajenos a su cuartel, custodiando los vehículos con el arma larga al hombro. En cuanto se acercaron y reconocieron su grado todos se cuadraron y saludaron.

—A sus ordenes mi teniente.

Devolvió el saludo y entró. El sargento Trípodes salió a su encuentro.

—Gastón, nos han enviado un montón de refuerzos —murmuró.

—Entretenlos mientras acomodo a mi esposa. Adela este es el sargento Trípodes.

—Mucho gusto señora.

—Teniente Gastón, le estábamos esperando —anunció un vozarrón.

—Ves, yo la acompaño —Trípodes agarró por el codo a la mujer para llevarla a su vivienda.

—A sus ordenes mi capitán —Gastón saludó con la mano en el tricornio.

El otro le devolvió el saludo y luego alargó la mano a la vez que se presentaba.

—Capitán Escolano a tu servicio.

—Bienvenido. Teniente Gastón a tus órdenes capitán —entrechocaron las manos.

—Los tenientes Cortés y Pizarro, el alférez Salitre y los sargentos Gómez, Llanos y Riquelme.

Gastón los fue saludando uno a uno. Todos, salvo el alférez, parecían veteranos del Cuerpo. ¿Qué hacía toda esa gente en Villaciegos? La Benemérita siempre parca en medios derrochaba un montón de personal, ¿con qué objeto?

Gastón invitó a Escolano a pasar a su despacho y mientras lo hacían el capitán justificó su presencia allí.

—Nos han enviado para ayudarte. No vamos a inmiscuirnos en tu labor. Resolvemos el crimen del notario y nos vamos. Hay amenazas de huelgas en las Vascongadas.

El capitán daba toda la imagen de ser un hombre de acción más que un paciente investigador. Lo de aclarar un suceso recopilando pruebas, sumando datos, y deduciendo conclusiones era más arduo y complicado que perseguir a unos malhechores monte a través o disolver una huelga a palos.

—Bien pero es que no se trata sólo del notario —mientras hablaba Gastón sacó un llavero y escogió una llave con la que abrió una caja de seguridad de hierro de la que extrajo una voluminosa carpeta colmada de atestados. En su portada había escrito VILLACIEGOS.

El capitán tomó asiento desconcertado ante el mazacote de documentos que le alargaba su camarada.

—¿Qué es esto? —inquirió con la vista fija y desorbitada en la carpeta como si le acabasen de mostrar una bomba de relojería en avanzada cuenta atrás.

—Es el expediente de los sucesos acaecidos en este pueblo —Gastón soltó las gomas y lo abrió.

El capitán Escolano agarró la foto de los cadáveres del *Boina* y *Comuniones* tirados sobre las balas de paja y la observó sin importarle la truculencia de la imagen.

—De modo que se han producido más muertes aparte del notario —afirmó más que preguntar.

—Sí. Andamos investigando cinco crímenes, posiblemente relacionados entre sí.

Escolano devolvió la fotografía a la carpeta y suspiró con desaliento.

—¿Puedes hacerme un resumen?

—Han matado a esos dos peones, los detalles figuran en el informe médico. Han empujado a una mujer a las vías del tren, Renata una pupila del burdel local. Apareció una forastera, todavía no la hemos identificado, sus huellas ya están en la Central.

—¿Cómo que apareció?

—Le volaron la cara de un escopetazo y la enterraron para al cabo de unos días desenterrarla y tirarla al tren. Imagino que con intención de que el tren la...

—Comprendo la intención aunque me parece hartito estúpida. Si ya tienes el cuerpo enterrado a

qué... Pero bueno las mentes criminales son de lo más peculiares.

—Y que lo digas, capitán.

—¿Qué hay del notario?

—Amaneció ahorcado en su casa.

—¿Suicidio?

—No. Se había preparado una lavativa y una vez colgado alguien tuvo que mover el mueble al que se subió, una cómoda muy pesada. Y además robaron una elevada suma de dinero de una caja de caudales.

—¿Qué relación existe entre los sucesos?

—Los peones trabajaban para los caciques que perdieron el capital depositado en casa del notario. La mujer arrojada a las vías cuidaba de los peones en las eras. Y la forastera, pienso que algún espabilado nos la quiere colar.

—Me parece que tienes el caso cogido por los pelos. No veo la relación del notario en todo esto.

—Al notario le han matado hace un par de días, estamos investigando.

Escolano se recostó contra el respaldo de la silla agobiado por el volumen de información. Aquello requería una infinidad de horas de análisis forense, investigación criminal, interrogatorios y comprobaciones, faena de despacho que él tanto aborrecía. Sucesos tan graves no se solventaban de la noche a la mañana. No reportaban notoriedad ni ascensos y encima eran un aburrimiento.

—¿Algún sospechoso? —preguntó por preguntar. Quién sabe, quizás aquel teniente tan diligente había adelantado la investigación o tenía detenido a un fulano al que sacarle una confesión a hostias. Eso sí era expeditivo.

Gastón atrajo la carpeta hacia sí, rebuscó en ella y extrajo un documento de tres folios en el que figuraban sus conclusiones preliminares, en ella esbozaba sus sospechas, lo leyó por encima para comprobar que era aquel escrito el buscado y se lo entregó al capitán.

Escolano lo leyó, durante un rato sólo se oía el zumbido de dos moscas revoloteando al albur. Cuando alzó la vista del documento su expresión de incredulidad hablaba por sí misma.

—¿Tú has redactado esto?

Gastón asintió y Escolano leyó de nuevo aquellos tres folios.

—Convendrás que tu teoría es inverosímil y que la tienes cogida con alfileres. Aventuras unas suposiciones que de ser ciertas causarían tremendo revuelo.

—Confío poder probar con hechos esas conclusiones.

—Yo me lo creo, pero no lo admito. Tus sospechas son inaceptables, ningún juez aceptará este caso —se puso en pie inquieto e incómodo—, no me gusta, no me conviene —murmuró para sí—. Hay que reiniciar el caso desde el principio. Volver a apresar a esos gitanos y sacarles la verdad como sea.

—Eso ya se intentó y por ahí no hay nada que hacer.

—No veo otra manera. Dame su filiación.

Gastón rebuscó en la carpeta y extrajo un folio con la información y se la entregó a Escolano. El capitán leyó la ficha de Salvador Heredia y la de Carmela.

—Una descripción completa, te felicito teniente, te explicas mejor que Pérez Galdós.

—Además los tenemos fotografiados.

Escolano alzó la vista del papel hacia su compañero con los ojos desbordando admiración y sorpresa por tanta diligencia.

—Mandaré avisó a casa del fotógrafo para que nos traiga copias —se levantó y salió a mandarlo.

El capitán se recostó con la carpeta en el regazo y comenzó a releer el caso con más interés, aquel teniente estaba llevando bien el asunto y eso le hacía acreedor y merecedor de toda su atención, qué menos.

—Buenos días —tras el tímido saludo Adela se quedó mirando las piezas de pan expuestas aguardando su turno.

La panadera despachaba a otra clienta sin quitarle los ojos de encima. Es lo que tienen los pueblos que los forasteros son analizados con los rayos X que los lugareños tienen en la mirada mientras dura la novedad. La otra abonó su compra y se demoró en guardarse la vuelta en el monedero por ver si pillaba algo.

—Ya le queda a usted poco, ¿eh? —sonrió otra a la vez que señalaba su preñez.

—Sí, ya andamos en capilla —respondió amable Adela.

—Usted dirá —llamó su atención la panadera.

—Póngame una barra.

—¿De kilo o de medio? —la panadera acuciosa señaló ambas piezas.

—De medio, pero que no esté muy quemada —pidió Adela.

—No solemos quemar el pan —replicó malhumorada antes de coger una barra.

—No he querido decir eso.

—No haga usted caso a Casilda, le gusta renegar —la otra salió en su defensa—. Y no sería la primera vez que tu marido se duerme y quema toda la hornada.

—Eso no es cierto, por una vez que le salió el pan un poco tostado...

—Tostado dice, dirás tostones —se sumó otra mujer acabada de entrar.

Descolocada y confusa Adela no era capaz de dilucidar si aquellas mujeres peleaban o si sólo discutían por discutir.

—Buenos días —saludó una voz infantil.

Adela se volvió y sus ojos se desorbitaron.

—Hola Adela, cuánto tiempo —la chica se acercó a ella y la besó en ambas mejillas.

—Hola Clementina —balbució la mujer petrificada.

Las demás enmudecieron, el radar pueblerino para los comadreos hizo saltar la alarma, allí había tela que cortar y no poca, a juzgar por el sonrojo de la señora y el desparpajo de la putilla.

—Has venido a tener a tu hijo con tu marido, lo mejor que podías hacer.

—Sí —balbució Adela paralizada.

—Y ya te falta poco, que bien —y se volvió a la panadera—. Aquella barra —señaló una pieza del mostrador y la pagó—. Si necesitas algo házmelo saber, estoy con el alguacil del pueblo —y volvió a besarla antes de irse.

Casilda salió de detrás del mostrador para alcanzar a la perpleja Adela.

—¿Señora, está usted bien? —y la sujetó de un brazo.

La interpelada asintió con la vista fija en la puerta por la que acababa de salir Clementina.

Cuando la Guardia Civil llamó a su puerta a Daniel se le congeló la expresión y le entró el tembleque de los culpables. Y es que los miembros de la Benemérita gozaban de un particular modo de aporrear tu puerta que los identificaba y distinguía, eso y la voz: ¡Guardia Civil, abran!

Daniel abrió sin dilación, por aquello de las vecinas y tal, y en cuanto vio la pareja de tricornos frente a él, sus caras serias y sus bigotes negros se vio engrilletado camino del cadalso; y cuando uno de aquellos preguntó si él era “el fotógrafo”, casi sintió el apriete del garrote en su gaznate.

—Necesitamos las fotos de los Heredia —pidió una voz conocida.

Tras los tricornos forasteros asomó el cabo Facundo.

—Está bien, pasen, voy a buscarlas —consiguió articular Daniel.

Sólo entró Facundo, la pareja foránea permaneció en la calle atenta, en los pueblos nunca se sabía. Daniel volvió enseguida con unas fotos y un sobre.

—Confío que les baste con un par de cada uno —se las alargó al cabo que las miró con indiferencia antes de meterlas en el sobre que sostenía Daniel.

—Te tiemblan las manos —observó Facundo.

—He pasado mala noche.

El cabo no hizo más comentarios y ya en la puerta Daniel advirtió:

—Diga al teniente que más tarde pasaré a cobrar —el cabo le ignoró—. O mejor dígaselo al cabo Emérito...

Facundo salió a la calle e hizo un gesto a los suyos para volver al cuartelillo.

—...que es el pagador —se quedó murmurando Daniel, abatido y temeroso.

Era menester concluir el asunto y largarse de aquel condenado pueblo. Natalia le aguardaba.

—Menudo elemento —comentó Escolano ante la fotografía de Salvador Heredia—. He leído que iban a la vendimia, de ser así no andarán muy lejos. Le cazaremos y confesará —se dijo a sí mismo convencido de su eficacia.

—Mi capitán unos civiles solicitan verle —anunció un número que se asomó por la puerta—. Creo que es el alcalde —añadió para justificar su irrupción e interrupción.

—Ahora salimos —dijo Escolano con cierta severidad.

Se quedó con una de las fotos de los Heredia y entregó las demás a Gastón que las introdujo en la carpeta y la cerró con las gomas.

—Vamos a ver qué coño quieren.

Gastón devolvió el expediente a su caja fuerte y la cerró con llave, luego siguió al otro. Cuando salió el capitán estrechaba la mano de don Eugenio, flanqueado por sus inevitables municipales, mientras este se presentaba.

—Eugenio Álvarez, alcalde de Villaciegos, para servirle.

—Capitán Escolano, a su servicio. Ya conoce al teniente Gastón Segura.

—Sí, sí, ya hemos tratado. Y bien está usted al corriente de los trágicos sucesos.

—Lo estoy.

—Un horror que es menester finiquitar sin dilación.

—El teniente Gastón...

—Capitán Escolano, le han enviado para que resuelva tan perniciosa situación y veo que medios no le faltan.

—Justo de lo que carece el teniente Gastón: medios y colaboración —censuró.

—Las autoridades municipales hemos colaborado en cuanto nos ha sido requerido —el alcalde molesto por el reproche.

A su espalda Ponciano sonreía a los suyos por el varapalo al tenientucho sin percatarse que los palos caían sobre el lomo de su jefe.

—Pues sigan así —el capitán alzó su mano al tricornio para despedir al alcalde que desairado dio media vuelta y marchó.

—Ahí donde le veis es un héroe de guerra —comentó Ponciano.

Tomás y Agapito intercambiaron miradas de indiferencia para ellos no era más que otro guardia civil con ínfulas, por supuesto ignoraban el significado de esa palabra, “ínfulas”, oída al alcalde, pero les sonaba a sepultura adornada.

En cuanto abrió la puerta de su casa Gastón supo que tendría pelotera: Paquita Rico cantaba en la radio a todo volumen *María de las Mercedes*, y a su mujer los melodramas le ponían de los nervios. Malo.

Adela trajinaba hacendosa poniendo la mesa para el almuerzo del mediodía y su rictus de forzada jovialidad confirmó al hombre sus aciagas sospechas.

—Hola cariño, ¿tienes hambre? —¿cariño?, ella nunca le llamaba así. Malo.

—Estoy canino —la besó en la mejilla. Ella le negó los labios. Malo.

—¿Qué sucede Adela? —preguntó resignado mientras se lavaba las manos en el fregadero.

—Nada, ¿qué te hace pensar...? —al fin se puso en jarras presta a la dentellada—. ¿Sabes a quién me he encontrado en la panadería? —con expresión de “se ha hundido el Mundo y tú no has hecho nada por impedirlo”.

—No, ¿a quién? —con inacabable paciencia, aunque irritante para ella.

—¡A Clementina! —estalló al fin—. ¿Qué hace aquí?

“Ah era eso”, pensó Gastón desolado.

—Vive con el alguacil.

—No te pregunto con quién vive, sino qué hace aquí.

Gastón resopló indeciso e impotente, lo cierto es que no sabía qué responder, para él también fue una sorpresa. Con el traslado a Villaciegos creía haber dejado atrás tan bochornoso capítulo de su vida y ahí estaba de nuevo Clementina para joderlo todo, otra vez.

—Acudimos a *Casa Franca* para un atestado y allí estaba. No sé cómo llegó a Villaciegos.

—Pues igual que yo, en ferrocarril, no hace falta ser un genio de la investigación criminal.

Gastón se acercó a su mujer que permanecía obstinada en su propia terquedad, la cogió por los hombros y la atrajo contra sí. Que no llorase era malo pero si arrancaba a llorar le partiría el corazón, la quería demasiado para verla sufrir.

—Tú sabes que esa mujer no significa nada para mí —se agachó para besarla en las mejillas. Atrapó su cara con ambas manos y la besó en los labios, en los ojos, en la frente y la estrechó. Sentía la preñez contra él e incluso sintió en la barriga moverse a su hijo y ello le emocionó.

Adela le apartó sin brusquedad.

—Quita, déjame respirar —le miró al rostro y captó su turbación—: ¿Qué te pasa?
—He sentido a nuestro hijo, me ha dado una patada —conmocionado.
—Tonto —y le abrazó de nuevo.

No resultó tarea fácil alojar al personal del capitán Escolano. Gastón no consintió que durmieran al raso en las tiendas de campaña que traían y buscó acomodo para sus compañeros de armas.

Unos cuantos se hospedaron en la casa cuartel, algunos compartieron vivienda con sus compañeros sin hijos. La taberna del *Vinagres* recuperó su antigua condición de fonda, parada y postas, y de prisa y corriendo habilitaron unos camastros en las habitaciones menos astrosas. La cuestión es que todos los miembros de la Benemérita durmieron bajo teja.

Don Eugenio alcanzó un acuerdo con los taberneros para que facilitaran tres comidas calientes al día a los guardias, con cargo al ayuntamiento, mientras estuviesen en Villaciegos.

Tras la cena la taberna estaba ocupada por completo por la Guardia Civil. *Vinagres* y Clotilde iban de mesa en mesa sirviendo consumiciones, con la diligencia del que sabe que va a cobrar, mientras los guardias jugaban a los naipes o al dominó. En la barra el capitán Escolano, flanqueado por su equipo, charlaba con Gastón, Trípodes y los municipales y algún paisano más que se acercó a escuchar las batallitas de África con que el capitán entretenía la velada.

—Aquello es muy pobre, tierra de cabras y ovejas y poco más. Ni industrias ni ganado mayor. Nada.

—Entonces es como mi tierra —soltó un viajante de paso—. Soy extremeño —aclaró.

—El comercio mueve algo merced a la franquicia aduanera. Cuatro espabilados importan azúcar y tabaco y algo de café y lo introducen libres de impuestos en Marruecos y de ahí a la Península.

—¿Qué hace España en tan lejanos parajes? —quiso saber Tomás, el alguacil le miró como si fuese tonto.

—En Sidi Ifni España ha construido un hospital moderno, varias escuelas, un instituto, un museo, un zoo y un cine y se edita un periódico semanal.

“Grandes logros de la civilización europea”, pensó Gastón, pero no dijo nada aunque el capitán comprendió su gesto y excusó su discurso.

—No lo digo para justificar nuestra presencia.

—El mundo nos pertenece por razón de raza y destino. No necesitamos justificación —proclamó Ponciano patriotero. Pero Escolano continuó dirigido a Gastón.

—Téngase en cuenta que en Sidi Ifni viven cincuenta mil moros, mayormente de la tribu Ait Ba Amrance, por apenas dos mil europeos.

—¿Qué ha pasado, a qué la revuelta? —preguntó Trípodes.

—Hace dos años, en marzo de 1956, Francia otorgó la independencia a Marruecos...

—Los putos gabachos siempre dando por culo.

—Para ya de interrumpir o vete —mandó el sargento Trípodes a Ponciano, molesto por las interrupciones irrespetuosas al capitán.

—Y un mes después España tuvo que hacer lo mismo. De repente todo el apoyo que brindábamos a los nacionalistas marroquíes se volvió contra nosotros.

—No hay moro bueno —masculló Ponciano.

—En cuanto los marroquíes han sido dueños de su destino han comenzado a reclamar como propios los territorios aledaños: Sahara, Sidi Ifni, toda Mauritania, partes de Mali y de Argelia, con intención de crear el Gran Magreb marroquí.

—Casi nada —silbó alguien conocedor de geografía que se justificó—: Yo hice la mili en Regulares.

—Tras las demandas territoriales esconden las sospechas de importantes yacimientos de petróleo, carbón, plomo, cobre, manganeso, hierro y fosfatos en las tierras reclamadas —explicó el teniente Cortés.

—Enseguida se produjeron incursiones de bandas armadas. Atacaban las columnas de suministros españolas para robar alimentos y municiones. Como represalia salíamos a los campos a incautar ganado, única fuente de subsistencia de los nómadas y pronto se levantó el país en armas contra nosotros.

—Lo peor eran los atentados —el teniente aún con la mirada extraviada de espanto—. Las bombas mataban a civiles y militares sin distinguos.

—Y la tibia reacción gubernamental —opinó el alférez Salitre, que al momento fue censurado por sus superiores con un silencio desaprobador, pero él sostuvo su tesis—: No me iréis a decir que las declaraciones de Carrero Blanco no tienen guasa: *“El ejército de liberación es un instrumento de la URSS con el que persigue crear dificultades a los occidentales en África. Rabat no le controla, pero lo ve con simpatía, y espera de él la ampliación de territorios. Si nosotros nos oponemos al paso de estas tropas llegando a choques armados, se nos crea una situación difícil con Marruecos e incluso con nuestros indígenas, que ven en el E.L. a hermanos de raza que les ofrecen la libertad. Si hacemos la vista gorda y dejamos penetrar a las partidas, la situación difícil se nos crea con Francia. Si los franceses perdieran Mauritania, nosotros no podríamos conservar el Sahara, que es territorio tan español como la provincia de Cuenca”*.

—Lo que no viene a cuento es que te la sepas de memoria —criticó el teniente Pizarro.

—Bah —se disculpó el alférez y apuró su coñac.

—¿Y esta declaración a qué venía? —quiso averiguar el viajante.

—A que el ejército de liberación marroquí pidió permiso a las autoridades españolas del Sahara para atravesar territorio español y atacar las colonias francesas —aclaró el alférez antedicho.

—Poco se hizo para prevenir el desastre posterior.

—Mi capitán, no lo tache de desastre que hemos ganado la guerra —adujo Cortés.

—Sí, pero perderemos Sidi Ifni, y si no al tiempo. Como decía se formó una Bandera de la Legión, se enviaron unas compañías de paracaidistas, unas secciones de Infantería y una corbeta. Poco o nada. El 23 de noviembre de 1957 mil quinientos hombres, bien armados y adiestrados, del ejército de liberación atacaron Sidi Ifni. Enfrente tenían a dos Tabores de Regulares, una Bandera Paracaidista, un grupo de artillería con ocho piezas de 105 m/m y un grupo de la Policía Indígena. Pero repartidos en trece puestos desperdigados por el territorio.

—La mayoría indefendibles, algunos carecían incluso de agua de boca.

—Una vez más la rota de Annual planeaba sobre el ejército español.

—No es de extrañar que en las primeras horas cayeran varios puestos sin remisión. Otros, los más idóneos para la defensa, resistieron hasta la victoria. En uno de esos puestos, Tiliuin, nuestro capitán se cubrió de gloria —jaleó Pizarro.

—Cuéntenoslo capitán —pidió Tomás.

—Tiliuin se halla a unos sesenta kilómetros de la capital, junto al río Asaca, y contaba con una guarnición de sesenta hombres, algunos con sus familias. Abastecerla por carretera, tanto la de la costa como la del interior parecía muy arriesgado dado que ambos itinerarios discurren por un territorio muy accidentado y propicio a la emboscada. De ahí que se optara por un desembarco aéreo. El enemigo llevaba varios días acosando el fuerte con fuego de armas automáticas y morteros y los bombardeos aéreos apenas lograban dispersar las partidas guerrilleras que volvían a juntarse por la noche para reanudar el ataque.

El capitán Escolano montó sobre la barra con la ayuda de unos saleros y los vasos y las copas de las consumiciones un breve croquis de situación.

—Aquí estaba el fuerte y aquí el aeródromo batido por las armas españolas por lo que se convirtió en el objetivo del salto aéreo. Aquí las ametralladoras enemigas y aquí sus morteros. Cabe decir que nuestro objetivo no era liberar a los asediados sino reforzarlos hasta que llegaran fuerzas terrestres que nos evacuaran a todos con bien.

—¿Cuántos efectivos se lanzaron capitán? —preguntó Agapito interesado en las hazañas bélicas.

—Una compañía paracaidista, la 7ª, aunque nos faltaba una sección que se hallaba cercada en las cercanías del Zoco de T'Zelata al que acudía con auxilios. Se nos unió una escuadra de morteros de 81 m/m y un botiquín. En total setenta y cinco hombres. Nos lanzaríamos desde cinco Junkers 52, quince hombres por aparato. Otros cinco Heinkel 111 nos darían apoyo aéreo, bombardeando y ametrallando las posiciones enemigas.

—¿Cómo se desarrolló la operación?

—Pasadas las diez de la noche del pasado 25 de noviembre, y con intervalos de cuatro minutos, fueron despegando los *Pedros*, así llaman los aviadores a los Heinkel 111. Fue la operación *Pañuelo*. Cada avión tenía asignada una misión de fuego muy concreta para no dañar a los nuestros.

—Bombardear de noche objetivos tan volátiles y acertar tiene mucho mérito —reconoció Cortés.

—Las bombas se lanzaron sobre los emplazamientos de los morteros y armas automáticas, aquí y aquí —y el capitán señaló sobre el mostrador una zona entre el río Asaca y el fuerte—. Luego los aviones giraron en círculos ametrallando las inmediaciones del aeródromo, nuestro punto de salto. El enemigo, amparado en la noche, respondió con extrema virulencia y algunas partidas rebeldes alcanzaron las alambradas del fuerte. En medio de un tiroteo infernal llegaron nuestros Junkers 52 y nos lanzaron sobre el objetivo. Nuestro patrono San Miguel Arcángel nos prestó sus alas y la mayoría de paracaidistas caímos sobre el objetivo, el aeródromo citado, pero una sección junto con nuestro capitán Juan Sánchez Duque fue a parar cerca del río Asarasar, a unos dos kilómetros de distancia. Este error confundió al enemigo y le hizo creer que aquellas fuerzas tenían la misión de atacar Agadir y se retiraron contra ellos. La sección perdida, conscientes de su situación, se reagruparon con todo el material que lograron rescatar de los paracaídas prestos a defenderse de lo que se les venía encima. Los demás tal y como nos agrupábamos corríamos a refugiarnos al interior del fuerte. Al pasar lista percibimos la ausencia de los compañeros.

Y el capitán Escolano hizo un alto para beber y deshacerse el nudo en la garganta.

—Por fortuna pudimos establecer contacto con la fracción alejada y situamos su posición en el mapa. No hizo falta pedir voluntarios, todos los paracaidistas queríamos salir a buscar a los nuestros. Los aviones continuaban ametrallando las inmediaciones del fuerte pero eso nos causaba más desasosiego que alivio. La noche es oscura y mortal para todos. Nuestro oficial decidió que

solo una patrulla saldría a por los perdidos. Nuestra misión era reforzar el fuerte de Tiliuin hasta que llegaran los refuerzos por tierra y la habíamos cumplido. No era menester malograr el éxito habido. Seis hombres libres de impedimenta salimos en cuanto cesó el tiroteo. No es que el enemigo se hubiese retirado a descansar, no, lo más probable es que alejados ya los aviones comenzaran a salir de sus agujeros para aproximarse peña a peña hasta los nuestros con intención de matarlos uno a uno.

—Moros traidores —comentó Ponciano ebrio.

—¿Equipaban ustedes el nuevo fusil ametrallador? —quiso saber el teniente Gastón.

—No, el mosquetón máuser y como ametralladora el Fusil Ametrallador Oviedo, con cargador de petaca de veinte cartuchos, y un mortero de 50 m/m por sección. Amparados en la noche, de sombra en sombra, ganamos terreno. Parecíamos demonios con las caras pintadas y calamos las bayonetas en cuanto presentimos la presencia de los guerrilleros.

—Poco imaginaban lo que se les venía por detrás —interrumpió Ponciano.

—Les dimos bien por culo —añadió Cortés y prosiguió el relato—. Ellos se movían con precaución, por delante nuestro, evitando delatar su presencia a nuestros camaradas. Entonces fue cuando el capitán Escolano, aquí presente, desenfundó el machete de paracaidista, que todos llevábamos, y nos lo mostró, algunos le imitamos. Se puso el fusil en bandolera y de un salto agarró a un moro y le seccionó el gaznate. Le sujetó la cabeza durante un par de minutos hasta que desangrado dejó de rebullir y fue a por otro, y luego otro y uno más.

—Este hombre —Pizarro señaló al capitán algo avergonzado—, nos abrió un pasillo sanguinolento hasta nuestro grupo sin disparar un solo tiro.

—Ya será menos, yo cumplí con mi deber.

—Envió a su paraíso a una docena de moros como mínimo.

El capitán Escolano hizo un gesto de “ya vale” y retomó el cuento con intención de concluir la velada.

—A la mañana siguiente un Junkers 52 en vuelo rasante arrojó seis bultos con armas, municiones y víveres con tal acierto que cayeron en el patio del fuerte. Nuestro capitán tomó el mando de la defensa de Tiliuin y lo hicimos inexpugnable. Al día siguiente el enemigo reunió a mucha gente en torno al fuerte buscando la revancha. Si para los marroquíes era un éxito someter un fuerte de la categoría de Tiliuin, vencer a los paracaidistas españoles sería un triunfo comparable a la victoria de los vietnamitas sobre los franceses en Dien Bien Phu cuatro años atrás y ello les espoleó al ataque sin tregua.

Estuvimos cercados hasta el 3 de diciembre que nos liberó la Sexta Bandera de la Legión. Todo el personal civil y militar fuimos evacuados a Sidi Ifni a donde llegamos el día 6. El mes de junio pasado se firmó la paz y aquí estamos.

—Yo añadiré que con todo lo sufrido lo peor fue la evacuación.

—¿A causa del feroz hostigamiento enemigo?

—No, hostigaban pero les dábamos lo suyo. Lo peor fue que cargamos nuestro equipo, los valiosos paracaídas y demás, en dos camiones averiados que había en el fuerte y los fuimos empujando por aquel terreno infernal hasta Sidi Ifni. Suerte que los últimos kilómetros nos salieron a buscar otros vehículos y nos remolcaron. Una pesadilla.

—Sin duda. Trajinar aquellos camiones a fuerza de brazos por aquel terreno abrupto y embarrado fue lo peor de la batalla.

Unos y otros se fueron despidiendo cada uno a su catre, la madrugada aconsejaba dedicar unas horas al sueño.

Atraerle a la trampa resultó sencillo, Froilán le dijo que tenía un paquete para don Melitón y que él sólo no podía acarrearlo. Víctor le acompañó a la cuadra donde dormía *Ticiano* y en cuanto el cortijero entró un tremendo estacazo le derribó. No fue suficiente para desmayarle, Víctor era un hombre recio y bien comido y se revolvió corajudo mientras se disipaba la sorpresa por el ataque. Pero eran dos los sañudos que repartían garrotazos y uno solo para recibirlos y no tardó en quedar inconsciente. Resollando por el esfuerzo y la excitación le ataron las manos a la espalda.

—¿Tú crees que se acordará de a qué viene esto? —preguntó el ordinario.

—Más vale que sí, de todos modos ya le enteraré yo antes de arrebatarle la vida, esa vida miserable que no merece disfrutar.

Eudiosio pasó una sogá por la garrucha que pendía de la viga, la ató a las manos del desmayado y tiró de ella con fuerza. Froilán le ayudó antes de irse. Él ya había acabado. Las cien pesetas que recibió de Eudiosio no daban para mayores.

—¿Qué quieres de mí, cabronazo, qué te he hecho yo? —espetó Víctor vuelto en sí.

—¿Me reconoces?

—Te voy a matar. En cuanto salga de aquí te voy...

Eudiosio le agarró por los cabellos y tiró de su cabeza hacia atrás para espetarle:

—¿Acaso confías salir con vida de esta cuadra?

Víctor le escupió y el otro se lo agradeció, con la mano se limpió el salivazo mezclado con un cuajarón de sangre de la cara, mientras sentía acrecentadas las ganas de acabar con esa alimaña.

Tiró con fuerza de la sogá hasta que le tuvo colgando de las muñecas atadas a la espalda. Víctor no le concedió el placer de una queja; tampoco suplicó ni se lamentó.

—Me denunciaste, hijo de la gran puta, me denunciaste para follarte a mi mujer —y le dio un puñetazo en la cara, y otro y otro, hasta que el dolor de la mano superó su rabia.

—Suéltame, te lo advierto, que tengo muy mal perder —amenazó Víctor—. Que tú no sabes con quién te juegas los cuartos —calló intrigado, Eudiosio le mostraba un cordel, ¿qué pretendía?

Abrió una navaja y se la mostró con un rictus de “me importas una mierda” que colmó de inquietud a Víctor, pero cuando sintió el frescor en sus bajos propios de una bajada de pantalones se preocupó de verdad.

—¿Qué pretendes, que vas a...? —las manos de aquel cabrón manipulando su hombría le desagradó y no poco, pero cuando sintió un fino apriete en sus cojones, comenzó a patalear con tan buen fortuna que derribó a su atacante de una patada.

Eudiosio se levantó de un salto rabioso por su descuido y golpeó con todas sus fuerzas y los puños cerrados una y otra vez en el estómago, el vientre y las costillas a su adversario.

—¡Te voy a capar, cabrón, me oyes, te voy a capar como el verraco que eres!

A golpes atontó a su víctima y retomó la faena. Apretó con todas sus fuerzas el cordel; Víctor chilló de dolor pero ya no rebulló. Sentía el cuerpo dolorido, magullado y las fuerzas le abandonaron.

Eudiosio se tomó unos instantes para respirar, lió otro pitillo, llevaba demasiado tiempo soñando con esta situación para malbaratarla con la precipitación y la rabia. La bilis también merece ser saboreada, sino ¿para qué hacerla amarga y dotarnos del sentido del gusto?

—Tú me denunciaste. Me he pasado diez años picando piedra —abatido por la vida perdida

— ¡Diez años picando piedra, como un esclavo, tragando polvo en ese condenado risco!

—Y a mí que me cuentas, hijo de la gran puta —musitó Víctor.

Retorcía las manos, pero las cuerdas de cáñamo se le clavaban en las muñecas. Cuando le echara el guante a ese ordinario le iba a cantar las cuarenta en bastos.

—Imagina si era un trabajo duro y penoso que redimían cinco días de condena por uno de trabajo. Allí nos hemos dejado la vida muchos. En el Valle de los Caídos no cuentan a los obreros que lo hemos levantado, no hay honor para nosotros.

—¿Y a mí qué me va, cacho cabrón? Te juro por los huesos de mi madre que te...

Eudosio arrojó la colilla y la piso, ya más sosegado, antes de agacharse frente a la entropiada de Víctor, le agarró con un puñado los testículos, los apretó y cortó el escroto de un tajo por el que metió los dedos para arrancar los dos huevos y se los mostró, una baba sanguinolenta le goteaba de la mano. Víctor no gritó, podía más la sorpresa, el horror, de verse castrado que el dolor, la prieta ligadura cumplió su función y apenas manó una pizca de sangre.

—¿Pero por qué haces esto? —Víctor rompió a llorar y Eudosio a disfrutar.

—Tranquilo, que no eres el primero que capo, por ahí no te vas a desangrar, je, je.

—¡Socorro, socorro! —desesperado intentó pedir ayuda.

—Ahora te lo vas a comer —y le forzó a abrir la boca donde le introdujo uno de los huevos.

—¡Vamos, cómetelo! —le obligó a masticar y a tragar.

El otro lo hizo, lloraba y tuvo una arcada, pero Eudosio le impidió el vómito. Y una de las veces que Víctor boqueó asqueado le metió el otro testículo. Víctor se cagó de miedo e impotencia.

—Joder que asco.

Tanto tiempo planeando la venganza y ahora la situación, si bien satisfactoria, ya comenzaba a hartarle, le acometió un vehemente deseo de largarse de allí, olvidar aquella cara llorosa otrora tan aborrecida, respirar aire fresco, salir al exterior. Miró a Víctor, cuyos ojos suplicaban piedad, le imaginó encima de su mujer, su adorada, su querida mujer, sobándola, poseyéndola contra su voluntad y se le nubló la mente. Clavó su navaja en la cadera izquierda del cortijero, no demasiado profundo, lo justo para rasgar la piel y le miró a los ojos despavoridos, en aquella mirada vertió todo el rencor acumulado y entonces movió la mano poco a poco rajando la piel del vientre hasta llegar a la cadera derecha. Inmediatamente afloró toda la masa intestinal de Víctor que fue a parar al suelo con un chapoteo sordo que extrañó a ambos.

—Ahora recuerda las veces que forzaste a mi mujer. Disfruta con su recuerdo.

Eudosio limpió la hoja en la camisa de Víctor, que observaba sus tripas convocando a las moscas mudo de dolor. El otro cerró la navaja y se la guardó.

—Que te vaya bonito —y le palmeó la cara.

Eudosio abandonó la cuadra, no consiguió reprimir la arcada y vomitó, luego respiró hondo y se marchó temblando de excitación.

Aquella noche el tren expreso conducía a un esperanzado Eudosio tras la pista de su mujer. A Barcelona le dijo Froilán que marchó, huyendo de los abusos de aquel mal nacido. Daría con ella y reiniciaría una vida truncada.

Por la mañana el ordinario acudió al cuartelillo a denunciar el hallazgo del cadáver destripado del cortijero en su cuadra.

Aquella cuadra, que antaño conoció mejores tiempos, se vio de repente visitada por tal cantidad de gente y de tan variada condición que se avergonzó de sus goteras, sus tablas desvencijadas, los desconchones de las paredes, y su deplorable amenaza de ruina. Cuando una obra humana alcanza tal grado de abandono, en que vale más prenderle fuego que remendarla, ella misma contribuye a su deterioro.

La pareja de guardias en el exterior controlaban el acceso a los que iban llegando con diferentes objetivos, es decir permitían el paso a todos, pues los curiosos y ociosos aguardaban novedades en lo del *Vinagres*, mientras elucubraban, inventaban o especulaban.

En el interior el teniente Gastón y el sargento Trípodes observaban la escena del crimen y el primero tomaba notas, mientras Daniel fotografiaba al muerto desde diferentes ángulos.

—¿Qué opinas? —susurró Gastón a su sargento.

—Feo asunto, muy feo.

—¿Quiere que mantengamos el portón abierto? —preguntó Gastón para alejar las orejas indiscretas del fotógrafo de su conversación con el sargento—. Por la iluminación, digo.

—No importa, he traído el *flash*, no se preocupe —y mostró el exposímetro mientras se apartaba.

—Acabemos cuanto antes —pidió don Eugenio en el papel de juez y mandó a sus municipales que descendieran el cadáver.

El revoltijo de moscas asqueaba a quien lo mirara. En afanoso zumbido verde azulado cubrían las tripas, la herida del muerto, sus ojos, entraban y salían de su boca y nariz, un asco.

—Busquemos a un par de peones —sugirió Ponciano asqueado. Víctor era su amigo.

—Hacedlo vosotros —mandó el alcalde deseando abreviar el trámite.

El alguacil hizo una seña a sus hombres que renuentes iniciaron la faena. Agapito apoyó una escala que halló en un rincón y trepó un par de escalones para alcanzar la cuerda y cortarla, a la vez que Tomás elevaba al muerto, agarrado a sus piernas de lado.

El primero forcejeó con la navaja pero la cuerda, recia y de buen esparto, demostró mayor consistencia que los carcomidos peldaños y el municipal se vino abajo, empujó a su compañero que soltó al muerto que se bamboleó como una campana, arrastrando sus tripas por el suelo sucio de paja, lo que causó un tremendo revuelo de moscas que expulsó a todos al exterior.

Cuando Mirto y Flores vieron salir a todos espantados y chillando de la cuadra se echaron los fusiles a la cara y los acerrojaron prestos a disparar.

—¡Quietos, tranquilos, bajen las armas, abajo! —mandó el sargento mientras su teniente trataba de recomponer la postura, maltrecha por la tonta espantada.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Mirto con el fusil aún embrazado.

—Nada, nada, se han alborotado las moscas.

—¿Las moscas les han expulsado de...?

—Déjelo Flores? —cortó Gastón.

—Yo ya he acabado —afirmó Daniel, mientras rebobinaba el carrete.

—Vale, pues ya conoce el procedimiento —le despidió Gastón.

—Hasta otra. Bueno no, que la próxima sea para un bautizo —y salió arrepentido de su chanza.

En ese momento llegaba Froilán con el carro para trasladar el cadáver, Daniel saludó a *Ticiano* con una palmada en el pescuezo. Le gustaban los animales.

Muy a su pesar Gastón y Trípodes volvieron al interior, Froilán les acompañó, portaba unas angarillas de lona que de no usarse desde la guerra, o para esporádicos accidentes, habían pasado

a ser de uso común en Villaciegos.

Los municipales lograron tender a Víctor en el suelo y a Tomás correspondió agarrar la masa intestinal y ponerla sobre el vientre abierto, el revuelo de moscas era indecente y miserable y todos procuraban mantener la boca cerrada.

Froilán desenrolló las angarillas junto al cuerpo y aguardó a que los otros hicieran la faena, total ya estaban pringados, pero entonces recapacitó en que podrían hallar sus huellas en el cadáver y se agachó para ayudar, topó con Agapito, cada uno levantó de un hombro y Tomás de los pies.

—Vamos todos a una —mandó Ponciano.

Y entre los cuatro alzaron la camilla, pero algo falló porque la masa de tripas se deslizó y cayó al suelo con un chapoteo asqueroso y nauseabundo. Agapito vomitó y Tomás se negó en redondo a volver a tocar aquellas tripas que parecían tener vida propia.

—Pues las cortamos y las dejamos —propuso Ponciano.

—Ni se le ocurra semejante barbaridad —atajó severo Segismundo.

—¿Para qué las quiere?

—Para la autopsia —respondió muy serio el boticario.

—¿Y si las echamos en un serón? —sugirió Tomás. Y antes que alguien lo negara, agarró uno de esparto de un rincón y metió dentro las tripas y aguardó a que los otros levantaran la angarilla.

El sargento mandó a uno de los guardias que ayudara con la camilla y al fin sacaron el cadáver y lo depositaron sobre el carro.

Froilán señaló un abrevadero en el que Tomás podía lavarse las manos ahora acosadas por las moscas.

Al fin la comitiva se puso en marcha de vuelta al pueblo tras el carro de Froilán, aunque enseguida y para huir del agobio de las moscas, los que podían como la pareja de la Guardia Civil lo adelantó con sus bicicletas y los municipales en el vehículo que trajo al alcalde y al boticario.

Ya solos con sus monturas Gastón preguntó a Trípodes:

—Sargento, ¿cómo se llamaba el marido de la hortelana del cura?

—El marido de Engracia, Antolín, un pastor.

—Será nuestro primer sospechoso.

—Vale, pero te advierto teniente que Víctor era de los que se follaba a todo lo que se meneaba.

—Menudo fiero —comentó Gastón, aunque enseguida lamentó el tono jocoso, a fin de cuentas el tipo tuvo una mala muerte.

—Yo te acompaño —ofreció el sargento y antes que Gastón se negara murmuró—: Eres capaz de perderte en esos rastrojos y de que se te coman los lobos.

A lomos de *Ojeroso* Gastón siguió el resuelto trote de *Tostado*. Una de las veces que se pusieron a raya el sargento le comentó la necesidad de apremiar pues preveía lluvia. El teniente alzó la vista al cielo y lo vio tan despejado que lo dudó.

Con la barbilla apoyada en las manos que sostenían su cayado Antolín imaginaba una vida mejor en tierras catalanas, oía el toque de la sirena a media tarde, soltaba el taladro, la llave del 12, o la herramienta que estuviera usando, y acudía a lavarse la grasa de las manos; risas y chanzas con sus compañeros de turno mientras se despojaban de los monos de faena. Luego, ya limpio y peinado, caminar tranquilo hasta la parada del autobús, ¡ya le faltaba poco en la cartilla del banco para poder comprarse el cochecito! y de vuelta a casa donde su Engracia le aguardaba con la cena preparada en su piso nuevo.

Supo que alguien venía por las orejas tiasas del perro y su postura expectante, normalmente

sestaría ajeno al rebaño hasta que él le chillara o le tirara una piedra. En efecto dos tricornios venían hacia él a caballo y esa visión le colmó de dicha.

—Buenos días —saludó Gastón antes de desmontar.

—Así los tengan ustedes —meloso Antolín—, aunque parece que va a llover.

Gastón dirigió un vistazo a su sargento que sonrió socarrón aunque nada dijo. Ataron juntas las riendas y dejaron a las monturas ramoneando las ramas bajas de una higuera.

—¿Es usted Antolín Fresnedilla? —quiso saber el teniente mientras sacaba su libreta.

—Sí señor —reconoció el pastor con una sonrisa anhelante y la vista fija en el bolsillo del oficial.

—¿Conocía usted a Víctor Salas?

—¿Quién?

—El cortijero de don Melitón —atajó el sargento.

—¡Ah, sí, sí! Yo le vi.

—¿Tú viste a quién? —preguntó Trípodes, ante el pasmo del teniente.

—Vienen ustedes por mediación del fotógrafo, ¿no?

Ambos guardias civiles intercambiaron miradas de desconcierto.

—Vamos a suponer que sí —concluyó el teniente para ver a dónde conducía aquello.

—¿Y en cuánto ha quedado la cosa?

—Ha quedado, sí, ha quedado bien —el teniente cada vez más confundido.

—Yo pedí tres mil pesetas para mí, lo que se repartan ustedes —hizo un gesto “de a mí plin”.

—¿Tres mil pesetas? —repitió incrédulo el teniente.

—¿Me las traen ustedes? —un brillo codicioso iluminó la faz pastoril, preso el ánimo por el recuerdo del hermoso billete verde que contemplaba por las noches antes de dormirse.

—Tres mil hostias te voy a dar como... —el sargento alzó la mano presto a sacudir.

—¿Eh, qué? —se espantó Antolín.

—Quieto, quieto —sujetó Gastón a su compañero que veía arrugarse al pastor como un caracol.

—Vamos a ver, ¿a usted le parece que vamos a llevar encima esa cantidad de dinero?

—Hombre siendo ustedes guardias, ¿quién les va a robar?

—Pero las cosas no se hacen así, hombre de Dios, primero tiene usted que hacer la declaración, tiene que concordar con la de Daniel y entonces...

—¿Quién?

—¡El fotógrafo cojones! —gritó Trípodes. Ese hombre necesitaba arrear un guantazo ya o le iba a dar algo.

—Retomemos el asunto —Gastón empuñó el lápiz, abrió su libreta y puso cara de aguardar. Pero Antolín no supo qué decir, se encogió de hombros y se apartó un paso de la más que probable fuente de hostias que representaba el sargento.

—Has dicho que tú lo viste —Gastón en tono paciente no se percató del tuteo.

—Sí, yo lo vi, lo vi todo.

—¿Y no hiciste nada? —ahora extrañado.

—¿Qué podía hacer yo? Ya le comenté al fotógrafo que...

El sargento perdió la paciencia, agarró por las ropas al pastor y le zarandó.

—Pero tú eres gilipollas o qué. Ves a un tiparraco tirarse a tu mujer y en vez de intervenir vas y se lo cuentas a otro, pero tú eres tonto o qué te pasa —y ahora sí, la mano del sargento abofeteó la cara estupefacta del pastor.

—¿Qué, que se han tirado a mi Engracia, quién?

Gastón detuvo a su sargento ante la genuina estupefacción de Antolín.

—Un momento, un momento, cuéntanos qué viste.

—Esos dos tiraron los muertos sobre las balas de paja. Yo estaba con el ganado y los vi.

—¿Qué muertos?

—Al *Boina* y al *Comuniones*.

—¿Quiénes?

—¿Qué?

—¿Qué dos?

—Víctor y Crispín.

Cayeron las primeras gotas y un trueno resonó en lontananza. Los guardias intercambiaron miradas de pasmo aunque su perplejidad difícilmente superaba a la del pastor.

—¿Y quién dice usted que se ha tirado a mi mujer?

—Tendrás que acompañarnos al cuartelillo a declarar.

Y comenzó a llover.

Acompañaron al pastor a encerrar el ganado, no era suyo y tampoco convenía ni era menester perjudicar al propietario. El aguacero no tuvo miramiento y hombres y bestias quedaron empapados. Ninguno abrió la boca ni para quejarse y en cuanto llegaron al cuartelillo condujeron al pastor a un calabozo.

—Un fulano me pone los cuernos y me encierran a mí —se lamentó Antolín mientras se sacudía el agua de encima.

—Ahí tienes una manta seca —le ofreció Facundo mientras echaba el cerrojo.

—Necesito mear.

—Bajo la cama tienes un orinal —dijo ya a través de la puerta.

El teniente y el sargento acordaron visitar la casa del pastor en cuanto cesara el chaparrón. Dieron aviso a la pareja y a Emérito para que dispusieran los medios pertinentes para un registro.

—¿Qué esperas encontrar, Gastón?

—Tengo un pálpito, Trípodes. Por si acaso estaría bien tener localizado al fotógrafo.

—¿Quieres fotografiar el registro?

—No, quiero aclarar que tienen que ver esos dos, un pastor y un fotógrafo, con los crímenes de los dos peones.

El sargento asintió y fue a comunicar las ordenes oportunas, Gastón quedó hablando solo: “Desde luego lo que he visto en este pueblo no se ve en sitio alguno”.

Para el sargento aquello suponía un apuro tremendo, recordar aquellos días, recordar aquellas sevicias, mala vida, peores recuerdos. Pero se tenía por un hombre esforzado y a lo hecho pecho. En cuanto vio al cortijero muerto no dudo ni un instante de lo que tenía que hacer. Esperaba en la sacristía a que volviera el cura, estaba acabando la primera misa del día y no tardaría. Al poco entraron los dos monaguillos seguidos del párroco. Ninguno dijo nada, los chiquillos enredadores por su infantil condición, fueron a por faena impresionados por el uniforme y la severidad del rictus bajo el tricornio. Diligentes ayudaron a desvestirse al cura, guardaron las vestiduras talaras, y luego se las quitaron ellos, y escondieron los objetos de culto. No hizo falta

que el cura los despidiera, enseguida se marcharon.

—Braulio, tengo que enseñarte unas fotos —afirmó el sargento una vez a solas.

—¿Unas fotos?

—De Víctor el cortijero —musitó mientras abría un sobre y sacaba unas fotografías.

El cura se acercó a una ventana, abrió los postigos y el Sol iluminó sin reparo la truculencia de aquellas imágenes.

Durante un largo instante ninguno dijo nada, sin querer el sargento contuvo la respiración hasta que el clérigo alzó la vista de la fotografía.

—Este nudo, es él —sus ojos volvieron a los genitales retratados y al cordón que los estrangulaba.

El sargento asintió con la furia adueñándose de él.

—Ese Daniel es un excelente fotógrafo —observó el cura mientras devolvía las fotografías.

—¡Es el, Braulio: Eudosio. Ese cabronazo ha vuelto sólo para esto!

—Perdonar es de buenos cristianos, Trípodes.

—¿Perdonar? ¿Pero que tonterías dices?

—Ha pasado mucho tiempo, ¿qué objeto tiene la venganza?

—Pues no lo lames venganza, llámalo justicia.

—Hay que saber perdonar Trípodes.

—Ese hijoputa nos castró Braulio, y no se lo voy a perdonar.

Con zancadas tan amplias como su furia Trípodes volvió al cuartelillo en el que redactó una orden de busca y captura con la filiación y descripción de Eudosio. Luego, él mismo acudió a la oficina de Correos desde dónde telegrafió la orden a la Comandancia, desde allí se haría extensiva a todas las dependencias de la Guardia Civil. Pronto en toda España las parejas vigilarían las estaciones de tren y autobús y muchas paradas de taxi atentos a la descripción del reclamado.

Engracia regresaba del río con una cesta de colada sobre la cabeza cuando vio a los animales y las bicicletas y los guardias civiles. Se detuvo para bajar la cesta y la apoyó sobre su cadera de forma harto galana. Sabía que esa postura realizaba sus curvas y esos tricornios tenían un buen follar.

Facundo y Solís fumaban a la sombra en la que habían aparcado las bicicletas y las monturas de los jefes. El cabo arriero prefirió montar a *Valeriana*, una hermosa torda, en vez de una aplicada bicicleta, pero es que Emérito siempre fue un antiguo.

—Buenas tardes señores, cuánto bueno por aquí.

—Hola Engracia y tú que lo digas —respondió Facundo zalamero.

—Si llego a saber que andas en el río bajo a ayudarte —comentó Solís sonriente.

—Y lo bien que me hubiese venido —contestó ella mientras dejaba la cesta en el suelo.

—Pasa, anda —Facundo señaló al interior de la casa.

—¿Qué sucede, le ha pasado algo malo al Antolín? —preocupada de repente.

—Los mandos te lo dirán, dentro andan —respondió Facundo.

La casa era tan menuda como un solo cuarto que hacía las veces de cocina, dormitorio y ya está. El teniente y el sargento en dos meneos lo tuvieron registrado, lo que más les ocupó fue mirar

en el interior de cada costal, cada bote oxidado, cada cacharro de cerámica, cada frasco de cristal de incierto contenido. Cuando entró Engracia y vio el desastre, a sus ojos, sufrido por sus enseres empalideció, ellos miraron la causa del pasmo pues no captaron desorden alguno. Todo quedó como lo hallaron.

El sargento andaba limpiando la navaja con la que removió los tarros de harina, azúcar, arroz, legumbres, etcétera y el chasquido que hizo al cerrarla fue la ruptura del hechizo.

—¡Madre del amor hermoso, cómo me han dejado ustedes la casa! —se llevó las manos a la cara.

—Engracia, no hemos tocado nada, todo está en su sitio.

—¿Reconoce usted esto?

La atención de la mujer secuestrada por el billete verde que le mostraba el teniente Gastón sujeto entre sus dos manos y cual buque en la negra noche se dirigió hacia él atraída por la luz de ese faro salvador.

—¿Es de verdad?

Los guardias intercambiaron miradas de estupor. Engracia llegó tan cerca del billete que podía olerlo. Lo acarició con las yemas de los dedos mientras sus ojos seguían despavoridos.

—Lo hemos encontrado bajo el jergón —afirmó Gastón.

—¿Y hay más? —cogió el billete y lo miró por ambas caras como si fuese una cagarruta fresca de Dios padre.

—¡Engracia, cojones, espabila! —impaciente el irascible Trípodas dio un paso hasta la mujer y le soltó una bofetada que la tumbó.

La mujer perdió el billete en la caída, que recogió el sargento y devolvió a su teniente y mientras ella se acercó rauda sobre sus rodillas hasta el rincón donde tenían la cama y levantó el colchón en busca frenética de más dinero.

—¿Dónde estaba, dónde lo han encontrado? —pedía a gritos.

Tiró el colchón al suelo, cogió un cuchillo del rincón de la cocina y lo despanzurró y comenzó a rebuscar entre la lana apelmazada que arrojaba por todos lados. Los guardias a la vista del estropicio y de las guedejas de lana y borra volando sobre sus uniformes optaron por salir y marchar. Nada iban a sacar en claro de aquella loca, era evidente que era la primera vez que veía aquel billete y posiblemente la primera vez en su vida que tocaba un billete de aquel importe.

—Hagan el favor de vigilar que esa loca no se hiera a sí misma, está ida —mandó Trípodas a la pareja antes de montar en su mulo.

Gastón y Emérito ya trotaban camino adelante y el sargento los siguió. Facundo y Solís se miraron el uno al otro mientras escuchaban vocear a Engracia.

—Hay que joderse —maldijo uno y tiró la colilla.

—Las exigencias del servicio —matizó su compañero con cierta fatalidad.

—¿Y quién va primero? —preguntó Solís, por antigüedad le correspondía a su compañero.

—Echemos primero un vistazo.

—Sea.

Entraron los dos, la mujer sollozaba sentada sobre los restos del colchón y cubierta de vellones desparramados por toda la casa. Presa de un estupor propio de la gran excitación que los uniformados supusieron que sufría y que ellos debían aliviar.

—¿Pero qué has hecho Engracia?

—Sí, con lo útil que es un colchón.

Su compañero asintió conforme con esa apreciación.

Engracia los miró con la mirada tan perdida como si le hablase el profeta Elías. Facundo se agachó junto a ella y le puso una mano en el hombro.

—Vamos mujer, torna en ti, que no ha sido nada.

—¿No era de verdad? ¿Ese billete...?

—No mujer, en que cabeza cabe que hubiese mil pesetas en tu casa —afirmó Facundo y la sacudió levemente.

—¿De qué? —añadió Solís.

Y viendo que se recostaba pacíficamente en los restos del colchón con las rodillas separadas, y que Facundo maniobraba en su bragueta presto a la coyunda, salió a vigilar al exterior. En cuanto su compañero consumara, entraría él. Engracia quedaría sosegada y ellos podrían marchar tranquilos con el deber cumplido.

El teniente Gastón y su esposa, vistiendo ropas domingueras, llamaron a la puerta de sus anfitriones. Las paellas de Emérito eran renombradas en la casa cuartel y aquel domingo estaban invitados con la excusa de dar la bienvenida a Adela.

—Mi teniente le advertí que viniera solo.

—No Emérito, no me lo dijiste.

—Pues mal hecho —el cabo era un flan de nervios.

Los dos hombres hicieron un burdo aparte. Tan burdo que ellas lo percibieron.

—Es un asunto relacionado con el servicio —balbució el cabo.

—¿Si agasajas a mi mujer cómo quieres que la deje en casa?

Gastón desconcertado miró a su cabo aguardando una explicación sin saber bien a qué atenerse. Pero fue Eufemia la que reaccionó, marchó a la cocina para regresar con una joven cogida de su mano:

—Os presento a Carmela Heredia.

De yeso, como la mujer de Lot, quedaron los dos hombres, uno porque nada entendía, el otro por la precipitación; y la preñada, por ignorancia de lo que allí se cocía, sonreía como una boba aguardando que alguien dijera algo. Y como ellos no reaccionaban lo hizo ella.

—Hola, yo soy Adela, la mujer del teniente Gastón —y le dio un par de besos a la presentada.

—Mucho gusto señora —la gitana tan parada como la concurrencia.

—¿Qué haces tú aquí? —quiso saber Gastón.

—Evitar que me maten —Carmela no consiguió evitar el tono desafiante.

—Emérito, ¿qué es esto, qué hace esta mujer en tu casa?

—Él nada pinta aquí. Carmela me pidió asilo y aquí está. ¿Ibais a darle ley de fugas?

—¡Pero qué estás diciendo Eufemia!

—¡Gastón, ¿ley de fugas a estas alturas?! —exclamó Adela.

—¡No, claro que no! —aquel comedor parecía un concurso de espantos.

—La comida se enfría, y si se sientan ustedes a comer.

—Mi teniente esto es más serio de lo que parece —apuntó Emérito.

Gastón iba a replicar pero entonces una idea cruzó rauda por su mente: el cabo pagador era un veterano del cuerpo y si se había saltado la escala de mando tendría muy buenas razones, algo pasaba con el sargento Trípodes, algo malo que él sospechaba desde hacía unos días y quizás

Emérito colaboraría para esclarecerlo.

Gastón ayudó a su mujer a sentarse a la mesa, a su lado se sentó Emérito que sudaba visiblemente. De la cocina volvieron Eufemia y Carmela con los platos llenos de arroz, hicieron varios viajes para traer el pan y el vino y en el último Eufemia se sentó y señaló una silla vacía a Carmela pero ella se negó.

—Coman ustedes tranquilos, yo estaré bien en la cocina.

—Te he dicho que te sientes —mandó la anfitriona.

—No señora, yo comeré en la cocina —negó terca la gitana.

—Carmela, en la cocina no cabemos todos —apuntó suave Adela.

—Siéntate de una vez, cojones —mandó Gastón.

Su mujer le reconvinó con un gesto y él respiró hondo y señaló a la gitana la silla en disputa.

—Perdón —casi se muerde la lengua al disculparse—. Siéntate para que nos podamos deleitar con esta estupenda paella, por favor.

A regañadientes la gitana se sentó, agarró su tenedor y comenzó a comer. Emérito llenó los vasos de vino tinto y amagó un brindis al que sólo atendió su teniente aunque fulminándole con la mirada. No le gustaban estas encerronas.

—Muy buena, la paella está muy buena —alabó Adela.

—Sí, lo cierto es que sí —se sumó Gastón.

Comieron con gana pero sin la jovialidad requerida por el evento festivo. Tras el flan, las mujeres recogieron y prepararon café, no hubo forma de que Adela estuviese quieta, no iba a permitir que las otras hicieran todo el trabajo mientras ella miraba, los dos hombres se pusieron cómodos aparte.

Gastón aguardó a que Emérito se explicara, el cabo puso la radio para que sus palabras se confundieran con el parloteo radiofónico de una tarde dominical de fútbol, aquella prevención rayana en la desconfianza preocupó al teniente.

—¿Juegas a la quiniela? —inquirió Adela, señalando la radio a todo volumen.

—Como está mandado —sonrió Emérito.

—Esto es muy serio teniente.

—¿Qué pasa con Trípodes?

—¿Qué le lleva a pensar que pasa algo con él?

—Que no está aquí.

—El sargento está preso de don Braulio, por eso no está aquí y no puede saber nada de lo que aquí tratemos.

—¿Es tu impresión o tienes alguna prueba? —enseguida se arrepintió de la pregunta la intuición de los veteranos solía ser acertada.

—Revise el expediente, verá que faltan unas fotografías, yo le vi cogerlas.

—¿Temes mal del sargento?

—El sargento es un hombre de bien, pero se halla comprometido con el cura.

—Y ese compromiso está por encima de su deber.

—Júzguelo usted, mi teniente.

La inquietud se apoderó por completo del ánimo de Gastón, conocía a Trípodes desde hacía unos meses pero Emérito le conocía de toda la vida, según creía hicieron la guerra juntos.

—¿Qué pinta don Braulio en esto?

—El cura está encoñado con María, la viuda de Rufino *el Boina*.

—La barriga es suya.

El cabo sudoroso asintió. Las mujeres iban y venían hacendosas y el Betis marcó un gol al Getafe. En la radio se desató cierto entusiasmo.

—El Rufino conocía la relación y maltrataba a su mujer, lo cierto es que era un borracho asqueroso e igual la hubiese maltratado. La cuestión es que don Braulio convenció a Carmela para que contara a Salvador que Rufino la forzó en el río y el gitano destripó al tiparraco.

—Y al cura le quedaba el camino expedito con la viuda.

—Aunque yo más me creo que lo hizo para salvaguardar la vida del nonato.

Trajeron café y una botella de Terry y cesó la conversación de los hombres, ambos meditaban en lo allí dicho. Uno daba vueltas a las pruebas que necesitaba para confirmar aquellas sospechas y el otro temía las consecuencias de sus palabras, lo mínimo que le podría acarrear sería un traslado y si se tenían que mudar por bocazas temía la mala reacción de su mujer.

Tomaron café y coñac y el parloteo de las mujeres pronto superó a la retransmisión de goles, faltas y fueras de juego de la *Radiogaceta de los Deportes* en Radio Nacional. La conversación giraba entorno a la embarazada, Eufemia lamentaba, aunque sin ninguna tristeza, no haber engendrado, y Carmela envidiaba una vida estable y con familia, Adela se veía algo agobiada, una siesta le sentaría de maravilla, pero estaba distraída con ellas.

—Voy a echar a los animales —dijo Emérito algo aturdido por el guirigay mujeril.

—Te acompaño —sugirió Gastón.

Con los hombres fuera Eufemia sacó una botella de chinchón y sirvió a las otras. Las risas se acrecentaron sin importar los goles de la jornada. Al poco apagaron la dario.

—Vale, ¿y ahora qué? —quiso saber Gastón mientras cepillaba a *Ojeroso*.

Emérito vació en su pesebre medio cubo de cebada y se encogió de hombros, recapacitó unos instantes, se rascó la cabeza, y opinó:

—Creo que lo primero sería ganarnos al sargento Trípodes, liberarle de las garras del cura.

—Menuda faena —suspiró Gastón abrumado por la tarea en ciernes.

El cabo se arrimó al teniente y se sumó al cepillado, bajó la voz como si le hablase al jamelgo, más interesado en el pienso que en sus palabras y susurró:

—El sargento es buena gente. La guerra le pilló como guardia joven, sirvió con lealtad a la republica hasta que esos bastardos ocuparon Villaciegos y comenzaron los desmanes.

Emérito calló y Gastón comprendió que “hasta ahí podía leer”

—Todos tenemos historias negras de cuando la guerra.

Compartieron un largo silencio como camaradas y ya con *Tostado* a medio cepillar el teniente preguntó:

—¿Qué vamos a hacer con la gitana?

—Eufemia se ha encariñado con ella, es buena gente, no me gustaría que le pasara nada malo.

—¿Quién más sabe que está aquí?

—Los que nos hemos comido la paella, mi teniente. La chica no ha hecho nada, el cura la embaucó, eso es todo.

—Tenemos que ir a por el cura.

La noticia pronto corrió por los corrillos de Villaciegos, pero como Daniel se mantenía al margen de las hablillas tardó en enterarse, fue en la tasca del *Vinagres* y de casualidad.

—¿De dónde vienes tan contento Tomás? —preguntó su compañero.

El interpelado se subió los calzones en plan machote y dijo que de ver a la Engracia. Pidió una Coca-cola y galleó ante Agapito.

—Tendrías que ir a verla, recibe a cualquiera que llame a su puerta.

—¿Ah sí?

—Pues sí, desde que han detenido a ese desgraciado los mozos hacen cola ante su puerta, je, je, je... Que rica está la condenada. Aunque desde aquello dirás que la veo un poco alelada.

—¿A quién dices que han detenido? —preguntó *Vinagres*.

—Al Antolín, por lo del Víctor.

—¿Han detenido al pastor? —preguntó de repente Daniel.

Tomás asintió extrañado de que aquel tipo le dirigiera la palabra, normalmente era bastante hosco con todo el mundo.

—¿Qué ha pasado?

Pero enseguida Tomás recobró la prestancia al verse objeto de la atención de la concurrencia.

—Parece ser que en un ataque de cuernos, Antolín fue a por Víctor y le destripó —lamentó su cortedad de palabra, el corro se diluía como un azucarillo en café entonces improvisó—. Al parecer le han encontrado en posesión de una parte del botín.

—¿Qué botín es ese? —la concurrencia volvió a rodearle.

El municipal se dio aires, bebió un trago de su refresco, eructó como el machote que aparentaba, y bajó la voz para cerrar el grupo entorno a sí antes de decir.

—No lo sé.

—¡Venga hombre! —exclamaron los más próximos azuzándole a contar lo que supiese. Todos conocían de sobras su nula capacidad para la inventiva.

—Antolín tenía un billete nuevecito de mil pesetas —reveló con tales aspavientos que si fuese la llegada del Mesías.

Las expresiones de consternación e incredulidad corrieron de boca en boca, cual moderna fiebre del oro: ¡mil pesetas! Y enseguida comenzaron a difundirse exageraciones, invenciones y embustes de toda clase. Más de uno se planteó acudir a visitar a la Engracia pero no para catar sus carnes sino para rebuscar los dichos billetes pues es sabido que donde hay uno puede haber más.

La mente de Daniel comenzó a importunarle con la premura de huir, escapar de Villaciegos, si Antolín hablaba él estaría perdido. Ese billete le condenaba a presidio si le relacionaban con el asesinato de don Honorato. A presidio si no a garrote. Y le relacionarían, en cuanto le detuvieran hallarían en su casa el reactivo que utilizaron para quemarle la garganta para que revelara la combinación de la caja fuerte. Con la trabajera que sufrieron para ahorcarle, ese hombre pesaba como... Dejó unas monedas sobre la barra e hizo una seña al tabernero que asintió y marchó.

—Mirad, ahí va uno a por la Engracia, je, je, je —comentó Tomás—. Ya os dije que los mozos hacen cola, je, je, je —pero ya nadie le prestaba atención ocupados en sus propias cavilaciones.

Daniel corrió hasta su casa, bajó la maleta de encima del armario ropero, la abrió sobre la cama y comenzó a meter su ropa de cualquier manera, nada, lo imprescindible: unas mudas, la ropa buena. Se maldijo por no tenerlo preparado, pero quién se iba a imaginar que los acontecimientos se precipitarían de esa manera. Tenía pensado desaparecer con discreción, sin llamar la atención y ahora tenía que salir por piernas.

Buscó la calma, se llevaría lo imprescindible, lo demás lo compraría nuevo, pero tenía que pensar unos instantes para evitar la vuelta a por algo que se hubiese olvidado, desde luego sus cámaras, algún accesorio, algún material caro y sobre todo el dinero, je, je, je. Apartó la cama,

levantó una baldosa y tiró de una cuerda, ataba un saquito de arpillera, lo abrió sólo para tocar, oler, un buen montón de dinero. ¡Ahí estaba su futuro con Natalia! Iría a buscarla, montarían en el primer tren que saliera de la capital y se instalarían bien lejos para criar a su hijo.

Metió el saquito en la maleta, sus cámaras, se vistió el traje de los domingos, repasó mentalmente su alrededor, no, una vez en la capital no regresaría por nada.

Cogió la maleta y salió a la calle, tentado estuvo de parar en casa de la vecina para dejarle la llave de su casa, pero no, demasiadas explicaciones y tampoco tenía plantas necesitadas de riego ni un gato que alimentar.

Con decisión echó a andar calle abajo en busca de la estación.

—¡Eh, tú! —la voz le sobresaltó, sin saber porqué supo que “tú” era él y se volvió, y cuando sus ojos vieron a una pareja de la Guardia Civil aguardando a que se acercara a ellos, de poco no le dio un síncope.

—¿Qué pasa? —preguntó con todo el aplomo que consiguió reunir.

—Coge la cámara y pásate por el cuartelillo a fotografiar a un detenido —mandó Facundo.

—¿Ahora?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—No, no.

—Pues andando.

—¿Quién es ese detenido? —siguió a la pareja.

—Ya lo verás —dijo con indiferencia Facundo.

—¿Y la cámara? —preguntó Solís.

—La llevo en la maleta.

Las tripas le advertían que se trataba de Antolín, de una parte deseaba saber qué había dicho y de otra temía que le señalara con el dedo y acabara encerrado. Fue cruzar el umbral del cuartelillo y caer en la cuenta de que no tenía preparada una historia creíble que le desvinculara de todo mal. Desde luego si salía con bien se subiría al primer tren y no volverían a verle el pelo en Villaciegos.

—Buenos días —saludó al guardia en la puerta—. Vengo a fotografiar a...

—Un momento —mandó Mirto y llamó a alguien.

El sargento Trípodes salió a su encuentro, le hizo una seña para que le siguiera. Le metió en un despacho y le mandó que preparara la cámara. Daniel, previsor, traía todo lo que iba a necesitar en la maleta, que abrió en el suelo en un rincón, y comenzó a desplegar un trípode y fijar la cámara en él.

Entre Mirto y Flores trajeron a Antolín, durante unos instantes se quedaron mirando al fotógrafo hasta que Daniel comprendió que esperaban que les dijera donde posar. Daniel señaló un paño de pared libre de adornos y allí se pusieron los tres. Antolín, con cara de aburrido, en medio de los tricornos de rictus severo a pesar de su juventud.

Daniel midió la luz, corrigió el diafragma, abrió los postigos de la ventana, comprobó y miró por el objetivo, soltó el típico “sonreíd a la cámara” que sonó raro, y fotografió.

Los guardias se apartaron y le hicieron un gesto y Daniel comprendió que tenía que fotografiar al detenido solo.

—Se tiene que enfriar el diafragma, creo que se ha atorado —soltó de repente.

La pareja intercambió miradas de cansancio sin percatarse del engaño.

—Esperamos fuera, no tardes —dijo Flores, y salieron a fumar.

Daniel se acercó al pastor.

—¿Pero que cojones ha pasado?

Antolín, desconcertado, se encogió de hombros.

—El muerto, ese cabrón de Víctor, se tiraba a mi mujer y me encierran a mí.

—Les has dicho algo.

—¿Yo, de qué?

—De lo nuestro.

—¿Y qué es ello?

—¡Joder Antolín!

—¿Todavía no? —preguntó uno de los guardias que se asomó por la puerta.

—Ya está casi frío, enseguida acabo.

—Dicen estos que dejé el ganado, acudí a la cuadra, maté al hijoputa, y que volví con el ganado. No sé yo... Si lo hice no lo recuerdo.

—Pero, ¿por qué ibas tú a matar a Víctor?

—Porque se follaba a mi Engracia —e hizo un gesto de “como debe ser”.

—¿Y qué les has dicho del billete?

—¿Qué billete?

—¡El billete de mil pesetas!

—¿Lo han encontrado? —se preguntó a sí mismo con la cara de pasmo que pone uno cuando ve derrumbarse el cielo sobre su cabeza.

Un sudor pegajoso cubrió la frente de Daniel ante la mirada vidriosa de Antolín, le creyó capaz del destripamiento del cortijero. Le retrató un par de veces y el pastor reaccionó al sonido de la máquina.

—Pues tendrás que darme otro —soltó de repente.

—¿Otro qué?

—Otro billete verde, o mejor cuatro o cinco más.

—Vale, voy a casa a por ellos y luego te los traigo —procurando que no se le notara el sarcasmo.

—En cuanto me suelten, cojo a mi Engracia y no paramos hasta Barcelona —y sonrió como un bobo.

Daniel desmontó su Rolleiflex, la metió en su funda y a la maleta, luego la siguió el trípode y lo demás. Cerró la maleta y la dejó contra la pared.

—Eh, tú, ven a firmar —le llamó un guardia mientras su compañero se llevaba al pastor.

—¿Firmar el qué? —extrañado.

—Bien querrás cobrar, ¿no?

Daniel siguió a Mirto hasta un despacho donde le entretuvieron firmando papeles, cuando regresó cogió su maleta y marchó a la estación.

A las dos horas viajaba camino de la capital y cada kilómetro que el tren le alejaba de Villaciegos le ensanchaba el corazón un poquito más. No tardaría en estrechar a Natalia entre sus brazos, quería a esa mujer y al final sería suya.

—Hola —saludó Daniel cuando entró en la tienda—. ¿Está Natalia? —preguntó alegre.

Vera, la madre de Natalia, apenas alzó la vista de la cámara que mostraba a un cliente, una

Kodak de 35 milímetros, compacta y de sencillo manejo, que deslumbraba por completo al chaval que la iba a recibir por su primera comunión. Un lujo, envidió Daniel.

La mujer ignoró al recién llegado y continuó con la venta.

—Iré a ver si la encuentro en el patio.

—No está —murmuró el viento en la estepa—. No está en el patio —repitió con enojo.

—Bien, la esperaré —concedió Daniel intimidado por la mirada gélida.

No soltó la maleta, aquel peso pendiente de su brazo izquierdo, y su contenido, le confería la seguridad que la aviesa mirada de la anciana resentida le restaba.

La venta se malogró, el cliente dudó entre la Kodak y una aparatosa Polaroid, ambas muy caras, y para decepción del chico soltó aquello de “me lo pensaré” y ambos marcharon.

Vera recogía las cámaras que había sacado sobre el mostrador a la vez que fulminaba con sus ojos fríos al tipo sonriente.

—No hace falta que la esperes, Natalia no va a venir.

El tono sombrío inquietó a Daniel y temió.

—¿Le pasa algo a Natalia, está enferma?

La esclava se acercó hasta encararse con él, le miró con una censura tan grave que le amedrentó antes de acusarle.

—Natalia es todo lo que tengo en la vida y casi se muere por malograr la barriga que tú le hiciste ^[2]*skurwysynu* —el insulto evocó la ventisca en la tundra.

Daniel agarró por un brazo a la vieja y la zarandeó con rabia.

—¿Dónde está Natalia? —una rabia infinita había substituido a toda la alegría.

—Vete y no vuelvas más —dijo aquella voz rota y tan fría como los ojos que le fulminaban.

Daniel la apartó de sí con un empujón, molesto por la impresión de que la mujer le habría abofeteado de haber superado la repulsión a tocarle que su presencia le inspiraba, y corrió escaleras arriba, llamando a Natalia con una consternación desangelada.

La halló en la cama, calenturienta y desorientada. Se arrodilló junto al lecho y le cogió una mano.

—Natalia, mi amor, ¿qué has hecho?

Ella la miró con los ojos enfebrecidos y negó.

—Te dije que me esperaras, te pedí un mes.

—Han pasado tres —acusó ella con un esfuerzo que le dolió incluso a él.

—¿Qué importa eso?

—El bastardo estaba bien agarrado —acusó la vieja desde la puerta. Daniel sintió el viento gélido de la estepa en su espalda y tuvo un escalofrío—. De poco no mata a mi pobre hija.

—Era nuestro hijo —lloriqueó Daniel agarrado a la mano de Natalia cual naufrago a su tabla—. Yo he procurado por él, por nosotros.

—Vete, casi la matas —exigió Vera.

Daniel se puso en pie fue hasta la puerta y la cerró sin importarle si chafaba las narices de aquella impertinente esclava. Regresó junto al lecho, puso la maleta encima y la abrió.

—Te dije que volvería, te dije que criaríamos a ese niño —rebuscaba con afán cada vez más contrariado—. ¡Mira, mira lo que traigo, es para nosotros! —sus manos inquietas sacaban de la maleta mudas, calcetines, camisas en abrumada búsqueda.

Natalia tosió y se dio la vuelta, Daniel percibió un ligero tembleque, sin duda tenía fiebre, mala señal, pero lo que más le dolió fue la indiferencia hacia lo que le iba a mostrar en cuanto lo hallase, ¿dónde diablos estaba su dinero?

Por más que revolvió y aunque volcó sobre la cama todo el contenido de la maleta, el saquito de arpillera repleto de billetes no apareció. ¡Le habían robado! Repasó mentalmente el recorrido desde su casa. Solo perdió la maleta de vista en la casa cuartel. ¡Le habían robado esos cabrones de la Guardia Civil, le habían robado!

Aunque el capitán Escolano hacía días que faltaba en Villaciegos a Gastón no le costó demasiado obtener un permiso municipal para utilizar un descampado como campo de tiro. En cuanto sugirió que los guardias necesitaban ejercitarse, para mejor luchar contra el crimen, don Eugenio firmó su petición y cedió el vehículo municipal.

Se trataba de una vaguada surcada por una torrentera seca como alma de usurero. La angostura se ensanchaba hasta un terraplén arenoso idóneo para evitar accidentes por rebotes. Contra el

dicho talud amontonaron varias balas de paja, cedidas por don Melitón, sobre las que fijaron unas dianas de papel.

Gastón consiguió de la Comandancia dos cajas de munición caducada de calibre 7 milímetros, marcadas como excedentes del Ejército, y ordenó ejercicios de tiro a toda la platilla del cuartelillo. Invitó al evento a los guardias municipales e incluso permitió que Ponciano disparará con su naranjero incautado.

Los municipales acudieron por sus medios, los guardias en bicicleta y el teniente y su sargento jinetes de sendas monturas. Gastón montó a *Ojeroso*, Trípodes en *Tostado* y a última hora se sumó Emérito a lomos de *Valeriana*.

Los guardias demostraron buen tino aunque los máuser M43 *Coruña* acusaban cierto desgaste. El naranjero del alguacil, un roción de balas, ruidoso y más efectivo por el supuesto impacto psicológico en el contrario que por los aciertos. Gastón demostró buena puntería con su pistola Star de 9 milímetros, con la que vació dos cargadores, y el sargento Trípodes disparó su vieja Astra 400, *La Puro*, de similar calibre y a la que guardaba cierta querencia. Pero sin duda la estrella de la mañana resultó el flamante fusil ametrallador que pronto equiparía al ejército español y por tanto a la Benemérita: el cetme.

El capitán Escolano tuvo a bien dejar uno en el armero del cuartelillo para que se familiarizaran con él y en aquella mañana no daban abasto a llenar los cargadores y a dispararlos. Tiro a tiro o a ráfagas los proyectiles se consumían a lo loco. Chiquillos con zapatos nuevos. Disuelta la disciplina en el confianzudo recreo todos querían probar, todos querían disparar. Al poco no quedaban dianas, deshechas en jirones, y el aire se llevaba la paja de las prietas balas hechas trizas a balazos.

—Trípodes... —Gastón no sabía bien como iniciar la conversación sin que su compañero se cerrara en banda.

Pensaba en ello mientras llenaba el cargador de su pistola. Junto a las dos cajas de munición para arma larga le enviaron un millar de cartuchos de 9 milímetros para arma corta.

Por su parte el sargento sospechaba que tras el día de asueto el teniente escondía una intención que se le escapaba.

—Tenemos pendiente una charla confidencial, pero seria y necesaria —concluyó Gastón.

—Y la mejor manera de escondernos es a la vista de todos.

—Tú lo has dicho Trípodes.

—¿Qué sucede teniente?

—Preferiría que hablásemos de tú a tú, de hombre a hombre, dejando a parte los galones.

—¿Tiene que ver con el servicio?

Gastón alzó la vista hasta los ojos sombríos de su interlocutor buscando, pidiendo, exigiendo, sinceridad.

—¿Qué te preocupa Gastón?

El teniente introdujo un cartucho en la recámara de su Star y se la tendió al sargento, por su expresión severa Trípodes captó la gravedad del asunto y se puso a la defensiva. Cogió el arma y aguardó a que repusieran las dianas. El guardia civil que substituía los blancos hondeaba un banderín rojo para que todos le vieran, la polvareda tardaba en posarse y ninguno deseaba sufrir ni causar un accidente. Con la faena hecha Mirto corrió y recomenzó el tiroteo. Trípodes alzó la pistola y apuntó.

—¿Qué te ata a don Braulio? —preguntó con suavidad Gastón.

Trípodes disparó dos veces con escasa puntería. Visiblemente turbado volvió la vista hacia su

superior, sujetó la pistola con ambas manos y disparó tres tiros, tres aciertos.

—Sospecho que el cura está detrás de los muertos en las balas de paja y necesito saber qué te liga a él antes de realizar una detención.

—¿Qué te lleva a pensar eso? —el sargento efectuó dos disparos más.

—¿Qué es culpable? Un testigo.

—No, que tiene algo contra mí.

—Otro testigo.

—Entonces ya lo sabes todo —devolvió la pistola—. Toma, no me convence, donde esté mi Astra.

Gastón apuntó y disparó con notable puntería hasta vaciar el cargador.

—Si lo supiera todo no te estaría preguntando sino arrestándote —y le clavó la mirada.

Trípodes le cogió la pistola, extrajo el cargador y comenzó a rellenarlo de cartuchos.

—Es una historia añeja, de cuando la guerra, una historia de mierda. Yo estaba de jefe de puesto y él era el cura del lugar.

—Ambos erais muy jóvenes.

—Él acababa de salir del seminario y yo de la academia de Úbeda. Al poco estalló la guerra, esa maldita guerra que nos desgarró a todos. Llegaron al pueblo dos camiones de milicianos de la FAI, apresaron a don Eugenio y a don Melitón, a este le pillaron en la carretera huyendo con la familia en un carro cargado de muebles y enseres diversos. Apearon a su familia y prendieron el carro con todas sus pertenencias. Aquel hombre lloraba como una Magdalena viendo arder sus cuadros y cajoneras repletas de todo.

—Ya, y los milicianos que siempre carecieron de todo reían.

—Reían sí. Llevaron a los detenidos hasta un descampado, un sitio cerca de aquí, tras aquella loma, para fusilarlos. Acudimos el cura y yo y tres números y detuvimos la ejecución.

—¿...?

—Sí, no me mires así, yo estaba con el gobierno legítimo no con los sublevados, yo juré lealtad a la República.

—¿Se lo creyeron los de la FAI? Me consta que eran correosos.

—Si por “correosos” quieres decir unos asesinos desalmados hijos de la gran puta, pues sí me parecieron hartos *correosos*. Me hice cargo de los detenidos, los encerré en el calabozo para protegerlos. Los anarquistas quemaron los registros, los archivos de la Iglesia, colectivizaron las tierras, nombraron un alcalde de su cuerda y se incautaron de todo. Reventaron la caja de caudales de Correos, saquearon las casas de la gente bien y se alojaron en ellas. Decretaron la movilización forzosa de todos los varones en edad militar, la educación obligatoria para todos los niños, fundaron una guardería, habilitaron un hospital...

—Y quemaron la iglesia.

—No, don Braulio no lo permitió. Ya de joven gastaba más cojones que dieciséis anarquistas juntos. Pero consintió en que fuese utilizada como refugio antiaéreo por los vecinos, los fascistas no solían bombardear las iglesias.

—Ojo Trípodes que los fascistas ganaron y ahora todos lo somos —murmuró en tono jovial.

—Puede que ganáramos pero algunos no somos de esa clase. Que seamos partidarios de la ley y el orden no nos convierte en fascistas.

—Toma —le entregó la pistola recargada.

—Fueron unos tiempos difíciles, la convivencia imposible, esa gente desconfiaba. Para colmo una noche dos números desaparecieron para unirse a los alzados. Antes de irse liberaron a los

detenidos, don Melitón y algunos más. Supimos que las columnas del ejército de África se acercaban y los anarquistas se pusieron nerviosos y los persiguieron. Cazaron a mis hombres. Los trajeron de vuelta y los ahorcaron del balcón del ayuntamiento a la vista de todos los vecinos. Aquella ejecución pública luego se volvió contra mí.

—Poco podías hacer tú salvo sobrevivir.

—Y lo hice y salvé a muchos. Pero cuando las tropas nacionales ocuparon Villaciegos fui arrestado y condenado a muerte. Don Braulio habló en mi favor y detuvo la ejecución.

—¿No testimoniaron a tu favor los caciques?

—Se pasaron la guerra fuera de Villaciegos y su testimonio fue más bien tibio.

—Vale, te mantuviste leal a la República, ¿eso es lo que el cura tiene contra ti?

—No, eso es público y consta en mi expediente, lo que don Braulio y nadie más sabe, es que yo denuncié a mis hombres fugados.

—¿Por qué Trípodes, tú sabías que los ejecutarían?

—Los ejecutaron por mi culpa, soy un cochino delator.

Gastón vació el cargador de su pistola sin vacilar y en medio de la humareda y el olor a pólvora quemada volvió la vista hasta fijarla en los ojos del sargento.

—No te creo amigo. No me cuentas la verdad.

—Pues eso es lo que hay.

—Si falta la sinceridad entre nosotros se resentirá nuestra amistad.

—Pues eso es lo que hay —insistió Trípodes.

Ambos recargaron sus respectivas armas en silencio y las enfundaron, luego acudieron con los otros a disparar con las armas largas. A ver si el estruendo del naranjero disipaba el rencor anunciado. Pero se atoró.

Pero no hay fiesta completa sin mujeres, y como no podía ser menos con ellas trajeron comida y vino. Hacia el mediodía las familias de los guardias acudieron al improvisado campo de tiro, se desparramaron a la sombra de las encinas y dispusieron el almuerzo. Y donde hay mujeres preparando viandas en una jornada festiva no puede faltar un representante de la Iglesia.

Los guardias recogieron las armas, los chiquillos corriendo de aquí para allá en manadas ansiosas por tocar los hierros presagiaban una desgracia y hubo que repartir algún pescozón a los más insistentes para que se olvidaran de las armas. Fusiles y pistolas ejercían sobre los chicos una atracción peligrosa. Al final les encomendaron la recogida de casquillos y eso les entretuvo.

—Que buen día nos manda Dios —saludó don Braulio que enseguida acudió junto a los jefes.

Gastón andaba relleno su pistola para guardarla en la pistolera de su cintura, les habían llamado a comer, aunque algunos prendieron lumbres, sabía que su Adela era más partidaria de llevar la comida hecha de casa que no liarse a cocinar sobre el terreno. Y dado su estado la veía más apurada que menos. De buena gana se habría quedado tranquila en casa.

—Buenos días don Braulio —devolvió el saludo Trípodes que limpiaba el cetme.

—¿Y esa metralleta?

—Es el nuevo fusil de asalto que va a equipar a nuestras fuerzas armadas —explicó el sargento a la vez que lo mostraba.

—Válgame el cielo, el hombre siempre pensando en la mejor manera de matar a sus semejantes.

—¿Quiere probarlo padre? —ofreció Gastón mientras enfundaba y aseguraba el cierre de su pistolera.

—No hijo, gracias, las armas y yo no congeniamos, ni cazar me gusta. ¿Y qué, cómo se ha dado

el día?

—Pues ya ve, un día de asueto —resumió Gastón malcarado pues acababa de ver a Clementina entre el grupo de los municipales y tenía problemas.

—Pues no habría estado de más iniciarlo con una misa —criticó el cura como al descuido.

Pero la atención de la concurrencia la captó el poderoso petardeo de una motocicleta que llegó seguida de tremenda polvareda. Crispín a lomos de una flamante Derbi llegó hasta ellos, sonriendo como un chaval con moto nueva.

—Menuda máquina —alabó el sargento Trípodes.

—¿Cuánto gana un cura rural? —preguntó el teniente Gastón desabrido provocando un mohín de desdén en don Braulio.

—Recién estrenada, me la acaban de entregar, ¿qué os parece?, chula, ¿no? —y Crispín la aceleró repetidamente para demostrar su potencia—. ¡250 centímetros cúbicos!

—¿Venís a comer, o qué? —les llamó Eufemia.

—Ya vamos —dijo Gastón seco.

Las risas de Clementina se le clavaban en la cabeza como agujones envenenados y por el rictus hosco de su esposa, impropio de un día festivo, auguraba un mal final.

Gastón aprovechó que don Braulio recriminaba algo a su sobrino, probablemente la superflua y extravagante entrada en escena, para comentar a su sargento:

—Luego tenemos que charlar con la *Gallega* —Trípodes le miró extrañado e intrigado—. Quiero que nos cuente cuánto le ha pagado ese por la chica —referido a Ponciano.

El sargento intuyó cierto resabio en las palabras del teniente pero se lo calló.

—*La Gallega* no admitirá la comisión de ningún delito. Tú ya sabes que la trata, la compra venta de personas es un delito.

Aquella salida incomodó a Gastón, ¿acaso estaba de chungu Trípodes? Valiente majadero.

La ensalada bien aliñada, los tomates del huerto del cura sabrosos y dulces acompañaban una tortilla de patatas jugosa y en su punto; las risas de los comensales sinceras, las hablillas más o menos procaces divertidas, pero todo resultó en vano, Gastón cada vez más ensimismado y alejado de aquel bullicio y su esposa cariacontecida, sudorosa, y deseando volver a casa apenas probó bocado.

—¿Lo habéis hecho? —preguntó Gastón huraño.

—No me encuentro bien.

—¿Qué tienes, que te pasa?

—A ti qué te parece —con un gesto señaló su abultada preñez.

—Vale, tranquila, no pasa nada mujer, bebe un poco de agua fresca y se te pasará.

Pero ella respiraba con dificultad y él no paraba de insistir en si lo habían hecho.

—¿Qué, qué teníamos que hacer maldita sea? —malhumorada.

—Sacar a Carmela del pueblo. Quedamos que la subiríais a un tren mientras...

Y cuando alguien les ofreció una tartera de conejo con cebolla, Adela vomitó y se puso de parto. Al principio nadie le prestó atención, los que no comían o bebían, cantaban o escuchaban cantar, o como Gastón estaban a lo suyo.

En medio del jolgorio, Facundo resultó un excelente guitarrista y Solís canturreaba por bulerías con notable gracia, Adela rompió aguas. Comenzó a chillar de dolor invadida por el pánico, su hijo llamaba a la puerta y ella no estaba preparada. No todavía. Y su esposo estaba ausente, enfurruñado por algo ajeno al evento que la agobiaba.

Fue Eufemia, la del conejo encebollado, la primera en percatarse del trance.

—¿Adela te encuentras bien?

—¡No! —chilló ella aterrada.

Gastón despertó súbito y la cogió en brazos y la llevó corriendo hasta el vehículo municipal. Mientras mandaba a voces que avisaran a todo el mundo. Trípodas mandó a un par de guardias, Mirto y Flores, que recogieran y él acudió en busca de Segismundo. Emérito dijo que avisaría a Vicenta, la partera.

Al volante Gastón corrió por el descampado como alma perseguida por el diablo, su esposa le tuvo que pedir a voces que moderara la velocidad, y el consecuente traqueteo, si no quería que se le cayese la criatura.

Al fin llegaron a la casa cuartel y antes que ella pudiese gritar por la siguiente contracción estaba acostada en su cama, sudorosa, asustada, y en camisón.

—¿Dónde está la comadrona? —gritó Gastón más asustado que su esposa.

—Ya viene, ya viene —anunció Eufemia en un tono de voz más calmado.

—¿Qué es eso? —quiso saber Gastón señalando lo que parecía una silla.

—La silla partera, tenemos una que compramos entre todas.

—¿Y para qué...?

—Mire lo mejor será que salga, esta es faena para mujeres —entre todas le echaron de la alcoba.

Al fin llegó Vicenta, la partera, examinó a la parturienta y anunció que el alumbramiento sería inminente aunque doloroso, veía muy cerrada a la primeriza. Pidió agua caliente, trapos y aceite de oliva y cuando hizo ademán de marcharse Gastón la detuvo.

—¿Adónde va usted?, dígame que necesita y yo iré a buscarlo.

—María, la viuda del *Boina*, también se ha puesto de parto y está sola en su casa. Aquí tiene usted a muchas mujeres sabedoras que ayudarán a su esposa pero María está sola y también es primeriza, peligrá ella y su niño.

—Usted no se mueve de aquí —mandó severo Gastón.

En esas llegó Trípodas y el teniente le agarró por un brazo.

—Vamos sargento, acompáñame a casa de la viuda del *Boina*, rápido.

Poco después regresaban acarreado entre los dos a la desdichada parturienta que nada entendía. Tan perpleja como el sargento que se temía una detención y las consecuencias le aterraban. ¿Cómo iban a atender ellos un alumbramiento en el calabozo?

Se cruzaron con Segismundo, el médico, acababa de examinar a Adela.

—¿Se marcha doctor?

—Sí, tengo otras visitas que hacer, pero no se preocupe teniente su esposa está en buenas manos, Vicenta es la mejor en lo suyo, carece de estudios pero lo compensa con bondad y veteranía.

—¡Pero doctor...! —Gastón intentaba retenerle.

—Créame teniente, Vicenta está más cualificada que yo para esto —y señaló a la sufriente María sujeta entre los dos uniformados—. Ha traído a más niños al mundo de los que usted imagina.

Los dos hombres bajaron la vista al sentir la humedad en sus botas, la mujer acababa de romper aguas y les miraba con un atribulado aplomo que para sí lo quisieran ellos.

—¿Para que me han traído aquí? —preguntó María.

—Tenemos que hacerte unas preguntas —fue lo primero que se le ocurrió al sargento.

—Ahora no me viene bien —comenzó suave y con los ojos cerrados—. ¡No ven que ando

ocupada pariendo! —gritó con un tremendo espasmo.

Vicenta y Eufemia acudieron a los gritos y se hicieron cargo de María.

—¿Qué hace ella aquí? —Trípodes señaló a Carmela con un rictus de espanto en el rostro.

—Luego te lo explico —contestó Gastón y fue hasta su esposa que sufría en la cama.

—¿Cómo estás cariño?

—Ya lo ves, en cuanto me peine nos vamos al baile, ¡jay! —el grito de dolor escalofrió al teniente.

Carmela le masajaba el vientre con aceite de oliva para favorecer la dilatación.

—Venga hombres fuera —mandó tajante Vicenta mientras ayudaba a María a sentarse en la silla—. Vamos, tú primero cariño, que vas más adelantada.

—Oiga, pero... —Gastón iba a protestar por la preferencia de María sobre su esposa pero le cerraron la puerta en las narices.

—Tranquilo Gastón, las mujeres saben lo que se hacen.

—Estás blanco.

—Pues anda que tú, pareces el fantasma de mi abuela.

—Je, je, je —ambos sonrieron de puro nervio, satisfechos de que al fin los hubiesen expulsado de aquel cuarto maldito del que brotaban tan horrorosos aullidos.

—Desde luego si tuviésemos que parir los hombres, la raza humana se extinguiría —comentó Emérito con su habitual facundia.

Salieron al patio y prendieron tabaco. A la segunda calada Trípodes miró a sus camaradas inquiriendo una explicación con gesto sombrío. Emérito adujo una mala excusa, señaló la cuadra y marchó.

—¿Qué hace aquí esa gitana? —insistió Trípodes, pero Gastón señaló con una seña a la puerta.

Don Braulio acompañado de su sobrino Crispín, ambos sonrientes, se acercaron a ellos y ante su expresión cariacontecida temieron lo peor.

—¿Ha pasado algo malo? —quiso saber el cura mayor.

—Pues no sé si será malo o bueno pero lo que sea está sucediendo —un llanto infantil interrumpió la perorata del sargento.

—Pues de momento suena a bueno —dijo Crispín alegre.

Enseguida otro llanto se unió al primero. Del cuarto salió Eufemia con los ojos anegados en lágrimas de alegría. Fue hasta los hombres y cogió las manos a Gastón.

—¡Una niña, tiene usted una hija preciosa, pequeñita y sana! —le besó en ambas mejillas emocionada, ella siempre deseó ser madre.

—¿Y María, cómo está María? —se interesó Crispín.

—Un niño, ha tenido un niño robusto y llorón —cogió las manos del curita y se las besó, a él se le saltaron las lágrimas—. Los dos han sido buenos y no han hecho sufrir demasiado a sus madres primerizas.

Cogió un balde de agua y regresó a la habitación. Los hombres intercambiaron felicitaciones, ahora les apremiaba entrar a ver a las mujeres y a las criaturas.

No tardó en abrirse la puerta y Vicenta los invitó a entrar, las mujeres ya aseadas compartían lecho y acunaban a sus hijos en sus brazos. Felicitación a felicitación el tremendo susto sufrido iba dando paso al feliz descanso y a la alegría de estrechar aquella cosita arrugada, roja y fea pero viva.

—¿Cómo estás mi amor? —susurró Gastón al oído de Adela. La veía agotada pero satisfecha.

—Mira, mira que niña tan preciosa —y le apartó la ropita de la cara para que él pudiera verla

mejor.

—Se parece a ti —opinó Gastón.

—Toma, cógela —ofreció ella.

—¿Yo? —la propuesta le colmó de inquietud.

Metió los brazos por abajo, agarró al bebe como si fuese de porcelana fina y la apretó tan fuerte contra su pecho, para que no se le cayera, que la niña rebulló por el cambio de sostén pero no lloró.

—Teniente, estás hecho un padrazo —Trípodes le palmeó la espalda—. Felicitaciones.

—Preciosa niña, preciosa —anotó Eufemia afanada en recoger y ordenar.

—Enhorabuena mi teniente —felicitó Emérito—, y a criarla con salud.

—Gracias, muchas gracias —Gastón estaba abrumado sin saber qué hacer, sin pretenderlo restaba protagonismo a su mujer, la verdadera artífice, bueno, él algo tuvo que ver en el evento, pero... Aturullado por su propia estulticia se volvió hacia la otra madre primeriza. Crispín sostenía al hijo de María, pero él fue más listo y estaba sentado en la cama, de modo que todos felicitaban a la madre en vez de a él. Claro que él era el padre y el cura... Ya volvía a divagar. Por suerte llegó Vicenta y le arrebató a la criatura que comenzaba a rebullir hambrienta.

—Traiga, ande, esta preciosidad tiene que mamar para hacerse grande y bonita —y le hizo una carantoña al bebé—, y no creo que usted...

—Vamos a dejar a las mamás un rato de tranquilidad para que amamanten a sus hijos —mandó la partera—. Venga todos fuera, a celebrarlo.

—Pero yo, yo puedo quedarme, ¿no?

Gastón y su mirada implorante no merecieron piedad, fue despedido junto con los demás. Sólo las mujeres quedaron con las recién paridas. Había que ver si Adela y María tenían leche suficiente o si sería menester buscar una nodriza.

—Los niños son una bendición, alabado sea el Creador —preconizó don Braulio—. Felicidades teniente —y le alargó la mano que Gastón estrechó con fuerza.

—Gracias don Braulio.

En un aparte Crispín se sonaba para disimular el llanto emocionado de alegría, ni que fuese el padre de la criatura. Y Gastón cayó en lo evidente, ¡pero cómo se puede ser tan lerdo! ¡Crispín era el lío de María y no don Braulio! Arrebató a Trípodes de una animada charla y se lo llevó aparte.

—¡El lío de la viuda es con el sobrino del cura!

—Sí, claro.

—¿Tú lo sabías?

—Hombre, en el pueblo quien más quien menos...

—Pues yo bien creído que era don Braulio.

—Hombre, teniente, ¿don Braulio?

—Esto lo cambia todo, o no —y marchó a su despacho a repasar el expediente.

—Mi teniente el fotógrafo desea hablarle.

Gastón alzó la vista del expediente, tenía una vaga idea de lo acontecido en Villaciegos, a cada paso se difuminaban las dudas acerca de las autorías, aunque eran substituidas por la incongruencia del “porqué”.

—Debe venir a cobrar —hizo una seña al guardia para que permitiera el paso a Daniel—. Por favor avise al cabo Emérito.

—Buenos días teniente —saludó Daniel con resquemor.

—Así los tenga. ¿Qué se le ofrece? —de sobras imaginaba a lo que venía pero sabedor de la paupérrima tesorería del cuartel no concedería la menor facilidad a los cobradores.

—El otro día estuve aquí para fotografiar a un detenido.

—Estamos pendientes de una transferencia de Gobernación, en cuanto sea efectiva...

—Me han robado teniente —cortó Daniel—, aquí, en la Casa Cuartel —y por supuesto captó toda la atención que tan grave acusación merecía.

—¿Le han robado, en mi casa?

—Sí señor.

—¿Qué, una cámara de fotografiar, algún accesorio valioso?

—Dinero, y mucho.

—Explíquese.

Y ante la mirada inquisitiva del guardia civil Daniel se supo perdido.

—Yo estaba en mi casa, presto a iniciar un viaje, cuando me avisaron para un servicio: tenía que venir a fotografiar a Antolín.

—¿Le conocía usted? —preguntó Gastón interesado e inquieto por la confianza.

—La cuestión es que yo vine con...

—Da su permiso mi teniente.

—Pase Emérito.

El cabo pagador entró, saludó a su oficial, y se dirigió al armario metálico en el que guardaba la caja de caudales y el libro de Pagaduría.

—Aguarde Emérito —le detuvo Gastón—. Este hombre afirma que le han sustraído cierta cantidad de dinero.

—¿En la calle, en su casa?

—Aquí.

—Yo llevaba cierta cantidad en mi maleta. La dejé un momento aquí para...

—¿De cuánto hablamos? —quiso saber Emérito para satisfacción de su teniente.

—Cien mil pesetas.

Los dos guardias se miraron sorprendidos y alertados y Daniel supo que la había cagado.

—¿De dónde sacó usted ese dineral?

—Eran mis ahorros —soltó con todo el aplomo que logró convocar.

—Pues si que da esto de la fotografía.

—¿Hace falta que ponga una denuncia o va usted a dar con mi dinero?

—Y dígame, ¿tenía ese dinero en la Caja de Ahorros, en Correos, en alguna entidad bancaria? En ese caso conservará algún justificante del reintegro por ventanilla.

—No, lo ahorraba a la antigua usanza: bajo el colchón —Daniel supo que acababa de meter la cabeza en el dogal del verdugo.

—Lo investigaremos puede usted estar seguro, poner la denuncia o no de usted depende, de todas formas no dejaré pasar el incidente, es mucho dinero y una mácula para mis hombres que tengo que dilucidar.

—De acuerdo, ¿le parece que vuelva mañana a ver qué ha averiguado?

—Déme tres días.

—De acuerdo, tres...

—Y otra cosa, no abandone Villaciegos sin que yo lo sepa.

—¿Y eso por qué? —desafió Daniel.

—Porque yo se lo mando.

En cuanto Daniel marchó Gastón y Emérito se sentaron frente a frente.

—Esta noche miraré bajo mi colchón a ver qué encuentro. Un pastor con mil pesetas, un fotógrafo con cien mil —silbó con admiración.

El oficial tomó un papel y un lápiz y apuntó tres nombres que luego leyó en voz alta.

—Tenemos a tres tipos manejando mucho dinero: Crispín, se acaba de comprar una moto nueva que cuesta unas veinte mil pesetas; Ponciano se ha comprado, o ha pagado, otras tantas por Clementina y ahora nos enteramos que Daniel, el fotógrafo, ha *extraviado* cien mil pesetas.

—Usted no cree que se las hayan robado aquí, ¿verdad?

—No conozco a todos personalmente, dígame usted cabo.

Emérito pensó unos instantes pero acabó negando con la cabeza. Confío en mis compañeros, yo no acusaría a ninguno de algo así. De todos modos el dinero es muy goloso y te nubla el juicio.

—¿Y Carmela?

—¿Por qué, porque es gitana?

—No, sino porque tuvo la ocasión, porque nada tiene en el mundo y porque como muy bien dice usted el dinero te nubla el juicio. Lo interesante de la situación es que una repentina inyección de capital ha beneficiado a tres tipos sin grandes ingresos reconocidos y eso nos lleva al crimen de don Honorato. Cabo, tenemos a tres sospechosos.

El regreso del convoy del capitán Escolano devolvió a Villaciegos a la rutina, tras el doble alumbramiento en la Casa Cuartel, cosa poco vista, y cierta expectación creada por el inicio lluvioso del otoño, anunciador de un año de panes, que permitió labrar los rastrojos y sembrar los campos, todo tornó a sus cauces.

—Teniente, aquí tienes la declaración del gitano.

Gastón tomó el atestado que le tendía el capitán y lo leyó con avidez y escepticismo. Luego alzó los ojos hasta su superior. A su lado el sargento Trípodes participaba en silencio.

—Ya lo has leído, confirma punto por punto lo dicho por su paisana. Mató a Rufino porque molestaba a las mujeres, pero sobre todo molestaba a la barragana del cura. ¿La conoces?

—Sí, es la esposa del finado —a Gastón le dolió la imagen de María asociada a tan feo adjetivo. El sargento no dijo palabra.

—Vaya. El cura convenció a la gitana para que malmetiera a Salvador a cometer el crimen a cambio de unas pesetas. Aunque Heredia empuñara la navaja don Braulio es el culpable intelectual del crimen —Trípodes rebulló inquieto. Gastón percibió su desaforo.

—Ya, pero, ¿a qué arrancarle el corazón?

—Lo trae puesto —desconcierto en Escolano.

—No. Al asesinato, a Rufino, ¿por qué Salvador tuvo que eviscerarlo?

—Para algún rito satánico, una misa negra quizá. No lo sé, interroga al cura a ver qué sacas. De todas forma ya te advierto que será la palabra de un gitano contra la de un padre de la Iglesia, no hace falta que te cuente por donde irán los tiros —el sargento asintió imperceptiblemente.

—Ya —Gastón asintió con desazón y pesadumbre.

El capitán Escolano se levantó dando la faena por concluida.

—Nosotros nos vamos en cuanto hayamos repostado, la cuenca minera asturiana anda revuelta en huelgas. ¿Tenéis carburante en el pueblo?

—No.

—Bien, avisaremos que traigan. Ahora iré a tratar con don Eugenio.

—¿Cómo ha muerto Salvador? —quiso saber Gastón.

—Malamente.

Gastón alzó el papel para dar las gracias a Escolano, que se cuadró y saludó con la mano en el tricornio, dando por bien concluido el servicio. El teniente Gastón hizo lo propio. Luego se estrecharon las manos y Gastón le deseo buen viaje y mejor servicio.

—¿Qué opinas Trípodes?

El sargento miró a su teniente, se caló el tricornio, y alzó su dedo índice para decir muy serio:

—A don Braulio no se le toca.

Durante unos días, pocos, las hablillas comentaron el feo aspecto del cadáver de Salvador Heredia, sí, al parecer los guardias cazaron al gitano en un viñedo y se les murió en las manos. Si habló o no, si confesó o no, si contó la verdad o no, era cosa de los tricornios. En sus atestados figuraban escritas las palabras, verdaderas o falsas, del gitano Heredia; los más enterados afirmaban que Carmela, otra gitana implicada en los crímenes de Villaciegos, vivía refugiada en la casa cuartel para salvar la vida y los menos que se había ido de cantinera con los guardias civiles al África moruna. No conocían otra.

En la taberna del *Vinagres* los municipales y ociosos asiduos escuchaban pontificar al capitán Escolano mientras el convoy aguardaba la llegada de un camión cisterna de la CAMPSA para reabastecer sus vehículos. Debían haber repostado dos pueblos más allá pero hallaron la gasolinera desabastecida y carecían de suficiente carburante para viajar.

—Cuentan los sabios que cada generación tiene que venir marcada por una guerra o calamidad para que nadie olvide nunca su lugar en la vida. Los de arriba jamás descenderán y los de abajo sufrirán toda su vida por ascender aunque sólo sea un peldaño con respecto a su vecino. Ese descontento lleva a la gente a la huelga y a la protesta.

—Y para eso está la Benemérita para rebajar a garrotazos esas ínfulas —interrumpió Tomás.

Escolano reprobó con la mirada al interfecto y le tachó de lerdo con el mismo gesto.

—La Guardia Civil se creó para mantener y salvaguardar la ley y el orden. Ya conocen ustedes el lema que nos guía en estos tiempos: Orden, fortaleza y paz.

Y tal y como llegó, envuelto en una polvareda de puro heroísmo y expectación, así marchó al norte a pacificar las vascongadas. Huelgas contra los salarios de miseria; manifestaciones contra la represión; protestas contra la carestía de la vida. Gritos de hambre y libertad.

Llamaron a la puerta y Clementina acudió a abrir. Ante la puerta halló a un señor sonriente que se destocó para preguntar:

—Buenas noches, ¿está Ponciano? Soy el alcalde.

—Sí —balbució ella inmune a la untuosidad del tipo—. Pase —ofreció. Pudorosa se arrebujó en la bata ligera de ir por casa que vestía.

Tras don Eugenio entraron Tomás y Agapito contoneándose, de sus cinturones pendían las

porras y los grilletes y demás artilugios de la Guardia Municipal.

Las visitas siguieron a la muchacha hasta el interior de la casa, apenas dos pasos, Ponciano estaba sentado a la mesa, cenando, y se puso en pie impresionado por la presencia de su jefe en su casa.

—Hola Ponciano —don Eugenio miró alrededor con intención de hacer un cumplido pero le dio pereza. Aguardó a que la mujer se marchara a la cocina o a la letrina o dónde fuera, pero hubo de ser un gesto imperativo del alguacil el que la aventara. Ella no hizo caso.

Tomás y Agapito, los pulgares en el cinto y las gorras ladeadas hacia atrás, sonrieron con suficiencia y chulería, respaldados por la autoridad del alcalde, a la desobediencia femenina.

Clementina se acercó a su hombre y le agarró por un brazo, don Eugenio suspiró y dejó su sombrero sobre la mesa. Enseguida se arrepintió por el tacto mugriento que percibió en aquella superficie.

—Ponciano, vamos a dejarnos de pamplinas. ¿De dónde has sacado el dinero para comprarte a esa putilla? —señaló a la chica con el mentón. Ninguno de los dos se inmutó y los dos municipales rieron la ordinariez de su jefe.

—Don Eugenio yo... Se lo pedí a mis padres.

Los dos municipales iniciaron una burla que enseguida callaron ante la severidad de su patrón.

—Ponciano que nos conocemos. A mí me lo puedes contar, somos amigos.

—Se lo pedí a usted y me rechazó —acusó, pero el alcalde no se inmutó—, de modo que acudí a mis padres y...

De repente don Eugenio dio un paso y le cruzó la cara con un par de hostias.

—¡Tus padres no tienen donde caerse muertos! —gritó.

Ponciano encajó las bofetadas con sorpresa y mansedumbre. Se tocó las mejillas con ambas manos y ello causó la hilaridad de sus otrora subordinados.

—El dinero, Ponciano, ¿dónde está?

—¿Por qué no os marcháis? —dijo de repente ella.

Don Eugenio, perplejo por la osadía de Clementina, la miró con más interés.

—Bonita y brava, como me gustan a mí las mujeres, alabó —e hizo una seña a los municipales que cayeron sobre Ponciano.

—¿Pero..., qué hacéis? —protestó mientras le esposaban las manos a la espalda.

Con un empujón le sentaron en una silla.

El alcalde se acercó a la chica, la cogió por un brazo mientras con la mano libre le sobaba los pechos. Ella le dejó hacer, presentía la violencia, no era la primera vez que un baboso la tocaba.

—Ahora tú y yo vamos a tener una charla amena, je, je, je... —le pasó la lengua por el cuello. Ella le miró con asco.

—¡No, don Eugenio, no lo haga se lo suplico —Ponciano intentó erguirse—. Crispín el cura, y el fotógrafo, ellos tienen el dinero! —gritó, pero lo devolvieron a la silla y le sujetaron.

El alcalde se llevó a Clementina a la habitación contigua seguido por la estela de las risotadas de los suyos y las súplicas del alguacil.

—Ahora se va a enterar esa puta de lo que es un hombre —jaleó Tomás untuoso.

—¡Le daré lo que quiera, don Eugenio, no le haga nada por Dios se lo pido! —suplicó Ponciano.

Rieron al escuchar un grito ahogado procedente de la alcoba y Ponciano bregó por acudir, pero los otros asomaron las porras y le redujeron a palos.

Al rato, Ponciano recuperaba la consciencia y don Eugenio volvía, abotonándose la bragueta y

con una sonrisa jactanciosa iluminando su faz.

—Me ha costado pero ya está hecho, vaya culito prieto, ale señores, yo he abierto el camino, je, je, je... Ya digo, me ha costado, que desvirgar un culo como ese no es moco de pavo, je, je, je...

Clementina apareció demudada, la bata desgarrada, un hilillo sanguinolento manchaba sus piernas por atrás y miraba a los hombres con expresión ausente.

—¡Clementina! —lamentó Ponciano, la cara tumefacta.

—El dinero Ponciano, ¿dónde está? —el alcalde acabó de arreglarse la ropa.

—Mi amor, ¿qué te han hecho? —sólo tenía ojos para la desdichada.

Impaciente don Eugenio le arrebató la porra a Agapito, que se comía con ojos libidinosos a la muchacha, y la emprendió a porrazos con el alguacil, golpes rabiosos que excitaron a los otros. Tomás se sumó a la paliza y Agapito cayó sobre Clementina, ella trató de huir pero le arreó un puñetazo en la cabeza y la derribó. Ponciano gritó que no la tocara e intentó acudir en su defensa, pero ello arreció la paliza. A golpes le inmovilizaron contra un rincón, desde donde exhausto y molido a palos contempló como Agapito forzaba a Clementina. No le cupo otra que llorar.

Don Eugenio se agachó a su lado.

—El dinero Ponciano, devuélvemelo y todo esto se acabará.

El apaleado le miró con los ojos hinchados y negros, le veía borroso y la sonrisa de hiena le asustó. Desde el otro lado de la mesa los gemidos gozosos de Agapito entre las piernas de Clementina se le clavaban en el corazón.

—Sí, exacto Ponciano, el dinero que robasteis a don Honorato era mío. Sí, no pongas esa cara de gilipollas, tú, el curita, y el fotógrafo matasteis al notario y robasteis mi dinero. Dime dónde está.

Ponciano balbució algo ininteligible, tenía la boca rota, incapaz de pronunciar, de modo que señaló algo en el suelo. Tomás indicó con la porra un mueble, Ponciano negó; un arcón, no; un cántaro, no; al fin Tomás piso una baldosa y la señaló, Ponciano asintió. Justo en ese momento Agapito consumó su cópula aunque se entretuvo en dar la vuelta al ruedo.

Bajo la baldosa vivía una caja de puros, Tomás la sacó y se la entregó a su jefe que la abrió nervioso. Un buen fajo de billetes le saludó con indiferencia. Al dinero no le importaba ir de mano en mano. Tras contarlos así por encima el alcalde se lo metió en el bolsillo afanoso.

—Tienes una semana para restituir lo que falta aquí. Me importa una mierda de dónde lo saques, una semana —le arreó una patada con todas sus fuerzas—. ¿Me has oído?

El apaleado asintió aturdido.

—Bien, acabad aquí. Llevaros a la putilla como garantía, ponedla a buen recaudo hasta que este idiota pague. Vamos en busca del curita de los cojones y del fotógrafo. Se van a enterar, hombre.

Tomás se agachó para quitarle los grilletes a Ponciano y éste le dijo algo.

—No te entiendo macho, je, je, je...

—Yo creo que nos está invitando a compartir la putilla je, je, je —apuntó Agapito.

—Sí, je, je, je, y paga él, je, je, je.

Tal y como liberaron al alguacil de las esposas se las pusieron a ella. Mientras uno le sujetaba las manos a la espalda el otro las inmovilizaba con los hierros.

—Ya has oído al patrón, una semana, pero no corras, que nosotros tenemos faena con este caramelito —se burló Agapito apretando los pechos de Clementina hasta hacerla gemir.

—¡Jo, jo, jo, nos lo vamos a pasar teta, jo, jo, jo!

—¡Ja, ja, ja, teta, ja, ja ja! —ambos se descojonaron.

El día invitaba a la galopada, el teniente Gastón montaba a *Ojeroso* con seguridad y placer. El animal resultó noble y de buena silla él solo se arrancó al galope, sin duda disfrutaba de abandonar la cuadra de tanto en tanto. Facundo y Solís le seguían en sus bicicletas. Tanto insistió Trípodes en tratar a solas con la dueña del burdel, algo a lo que se opuso Gastón, que acabaron discutiendo y por el contrario le encargó, casi tuvo que ordenárselo, que interrogara al curita por el origen del dinero con que adquirió la Derbi.

—Buenos días Elpidia —la interpelada levantó la cabeza—, avisa a la señora Herminia, tengo que hablarle.

La camarera volvió a su tarea, andaba troceando una barra de hielo y metiendo los pedazos en la nevera. Gastón se impacientó, dio unas vueltas buscando la calma, le molestaba la falta de complicidad del sargento en la investigación, a veces más parecía que...

—¿Qué se le ofrece teniente? —saludó la dueña venida de la cocina.

—Necesito hacerle unas preguntas.

—¿Relacionadas con la muerte de Renata?, ya le conté cuanto sabía.

Gastón aguardó a que la mujer captara su necesidad de tratar en confidencia, cosa que sucedió de inmediato. *La Gallega* echó a andar hacia la parte de atrás, aquel día no había nadie haciendo la colada y Gastón, libreta en mano, aprovechó para iniciar la charla o el interrogatorio.

—¿Quién hace la colada ahora que Clementina ya no está?

La Gallega, mujer de mundo avezada en deseos y afanes ajenos, enseguida captó la inquietud del uniformado.

—Nadie. Ya no lavamos la ropa, vamos hechas unas guarras, a ver si vuelve pronto Clementina.

Gastón comprendió que por las buenas..., no, por las buenas no, aquella bruja era demasiado lista y ya le tenía tomada las medidas. De modo que golpeó su libreta con el lapicero mientras meditaba, en realidad calculaba si la pareja ya habrían llegado y supuso que sí, alzó la vista hasta la expresión socarrona de la mujer y le preguntó muy serio:

—Quiero saber cuánto le ha pagado Ponciano por Clementina.

Ella le miró sin variar el semblante burlón. Gastón dio un paso hacia ella, aunque la superaba en una cabeza de altura, una mujer que regentó un burdel durante la guerra civil, en ambos bandos, y salió indemne parecía difícil de conmover.

—No pretendo perseguirla por eso. Tan solo quiero saber de que cantidad estamos hablando para resolver otro delito que nada tiene que ver con usted, a menos que la considere cómplice y eso pasará si no colabora conmigo.

—Yo nada sé de esto ni de delito alguno, yo soy respetuosa con...

Gastón le retiró su atención, dio media vuelta, cruzó el local y salió por la puerta, en efecto allí estaban Facundo y Solís, que de inmediato se cuadraron ante su oficial.

—Detengan a Herminia González de inmediato —mandó severo.

—¿A quién? —quiso saber Solís.

—A *la Gallega*, hombre —murmuró su compañero mientras se sacaba los grilletos del cinturón.

La susodicha, que había seguido al teniente, empalideció pero no se arredró, no era la primera vez que milicianos malcarados la amenazaban o que uniformados de todo pelaje la llevaban detenida. “En definitiva lo único que buscan todos es follar gratis y algunos una propina” —pensó ella con un rictus burlón en los labios.

Facundo se acercó abriendo los grilletos y *la Gallega* dio un paso atrás, Facundo la miró con paciencia y advirtió mostrando los hierros:

—Vamos a llevarnos bien *Gallega*.

—¿Puedo coger mi bolso, Facundo?

El guardia compasivo miró a su teniente.

—Cabo, a lo mandado —ordenó severo y vuelto a la mujer—. No necesita usted nada.

—¿Puedo por lo menos ir al aseo?

—No.

—Si me acompañan dentro, tengo *algo* para ustedes —intentó ella el soborno.

Pero Gastón incommovible hizo una seña inequívoca al cabo. Facundo engrilltó las muñecas de la mujer que no pudo evitar que su rostro reflejara la afrenta tremenda que la embargaba.

Roja como la grana siguió a Facundo que la ató, con la cuerda al uso, a la trasera de su bicicleta y echó a pedalear. Solís le siguió en silencio. La comitiva tomó el camino al pueblo.

Gastón desató a *Ojeroso*, observó a Elpidia en el umbral, tomando el sol u observando la detención de su ama y se acercó a ella, llevando de las riendas al animal.

—Hermoso caballo, luce usted magnífica estampa a su lomo.

—Gracias.

—Treinta mil pesetas, ese fue el precio abonado por Clementina.

—Bonita suma —silbó él con asombro.

—Una exageración —desdeñó ella—. Ninguna puta vale tanto.

—¿Y no sabrás de dónde sacó Ponciano tanto dinero? ¿Un préstamo quizá?

—Nadie le prestaría un real a *ese*. Yo apostaría a que lo robó.

—Pero un robo de tanto dinero se habría denunciado y no es el caso.

—A menos que el perjudicado esté muerto.

Gastón montó, saludó, y se alejó al trote. No tardó en alcanzar a los ciclistas y adelantarlos. Estaba ansioso por que Trípodas le contara qué había dicho Crispín.

Como ya se dijo no era la primera vez que *la Gallega* se veía en ese trance, pero el tiempo pasa y lo que de jóvenes nos hace gracia de mayores nos afrenta. Para colmo dio un tropiezo y cayó de bruces y se lastimó la cara. El guardia paró para que se levantara pero no la ayudó.

A la entrada del pueblo Facundo bajó de la bicicleta, cansado de tirar de la mujer. Verse atada y conducida como un forajido, mirada por las comadres como un saltabardales, a su edad, la ofendió y juró que aquel tenientucho se las iba a pagar y bien caras.

Una comadre se acercó a ella espantada por su aspecto desastrado.

—Herminia, ¿qué te han hecho?

La cara arañada y sucia de tierra, la ropa desgarrada y manchada de sangre parecía que la hubieran arrastrado por el camino.

—Me han pegado, el teniente me ha pegado y me ha arrastrado por los pelos como a una...

—*Gallega*, ya vale —cortó Facundo—. Menos lobos, Caperucita

Mientras en la casa cuartel:

—¿Ha vuelto el sargento Trípodas? —preguntó Gastón a Emérito, mientras este se hacía cargo de su montura.

—No le he visto por el cuartel en toda la mañana, mi teniente.

—¿Dónde se habrá metido este hombre? En cuanto llegue que venga a verme.

El cabo asintió y condujo a *Ojeroso* al pesebre, le echó un buen puñado de cebada y comenzó a cepillarle. Gastón volvió sobre sus pasos.

—Otra cosa, cabo, van a traer detenida a *la Gallega*, que tenga el alojamiento que merece.

—¿A *la Gallega*, por qué?, si me permite la pregunta, mi teniente.

—Está relacionada con el caso de don Honorato. Si no habla, la acusaremos de complicidad.

—¿Complicidad, en qué?

—Usted alójela y que no hable con nadie.

Al poco Facundo y Solís llegaron al cuartelillo con la mujer. Emérito se hizo cargo de la detenida que rompió a llorar en cuanto le quitó los grilletes, le habían dañado las muñecas.

—Mira que sois animales —censuró Emérito cuando devolvió los grilletes a su compañero.

—La culpa es suya, todo el rato iba tirando —se excusó Facundo mientras guardaba las manillas.

—Necesito un orinal —pidió *la Gallega*, enojada y furiosa, desde su encierro.

—Bajo la cama tienes uno —dijo Emérito asomado por el ventanuco de la puerta.

La orden de Busca y Captura se hizo extensiva a todas las estaciones y a las parejas de guardias civiles que patrullaban los trenes. Se advirtió que el buscado pretendía llegar a Barcelona y su descripción era sabida de memoria. En aquellos tiempos sombríos, la mitad de los viajeros eran expresidarios que volvían a casa, los guardias civiles, ojo avezado, los distinguían al primer vistazo: cabeza rapada, mirada huidiza, expresión temerosa, escaso o nulo equipaje, ropas gastadas y por si no bastaba su aspecto en su cédula de identificación figuraba estampado en rojo un DESAFECTO que los condenaba a sufrir cualquier arbitrariedad. Todos los expresidarios eran parados e interrogados acerca de su procedencia y destino.

Eudosio no tardó en ser detenido, engrilletado, y escoltado por una pareja hasta Villaciegos. El sargento Trípodes se hizo cargo del detenido sin más explicaciones, la pareja que se lo entregó tampoco preguntó, tomaron el siguiente tren de vuelta sin importarles el destino de aquel fulano.

El sargento condujo al hombre hasta su casa. Durante el breve trayecto no cruzaron palabra. Al detenido le chocó que entraran en un domicilio en vez de al cuartelillo y preguntó:

—¿Adónde me lleva?

—Tú mataste a Víctor el cortijero —afirmó Trípodes más que preguntar.

—¿Por eso me han detenido? Ese mierda se merecía morir tres veces y dos de tisis.

Cruzaron las estancias hasta llegar a la cocina.

—Pasa —mandó el sargento sujetando la puerta de la despensa. Eudosio entró manso.

—¿No me va a quitar esto? —se refería a las esposas que le ataban las manos a la espalda.

—No.

—¡Me estoy meando!

—Cállate —y cerró la puerta y luego la atrancó.

Trípodes acudió a la iglesia en busca de don Braulio, vivía cerca, lo cierto en que en Villaciegos todo quedaba a mano. No estaba, pero fue a la taberna y allí le halló tomando un café. Saludó a la concurrencia con un escueto “buenos días”. No hicieron falta muchas palabras, se

acercó al cura y susurró en su oreja, “le tengo”, y salió justo cuando *Vinagres* se acercaba a ver qué quería tomar. Al poco tenía al cura a su vera y ambos caminaban en silencio de vuelta a la casa del sargento. Aunque tranquilo Trípodes podía sentir la riada de excitación creciente en el ánimo de su amigo.

Eudosio se volvió al oír el ruido del cerrojo y dio un paso atrás intimidado por la presencia de los dos tipos que entraron, uno le agarró por la pechera y le acercó para verle mejor.

—*Renco*, eres tú —exclamó don Braulio.

—Hola —acertó a balbucear. Eudosio miraba a uno y otro sin saber qué.

—¿No nos recuerdas?

El hombre hurgaba en su memoria recuerdos que identificaran a esos malcarados, el instinto le advertía que pintaban bastos. El manotazo del cura a sus genitales fue doloroso y esclarecedor.

—¿Y ahora me recuerdas?

Pero el recio apretón nublaba el escaso juicio de Eudosio, anegado de dolor. Don Braulio soltó su presa con gesto de asco.

—Te has meado asqueroso —pero furioso le arreó un rodillazo que le derribó.

Salió de la pequeña despensa temblando de arrebató anticipado.

—¿Tienes dónde encerrarle? —preguntó a Trípodes.

Eudosio se retorció en el suelo y gemía levemente, por experiencia sabía que los lamentos excitaban a los torturadores, pero el silencio los cabreaba, había que gemir lo justo.

—Aquí no vale, demasiado cómodo. Este cabrón no volverá a ver la luz del Sol hasta que se muera de asco —se agachó y le agarró por una oreja—: ¿Me has oído cabrón?, te vas a morir de asco. De asco y de hambre.

—Tengo aquella carbonera —ofreció Trípodes.

—Vamos a ver.

Volvieron a cerrar la despensa con el cerrojo y bajaron al sótano por unas escaleras muy empinadas. Un bombilla iluminaba una estancia lúgubre y abandonada. Serones de incierto contenido, cestos cubiertos de telarañas, botellas llenas y vacías, trastos cubiertos de polvo, miseria y abandono.

—Esto valdrá —afirmó el cura con regocijo. La única entrada era aquella puerta.

Trípodes se acercó a una de las paredes, tentó el suelo y mostró lo que buscaba, una recia cadena que alguna vez debió servir para algo, firmemente anclada a la pared. Don Braulio asintió.

—Aquí es donde estuvo el otro —recordó de repente.

Trípodes afirmó con un gesto.

Entre los dos bajaron a Eudosio por el expeditivo método de arrojarlo escaleras abajo. Dolorido y magullado le arrastraron hasta la pared y le enrollaron la cadena al cuello y la fijaron con un grueso candado. Excitados, pararon un instante para resollar, la cadena tenía un par de metros de largo puede que menos.

—Yo no he hecho nada.

—Cállate —mandó el sargento y subrayó su orden con una bofetada que le cruzó la cara.

—Si es por el cortijero se lo tenía merecido, me denunció y por su culpa...

—Te he dicho que te calles o te calló a hostias, cabrón —y le sacudió un puñetazo.

A la escasa luz que ofrecía la gruesa telaraña que envolvía la bombilla don Braulio rebuscó y halló un mango de azada y volvió limpiándose las manos de polvo. En cuanto estuvo junto al encadenado le arreó un garrotazo que le abrió la cabeza. El hombre chilló y apenas logró cubrirse con los brazos del turbión de palos que le cayó encima. Acabó acuclillado en el suelo, contra la

pared, apaleado y magullado y casi sin respiración. No era la primera vez en los últimos años que le apaleaban y aquel cura pegaba sin malicia, furioso sí pero sin la malicia de un carcelero que disfruta con el dolor ajeno. Y entonces una luz, quizá fuesen los garrotazos, iluminó su minerva.

—¡El cura y el guardia civil de Villaciegos, vosotros sois...! ¡Sois vosotros! ¡Estáis vivos!

El recuerdo de Eudasio voló raudo hasta los días aciagos de la guerra civil en que él dirigía, que no mandaba, una escuadra de anarquistas encargada de liberar las tierras de Villaciegos.

—Sí estamos vivos, hijo de la gran puta, pero no gracias a ti, *Renco* —Trípodes le pegó una patada.

Eudasio se cubrió bien las costillas y el puntazo de la bota no le lesionó. Entonces le entró la risa tonta. El cura y el sargento cruzaron miradas de indignación, ¿osaba reírse de ellos?

—Je, je, je, ahora me acuerdo, os mantuve con vida hasta que se os secaron los cojones je, je, je, y luego ya no hubo lugar a la ejecución, je, je, je... Llorabais como niñas mientras se os secaban las criadillas, ja, ja, ja... Y ahora meáis sentados ja, ja, ja...

Don Braulio alzó su garrote y lo descargó con furia, una y otra vez, pero aquel desgraciado no paraba de reír.

—Valiente par de eunucos ja, ja, ja...

Trípodes halló una pala y también la emprendió a palos hasta que acallaron al desgraciado.

—¿Qué hacemos ahora? —masculló el cura temblando de excitación.

Frente a ellos hecho un oவில்lo, Eudasio gemía levemente. Sangraba por la cabeza y los oídos y la nariz y la boca, pero ellos no podían verlo. El sargento sujetó la pala con firmeza y trazó unas líneas en el suelo de tierra pisada. Luego arrojó la herramienta contra el desdichado.

—Cavarás ahí.

Eudasio observó las líneas marcadas a su alrededor.

—¿Pretendes que cave mi tumba? ¡Y una mierda! ¡Cavad vosotros, capaos, je, je! —reía sin alegría a las claras se veía el esfuerzo por molestar.

El sargento se agachó y le agarró por el cogote para que le mirara a los ojos para advertirle:

—De ti depende lo que esto dure —y le estampó la cara contra la pared. El “crac” que hizo la nariz al chafarse escalofrió a las arañas. Pero aquel rostro aún chocó varias veces más contra la pared de piedra hasta que la nariz no fue más que un amasijo de carne fofo y sangrante.

Cuando Eudasio recobró la conciencia estaba solo y a oscuras, la sangre que manó de la nariz se había secado en su pechera y todo el cuerpo le dolía horrores. Tenía sed y se había meado encima. Esos cabrones le matarían, no le cupo duda. Le arrebatarían la vida, una vida de mierda al fin y al cabo, pero ellos vivirían por siempre castrados por su mano y ese poder le alivió.

Al salir de la carbonera Trípodes condujo a su amigo hasta el cuarto de aseo para que se aseara, los dos estaban sucios, el hollín, el polvo, la tierra se les pegó al sudor además de las salpicaduras de sangre, lágrimas, babas y mocos del desgraciado. Don Braulio aún temblaba cuando salió con una toalla en las manos el sargento le ofreció un vasito de aguardiente.

—No gracias, tengo misa ya mismo —rechazó—. Trípodes necesitas una mujer que te limpie, te haga de comer y que te cuide —reparó la estancia con un vistazo censorador—. Se te come la mugre.

—Ya. Estoy pensando en mudarme al cuartelillo.

—Veinte años hace que te oigo esa pensada.

—Sí, ya, bueno, es que no me gusta llevarme el trabajo a casa. Oye de dónde ha sacado tu sobrino esa moto tan chula.

—Supongo que la habrá comprado.

—¿Se la has pagado tú?

—¿Yo, de qué moreno? Los curas de pueblo somos pobres como ratas.

—Pues Salvador Heredia juró que le pagaste dos mil pesetas por liquidar a Rufino *el Boina*.

—Es pecado jurar en falso.

Trípodes aguantó la salida por la tangente de su amigo y aguardó una respuesta más coherente. Don Braulio dejó la toalla en el respaldo de una silla y fue hacia la puerta.

—Si yo tuviese dos mil pesetas no me las iba a gastar en matar a nadie.

—La muerte de Rufino te deja el camino libre con María.

Don Braulio miró a su compadre de hito en hito, agarró el vasito de aguardiente y lo bebió de un trago.

—Ese cabronazo pretendía malograr su embarazo a golpes —rellenó el vaso y lo apuró de un sorbo—. Alguien tenía que defender al nonato.

—¿Eso le dirás al juez?

—¿Me acusas de algo Trípodes?

—Yo no pero Salvador Heredia sí.

—Bah, es la palabra de un gitano contra la mía —restó importancia y subrayó con un gesto de la mano que el asunto quedaba zanjado.

—¿De donde sacó Crispín el dinero para esa moto?

—Y yo qué sé, pregúntaselo a él, aunque no creo que incumba a nadie.

—¿Tú sabes si se hace con Ponciano?

El cura se encogió de hombros con indiferencia y premura.

—Me tengo que ir que tengo misa.

—Te acompaño.

Don Braulio hizo un gesto de indiferencia, reconfortado el ánimo por el espirituoso.

—Sabemos que tu sobrino, el alguacil y el fotógrafo son los responsables de lo de don Honorato.

—¿Qué dices?, por el amor de Dios —se santiguó espantado.

—A los tres les ha traicionado el dinero. Dile a Crispín que se entregue antes de que vayamos a por él.

El cura hizo un gesto desdeñoso aunque el semblante preocupado le traicionaba. Cada uno acudió a lo suyo. Uno a misa y el otro al cuartelillo.

—El teniente le anda buscando, mi sargento —le informó Flores de guardia en la puerta.

El interpelado devolvió el saludo y asintió.

Trípodes acudió al despacho del teniente Gastón, que ansioso fue derecho al grano.

—¿Qué has averiguado, que explicación te ha dado Crispín?

—He tratado con don Braulio.

—Pero quedamos que interrogarías al curita, no a su tío.

—Ya lo sé, pero me pareció más conveniente...

—Sargento, tenemos a tres sospechosos manejando mucho dinero, el riesgo de fuga es evidente.

—¿Cómo te ha ido a ti con *la Gallega*? —preguntó Trípodes para desviar la cuestión.

—La hemos traído detenida.

—¿Detenida?

—Sí, no pongas esa cara de espanto. Se negó a colaborar y si no habla la acusaré de complicidad.

—¿Cómplice de qué?

—Vendió a Clementina a Ponciano por treinta mil pesetas.

Trípodes silbó por la desmesura de la cifra.

—¿De donde sacaría un pelagatos como ese tanto dinero? —se preguntó a sí mismo.

—No creas, mira —y le mostró un listado de precios de la casa Derbi.

El silbido del sargento volvió a iluminar la mañana, la moto de Crispín rondaba las veinte mil pesetas, ¡un dineral!

—Esa máquina vale lo que gana un maestro en dos años —comparó el teniente Gastón—. Y por si fuera poco el fotógrafo ha denunciado el robo de cien mil pesetas.

—Vamos a detener a esos tres a ver qué nos cuentan —propuso Trípodes.

—De acuerdo sargento, yo me ocupo de las detenciones, tú habla con Herminia González para adelantar faena.

—¿Con quién?

—Con *la Gallega* hombre. Que firme esta declaración —y dejó un atestado sobre la mesa.

Trípodes cogió el papel y lo leyó.

—Bonita prosa —alabó el sargento—. Claro y conciso, no lo firmara.

—Pues no se irá hasta que lo haga —advirtió Gastón severo.

Una vez a solas Trípodes se entretuvo en liar un pitillo, *la Gallega* era un hueso duro de roer y si la pillaba cabreada no le sacaría una palabra. Pensativo acudió al calabozo, descorrió el cerrojo y esbozó su sonrisa más convincente a la vez que invitaba a salir a la mujer con un gesto galante.

Claro que en cuanto vio su aspecto desastrado y el rictus huraño se le esfumó todo alborozo y arrumbó su plan de “poli bueno”.

Sin mediar palabra la condujo hasta un aseo para que se lavara la cara y arreglara un poco, incluso le prestó un peine. Trípodes llevaba mucho oficio en el tricornio y tal y como el polvo abandonaba el cuerpo de la mujer y recomponía sus cabellos mejoraba su talante y ello le convenía.

—¿Qué es eso de que ahora traficas con las chicas? —preguntó con suavidad casi como un chisme.

La mujer le miró a través del espejo ya sin rencor ni desdén.

—Ese cabrón me pegó, me han arrastrado por los suelos, yo merezco un respeto.

—Todos lo merecemos —respondió paciente—, por eso está feo la compra/venta de personas.

—¿Tú te crees eso?

—¿Que la trata está fea?, feísima.

La Gallega sonrió, limpió el peine y lo dejó sobre el lavabo, se dio la vuelta y ambos salieron del aseo para acudir a un despacho. Los dos tenían ganas de concluir sin hacerse mucho daño, lo imprescindible. Trípodes optó por abreviar el trámite, señaló una silla y puso el atestado frente a ella con un bolígrafo.

—Firma y te puedes ir.

La mujer tomó asiento, miró al sargento, alzó el papel y lo leyó, lo dejó sobre la mesa y advirtió:

—Si firmo esto me condeno. Yo no trafico con las chicas. Yo no he vendido a Clementina.

—¿A no?

—No. Ese cabrón de teniente me pego, me ha arrastrado por...

—Otra vez con esas no, Herminia, por favor —y golpeó la mesa con el puño cerrado y asustó a

la mujer por el sorpresivo arranque de furia.

Trípodes dio una vuelta buscando tranquilidad, respiró, acercó una silla a la detenida y se sentó frente a ella.

—No me digas que el teniente Gastón te ha pegado, porque es mentira.

—Tan mentira como que yo he vendido a esa chica.

—Y no te han arrastrado, Facundo no te haría eso, tú te caíste. ¿Empezamos de nuevo?

Ambos convinieron en reiniciar la conversación. Mejor para todos.

—Ponciano me encargó que trajera a Clementina, cosa que hice, ello me supuso unos gastos de traslado. Yo la he alojado, mantenido y vestido y Ponciano me restituyó los gastos, nada más.

—¿Entonces, dónde está el problema?

—Aquí dice que yo he vendido a Clementina por...

—Está bien, cambiaremos la palabra “vendido”.

—Lo que pasa es que ese tenientucho...

—¡Eh, no te consiento...!

—Ese teniente —rectificó ella—, la quería para él. Eso es lo que pasa, y como se la entregué al alguacil pues me la tiene jurada.

Aquella revelación descolocó al sargento, no quería entrar en ese juego, cogió el atestado y lo modificó. Lo pensó mejor y lo dejó, los atestados con borrones y reescritos eran rechazados por la superioridad, causaban mala impresión en los juzgados. Se levantó, fue hasta la puerta y dio una voz para que acudiera Emérito.

—Ahora vendrá el cabo y redactará tu declaración. Lo que nos interesa es la procedencia del dinero, no tu negocio, ¿entiendes?

—¿Quieres que acuse a Ponciano de haberlo robado?

—No, sólo quiero que reconozcas que te dio tanto dinero por la chica.

—No por la chica, me abonó los gastos habidos por su traslado y manutención —en tono picajoso.

—Sea —concedió impaciente.

—Y añadiré que el teniente Gastón la quería para él.

—Y una mierda, no citarás al teniente para nada.

—Pues no firmaré.

—Herminia no me toques los cojones —amenazó presto a la hostia.

—Pues no firmaré.

—¡Me cago en to...!

—Se puede, mi sargento —Emérito interrumpió a Trípodes con la mano alzada apunto de abofetear a *la Gallega*, pero el bofetón se quedó en una amenaza del índice.

—No me toques los cojones —musitó ceñudo.

Emérito aguardaba sentado, el desenlace del rifirrafe, no convenía exaltar la escasa paciencia del sargento cuando le contrariaban y *la Gallega* tenía más cojones que ellos dos juntos, una cualidad perjudicial para la salud. Dispuso pluma y papel y comenzó a copiar la filiación de la mujer, la suya y la de su jefe. El sargento aprobó la labor de su cabo y aún con el dedo apuntando a la cara de la declarante la incitó a responder a sus preguntas.

—¿Trajiste a Clementina Rojas a Villaciegos?

—Sí, a instancias del teniente Gastón Segura, de la Guardia Civil —y desafió con la mirada al interrogador.

—¿Abonaste los gastos de traslado, manutención y alojamiento?

—Sí. También le compré ropa y calzado, la pobre vino muy menoscabada.

—Un vecino de Villaciegos te propuso comprar...

—¡De eso nada!

—No, no pongas comprar —por suerte Emérito estuvo alerta y no escribió nada que causase un borrón—. Un vecino de Villaciegos te propuso abonarte los gastos habidos a cambio de la custodia de la susodicha Clementina.

—Mi sargento lo pregunta o lo afirma.

—Lo pregunto, ella es la que tiene que afirmarlo o desmentirlo —malhumorado.

Emérito escribió los preceptivos signos de interrogación.

—Sí, fue Ponciano, el alguacil.

—Ponciano Gutiérrez —musitó Emérito.

—El teniente Gastón también pujó por la pava, la quería para él.

—Sí pujó es que hubo subasta y si la hubo implica una venta y eso nos lleva a la trata —aclaró el escribano antes de apuntar nada.

—Te va a caer presidio como firmes eso —advirtió el sargento.

La Gallega comprendió que nada sacaría de romperse los hocicos contra el corporativismo de la Benemérita, esos cabrones se cubrían entre ellos. Resignada asintió cabizbaja.

—Ponciano se ofreció a abonarme los gastos habidos a cambio de tener a la chica para él solo. Aceptó llevársela a su casa y hacerse cargo de su manutención, vestido y alojamiento.

Al cabo de un instante el cabo Emérito le tendió el atestado para que lo leyera y firmara, cosa que ella hizo, luego lo firmó el sargento. Emérito puso el sello del cuartelillo y firmó el conforme. Enseguida se puso a redactar las copias compulsadas requeridas por la superioridad.

—¿Ya me puedo marchar?

—Puedes irte —afirmó Trípodes frustrado, de buena gana le hubiese arreado un par de hostias. Se volvió al cabo para mandarle que en cuanto regresara la pareja fuesen a detener al alguacil.

La Gallega hervía de furor, no pudo implicar al tenientucho en su declaración pero Villaciegos era un pueblo pequeño colmado de gente ociosa y crédula y aburrida y malediciente y deseosa de dar pábulo a cualquier chisme por descalabrado que fuese. A los pocos días la querencia del tenientucho por la putilla animaría los corrillos y estrangularía la vida social de ese idiota.

En cuanto pisó la calle un par de comadres se acercaron a interesarse por ella. Tras quejarse del maltrato recibido aseguró que ya estaba mejor.

—No os lo podéis imaginar, que mal rato he pasado —y a partir de ahí y tal y como el corro de chismosas aumentaba fue vertiendo veneno en las orejas predispuestas: “Esa gitana se ha adueñado del cuartel”. “Ese tenientucho pretende hacerme la competencia en la mancebía, va a convertir la casa cuartel en un lupanar”. “Mantiene a Carmela Heredia para su exclusivo refocilo”. “Engaña a su mujer ante sus narices”, y tal y tal.

De sobras conocía la pareja el domicilio del sujeto. Facundo llamó a la puerta flojo primero, más recio después, nada.

—No estará —aventuró Solís.

Facundo se encogió de hombros, consultó la hora, y aporreó la puerta. Su compañero iba a sugerir volver en otro momento, se estaba meando, pero la puerta cedió y se abrió mansamente.

Aquello no fue del agrado de la pareja, Facundo descolgó el fusil del hombro, lo acerrojó al tiempo que asomaba la cabeza dentro de la vivienda y gritaba:

—¡Guardia Civil!

Con decisión y el máuser por delante entró en la vivienda, su compañero le cubría las espaldas. Y si lo corriente en Villaciegos era dejar las puertas de las casas abiertas, ¿qué excitó la sospecha de los guardias? Pues que Ponciano era de naturaleza rispa y esquiva y de los pocos vecinos que cerraba su puerta con llave y cerrojo.

—¡Guardia Civil! —repitió Facundo ante el cuerpo exánime que distinguió en el suelo.

Solís registró en un vistazo las habitaciones y certificó la ausencia de intrusos. Facundo devolvió el arma a su hombro.

—Le han dado para el pelo —comentó Solís.

Facundo se agachó para comprobar si Ponciano vivía.

—¿Aviso al galeno o al cura? —preguntó su compañero.

—Galeno. Le llevaremos al cuartelillo y si hace falta que le cure allí.

Solís asintió a la propuesta de su compañero, para la pareja lo primordial era cumplir lo ordenado.

Entre los dos le irguieron y le sentaron en una silla, con un poco de agua y alguna bofetada y un zarandeo le espabilaron.

—Ponciano, hombre, ¿qué te ha pasado? —preguntó Solís.

—Clementina, se la han llevado —balbució desconsolado y pavoroso.

—Vale, te vienes con nosotros y se lo cuentas todo al teniente —manifestó Facundo.

—Levántate a ver si puedes caminar —más compasivo Solís.

Entre los dos guardias le ayudaron a levantarse y Ponciano dio un par de pasos y aunque se mareó no perdió el equilibrio. Facundo mostró los grilletes a su compañero en muda consulta pero el otro negó con un gesto. El tipo no estaba para muchas carreras.

Pasito a pasito llegaron al cuartelillo. Flores, el guardia de la puerta, ayudó a Ponciano a entrar y entre los tres le condujeron hasta el despacho del teniente.

—¿Pero qué diantres le habéis hecho? —chilló el teniente Gastón en cuanto vio el destrozado estado de Ponciano.

—¿Se resistió a la detención? —preguntó el sargento que acababa de llegar con la declaración de *la Gallega*—. Si se resistió es lícito aplicar... —deseoso de echar un capote a sus compañeros.

—No, no estaba para mucha resistencia —interrumpió Solís.

—Así le hallamos y así le traemos —añadió Facundo émulo de Pilatos.

La sangre seca y los golpes tumefactos anunciaban que la paliza no era reciente, el teniente Gastón deploraba la brutalidad innecesaria. Ordenó que le encerraran en un calabozo y que le avisaran cuando estuviera listo para declarar.

—Avisen a Segismundo —mandó el teniente.

—No hace falta —opinó el sargento—. Emérito le puede curar. No son más que unos porrazos.

Trípodes temía que la noticia de un apaleamiento tan brutal corriera por el pueblo y les hicieran culpables con el consiguiente menoscabo de la reputación de la Benemérita. Si hacía falta él era el primero en sacudir un par de hostias, pero no gratuitamente y nunca sin venir a cuento.

El teniente aceptó, conmovido quizá por las lágrimas que manaban de los ojos tumefactos del alguacil, y la pareja saludó y marchó, Facundo en busca del cabo y Solís a la letrina.

Emérito lavó la cara a Ponciano, le puso yodo en las heridas y árnica en los golpes; sangró

hinchazones y chichones con lo que alivió algo los dolores. Luego le dio de beber y comer aunque Ponciano se negó a comer, el disgusto le impedía tragar nada. Con paciencia Carmela le fue dando cucharada a cucharada las gachas que preparó Eufemia.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó el alguacil a su valedora.

—Ya ves, dándote de comer. ¿Y tú?

—Se han llevado a Clementina —y sollozó.

—Pues no llores por eso hombre.

—Es que me duele, me duele mucho.

—En vez de llorar lo que tienes que hacer es mirar por recuperarla, si es que la quieres de verdad.

—Pues claro que la quiero. Lo que siento por ella nunca lo había sentido por nadie.

—Pues eso.

Lo cierto es que Carmela no sabía ni quién era Clementina ni qué le pasaba al alguacil, al que no tenía tratado salvo para escapar de los malos modos que gastaba con su gente, pero le conmovía que un tipo apaleado llorara por una mujer.

Anocheecía ya cuando Ponciano compareció ante el teniente Gastón y el sargento Trípodes, con cierta prestancia, aunque su aspecto demacrado concordaba con la negrura de su alma.

Los hombres se miraron un buen rato sin decir palabra. El sargento inició la conversación.

—¿Quién te ha dejado así Ponciano?

—...

—No irás a decirme que te caíste por las escaleras —intentó jocoso.

—...

El sargento miró a su teniente que seguía con la vista fija en el despojo humano.

—¿Dónde está Clementina? —preguntó Gastón con suavidad.

Ponciano alzó la cara magullada hasta el teniente con animó retador pero no fue capaz de sostener el gesto y de nuevo cabizbajo musitó:

—Se la han llevado.

—¿Quién? —quiso saber Trípodes.

—Me la han quitado —sollozó el alguacil.

—Si nos lo cuentas podemos ayudarte —ofreció el teniente.

—...

—¿Cuándo te agredieron?

—...

—Por el estado de tus heridas yo aventuraría que un par de días —propuso el sargento.

Pero Ponciano se obstinaba en callar. Trípodes intentó provocar.

—Imagina a ese bomboncito tantos días y noches en manos de los desalmados que te pegaron. ¿Qué le estarán haciendo?

La provocación surtió efecto Ponciano alzó la vista tumefacta hasta el sargento destilando rabia, odio y alguna lágrima.

—Traigan a Clementina y lo contaré todo —manifestó terco con doloroso esfuerzo.

—De acuerdo, la traeremos en cuanto nos digas quién la tiene —ofreció Gastón.

—...

El teniente captó un gesto cómplice de su sargento y se levantó con intención de dar por concluido el interrogatorio, se dirigió hacia la puerta permitiendo así que Trípodes se acercara a la oreja de Ponciano para decirle en tono confidencial:

—Cada rato que ella pase con ellos, es un rato más de disfrute que tú y tu Clementina les ofrecéis a esos facinerosos. Tú mismo —y le palmeó el hombro.

La mente apaleada de Ponciano imaginó a Tomás y Agapito entre las piernas de su Clementina, haciendo garradas con ella, disponiendo de ella como de una puta cualquiera y lloró. Gastón abandonó el despacho creyendo que así favorecería que el alguacil se sincerase con Trípodes a quien conocía desde siempre.

El sargento salió al cabo de un buen rato muy serio.

—¿Qué te ha contado?

—La chica está con los municipales.

—¿Sus compañeros le han agredido?

—Sí, al parecer están los tres encoñados con ese *chochito*, juntaron los ahorros de los tres para comprarla y compartirla pero una vez libre de la férula de *la Gallega* Ponciano la quiso para él solo y de las palabras pasaron a las porras y ganaron las porras. Ahora Tomás y Agapito tienen a Clementina.

—Entiendo —aquella explicación no le cuadraba y Gastón quedó pensativo—. Menudo cuento para no admitir el asesinato del notario.

—¿Quieres que acudamos al rescate? —propuso Trípodes.

—Sí, claro. Por supuesto. ¿Esos dos, ofrecerán resistencia?

—No creo, pero habiendo un coño por medio nunca se sabe, acudiré con Facundo y Solís por lo que pueda ser.

—Sea.

Encerraron a Ponciano con la recomendación de Emérito de que aprovechara el camastro para descabezar un sueño, le convenía descansar. Y aunque la pena y el dolor le impedían razonar y dormir pudo más el agotamiento y los palos encajados y al poco roncaba rendido.

De sobras conocían a esos dos y por tanto sabían de su nula peligrosidad, pero Tomás y Agapito solían beber y mucho y tenían armas a su alcance y encima estaban encoñados con esa pava, de modo que una vez frente a la puerta de la casa de Tomás, en la de Agapito no había nadie, el sargento Trípodes desenfundó su vieja Astra 400 y aguardó a que Facundo y Solís acerrojaran sus fusiles para empujar la puerta, que ya estaba abierta, buena señal, y gritar:

—¡Guardia Civil!

No hubo respuesta del interior, del que manaba un bolero de una radio a todo volumen. Trípodes hizo un gesto de “adelante” y los tres guardias entraron en la casa. Enseguida llegaron a la cocina, en la radio cantaba Paquita Rico; Agapito batía unos huevos a conciencia con intención de culminar una tortilla de patatas mientras estas se freían, el olor enamoraba a esas horas; Tomás pintaba las uñas del pie derecho de Clementina, apoyado en su rodilla. Ella estaba desnuda, recostaba en una butaca y les miraba con curiosidad.

El sargento enfundó su pistola y los guardias devolvieron los fusiles a los hombros. Solís se acercó a la radio y bajó el volumen. Su sargento le miró con censura, “¿por qué no lo has apagado?”, el guardia se encogió de hombros, le gustaba Paquita Rico.

—Buenas noches —saludó Trípodes.

—Así las tenga —contestó Tomás, sin abandonar su labor—. Mierda —por hablar había manchado un dedito de laca y lo intentó limpiar pero fue peor.

—¿Han venido ustedes a cenar? —ofreció ella.

Los guardias intercambiaron vistazos de “sí por favor”, con su sargento, a los tres les encantaba la tortilla española. Agapito andaba escurriendo las patatas de aceite y luego las

mezclaba con cuidado con el huevo para que quedaran bien pringadas.

A Trípodas no le pareció que Clementina estuviera secuestrada ni que sufriera violencia alguna. Del modo que Tomás acercaba su boca al pie para soplar en las uñas recién pintadas, para adelantar el secado de la laca, más parecía un infeliz sometido al influjo de una perversa nínfula que un sádico violador.

—Señores, acompañen a la señorita al cuartelillo —mandó el sargento a la pareja.

—Trípodas, hombre —protestó Facundo dirigiendo un gesto a la tortilla que ya había comenzado a voltear Agapito. El cocinero procuraba no apretarla para que quedara esponjosa.

—El teniente la está esperando.

—Pues lo mismo será un rato más, ¿no? —adujo Facundo, embriagado por el aroma de la tortilla recién hecha.

—Además tiene las uñas húmedas, así no podrá caminar —ayudó Solís.

—Vale, pero en cuanto se le sequen las uñas, palante —concedió el sargento.

Los seis se sentaron en torno a la mesa, a ninguno importó la desnudez de la muchacha, pendientes de la humeante tortilla: dos palmos de circunferencia por tres dedos de ancho. Una frasca de vino, una hogaza de pan y una escudilla con olivas negra completaban el aderezo de la mesa.

Por lo visto Tomás no recibía visitas y no había platos para todos, o ganas de sacarlos de donde fuera que estuvieran recogidos. Facundo cortó buenas rebanadas de pan mientras Agapito llenaba los vasos de vino y Tomás partía la tortilla en seis raciones más o menos iguales. Luego fue depositando una porción sobre cada rebanada y repartiéndolas. Comieron en silencio, disfrutando de cada bocado, con deleite y satisfacción, que rica estaba la tortilla, que bueno el vino, el pan tierno y las olivas negras de Aragón, ricas, ricas.

Mientras en el cuartelillo Gastón tuvo una inspiración y mandó traer a Antolín a su despacho, habían decidido liberarle al día siguiente, los indicios de su participación en el crimen de Víctor eran muy débiles, había testigos que le vieron pastorear, pero el instinto le advertía que de aquel hombre podía sacar algo más. Ya le habían interrogado en infructuosas ocasiones, ni las hostias del sargento Trípodas obtuvieron nada de ese obstinado. Gastón quiso probar por última vez.

—¿Van a soltarme ya? —preguntó el pastor en cuanto entró en el despacho.

—¿Le consta que su mujer recibe la visita de otros hombres?

Antolín asintió con la cabeza gacha, con más pena que reparo.

—Usted lo sabe, ¿verdad? Usted no habría matado a nadie por eso.

—Ella, mi Engracia, quiere criar a toda costa —el hombre se explica sin acritud—. Ser madre es para ella lo único que cuenta en la vida. Si yo no soy capaz de darle eso, porqué me voy a oponer a que ella se busque la vida.

—Entiendo.

Antolín alzó la vista hasta el rostro del teniente para preguntar con sinceridad:

—¿De verdad lo entiende usted? Ella no lo hace por vicio, solo quiere ser madre, nada más. Yo no veo que haya nada malo en eso.

—Comprendo, sí, de verdad, y hasta cierto punto comparto su punto de vista.

—¿Van a soltarme ya? —repitió esperanzado.

—Sí, mañana a primera hora quedará usted libre.

—¿Y no puedo irme ahora?

Gastón no supo que responder a eso, sonrió como un necio, rebuscó en el expediente para disimular e hizo un gesto de cara a una silla para que Antolín se sentara, mientras pensaba como

iba a plantear su idea para que fructificara.

—Se ha producido un robo en esta casa y estamos interrogando a todos los presentes.

—Pero usted sabe que yo estaba encerrado?

—Por si hubiera visto algo. En ocasiones los detenidos se asoman al ventanuco y no sé... —

Gastón dudaba de su planteamiento.

Antolín puso cara de extrañeza: “¿un robo en una casa cuartel de la Guardia Civil?”.

Gastón aguardó a que la idea empapara la neurona del pastor que al fin preguntó:

—¿Y qué han robado: un tricornio, un fusil? Pues si se roban entre ustedes, apañados vamos.

—No, no me he explicado. El otro día vino Daniel, el fotógrafo, a retratarle a usted y traía sus ahorros en la maleta, por lo visto se iba de viaje.

—¿Se iba?, nada me dijo.

Gastón percibió el cambio en la expresión del hombre, cierta complicidad defraudada.

—Ha denunciado la sustracción de cien mil pesetas —completó con suavidad e indiferencia, como si leyera la predicción meteorológica para Mongolia o el horóscopo para Aries.

En cambio aquella cifra, “cien mil pesetas” impactó, caló hondo en la mente pastoril, “cien mil pesetas”, y enseguida una vocecita le advirtió que la mitad eran suyas, y con esa mitad podría no ya viajar a Barcelona, sino establecerse, dar la entrada para un piso de esos nuevos que se estaban levantando en bloques en todas las ciudades del mundo civilizado, lejos de Villaciegos y sus rastros, sin ovejas ni polvo ni necesidades infinitas y permanentes. “Cien mil pesetas”, resonaba en su cabeza como una cantinela, “cien mil pesetas”, menuda gran fortuna.

—Pues si las encuentran sepa usted que la mitad son mías.

—¿Ah sí, y eso?

—Daniel y yo íbamos a medias, yo le propuse el trato.

—¿A medias en qué, en sus ahorros?

—Que ahorros ni que niño muerto —masculló entre dientes—, si ese no tiene ni pa limpiarse los mocos —y la desconfianza y la prudencia se apoderaron del pastor y le aconsejaron silencio.

Gastón aguardó en vano, el brillo rispo en los ojos del pastor le indicó que acababa de perder toda comunicación.

—Si no me cuenta algo más no puedo firmar su orden de libertad —e hizo ver que cerrando el expediente atrancaba la puerta del calabozo.

—Pero yo no he hecho nada, yo estaba encerrado, no puedo haber robado ese dinero que de todas formas...

—¿De todas formas qué? Antes ha dicho que la mitad es suyo, explíquese.

—¿Por qué? Pregúntenle a él.

Gastón se puso en pie, daba por concluido el interrogatorio y ello desconcertó al pastor. Fue hasta la puerta y dio una voz para que acudiera Emérito.

—Porque si hallamos ese dinero y nadie justifica su propiedad será entregado a la Hacienda Pública del Estado como un decomiso.

Antolín no entendía las palabras pero si la intención: ¡los guardias se quedarían su dinero! Y cuando entró el otro cabo, el que le llevaba de comer a la celda, lo tuvo claro, le encerrarían en un presidio para que no hablara mientras se gastaban su dinero.

—Hablaré a cambio de mi dinero y mi libertad.

—¿En ese orden? —hizo una seña al cabo para que tomara nota de la declaración.

—¿Qué? —el desconcierto de Antolín le enfurruñaba pero la expresión expectante de los dos guardias le confundía. ¿Dónde estaba el de las hostias? El instinto le advertía que desconfiara de

un guardia civil amable y correcto, al menos con el de las hostias sabía a qué atenerse.

Gastón rebuscó en el expediente y sacó un atestado, lo leyó y sonrió, lo que acojonó al pastor.

—Tú declarase, tal día a tal hora, en estas dependencias que viste al finado Víctor y a Crispín arrojar los cuerpos de Rufino y Celedón al rastrojo.

Cuando hubo analizado la cuestión la suspicacia movió la cabeza de Antolín para asentir.

—¿Qué pinta el fotógrafo en el asunto? ¿Estaba con ellos, estaba contigo?

—Estaba... —la suspicacia le cerró la boca, nada más tenía que decir hasta que no recapacitara. De repente se habían esfumado sus cien mil pesetas y habían aparecido esos desgraciados del tricornio. ¿Dónde estaba su dinero? ¡Ese cabrón de fotógrafo! Sus ahorros, ¡y una mierda! Si ese dinero no era fruto de la extorsión entonces sólo podía ser de los forasteros que Daniel asesinó y que él ayudó a enterrar y en ese caso la mitad seguía siendo suya.

Emérito miró a su jefe y desalentado soltó la pluma en el plumier, ambos reconocían la cerrazón y la de aquel hombre era de las más cerriles, habría que aguardar a que trajeran detenido a Daniel, y procurar un careo entre ambos, y que regresara el sargento para que desbrozara un poco tanta obstinación.

Tras una charla productiva con los municipales el sargento Trípodes acudió en busca de don Eugenio. La hora que era le llevó a su domicilio. Llamó a la puerta y la criada le hizo pasar al despacho, no le extrañó hallar allí a don Braulio. Los tres hombres se saludaron y sentaron. El anfitrión ofreció tabaco y coñac. Mientras prendían los cigarros y cataban el buen coñac de Jerez los tres elucubraban su postura en aquella charla para salir beneficiados o cuando menos no perjudicados.

—Señores, al grano —pidió don Eugenio—. Es menester recuperar ese dinero, so peligro de rescindir el asunto de la Cooperativa. Por mi cuenta —y dirigió una mirada de censura al sargento—, he recuperado una parte de lo que se llevó Ponciano, ese cabrón al que sacaré los ojos.

—El rencor a nada conduce —trató de suavizar el cura por la cuenta que le traía—. Aquí está la parte de mi sobrino —dejó un sobre de estraza encima de la mesa—. Es joven y perdió la cabeza, malas compañías, peores anhelos, pero eso se arregla con unas jornadas de meditación en un colegio mayor, unos ejercicios espirituales que pulirán todo deseo insano. Ya lo he enviado...

—Poco me importa a mí donde hayas escondido a ese bastardo —maldijo el alcalde mientras recogía el sobre y contaba el dinero por encima—. Aquí falta...

—Lo gastado en la moto, ya, en cuanto el ordinario devuelva la Derbi te lo traeré.

—Bien —aceptó a regañadientes don Eugenio que se volvió hacia el sargento—. ¿Qué pasa con la parte de ese retratista del demonio?

—Estamos en ello. Afirma que se la han hurtado. Una cantidad así no pasa desapercibida. Estamos en ello.

—Estamos en ello, estamos en ello —murmuró con impaciencia antes del exabrupto—: ¡cojones!

Don Eugenio se puso en pie, dio un par de vueltas inquieto y meditabundo, al fin se volvió hacia sus interlocutores con semblante decidido y expresión de iluminado.

—Señores, ustedes saben que ese capital es fundamental para Villaciegos, levantar esa Cooperativa, ese molino, traerá la prosperidad a nuestro pueblo. Vamos a recuperarlo. Haremos

un trasvase de fondos públicos a la iniciativa privada y los tres canallas que causaron el mal serán los responsables del remedio.

El sargento y el cura se miraron sin comprender pero temiendo la fastuosa idea del cacique que estaban a punto de escuchar.

—Don Honorato era, además de notario y secretario de ese consistorio, director de la Caja Rural. Debería haber tenido el dinero en la caja fuerte de la Caja y no en su domicilio.

—Bueno es que la Caja carece de caja de caudales —trató de meter baza el cura.

—A mí me lo va a decir que soy el interventor y tesorero de la entidad. Bueno, eso son minucias, detalles sin importancia, la semana que viene es final de mes. La Caja recibe fondos para abonar las pensiones y los pagos habituales. La Caja Rural y Monte de Piedad de Villaciegos sufrirá un atraco por el mismo importe que el dinero sustraído.

—¡Don Eugenio! —el cura horrorizado. El sargento mudo de la impresión, por el delito que se fraguaba ante sus bigotes, y expectante.

—Y esos tres sinvergüenzas darán el golpe. Felisa jurará que la cantidad sustraída es de medio millón de pesetas, que el Ministerio, más tarde que pronto, repondrá a la Caja Rural.

—Eso es un delito muy grave —apuntó el sargento muy serio.

—A esos tres lo mismo les va a dar un clavo más que menos en su ataúd —respondió don Eugenio.

—¿Pretende que Ponciano, Crispín y Daniel atraquen la Caja Rural? —don Braulio no se lo podía creer.

—Si has mandado fuera a ese curita bastardo, ya le puedes decir que vuelva, que faena tiene.

—Trípodes, no irás a consentir semejante tropelía —don Braulio suplicando amparo.

—Ni consentir ni niño muerto. O esos canallas me restituyen lo robado o los denuncio y acaban en presidio para los restos o sentados en el garrote. ¿O acaso Honorato no era amigo tuyo? Hombre Braulio, es que tienes unos cojones —e hizo un gesto de abundar con las manos.

—Pero Eugenio, estás majara, ¿qué te hace pensar que esos tres se avendrán a ese plan tan descabellado? ¡Ya están con la sogá al cuello!

—Por eso mismo, nada tienen que perder y mucho a ganar.

—Esos tres atracan la Caja y nos olvidamos de la muerte de don Honorato y el robo en su casa —sugirió el sargento.

—Tú lo has dicho. Recuperan el dinero y todo olvidado.

—¿Quedan libres después de matar a don Honorato? —preguntó el sargento incrédulo.

Don Eugenio abrió los brazos con gesto desolado.

—Ninguno deseábamos perder a un amigo.

Los otros no creyeron su expresión compungida.

El sargento Trípodes y don Braulio salieron a la calle meditabundos, el guardia pensando en la imposibilidad de convencer a su teniente de acometer semejante desafuero y el clérigo horrorizado ante la idea de que el cabeza loca de su sobrino fuese un criminal: asesino, ladrón y saltador de bancos, lo que le faltaba a su hermana para que le diera un síncope.

Ambos necesitaban deshacerse de la tensión acumulada por el alocado plan del alcalde y sin idearlo ni hablarlo se dirigieron juntos a casa de Trípodes, les venía de camino a uno al cuartelillo y al otro a casa de María, le apetecía pasar un rato con ella y su bebe. El nacimiento de ese niño le planteó, una vez más, dudas vocacionales, es lo que tenía la vida cuando te rozaba con sus bondades, parecía que lo hiciera aposta para mostrarte tus yerros. Ya no tenía remedio.

—¿El qué?

—¿Qué?

—Has dicho que ya no tiene remedio, ¿el qué?

—Todo, la vida que es muy puta. Anda vamos —apremió a su amigo uniformado para que le abriera la puerta.

Mientras Trípodes se entretenía en cerrar la puerta de la calle con llave, don Braulio dio una luz y fue hasta el fondo de la casa, desatrancó la puerta del sótano y encendió la bombilla, en cuanto puso un pie en el primer escalón el crujido del mismo provocó un murmullo en el fondo como de una rata volviendo apresurada a su madriguera.

—¿Nos echabas de menos *Renco*?

Habían substituido la bombilla por una de mayor potencia y ahora el sótano se veía bien iluminado. La “rata” era Eudosio encadenado y después de tantos días en completa oscuridad, sin agua ni comida y recibiendo periódicas palizas, veía menos que un topo ciego. Claro que la hinchazón de los ojos tampoco le facilitaba la visión.

—¡Agua, agua por favor! —masculló con una boca deformada por los golpes.

—¿Agua, ya te daré yo agua cabrón? —amenazó el cura mientras empuñaba un palo.

Eudosio enseguida comenzó a chillar y suplicar, pero en cuanto recibió el primer garrotazo del cura se acurrucó en el escaso hoyo que había cavado. Don Braulio se acercó al borde para mejor alcanzar a su víctima y comenzó a vapulearle con todas sus fuerzas. Eudosio gritaba a cada garrotazo encajado e imploraba agua y perdón.

Al cabo de un rato llegó Trípodes y don Braulio paró para resollar.

—Has empezado sin mí —y cogió otro palo y vuelto al desgraciado le gritó—: ¿Esto es lo que has cavado, nada más, qué haces todo el día ahí tumbado?

Y la emprendió a garrotazos. Cuando paró Eudosio no se movía, Trípodes le clavó la punta del palo en la espalda y le amenazó:

—Como vuelva y no hayas ahondado más te muelo a palos, ¿me has oído? —y subrayó su pregunta con un par de buenos estacazos en aquella espalda desnuda y sucia.

El hombre, hecho un ovillo magullado, asintió entre llantos y súplicas.

Los dos agresores marcharon y Eudosio quedó a oscuras, en cuanto se pudo mover comenzó a cavar aunque de puro vapuleado apenas lograba arrancar una pizca de tierra. El hambre y la sed le atormentaban casi tanto como los golpes y de repente tuvo una idea: ¡si cavaba bajo aquella pared lograría salir, escapar! Claro que la cadena... ¡Buena una vez fuera alguien le ayudaría, avisarían a un herrero, o a la Guardia Civil, sí, los guardias le liberarían! Sacó fuerzas de la paliza recibida y clavó la pala en la tierra del fondo de su fosa pero con aquel gesto agotó toda la energía disponible y cayó desvanecido.

Don Braulio y Trípodes se despidieron, más tranquilos, con las ideas claras, cada uno tenía muy claro cuál sería su proceder en los días siguientes.

Don Braulio entregaría a Crispín, tras aleccionarle, al día siguiente. Trípodes mandó a Facundo y Solís a detener al fotógrafo, y se marchó luego a pensar en cómo se libraría del teniente Gastón el día del atraco a la Caja Rural.

Don Braulio, tras comprobar que ninguna comadre espiaba, abrió la puerta de María, para eso tenía llave, y entró. La mujer le hizo señas de que no hiciera ruido y le llevó hasta la cunita donde dormía el recién nacido. Ambos le observaron fundidos en un abrazo amoroso.

Daniel tuvo una revelación, comprendió que su dinero estaba perdido, casi tanto como su relación con Natalia, y que la torpeza de denunciarlo le ataba al garrote. Mientras permaneciese en Villaciegos sentía el aro de hierro en torno al pescuezo hasta el punto que le faltaba el aire.

Supo a Ponciano detenido e imaginó a Crispín engrilletado, a pesar de su sotana, y caminando cabizbajo en medio de la pareja de tricornios y sospechó que esa noche vendrían a por él.

Rehizo la maleta y se dirigió a la estación procurando que las sombras le escondieran y que la noche le ocultara.

En el andén, amparado por las sombras, aguardó el expreso nocturno. Viajaría hasta Irún y una vez allí ya vería el modo de cruzar la frontera, y ya sin parar hasta Alemania.

El río de dinero consumido en la década anterior para destruir Europa ahora venía duplicado para reconstruirla. Alemania demandaba mano de obra y a él nada le retenía en España.

Con tristeza ajena observó a Froilán, el ordinario, descargar la magnífica Derbi amarilla de su carro sobre una de las carretillas que utilizaban en la estación para mover cargas. Un mozo le ayudaba a pesar de la hora tardía. El sueño de un joven malogrado para siempre.

Durante mucho tiempo Crispín siempre recordaría las sensaciones a lomos de aquella máquina. “Poco a poco tal y como madurara idealizaría aquellas breves vivencias hasta que la edad arruinara el recuerdo hasta reducirlo a un rencoroso “no pudo ser”, y entonces comenzaría a amargarse, pues eso era el hastío de la vida una serie de eslabones de “no pudo ser” tras otro, hasta devenir un viejo amargado, que se moriría de asco por el agobio de la cadena. Y eso, en mayor o menor medida, nos pasaba a todos”.

“Con pena y rencor recordaría a Dorotea y a Natalia, ¿por qué tuvo que deshacerse de su hijo? Si él fuese malo pensaría que quizá no era hijo suyo, pero él no era así y ni se le había pasado por la imaginación. Pobre Natalia, sometida a la voluntad de esa vieja repelente”.

Sonó un pito en la lejanía a la vez que una luz apareció en el horizonte. Daniel permaneció en las sombras del andén, si nadie le veía subir al tren la Guardia Civil no le perseguiría. En el trayecto a la capital pensaría en como obtener algo de dinero para financiarse el viaje a Alemania. Ahora la prioridad era escapar de Villaciegos.

Con los calabozos ocupados, metieron a Clementina en un cuarto de una de la viviendas de guardias vacías y la conminaron a no moverse. Por lo avanzado de la hora suponían que los jefes no la interrogarían hasta el día siguiente.

—¿Y si tengo que visitar el aseo?

Facundo no respondió, cerró la puerta pero sin una cerradura o un cerrojo mal podía controlar el encierro de la muchacha. Su compañero comprobó todas las ventanas, todas tenían rejas, y sólo podían cerrar con llave la puerta de entrada de modo que la muchacha podría deambular por la vivienda si así lo deseaba. Se hubieron de conformar.

El sargento Trípodes les mandó a detener al fotógrafo. Facundo y Solís se miraron con resignación, en aquel oficio no tenían ni horarios ni cobraban horas extras. Los dos tenían familias que atender y una tripa que reclamaba la cena, pero saludaron a su sargento y se aprestaron a cumplir lo ordenado.

En ese momento el teniente Gastón volvió de la calle y se cruzó con la pareja que marchaba en

busca de Daniel e intercambiaron saludos marciales.

—¿Han visto al sargento?

—Ahí dentro le tiene mi teniente —saludó Solís.

—¿Adónde van ustedes?

—A detener al fotógrafo mi teniente?

—Bien, yo vengo ahora de su casa y no hay nadie, miren ustedes a ver dónde pueda estar.

La pareja le miró con suspicacia y Facundo respondió:

—Nos daremos una vuelta por la estación.

Al teniente le pareció una idea acertada.

—Sargento, ¿dónde se había metido? —quiso saber extrañado por la prolongada ausencia.

Le agarró del codo para que le acompañara y ambos entraron en su despacho.

—He buscado a Daniel, el fotógrafo, pero no lo he hallado.

—Yo he tenido una charla con don Braulio, le he convencido para que nos libre a su sobrino y poder esclarecer el asunto de... El asunto. Mañana le entregará.

—Bien, ¿y la chica del alguacil?

—Está detenida. La hemos metido en la casa vacía.

—¿Qué casa vacía?

—La vivienda que me correspondería a mí y que no ocupo, es la puerta pintada de verde ajado. Si mañana soltamos al pastor, quedará un calabozo vacío.

—De eso te quería hablar, me temo que ese tipo sabe algo relacionado con los muertos, los primeros muertos: Rufino y Celedón. Tiene algo que ver con el fotógrafo. Por cierto han salido a buscarle.

—Sí, he mandado a la pareja a detenerle.

—No hay tiempo que perder. Yo he estado en su casa pero no había nadie.

—¿Has ido a la estación?

—Facundo me ha dicho que irían ellos.

—Pues entonces tranquilo. Si le ven le traerán. No escapará. Gastón, ¿qué te pasa?

—¿Por qué lo dices?

—Porque esta conversación ya la hemos tenido antes, ¿qué pasa?

—No hagas caso. ¿Vas a interrogar al pastor?

—Ahora mismo.

Trípodes se quitó la guerrera y preguntó mientras se remangaba las mangas de la camisa:

—¿Vas a estar presente?

Gastón, negó con la cabeza, detestaba los malos tratos, no creía en la eficacia de la fuerza bruta pero para el sargento era algo consustancial con el uniforme y el oficio. Los maleantes siempre negarían los hechos delictivos y su participación en ellos por simple instinto de supervivencia y ellos, los custodios, tenían que obtener la verdad o cuando menos la información a cualquier precio, sin importar los medios, para evitar futuros delitos y castigar los ya perpetrados. Su actuación tenía que ser disuasoria además de persecutoria.

El sargento sacó una porra corta de un cajón y se sacudió la palma de la mano con ella, estaba listo.

—Te enviaré a Emérito —propuso Gastón antes de retirarse.

Cuando Antolín entró en el despacho y vio al sargento arremangado y con una porra en la mano respiró tranquilo. Conocía a la perfección sus limitaciones, sabía que con el otro, con el guardia listo, acabaría metiendo la pata, en cambio con ese bestia sólo era cuestión de aguardar a que se

cansara de sacudirle y soportar el daño y él estaba hecho a soportar como nadie. Nada había más jodido que la vida que le había tocado vivir hasta entonces. Ningún golpe podía superar en dolor a su miserable vida.

—Atiende cojones —el sargento le dio con la porra en el brazo.

Antolín se volvió al cabo que le miraba pluma en ristre y le preguntaba cansino su filiación. ¿Cuántas veces le tenían que preguntar eso? ¿Acaso creían que mientras le habían tenido preso había mudado de nombre o dirección?

—Cuanto más diligente respondas antes nos iremos todos a descansar —advirtió Emérito.

—Será usted. A mí no me sueltan hasta mañana —ese desafío le valió el primer porrazo en la cara.

Trípodes también tenía ganas de abreviar, tenía que hablar con la chica antes de que la interrogara el teniente y las tripas le advertían que aquel mastuerzo no diría nada de interés. Alzó la porra y asestó una serie de golpes que Antolín encajó bien. A pesar de los grilletos se cubrió bien la cara. Con malos modos el sargento le sentó, soltó las esposas y le ató las manos a la espalda contra el respaldo de la silla.

—Canta Antolín, cuéntenos lo del dinero del fotógrafo, ¿de dónde lo sacó? —preguntó Trípodes.

—Yo no sé nada.

Aún resonaba la palabra “nada” en el aire cuando la porra le cruzó la cara con fuerza causando un dolor inusitado. Nada que ver con las hostias que en algún momento Antolín pudiese haber soportado. El último porrazo impactó en la boca, los labios ardían, rotos comenzaron a sangrar.

—Has dicho que viste a Víctor *el Cortijero* tirar los cadáveres del *Boina* y el *Comuniones* al rastrojo —preguntó el cabo para ir entrando en materia.

—Sí, sí —al balbucir se dio cuenta que tenía los labios dormidos—. Crispín, el cura, estaba allí.

El cabo Emérito tomó nota y animó con un gesto de la mano emplumada a que prosiguiera, pero el pastor no sabía qué más decir y la porra volvió a sacudirle la cara. Un hilo de sangre manó de la ceja derecha, la nariz le dolía horrores, sólo era cuestión de aguantar un poco más y ya está.

—¿De dónde sacaste el billete de 1.000 pesetas?

—Me lo dio el fotógrafo.

—¿De dónde lo sacó él?

—Pregúntele a... —la porra no le dejó concluir la frase.

Iría en busca de ese cabrón de fotógrafo y le arrancarían las tripas, poco a poco, hasta que le diera su parte y luego cogería a la Engracia y se marcharían a Barcelona.

—¿De qué se ríe este cretino? —y Trípodes sacudió una nueva tanda de golpes.

El cabo no supo qué responder para evitar el enojo del sargento, comprendía la necesidad de sentar la mano con aquellos cejorros, única forma de conseguir información, pero cuando se cerraban en banda era igual que golpear una pared, ¿qué ibas a hacer entonces, matarlos?

—¿Qué faena le hiciste al fotógrafo que mereciera ese pago? —preguntó Emérito.

Pero Trípodes estaba cegado y el contumaz vaivén de la porra no conocía reposo. Antolín cayó desvanecido.

—Ya vale sargento, mañana más —anunció el cabo. Trípodes resollaba como un toro en celo.

Entre los dos devolvieron al pastor a su celda, mañana sería otro día. En cuanto llegara el fotógrafo formalizarían un careo que esclareciera lo del dinero y el rastrojo.

El sonido del cerrojo atrancando su encierro fue música celestial para los oídos de Antolín.

Pronto amanecería y emprendería su nueva vida. En cuanto agarrara a ese fotógrafo se iba a desquitar del mal sufrido que resultó mucho, más de lo imaginado, pero ya no se conformaría con la mitad, ¡ahora lo quería todo, todo, las cien mil pesetas! La consciencia le abandonó.

El sargento Trípodes se despidió de Emérito “hasta mañana” e hizo el remolón en el patio fumando para tranquilizarse. En cuanto se hubo serenado y a salvo ya de miradas indiscretas acudió a visitar a Clementina. Él tenía llave de la que hubiese sido su vivienda y entró. Halló a la muchacha en el mismo cuarto en que la dejaron pero ejercitando un extraño bailecito.

—Me estoy meando —fue el saludo de buenas noches que recibió de ella.

Trípodes abrió de par en par la puerta del cuarto y señaló hacia fuera. Clementina se precipitó hacia la puerta señalada y el sargento aprovechó para darse una vuelta por la vivienda. No habría estado a disgusto allí, para él solo sobraba casa, pero vivir donde trabajas es trabajar donde vives y no, él necesitaba desconectar para alcanzar un mínimo descanso.

Entre cavilaciones hueras volvió la chica. Sumisa iba a entrar en el cuarto pero el sargento la llevó hasta la cocina, señaló una silla y ella tomó asiento modosita.

—Tú y yo tenemos que hablar. Es decir que yo hablaré y tú escucharás, y mañana o cuando te lleven a declarar responderás a las preguntas con las respuestas que yo te daré ahora.

—¿Y si las preguntas son otras?

—Eres una chica lista, sabrás qué responder. ¿Estamos?

—Estamos.

—Y no hace falta que te diga que yo no he estado aquí.

Clementina asintió.

Trípodes se levantó a buscar alguna bebida, le apetecía un trago pero tras rebuscar en los armarios volvió a sentarse a palo seco.

—¿Vas a pasar la noche conmigo? —preguntó ella con voz suave, casi insinuante.

El tono, la intención, más que el significado de aquella cuestión turbó a Trípodes.

—No. Y no hace falta que te quedes en ese cuarto puedes deambular por la casa, ponte cómoda.

Clementina asintió y él explicó sucintamente el asunto tal y como convenía que se revelara. Supo que ella había comprendido a la perfección el fondo de la cuestión y así se despidió.

Por la mañana un cariacontecido Crispín entró en el cuartelillo tutelado por la severa sombra de don Braulio. Ante la ausencia del sargento Trípodes, un contrariado teniente Gastón, se hizo cargo del cura.

—¿Dónde coño anda el sargento? —masculló Gastón al cabo Emérito que se encogió de hombros.

—Habíamos quedado con el sargento —protestó casi al unísono el orondo párroco.

—Cabo, acomode al padre Crispín en nuestras instalaciones —mandó el teniente.

No había calabozos libres de modo que Crispín y Ponciano compartieron encierro. A ninguno le importó. ¿Qué iban a hacer, encerrarle con Clementina?

Gastón entró en su despacho para expedir una orden de detención contra Daniel Sánchez, la pareja volvió con la noticia de que había sido visto tomando un tren a la capital.

—Veamos quién corre más si el telégrafo o tú, cabrón —masculló mientras redactaba una

buena descripción ya que carecían de una fotografía.

Adela, perpleja, miraba al sargento Trípodes como si fuese de color verde. Lo único que entendía era que sobre su esposo pendía un grave peligro.

—Sólo le pido que por favor se lo lleve con usted —la paciencia no era una virtud que ocupara mucho espacio en la personalidad de Trípodes.

—De acuerdo, está bien, trataré de convencerle para que me acompañe a casa de mis padres.

—Será sencillo mujer, cómo la va a dejar sola recién parida.

La niña rebulló en la cuna y Adela se acercó, en cuanto la criatura percibió su presencia reclamó exigente el cuidado materno con un grito agudo. Adela la cogió en brazos, la besó y le dijo algo al oído que la alegró, el sargento azorado notó un extemporáneo nudo en la garganta.

—Le propongo un trato sargento —susurró ella dando un paso hacia él—. Me llevaré a mi marido a condición de que cuando volvamos ella no esté aquí.

—¿Ella, quién?

—Clementina.

—¿Aquí, dónde, en el cuartelillo?

—En Villaciegos, en la comarca, en España.

—Haré lo que pueda —e hizo ademán de irse pero volvió sobre sus pasos—. No haga caso de los chismes, la gente es dada a difundir maledicencias sin fundamento, por puro hastío.

Ella le miró con la niña en brazos que ahora alargaba las manitas con intención de agarrar aquellos bigotes tan tentadores.

—Tengo que cambiar a la niña.

Trípodes saludó y marchó.

Cobijado en las sombras y eludiendo las escasas miradas de los noctámbulos pertinaces Daniel se deslizó por las calles evitando ser reconocido. En la capital a esas horas las gentes de bien dormían y sólo los maleantes vagaban por la calle. Las autoridades lo sabían de modo que guardias y serenos paraban a todo viandante sospechoso para identificarle. Aun los de paso procuraban hacer noche en alguna pensión para evitarse incómodas explicaciones. Y los juerguistas de entre semana no existían.

Halló el portón del patio atrancado pero con algo de esfuerzo y mucho susto saltó la tapia. Una vez al otro lado aguardó unos instantes a que su corazón se serenase so pena de despertar a todo el barrio con su desbocado latido.

Sabía que a partir de ahí ninguna cerradura se interponía en su camino. Entró en *La Polonesa* y aunque el local estaba a oscuras sabía dónde mirar. Fue hasta la caja registradora y la abrió, los escasos cientos de pesetas acabaron en su bolsillo.

Abrió el mostrador y repasó el contenido de la vitrina expositora. Sus ojos habituados ya a la escasa claridad reconocieron los modelos y su mano los apreció con reverencia. Cogió una maleta de fotógrafo, de las que había a la venta, la abrió y vació los cartones de relleno.

Cogería unas cámaras para ir las vendiendo tal y como fuese necesitando dinero, cámaras de

calidad en un país en el que comenzaba a circular el dinero y faltaba de todo. Si llegaban a registrarle la maleta a ninguna autoridad extrañaría que llevase los útiles pertinentes a su acreditación como fotógrafo profesional.

Tal y como Daniel triaba las cámaras alababa su virtudes con asombro y admiración: “¡Una Agfa Isolette III, con objetivo Solinar! Es de fuelle, pero al ser plegable ocupa poco espacio y enseguida la tendré vendida”. La depositó en la maleta abierta de par en par sobre el mostrador. Su mano fue hasta la siguiente cámara, se sentía como un caballero rufián saqueando reliquias en Tierra Santa. “Una Kodak Retina IIC con objetivo Xenon, para carrete de 35 mm”. A la maleta. Sentía el corazón desbocado al apropiarse de aquellas bellezas, era consciente de cuánto le dolería luego malvenderlas pero aquellas preciosidades le salvarían la vida. Cogió otra Kodak, la IIIC, y una Ihagee Exakta Varex IIa, una réflex con objetivos intercambiables por la que obtendría muy buenos dineros. Una Praktica FX, que cualquier aficionado le quitaría de las manos. Y como no las Leicas. Se tuvo que arrodillar para mirarlas bien, su mano se resistía al sacrilegio, pero al final cogió una M3 y la miró un rato antes de meterla en la maleta junto a su hermana la Leica IIIf, las dos con objetivos de rosca. Serían las últimas que vendería, si fuese posible le gustaría conservar alguna para su trabajo, ya vería. Y para acabar de llenar la maleta e inmovilizar su contenido metió una Contax IIIA, un modelo desfasado pero robusto y por supuesto un modelo mejorado de la Rolleiflex que ya usaba.

Conocía las costumbres de la casa, se levantaban temprano pero no madrugaban, podía descansar un rato y se sentó, no saldría a la calle hasta que no comenzaran a pulular los primeros obreros caminos de sus puestos de trabajo.

Lo tenía todo pensado evitaría las estaciones de tren y los autobuses, sabía que la Guardia Civil emitiría una orden de busca y captura contra él. Conocía a cierto camionero que se avendría a llevarle al menos hasta Zaragoza, desde allí ya vería.

De repente sintió la necesidad de despedirse de Natalia, le habría gustado formar una familia con ella, criar un hijo en común habría sido hermoso. Se puso en pie y fue hasta las escaleras, le daría un beso y si despertaba le explicaría que... Una explicación merecía por el robo que acababa de perpetrar, se lo devolvería todo, hasta la última peseta. ¡Mierda, no está sola! En la cama de Natalia dormían dos personas. Con toda la sangre fría que confería la sorpresa del desamor y la rabia infinita consiguiente se acercó al lecho y sí, un tipo compartía cama con Natalia, y no era su padre, ya fallecido, y él sabía que carecía de hermanos. Su mano fue hacia la lamparita de noche, reventaría esa fea cara con ella, pero su cerebro, aunque ofuscado, le aconsejó que no lo hiciera y que saliera de aquel dormitorio y abandonara aquella casa. Cosa que hizo a medias. Pues en el rellano unos ronquidos acompasados llamaron su atención, era Vera. Empujó la puerta, allí dormía, panza arriba, su detestada eslava. Cogió un cojín de una butaca y se acercó a la cama, sujetó el cojín con ambas manos sobre la aborrecida cara, ¡que fea era la jodía! pero antes de tocarla siquiera de nuevo aquella vocecita que le advertía que no lo hiciera, que se marchara de una vez. Daniel gozaba de un ángel de la guarda competente. Dio un paso atrás, tiró el cojín y salió del cuarto. Bajaba las escaleras cuando le pareció oír el viento en la estepa murmurar: “cobarde”. Pero no hizo caso, recogió el botín y salió al patio. El cerrojo del portón chirrió pero ya no le importó, una vez en la calle corrió como alma perseguida por los demonios de las estepas eslavas.

Amanecía y el mundo en forma de aguacero le cayó sobre la cara. Le dolió el choque, pero aún más despertar. Los golpes del despertador dolían mucho y se arrebujó contra la pared preguntándose qué sucedía. Por la escasa rendija de luz en que tornaron los ojos tumefactos Antolín divisó la severa jeta del sargento sañudo que le había golpeado a placer la noche antes, ¿o fue hace un rato? El recuerdo difuso de haber mantenido una charla, en el calabozo, con ese sargento iba y venía y no lograba centrarse ni recordar lo que había dicho y lo que no. ¿Habían hablado de muertos y sus tumbas? La cabeza le dolía horrores y la cara y las costillas y todo... El ruido que hizo el cacharro con el que le golpeaba al caer al suelo le atemorizó.

—Eh, espabila, cojones —mandó el bigote del hideputa uniformado.

La vaharada pestilente advirtió a Antolín que lo que le vació en la cara para despertarle no fue un balde de agua sino el orinal, estaba pringado de...

—Eh, espabila, cojones —repitió el sargento, pero esta vez acompañó la palabra con una patada.

“La ventaja de estar embadurnado en orines y mierda es que al tipo le daba asco tocarme”, pensó Antolín.

—¿Qué quiere, puedo irme ya?

—Claro. Tú quieres irte y yo quiero que te vayas.

—¿Entonces?

—En cuanto salgas por esa puerta —Trípodes señaló con la barbilla la puerta del calabozo—, tienes que abrir la de tus vecinos.

—¿Y eso por qué?

—Porque ellos también quieren irse.

—Pues ábrales usted.

—Si nos ponemos así... —Trípodes esbozó un gesto de desánimo y fue hasta la puerta con intención de largarse.

—Está bien, está bien. Usted quiere que cuando yo salga...

—Descorras el cerrojo de los vecinos y que te largues. Nada más, ¿tanto te cuesta?

Antolín se encogió de hombros y el sargento marchó. Le dejó la puerta abierta pero el pastor se demoró un buen rato en salir. Conocía la fama de la Guardia Civil, y su celo en la aplicación de la ley de fugas, y desconfiaba. Por otra parte nada tenían contra él, por eso le dejaban ir, pero esa condición de abrir la puerta contigua le escamaba.

Asomó al pasillo, miró a diestro y siniestro: nadie. Volvió a su celda. ¿Y si era una trampa? ¿Y si el calabozo que él abría estaba lleno de guardias prestos a vapulearle? Volvió a asomar, dio un paso hasta la puerta de la discordia, tentó el cerrojo, apoyó su oreja contra la puerta, nada, ni un susurro. Lo corrió despacito, sin el menor ruido, dentro tampoco se oyó nada. En cuanto lo hubo descorrido corrió de vuelta a su calabozo y esperó, nada. Al cabo de un rato vio salir a dos tipos, no se entretuvo en averiguar su identidad, pero le extrañó que en vez de hacia la entrada principal se adentraran en el cuartelillo, regresó a un rincón de su encierro y esperó. Cuando volvió a asomarse no había nadie allí y él salió, siguió la misma trayectoria que los otros hasta divisar una puerta entreabierta que daba a la calle por la parte de atrás, salió, no vio a nadie, y se marchó corriendo.

Aunque advertida, Felisa se llevó un susto de muerte cuando los tres tiparracos entraron dando voces en la Caja Rural y con las caras tapadas con sendos pasamontañas negros. Uno de ellos empuñaba un revolver antiguo y oxidado, una reliquia de la guerra civil, pero que daba el mismo miedo que si fuese nuevo y reluciente, por otra parte ninguno de los atemorizados presentes sabría dilucidar la edad del arma o su utilidad. Otro esgrimía una destal y el tercero temblaba ostensiblemente con un cuchillo de carnicero en la mano aterrado de su propia acción.

—¡El dinero, rápido! —exigió el pistolero a la vez que entregaba un saco a Felisa.

—Vale, vale —aceptó ella, cogió el saco y se lo dio a don Eugenio.

—Tranquilos, no nos pongamos nerviosos —aconsejó don Eugenio tras el mostrador mientras llenaba el saco.

—¡Al suelo, vamos, todos al suelo! —mandó el atracador de puro nervio.

Los tres clientes, dos hombres y una mujer, se arrodillaron sin prisas para no perder detalle, sin acabar de creerse que aquello estuviera pasando. Deseosos de salir con bien sólo para poder contarlo. Pocos en el pueblo podrían decir: ¡yo estuve allí! Desde la guerra no se veía cosa semejante en la comarca.

Don Eugenio metió en el saco todo el dinero que tenía a mano y se lo devolvió a Felisa que se lo alargó al atracador deseosa de que aquello acabara.

—Toma Ponciano —y enseguida se arrepintió.

—¿Qué has dicho, perra? —gritó el pistolero y la golpeó en medio de la cara con el puño que sostenía el arma. Le rompió un pómulo, ella chilló y se revolvió pero no le alcanzó.

—¡Tranquilos, tranquilos! —pidió don Eugenio.

—¡Vámonos! —gritó el del hacha.

El pistolero disparó al techó y todos gritaron de horror. ¡La pistola funcionaba!

El que sostenía el cuchillo lo dejó caer y salió de la entidad gritando como si se quemara. El tiro le acojonó y en ese instante reconoció el arma, él la tuvo contra su sien, y le acabó de aterrar: “¿qué hacía la pistola de don Eugenio en manos de Ponciano?”.

Desde el coche en marcha Agapito le miró despavorido y tentado estuvo de acelerar y huir.

—¡Al que se mueva le frío! —amenazó el del revolver.

El del hacha le estiró de la manga y ambos salieron a la calle, montaron en el vehículo que arrancó levantando tremenda polvareda. Enseguida acudieron curiosos procedentes de la taberna del *Vinagres* a ver qué pasaba.

La agitación dentro de la entidad bancaria superaba a la de los curiosos que se arremolinaban en el exterior. Uno de los clientes salió para pedir una ambulancia, otro gritó que avisaran a la Guardia Civil, pero ninguno quería perderse un detalle del suceso y nadie marchó en pos de la ayuda.

—Tranquilos, tranquilos —mandó don Eugenio, llevando del brazo a Felisa—, ya he avisado por teléfono, la ayuda está de camino.

Todos hablaban, comentaban y opinaban al mismo tiempo, preguntaban a los que salían que se daban envidia, sólo por alardear de haber sobrevivido a un suceso tan novedoso. Pronto toda la atención giró en torno a la lesionada y su valedor. El rostro ensangrentado de la mujer concitó todos los comentarios.

—¡Que valiente!

—¡Que desalmados!

—¡Que les den garrote!

—¡La Guardia Civil ya los persigue por tierra, mar, y aire!

—¡No escapan, pobre mujer! —las mujeres se hicieron cargo de Felisa.

Don Eugenio cerró la sucursal con llave y acompañó a Felisa hasta la Casa de Socorro. Allí no acudía nadie y todos pensaban que los guardias estarían persiguiendo a los maleantes. Ninguno podía siquiera imaginar que fuese mentira que don Eugenio hubiese avisado.

—¿Cuánto se han llevado, don Eugenio? —preguntó alguien.

—Todo, se lo han llevado todo —respondió pesaroso.

Y claro “todo” en boca del alcalde significaba mucho, muchísimo y la gente asombrada comenzó a especular.

Al final de la calle, el vehículo de los ladrones giró a la izquierda y frenó en la esquina según lo planeado.

—Venga, abajo —mandó Ponciano.

Pero el tipo temblón, el que esgrimía el cuchillo, no conseguía moverse de puro pavor.

—¡Abajo cojones! —gritó a la vez que abría la puerta y de un empujón le tiraba fuera.

Ponciano bajó a su vez, le levantó del suelo y de un manotazo le arrebató el pasamontañas. Crispín temblaba completamente alorado. El alguacil le cruzó la cara con un par de recias bofetadas y le conminó a reaccionar. El curita le miró, tragó saliva, pareció despertar, asintió con las dos manos acariciándose las mejillas y salió corriendo a esconderse según lo planeado.

Ponciano volvió a subir al coche que arrancó y sin prisas marchó hacia las afueras. Tomás, aún con la destal en la mano, fumaba tranquilo y Agapito al volante sonreía cuando preguntó:

—¿Cuánto hemos pillado? —con un brillo codicioso en los ojos.

En el asiento de atrás, Ponciano abrió el saco y miró en su interior: sólo contenía papeles, impresos sin valor, pero nada dijo y en vez de eso preguntó:

—¿De dónde ha salido este coche?

—Lo robamos anoche en el pueblo vecino —dijo Tomás.

—Habrá que deshacerse de él —objetó Ponciano.

—Hemos pensado acudir al vertedero y esconderlo unos días —explicó Agapito—. Con eso —señaló el saco con un gesto de su pulgar hacia atrás—, nos compraremos uno cada uno, je, je, je.

Arribaron a destino, bajo un gran alcorneque habían escondido el vehículo municipal para regresar al pueblo sin levantar sospechas. Aparcaron entre dos montañas de basuras humeantes, cada vez que volcaban un camión de basura le prendían fuego, el hedor era nauseabundo.

Mientras Agapito maniobraba, Ponciano les preguntó en tono jovial:

—¿Y qué, habéis disfrutado de mi chica?

—Jo, esa putilla está para chuparse los... —el tiro a bocajarro le arrancó la cara a Tomás.

Horrorizado Agapito soltó el volante, abrió la puerta y se tiró del coche en marcha que continuó hasta chocar contra un montón de desperdicios. Ponciano salió en su persecución.

—¡Ven, no corras que es peor! —le gritó en vano.

El otro corría y trastabillaba con los desperdicios hasta que cayó de bruces. Ponciano le alcanzó y la emprendió a patadas con él. Agapito se hizo un ovillo para encajar el aluvión de tapadas y puñadas con la mano cerrada sobre el revolver a la par que chillaba pidiendo auxilio a quien pudiera oírle, y favor a su antiguo amigo.

Al fin Ponciano se agachó y le agarró por los pelos para escupirle su rencor.

—Tú la violaste, hijo de la gran puta, la forzaste delante de mí.

—Pero Ponciano, hombre, que somos amigos.

—Los amigos respetan a las mujeres de sus amigos.

—Pero no era tu mujer, yo qué sabía —y se zafó del agarré con un respingo.

—En pie, venga, vamos —mandó el alguacil apuntándole con el arma.

El otro se levantó de un brinco furioso y le espetó:

—¡Eres un imbécil por ponerte así por una puta...! —no consiguió acabar la frase, dos disparos le borraron la expresión de la cara.

—¡Clementina no es una puta y si lo fuese sería “mi puta”! —gritó Ponciano al mundo.

Guardó el revolver en la faltriquera y se agachó para agarrar al difunto Agapito por los sobacos, le arrastró hasta el vehículo, pero lo pensó mejor y le arrastró hasta un desnivel en el montón de basura, donde le arrojó. Luego fue a buscar el cadáver de Tomás y le llevó hasta la misma hondonada, sabía que aquella noche el camión que recogía las basuras de todos los pueblos de la comarca volcaría en ese punto, lo haría de madrugada y sin mirar dónde caía o qué enterraba. Esos dos cabrones pasarían la eternidad cubiertos de basura, lo menos que merecían. Rebuscó en los bolsillos un mechero con el que incendiar el vehículo del atraco pero no lo halló y le dio pereza ir a registrar a los muertos, por lo que decidió dejarlo allí mismo. Los guardias no tardarían en dar con él.

Ya se iba cuando descubrió un desnivel del terreno provocado por el agua de lluvia, la torrentera acababa en un charco del tamaño de una iglesia y hedía. Se subió al coche y lo condujo hasta allí, avanzó hasta el borde, casi se cae, se apeó y lo empujó, el charco de fango y basura engulló el coche con un siniestro “blup, blup”.

Subió al vehículo municipal y condujo de vuelta a Villaciegos. Eludió las calles concurridas, aunque la gente seguía congregada en torno a los afectados por el atraco. La llegada de los guardias civiles y las preguntas acerca de lo sucedido acrecentaron la expectación. Ponciano dejó el coche aparcado y entró en la casa cuartel por la puerta trasera por la que salió un rato antes. Fue hasta su calabozo y entró, ajustó la puerta y se sentó junto a Crispín que aún temblaba.

—Tranquilo, pronto saldremos de aquí —liaron un par de pitillos y fumaron.

Por fuera una mano cómplice corrió el cerrojo de su puerta. Ellos contuvieron la respiración.

En la estación Adela intentaba convencer a su esposo que unos días de asueto les vendrían bien a los tres. A él el primero porque se le despejaría la cabeza de tantas preocupaciones; a ella porque un cambio de aires siempre era bueno y de paso vería a sus padres; y a la niña porque ver contentos a su progenitores beneficiaba su salud y estimulaba su crecimiento.

—Esta mañana María se ha vuelto a su casa con su hijo. Don Braulio ha venido a buscarla para ayudarle con “la mudanza”, ¿te imaginas?, ni que tuviese que trasladar un ropero a costas. El niño es precioso, habrías preferido un niño, ¿a que no? —y le hizo una carantoña a su bebe—. ¿Me estás escuchando Gastón?

Pero él estaba más pendiente de la conversación que el ordinario mantenía con el jefe de la estación, de modo que para desesperación de su mujer se acercó a preguntar.

—¿Qué dice usted que ha pasado?

Froilán le miró con extrañeza.

—¿No se ha enterado usted?

—¿De qué?

—Han atracado la Caja Rural.

—¿Cuándo? —atónito.

—Hará una hora

—Es el tiempo que llevamos aquí de plantón —en sus oídos sonó a burda escusa.

El teniente Gastón volvió junto a su esposa, la besó en la mejilla y se despidió de ella con un formal:

—Da recuerdos a tus padres de mi parte —y regresó al pueblo apresuradamente.

Adela quedó abandonada en la estación, con un palmo de narices y un cabreo de órdago; la niña gorjeando en sus brazos, una maleta junto a sus pies y el ánimo desolado.

La pareja hacía guardia en la entrada de la sucursal, se cuadraron cuando vieron acercarse a su teniente y Solís tiró el cigarrillo que fumaba.

—Cabo, ¿qué ha sucedido?

—Han atracado la Caja, mi teniente —respondió Facundo—, al parecer tres tipos armados y un cuarto que aguardaba en un coche robado.

—¿Qué le hace pensar que era robado?

—Porque no pertenecía a nadie de este pueblo.

—Los ladrones podían ser forasteros y haber venido con su propio vehículo —intentó razonar Gastón—. Da igual, ¿dónde está el sargento y qué hacen ustedes aquí?

—Han ido todos a la Casa de Socorro, Felisa, la de don Honorato, resultó herida —no respondió a la segunda cuestión por evidente: cumplían órdenes.

—Entonces no hay nadie persiguiendo a los malhechores —murmuró para sí mientras se alejaba, sabedor que las primeras horas eran cruciales para solventar estos casos. Una persecución inmediata y organizada atraparía a los ladrones con las manos en el dinero. Pero para eso hacían falta unos medios de locomoción y unas vías de comunicación de los que carecía.

—Sargento —llamó la atención de Trípodes que enseguida vino hasta él, seguido por don Eugenio.

En la puerta se agolpaba la mitad de los vecinos de Villaciegos, curiosos y expectantes.

—¡Todo el mundo a lo suyo, venga! —mandó el teniente, aunque la gente fue renuente a obedecer.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó a Trípodes en un aparte.

—Cuatro tipos han robado en la Caja Rural.

—Se lo han llevado todo —añadió el alcalde con más indignación que espanto.

A Gastón le escamó cierto tono de alivio en la expresión del cacique, ¿a qué venía eso?

—¿Cómo está Felisa?

—Sólo ha sido un golpetazo con la culata del arma —aclaró el sargento.

—Hay que organizar la persecución de inmediato —apremió el teniente.

—A estas horas estarán muy lejos, han salido de aquí escopeteados —comentó don Eugenio.

—Pues mayor motivo para iniciar la caza sin demora.

—Bueno, yo voy a preparar el informe para la central, necesitaré una copia del atestado.

—No se preocupe don Eugenio, enseguida lo tendrá usted —dijo Trípodes.

A Gastón le desagradaba la untuosidad empalagosa que escurría de las palabras y el trato de su sargento hacia el cacique.

—¿Tiene las declaraciones de los implicados?

—Sí mi teniente —aquella respuesta descolocó a Gastón, sabía que Trípodes no era muy dado a anotar nada—, de todas maneras, los he convocado al cuartel para una declaración formal.

—Bien, pongámonos en marcha —consultó su reloj—, nos llevan tres horas de ventaja.

Mientras el teniente y el sargento se dirigían a toda prisa hacia la Casa Cuartel el primero le pidió al segundo los datos del coche de los malhechores.

—Azul, grande, aunque hay quien asegura que era negro y redondeado.

—¿Marca, matrícula?

—Los testigos no se ponen de acuerdo, lo vieron desde el interior, a través de las persianas y se contradicen, los nervios, el susto.

—Bien, telefonaré a los puestos de los pueblos vecinos para que controlen las carreteras en un radio de doscientos kilómetros alrededor de Villaciegos, es lo que se habrán alejado en tres horas. Precinte la sucursal hasta que hayamos tomado huellas e inspeccionado el lugar. Que vengan Facundo y Solís, los necesitamos aquí. Y tal y como acudan los testigos que Emérito les tome declaración.

Una rato al teléfono puso a la comarca sobre aviso, las patrullas de la Guardia Civil cerraron carreteras, controlaron cruces y pronto comenzaron a detener sospechosos. Todo aquel que circulara sin papeles y/o una buena explicación que justificase sus idas y venidas era detenido.

—Teniente, el pastor no está —anunció Trípodes, en cuanto Gastón colgó el teléfono.

—¿Cómo que no está?

—Si no le has soltado tú, se ha fugado.

—No, yo no... Me caguen... —renegando salió al patio seguido por el sargento.

Los dos fueron hasta Emérito que aguardaba cariacontecido.

—Repartía el rancho a los detenidos y he hallado la puerta abierta —señaló con un gesto.

Gastón abrió la primera puerta, Ponciano y Crispín apuraban el café con leche de sus tazones, le miraron inexpresivos. Volvió a cerrar y entró en el calabozo vacío.

—¿Pero cómo es posible? ¡Maldita sea mi estampa!

—De todas maneras hoy le íbamos a soltar —trató de justificar el sargento.

—Una cosa es que le soltemos y otra que se fugue como si nada. ¿Qué imagen damos? No había nadie en la puerta, nadie le vio salir, y si hubiese sido un criminal de los maquis que entra y asesina a nuestras familias —Gastón no sabría explicar la verdadera causa de su enojo, pero se sentía ofuscado. Ni el sargento ni el cabo abrieron la boca.

Furioso abrió la puerta de la vivienda vacía, entraron los tres, Clementina comía sopas de su tazón de café con leche y apenas levantó la vista.

—Buenos días Gastón —la suavidad con que aquellas palabras se deslizaron por el aire hasta los oídos masculinos diluyeron todo enfado.

Gastón, incómodo y turbado, se volvió a Trípodes.

—Que la pareja salga a por ese pastor y le traigan de vuelta.

—A tus órdenes.

—Cabo, prepare los papeles para liberar a esta mujer.

Emérito iba a decir que como víctima no existía ninguna causa contra ella pero entonces comprendió la necesidad de su ausencia y marchó raudo.

—Menudos calabozos gastáis en este pueblo —la chica señaló su entorno con un gracioso gesto de la cuchara que abarcaba la estancia.

—¿Cómo estás Clementina? —intimidado.

—Bien, gracias —consciente de su poder y dando un paso hacia él.

—¿Te hicieron daño esos hombres? —atragantado con su saliva.

—No más que otras veces —sus cuerpos se rozaban.

—¿Estás ocupado Gastón?

Los dos se volvieron para atender a la agria voz femenina.

—Hola Adela —Clementina reaccionó raudo—. Felicidades por tu reciente maternidad.

—Gracias.

—¿Qué ha sido?

—Una niña, si te pasas por casa la verás.

—¿Qué haces aquí? —fue la torpeza que balbució él.

—¿Y tú, qué haces tú aquí? —se refería por supuesto a una casa vacía con aquella chica.

—Yo ya me iba —Clementina se coló entre ambos.

Adela se dio la vuelta para ir a su casa, un crío lloraba en algún sitio y le inquietaba que fuese su hija, Gastón la detuvo agarrándola por un brazo.

—Adela, yo... —no supo cómo continuar. La miró a los ojos y tuvo una revelación, una sospecha que le hizo agarrarla por los hombros atraerla contra sí y besarla en los labios con fuerza, como si acabase de despertar de una pesadilla—. Luego te lo cuento —y salió presuroso.

Fue hasta la cuadra y mandó a Emérito que le ensillase a *Ojeroso*, incluso le ayudó para ir más deprisa pero sólo estorbó.

—¿Cuánto hace que ha salido la pareja?

—No sé, un rato, ¿qué sucede?

Al fin tiró de la brida para sacar al caballo de la cuadra y lo montó.

—Cabo, avisé al sargento que me siga en cuanto pueda.

—A sus órdenes mi teniente, ¿pero adónde va?

—Tras los pasos del pastor —y arreó su montura.

Trotó hasta salir del pueblo y luego galopó, al poco llegó a la casa de Antolín pero su mujer le dijo que no le había visto. Dudaba de dónde acudir pero vio al sargento venir a lomos de *Tostado* y salió a su encuentro.

—No está aquí, ¿adónde cree que puede haber ido?

—Quizá en los corrales de don Eugenio.

Trípodes tiró de las riendas del mulo y arrancó al galope, *Ojeroso* le siguió sin aguardar la orden de su jinete confundido con la idiosincrasia de aquella gente: ¿sale de un encierro y acude al trabajo antes que a su casa?

Trípodes se detuvo y señaló algo a Gastón al pie de una encina descansaban las bicicletas de la pareja.

—No andarán muy lejos —fue la perogrullada que se le ocurrió soltar.

—Subamos hasta aquel cerro —propuso Trípodes, y galopó.

Gastón le siguió y en efecto allí divisaron a los tres individuos. Antolín corría campo a través a unos trescientos metros de distancia, en la falda de la colina Facundo y Solís le gritaban el alto preceptivo. El fugado no atendió y Facundo se echó el máuser a la cara. Gastón imaginó y temió lo que iba a suceder y espoleó a su caballo colina abajo gritando “alto el fuego”. Pero el máuser ladró, Antolín cayó, y Facundo acerrojó de nuevo pero no hizo falta otro disparo.

Gastón llegó hasta el pastor y desmontó. El tiro le había roto el espinazo, yacía muerto. Se puso en pie justo cuando llegó Trípodes que también desmontó.

—No hacía falta disparar.

—Le dieron el alto —justificó el sargento.

—Pero no tenía a dónde huir.

—Mayor motivo para detenerse.

La pareja se unió a ellos ya con el fusil al hombro.

—No hacía falta disparar —recriminó el teniente a Facundo.

—Le dimos el alto —respondió el cabo.

—¿Y a dónde iba a ir?

Facundo se encogió de hombros y soltó muy serio:

—Mayor motivo para detenerse.

—Pero yo ordené “alto el fuego”.

—No le oímos mi teniente —justificó Solís.

—Den aviso para que levanten el cadáver —mandó Gastón desolado.

Facundo se quedó junto al muerto y Solís marchó hacia donde dejaron las bicicletas para volver al pueblo a por la gente del papeleo.

El teniente Gastón agarró por el codo a Trípodes para que le acompañara y juntos se alejaron hasta la sombra de una higuera para charlar.

—Sin Antolín perdemos al testigo que relaciona a Víctor y Crispín con los primeros muertos. El caso se complica.

—No mi teniente el caso se esclarece. Al *Boina* y a *Comuniones* los mataron Víctor y Antolín —y la mano del sargento señaló al muerto descubierto ya por las primeras moscas.

—¿Con que móvil?

—Borrachera, mujeres, eso son detalles que fácilmente alcanzaremos. Luego Antolín mató a Víctor por celos cuando supo que se beneficiaba a su mujer.

—¿Y que pinta Crispín en su teoría?

—Nada, el curita se queda fuera.

—Pero Antolín nos dijo.

—Nada, ese no nos dijo nada —señaló con un gesto del mentón al muerto.

—Pues una declaración te desmiente sargento.

—Bah —Trípodes hizo un gesto despectivo con la mano como si espantara una mosca.

—Y otra cosa, ¿a qué destripar a uno de ellos? —aquella pregunta captó la atención de su interlocutor—. Sí, no me mires así, ¿dónde está el corazón de ese desgraciado?

—Lo ignoro teniente.

—Pues el cura nos lo tiene que explicar.

—De acuerdo, en cuanto volvamos, antes de soltarlos...

—¿Cómo que soltarlos, de qué estás hablando?

—Bueno, ese era... —a punto estuvo de mencionar el trato con don Eugenio—. Decía que le interrogaremos acerca de las vísceras del tarado, de *Comuniones* —inquieto por la mirada inquisitiva de su superior—. ¿Qué, por qué me miras así?

—Me ocultas algo Trípodes.

—No que va, teniente yo...

—Y no voy a consentir una falta al servicio. Nos debemos al uniforme. ¿En que cabeza cabe que vayamos a soltar a Ponciano y Crispín siendo culpables de la muerte de don Honorato?

—No tenemos pruebas de eso. Ninguno ha confesado el crimen.

—Tenían el dinero y se lo gastaron alegremente.

—Tampoco tenemos pruebas de que ese dinero fuese el sustraído. Ninguno ha confesado su procedencia.

—Esos dos y el fotógrafo, cuando lo pillemos, irán a presidio los tres.

—Lo que tú digas Gastón.

—Y está lo de la forastera. ¿Cómo dejamos eso?

—De momento sin resolver.

—¡Sin resolver!

—Un espabilado quiso aprovecharse de la ola de crímenes para endilgarnos sus rencores.

—Eso no me convence Trípodes. ¿Y Renata, la que tiraron al tren?

—Yo lo calificaría de accidente. Iba a tomar el tren pero se cayó a las vías y fue arrollada. No tenemos testigos ni pruebas que acusen a nadie.

—Eso tampoco me convence.

—Ya, pero no sabemos si se asomó al ver venir el tren, creyendo que era el suyo, y se escurrió en el andén o la misma fuerza del convoy la absorbió. En ocasiones la explicación más sencilla es la acertada.

—Pues la explicación más sencilla que se me ocurre es que alguien la empujó con intención de matarla. Tenía una relación con Felisa.

—Y con las otras dieciséis esclavas del Sepulcro de los cojones. Por ahí no vamos a ningún sitio.

Mucho rato después llegó Froilán con *Ticiano* tirando del carro, don Eugenio en funciones de juez, Felisa como secretaria, con un aparatoso vendaje, y Segismundo actuando de forense. La Guardia Civil redactó el correspondiente atestado y el alcalde ordenó levantar el cadáver de Antolín, también mandó que avisaran a su esposa.

Gastón repasaba indignado la declaración del director de la Caja Rural.

—¡Quinientas mil pesetas! ¿Quién espera que se crea que en Villaciegos nunca hubo medio millón de pesetas? Si no han visto jamás reunido tanto dinero en su vida.

—Son tiempos convulsos mi teniente, el amiguismo y la corrupción controlan el capital circulante y puede usted apostar su tricornio a que el Estado abonará ese medio millón sin poner traba alguna —afirmó apesadumbrado Emérito.

—Algo me dice que tiene usted razón cabo. Pero yo no pienso dar por buena esta patochada — y arrojó sobre su escritorio la declaración de daños de la Caja Rural.

Emérito cogió el papel y lo leyó, don Eugenio justificaba la existencia de esos fondos para el pago inminente del molino nuevo y la construcción de la Cooperativa cerealista proyectada.

—No tiene usted que admitir este informe mi teniente, sólo tiene que adjuntarlo a nuestro atestado sobre el suceso.

Gastón cogió el documento citado por su cabo y tras leerlo sucintamente hizo lo mismo que antes. Paciente Emérito lo cogió y leyó, aunque de sobras conocía el texto que él mismo redactó. En resumen relataba que cuatro desconocidos robaron tal día a la entidad tal de la que se llevaron una cantidad revelada en el informe anexo. Fulana resultó contusionada por resistirse y se tomaron los testimonios de fulano, zutano y mengano, que se adjuntan.

—Pero alguien declaró que ella, Felisa, la contusionada, llamó por su nombre al atracador.

—Cosas de los nervios.

—Pero...

—Ninguno corroboró esa impresión en sus declaraciones. Caso cerrado mi teniente —y Emérito juntó todos los documentos en una carpeta que enviarían a la Comandancia.

—Caso cerrado —añadió el teniente Gastón con aire vencido.

En los días posteriores las influencias de don Braulio valieron para que al cuartelillo llegara la orden de puesta en libertad para Crispín Cifuentes, por falta de pruebas en su participación en la muerte de don Honorato. Acompañaba la orden una declaración de su familia justificando la procedencia del dinero invertido en la motocicleta.

A don Eugenio correspondió liberar a Ponciano. A la falta de pruebas concluyentes que le inculpara en el suceso antes citado se adjuntaba una declaración de préstamo de treinta mil pesetas que el susodicho se avenía a devolver en cinco años con la garantía de su nómina como alguacil de Villaciegos.

En su oscuro tártaro Eudosio consumía sus últimas fuerzas escarbando en su tumba, le gustaba el olor a tierra madre que pronto le acogería y se burlaba de sus captores por creer que matándole cerraban las puertas de sus particulares infiernos. “Je, je, je ilusos, siempre me tendrán presente en sus rencores”, pensaba. Las últimas palizas le dejaron muy maltrecho, los huesos rotos se le clavaban en la carne como agujas envenenadas, apenas conseguía ver nada y las piernas no le sostenían. La cadena le desollaba y privado de agua y alimento... De repente con la pala notó algo semienterrado se dejó caer y escarbó, perdió el conocimiento; lo recobró y retomó la faena, ¡un objeto largo, un poco más de dos palmos de largo y duro como un palo!, le valdría para defenderse. Sí, le matarían pero antes les sacudiría un par de buenos palos. “Ese cura gordo se iba a enterar si llegaba a ponerse a su alcance, je, je, je”.

Mientras en la taberna Trípodes y don Braulio quedaron para zanjar lo que tenían entre manos. Acabaron sus consumiciones y salieron por separado. Primero marchó el sargento y un rato después salió el cura.

Trípodes cerró la puerta de su casa con llave y con su amigo bajaron al sótano. La luz deslumbró a Eudosio y la llegada de sus torturadores le sobresaltó e inmediatamente blandió en alto aquello que halló, como una tizona afilada.

—Vaya veo que has dado con tu camarada Kevin —se burló don Braulio.

Eudosio miró su mano, en efecto sostenía un hueso largo, un fémur probablemente, bajó la vista y a través de las rendijas de sus ojos inflamados contempló a medio desenterrar un esqueleto humano. Horrorizado alzó la cara hasta el sonriente cura y balbució con su boca desdentada a fuerza de golpes:

—¿Kevin?

—Sí, tu camarada de fechorías, le cogimos en el 39. Nos lo mandaron desde la frontera, je, je...

—Vamos a acabar con esto —y Trípodes alzó el garrote y golpeó al desdichado que comenzó a gritar y a llorar, llamaba a Kevin y gritaba horrorizado.

Al final pudieron más los garrotazos y el tipo cayó. El sargento se metió en el hoyo y le maniató las manos a la espalda y a los tobillos y al cuello con fuerza, luego le soltó la cadena. Mientras don Braulio acercó un par de sacos muy pesados. En cuanto Trípodes salió del hoyo

vaciaron el contenido de los sacos sobre Eudasio, que rebulló cuando la cal viva le comenzó a quemar.

—Ahí te quedas hijoputa —advirtió Trípodes con la pala en la mano.

Mano a mano con don Braulio palearon tierra sobre el desdichado que no acertaba a chillar porque le debía entrar la cal en la boca y le abrasaba, eso o es que la cuerda le estrangulaba.

Tal y como la tierra le cubría aminoraba el movimiento, parecía una lombriz agonizante. Al final el hoyo quedó cubierto y ya no se apreciaba movimiento alguno. Acabaron de amontonar la tierra restante, la apisonaron con las palas y dieron la faena por concluida.

En silencio abandonaron aquel sótano infernal aunque el rencor marchó con ellos infectándoles.

Cabizbajo y pensativo don Braulio consumió un cigarrillo camino de su casa, es decir de la casa de María. Se sentía tan apesadumbrado que necesitaba compartir un poco de cariño para no sumirse en el nefando abismo que se abría ante él. Muy bien se había vengado y qué solventaba con eso. Un miserable menos en el mundo, ¿y qué? A nadie importaba y a él tampoco. Se detuvo en la puerta mientras buscaba la llave en su bolsillo y respiró hondo con intención de abandonar en la calle toda la mala leche que le poseía.

Nada más cruzar el umbral las risas que oyó le alegraron el espíritu y rejuvenecieron su ánimo. María sostenía al niño en brazos mientras Crispín le hacía carantoñas.

—Buenas noches —saludó don Braulio.

—Mira quién está aquí —le dijo María al bebe. Pero era muy pequeño y lo único que entendía era la novedad de las idas y venidas.

Don Braulio cogió al niño y en cuanto le acunó en sus brazos olvidó todo pesar.

—¿Has venido a despedirte?

Crispín asintió compungido. María les abrazó a los dos e hizo un mohín para preguntar:

—¿Es necesario?

—Lo es. Serán unos meses, luego, todo se habrá olvidado y podrá volver.

—Pero vendrás para el bautizo.

Crispín miró a su tío con expresión suplicante casi pedigüena, don Braulio exultaba con el bebe en brazos incapaz de maldad alguna y asintió benévolo.

—Ya veremos, ya veremos, intentaremos una escapada de fin de semana.

Aquella concesión alegró a los tres y María anunció que la cena estaba lista. Cenaron entre chanzas y risas como la familia alegre que eran. Crispín recogió la mesa con la experiencia y buen hacer inculcados a los fámulos en el seminario, mientras María amamantaba al niño. A don Braulio se le caía la baba contemplando la escena.

Bañaron al niño y le acostaron y luego se bañó María aprovechando el agua caliente. Asistida por cuatro manos ávidas pronto estuvo enjabonada, aclarada y secada y así de relimpia se acostó. Ellos también se bañaron pero el agua fría apremió y abrevió las abluciones.

Al poco acudió a la cama don Braulio y se aferró a ella. Pronto los besos y las caricias desbordaron el lecho y hubo de concurrir Crispín para contener tanta pasión.

El sobrino acariciaba pero era don Braulio el que volcaba sobre la mujer todo el amor reprimido por su tara. Acostumbrado a convivir con la cicatriz que ocupaba el lugar de los genitales no le impedía amar y lo hacía sin sosiego ni mesura.

María también le quería, aunque amaba a los dos, sólo quería a Braulio. Desde el principio comprendió, sin necesidad de explicaciones, que uno pondría el amor y otro la semilla.

María se puso a horcajadas sobre Braulio y mientras le besaba en la boca Crispín se levantó y se colocó tras ella. La cogió por las caderas y la tomó. Ella acusó el coito con un gemido que Braulio acalló a besos. En apasionada coyunda completaron el trío de amor.

Por la mañana temprano Crispín marchó al seminario a completar sus estudios para cura.

Dicen que el mejor sitio para esconderse es a la vista de todos. La Cofradía del Alma Pura se reunía cada luna vieja en el interior de la iglesia de Villaciegos. Claro que el templo se cerraba al público y sólo los cofrades tenían libre acceso. Acudían enmascarados o cubiertos con el capuz, evitaban reconocerse entre ellos, aunque no era condición *sine qua non*.

La Cofradía carecía de un fin común o unitario para la congregación de aquellas personas, por el contrario cada cofrade tenía una razón, un motivo, para estar allí, y ello, lo que fuese, no tenía porqué coincidir con el afán de sus hermanos. Cada cual a lo suyo, con sus ansias y afanes particulares.

Para un cofrade el principal objetivo en su vida podía ser recuperar su virilidad malograda y para otro que se reanudaran ciertas visitas nocturnas.

El nexos común era la firme creencia de que el sacrificio de un alma pura beneficiaría a sus intereses y anhelos.

Aquella noche se hallaban reunidos alrededor de un tarro de vidrio que contenía el corazón del desdichado *Comuniones* conservado en formol.

—Es menester traer a nuestro círculo a otra alma —manifestó uno de los oficiantes.

—Propongo al hijo de María, la viuda —sugirió una voz femenina.

—Es un hijo del pecado —adujo una voz de hombre.

—Es el hijo de un clérigo —aclaró otra voz de mujer.

—Los hijos lavan los pecados de sus padres, me parece bien —dijo el primero.

—He dicho que no —de nuevo aquella voz ahora tajante.

—¿Y Aquilina? —propuso el primero que habló.

—¿La madre del *Comuniones*? Es una buena candidata. Nunca en su vida causó mal alguno.

—En tiempos fue un pendón desojerado, pero me vale —cedió.

—A mí también me vale. Pero habrá que pensar cómo nos deshacemos del cadáver.

—El anterior enterrador me dio una idea muy útil. En cuanto dispongamos de una tumba *fresca* procederemos.

[1] Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

[2] Hijo de puta